



KRIS L. JORDAN

VOL. 4

SERIE CORAJE

UN LUGAR SOBRE
EL ACANTILADO



VOL. 4

SERIE CORAJE

UN LUGAR SOBRE
EL ACANTILADO

KRIS L. JORDAN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmen-te, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos re-servados.

Todos los hechos y personajes que aparecen en esta histo-ria son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

@Kris L. Jordan, 2020.

Diseño de portada y maquetación: Adyma Design.

Corrección: Deletréame. Carol Rz.

Twitter: @Kris_L_Jordan

Correo electrónico: kris.l.jordan1@gmail.com

www.facebook.com/novelas.Kris.L.Jordan

Página web: <http://kris-l-jordan.webnode.es/>

Instagram: @kris.l.jordan

Nota del autor

Este libro es la última entrega de la Serie Coraje. Mi aventura ha terminado, pero aviso, quizá algunos de los personajes de estos libros aparezcan de forma mágica en mis siguientes novelas. Estad muy atentos.

Cada una de las novelas de la serie es conclusiva, de tal forma que los personajes principales resolverán todos sus conflictos y todas las tramas quedarán cerradas.

En la Serie Coraje encontrarás personajes fuertes, con carisma, personas luchadoras que no se rinden y el coraje, las ganas de vivir, será la característica que los una.

Atrévete a conocer a estos hombres y mujeres cuyo coraje les hace sobrevivir y superar cada uno de los obstáculos que les pondrá la vida.

Nunca te olvido, besos al cielo

Índice

Nota de Rem

1. El pasado, el principio
2. Lo que la verdad esconde
3. La dama paga
4. Café y un par de *muffins*
5. Los guardaespaldas
6. Todo va bien, todo va a ir bien
7. Una bonita historia
8. La acústica y Edge of the Cliff
9. Cuéntame un secreto
10. Tortitas y el guardaespaldas
11. El hombre más feliz del mundo, una manta y un *selfie*
12. ¿Te parece bonito reírte de uno de tus huéspedes?
13. Miedo a tu reflejo
14. Como una sucia rata
15. Salta alto
16. Volver a ser el Rem de siempre
17. No me gustas
18. Ahora le costaría volver a ser el Rem de siempre
19. Decide lo que quieres hacer con tu vida
20. Tienes que enseñar las piernas
21. Y ese nudo era Colin
22. Y así fue como Rem ganó un nuevo amigo
23. Ese no era el momento ni el lugar
24. Esos recuerdos que siempre estarán conmigo
25. No es solo sexo
26. Nada de ruidos
27. Dime, ¿cómo lo hago?
28. El peor hombre del mundo
29. Va a resultar que tiene corazón
30. No tengo ganas de gastar una bala
31. Esto no es una despedida, volveré
32. El hombre más miserable del mundo
33. Coges un vuelo y te plantas en Manhattan
34. La carta
35. Así sabrán lo que es amor
36. Siempre tan sincera, tan tú...
37. Me niego a pensar que sigues queriendo lo mismo
38. Eres un fraude
39. No era una despedida, era un hasta pronto
40. La vida, la amistad, el sol...
41. ¿Él ha llegado?

[Nota de Rem](#)
[Agradecimientos](#)

Nota de Rem

La mayoría de la gente tiene pocos recuerdos de niño, pero yo, por desgracia, no consigo olvidar. Procuero dejarlos en el fondo de mi mente, ignorarlos, pero hay veces en las que, aunque puede sonar un tanto masoquista, me gusta recordarlos porque es una manera de darme cuenta de lo afortunado que soy hoy por hoy, de todo lo que he conseguido, de que sigo vivo a pesar de todo...

Aquí solo, sentado frente a la costa, me permito regresar a mi niñez. Es el único lugar donde lo hago, frente al mar que me sana, cuya sal cura mis heridas y cuya brisa me hace renacer.

Me dejo caer sobre la arena. Está húmeda, pero no me importa; estoy sudado por la carrera y me refresca.

Me gusta el mar, podría pasarme horas y horas simplemente contemplando cómo se mecen las olas.

Cierro los ojos, inflo los pulmones y mi mente se llena de imágenes.

Era un niño delgado y torpe. Mi madre quiso hacer de mí un bailarín, aunque, por más que lo intentaba, no había nacido para ese arte. Esa época fue muy dura, pero mi sufrimiento terminó cuando mi progenitora se centró en la carrera de mi hermano Patch. Él sí valía, es más, con el tiempo, consiguió ser primera figura de un importante *ballet*. Así fue como mi suerte cambió, ella me dejó en el olvido. En un primer momento, bajo los ojos del niño que fui, supuso un alivio. Era libre, nada de bailar, ya no estaba siempre cansado ni me dolían los pies ni tenía que aguantar sus gritos cuando no me salían los pasos al caerme tras un giro. Pero mi felicidad se terminó cuando fui consciente de que Patch era el único objetivo de su gran avaricia, el que lloraba de dolor; eran sus pies los que sangraban y era él quien sufría los gritos de mi madre.

Lo veía llegar noche tras noche agotado. Algunas veces lo escuchaba llorar y me metía en su cama, lo abrazaba con fuerza e intentaba consolarlo, pero no existe alivio frente al miedo, no hay paz cuando vives aterrado porque la persona que debe cuidar de ti, velar por tu bienestar, te golpea, te castiga, te hace sentir pánico con tan solo estar presente en la misma sala, con tan solo sentir su olor.

Recuerdo con especial tristeza las veces que ella lo encerraba en un cuarto a oscuras horas y horas. Patch rogaba perdón, le suplicaba, pero ella no parecía escucharlo; le castigaba si no había bailado bien o si estaba cansado y sus saltos no eran tan espectaculares. Lo arrastraba hasta ese pequeño cubículo que teníamos en el jardín y lo arrojaba dentro como si fuese un simple saco. Patch lloraba, golpeaba la puerta y pedía socorro, y yo no podía hacer nada. Me quedaba temblando en mi cama, tapándome los oídos con las manos en un absurdo intento de no escuchar a mi hermano suplicar.

Pero, sin duda, el peor momento de mi vida fue cuando mi madre me dijo que Patch había muerto. Sentí como si el mundo se desplomase, como si de repente el aire se hubiese esfumado. Ella entonces se desentendió de mí y yo, con el tiempo, lo entendí todo: era tan solo un estorbo. Había alcanzado su tan ansiado sueño de ser primera bailarina a través de mi hermano y se centró en él. Viví tantos años creyéndole muerto, tantos privado de Patch, que cuando falleció mi madre y por uno de sus diarios descubrí que todo era mentira y Patch estaba vivo, decidí ir en su busca. Quería reencontrarme con mi hermano y lo dejé todo, aunque apenas tenía nada.

Lo busqué sin descanso hasta que lo encontré en un club de Manhattan. Mi madre también le había mentado diciéndole que yo había muerto. ¡Qué triste!

Ahora, Patch y yo volvemos a estar unidos, de nuevo somos los hermanos Williams.

Ahora, todo ha cambiado. Tengo un trabajo que me gusta, cuido de la gente, les salvo la vida y protejo de los peligros. Soy guardaespaldas. Atrás quedó el tiempo de sentirme inútil, de pensar que quizá ella tenía razón y yo no valía para nada.

Ahora, soy un hombre libre con las ideas claras, con ganas de vivir, de volar y tengo un futuro que me he ganado porque el pasado me lo robó ella, nos lo arrebató.

Y ella... ella tan solo es un amargo recuerdo. Ya no me hace daño, no puede. No se lo permito.



1. El pasado, el principio

Manhattan

Katy era una de las modelos más conocidas y cotizadas del momento. Su carisma y belleza, unidas a su profesionalidad, hacían que los diseñadores más importantes se pelearan simplemente por verla vestida con alguno de sus modelos. Las marcas más destacadas se la disputaban, le ofrecían grandes sumas por sus fotos exhibiendo sus productos porque Katy creaba tendencia.

Había llegado un momento de su carrera en el que podía elegir cuándo, con quién y dónde trabajar. Los contratos llenaban la mesa de su mánager y aparecía en las portadas de las mejores revistas de moda.

Pero Katy no era solo una cara bonita con unas piernas de infarto. Ante todo y sobre todo, era una gran profesional que se volcaba en cualquiera de sus trabajos, ya fuese para la mejor firma del mundo o para anunciar una pequeña tienda en las afueras.

En esa ocasión, iba a trabajar para una firma de perfumes que no era famosa ni vendía ingentes cantidades, pero pertenecía a una buena amiga y ella quería hacerle el favor de ser la modelo de su nuevo diseño para darle un empujón a su campaña publicitaria.

Así que había buscado un hueco en su apretada agenda, discutido con su mánager porque esa campaña no le iba a reportar dinero y madrugado para estar a las seis de la mañana de un domingo en un pequeño plató en pleno centro de Manhattan.

El equipo llevaba un buen rato trabajando y habían cubierto una parte del suelo con pétalos de flores. Un sinfín de tonalidades llenaba el espacio donde se tomarían las fotos. El aroma era demasiado intenso, incluso sofocante, tanto, que Michael, el fotógrafo que se iba a hacer cargo de la sesión, arrugó la nariz molesto. No es que no apreciara el aroma de las flores, pero ese era demasiado fuerte.

Michael había llegado a ese estudio por pura casualidad. Él no se dedicaba a hacer campañas publicitarias ni a fotografiar modelos, era fotógrafo de prensa y ese trabajo en especial le venía tan grande que, por primera vez desde hacía años, estaba nervioso ante un nuevo proyecto.

Un par de días antes, recibió la llamada que lo había conducido hasta ese punto. Israel era quien tendría que estar rodeado de pétalos de flores, aguantando ese olor a primavera y esperando

a que la modelo terminase de maquillarse para empezar la sesión, pero el muy... estaba en el hospital por su idea loca de esquiar cuando no era capaz de caminar sin tropezarse, cuando su equilibrio era nulo. Su maravillosa escapada a la montaña con su equipo nuevo —que, según él, le había costado una pasta— y sus ganas de deslizarse por la ladera terminó en urgencias con una pierna rota y la muñeca derecha fracturada.

Michael preparaba la cámara mientras recordaba la llamada de su amigo rogándole que se hiciera cargo de esas fotos.

—Será sencillo —lo alentó—, no vas a tener ningún problema.

Michael se negó en rotundo. Sabía lo que eran esas sesiones con modelos caprichosas que no obedecían órdenes, más que nada, porque el propio Israel se quejaba siempre, le contaba todas las confidencias y los miles de incidentes y desplantes de modelos que sufría día a día. Él estaba acostumbrado a retratar políticos, deportistas, incluso, por un tiempo, realizó alguna instantánea en conflictos bélicos. Pero ahora se había acomodado y lo más peligroso que fotografiaba era algún partido de hockey donde los hinchas, en algunas ocasiones, se ponían violentos.

Así que Michael dijo un rotundo no a la petición de su amigo de sustituirlo en esa sesión, pero Israel podía ser muy pesado y convincente cuando se lo proponía y, finalmente, tras una larga conversación que duró más de dos horas y después de prometerle una suculenta suma de dinero a cambio de cubrirlo, Michael aceptó.

—Y ya me arrepiento —susurró en voz muy baja al mirar hacia el discreto lugar donde la modelo se maquillaba. De ella, tan solo conocía su espalda y no la podía ver con claridad, pues estaba cubierta por un largo y gigantesco albornoz.

No se la habían presentado y ni siquiera la conocía...

—¿Cómo es posible que no sepas quién es Katy Brennan?! —le había interrogado Israel como si fuese la única persona en el mundo que no estaba al corriente de la vida y milagros de la modelo.

—Estoy metido en otras cosas —le respondió, por no decirle que las mierdas de la moda no le importaban lo más mínimo.

—En un búnker es donde debes estar metido, tío, porque Katy es la mujer más bella del mundo y todo ser viviente con ojos en la cara sabe cómo y quién es.

—Pues mira, seré una ameba...

«Eso me gustaría ser, una ameba», se dijo al lanzar la tercera mirada a la espalda de Katy, que permanecía recta como si su espina dorsal estuviera formada por una rígida barra de hierro.

Miró su reloj de muñeca y chasqueó la lengua molesto. No sabía nada de esa mujer, ni siquiera el color de sus ojos o la forma de su cara, pero sí tenía clara una cosa: era poco profesional y muy impuntual.

Se cruzó de brazos y, con la puntera de una de sus botas, se dedicó a dar golpecitos en una clara muestra de impaciencia.

Llevaba desde las ocho de la mañana allí, de pie, y eran las nueve y la modelo seguía inerte como una seta mientras un maquillador se movía de un lado a otro...

—Joder, ¿qué coño le estará pintando, un puto cuadro? —masculló.

Esa sesión de maquillaje se estaba eternizando. Katy estaba cansada porque la noche anterior su mánager la había obligado a acudir a la presentación de una nueva línea de ropa que, según él, con el tiempo, daría mucho de qué hablar a la prensa y eso le venía bien para su carrera de modelo. La fiesta se alargó más de lo debido, por lo que se acostó tarde y el maldito despertador había sonado esa mañana demasiado temprano. Ni un café cargado y ni una buena ducha habían

logrado mantenerla despierta, así que el tiempo que permanecía de pie, con Patrick pintando su cuerpo, se le estaba haciendo eterno.

El maquillador no paró de hablar ni un solo instante, pero como su voz era agradable y suave, le estaba sirviendo para relajarse.

—Ya estás, niña —dijo cuando dio la última pincelada.

Katy abrió los ojos por fin y, tras sacar los brazos del albornoz —que permanecía abierto para que Patrick pudiese acceder a su torso y que tan solo llevaba sobre los hombros para protegerse un poco del frío—, caminó hacia el set donde el fotógrafo la aguardaba.

Michael no se lo podía creer. Israel le contó que la modelo iría un tanto ligerita de ropa.

«Ligerita..., pero si está desnuda», se dijo mientras la miraba con los ojos muy abiertos. Tan solo la cubrían los dibujos que el maquillador había realizado sobre su cuerpo y un pequeño, diminuto tanga de color carne que se camuflaba a la perfección con el tono de su piel, de tal manera que parecía no llevar absolutamente nada. Israel estaba acostumbrado a eso, pero él... Él, no.

Michael se reprendió con severidad. Ante todo, era un profesional, debía controlarse. Tomó aire con fuerza un par de veces. «Lo mataré». Con el pensamiento en la cabeza de descuartizar a Israel, consiguió relajarse y cambiar su cara de bobo por la de un fotógrafo acostumbrado a ver modelos desnudas.

—Creí que el trabajo lo iba a hacer Israel —dijo ella al llegar a su altura.

Su voz era suave, aterciopelada, y Michael intentaba articular alguna palabra, pero la belleza de esa mujer lo tenía noqueado.

—Yo... Él... —balbuceó como un tonto—. Tuvo un accidente... Yo soy... —Cerró la boca, estaba haciendo el ridículo y... ¡coño, ya era mayorcito! Le faltaba muy poco para alcanzar los cuarenta, ¡no podía comportarse como un púber!—. Soy Michael.

—Encantada, yo soy Katy. —Le tendió la mano y él la tomó con delicadeza, como temiendo que estuviera hecha de humo y, al tocarla, se desintegrara.

—Un placer —susurró con cara de lelo y la soltó con prontitud. Su tacto era tan suave...

—Pues cuando quieras. —Otra vez las palabras encadenadas que soltó por su perfecta boca lo acariciaron.

—Claro, sí... —No quería mirar sus pechos, intentaba por todos los medios no bajar los ojos hacia ese punto, pero no pudo remediarlo y echó una fugaz miradita.

La belleza de esa mujer era tan tangible como la cámara que tenía entre las manos. Ahora entendía las horas que se habían invertido en el maquillaje, pues llevaba pintados con total realismo sobre sus perfectos y pequeños pechos pétalos de flores exactamente iguales a los que cubrían el suelo del plató.

Si continuaba mirándola así, se le desencajaría la mandíbula, así que cerró la boca, intentó no hacer más el ridículo y la alentó con un movimiento de la mano a que se situase sobre el lecho de pétalos.

Katy se limitó a sonreírle y a Michael se le secó la garganta. Esa mujer sonreía con todo su ser, con sus ojos, con la expresión de su frente, de su cara, de su cuerpo. Tenía una boca pequeña de labios gruesos y su sonrisa fue tan grande y sincera, que le mostró una hilera perfecta de dientes blancos. Michael necesitaba fotografiar ese instante, esa perfecta mueca que jamás había visto en nadie y, sin tener noción de lo que hacía, le tomó una instantánea. La pilló tan desprevenida, que le hizo pestañear y arrugar la frente.

—¿Ya hemos comenzado? —preguntó sorprendida, pues aún no se había sentado en el suelo.

—Yo..., disculpa..., es.

¿Qué mierda podría decirle para explicar esa foto robada?, ¿que tenía una sonrisa que quitaba el aliento?, ¿que su boca era tan perfecta que sus fotos servirían para cubrir las paredes de un museo? ¿O, tal vez, que él era un gilipollas, un nulo profesional que no lograba centrarse en su trabajo porque su belleza lo había noqueado? No..., no podía decirle nada de eso porque al final ella lo denunciaría por acoso, y con toda la razón del mundo, además de que Israel quedaría fatal. Era un imbécil, lo iba a asesinar en cuanto lo viera, pero era su amigo y Michael, a pesar de todos sus defectos, jamás fallaba a quienes quería.

Katy se limitó a encogerse de hombros, ese tal... Michael era raro, pero ya había bregado con las excentricidades de un montón de fotógrafos.

Se sentó sobre los pétalos como si lo hiciera sobre un mullido sofá, con elegancia, con movimientos sutiles y suaves. Michael no le quitaba el ojo de encima. Su cuerpo, su cara, ella en sí lo atraía, no se cansaría nunca de observarla.

—¿Cómo quieres que me ponga? —interrogó.

—Pues..., esto... —«Pero ¿qué coño te pasa?», se amonestó. No había comenzado la sesión y ya se le iba de las manos. Bueno, más bien, en ningún momento había sido capaz de controlarla. Carraspeó, se colocó el pelo con un gesto descuidado y se prometió ser profesional, así que comenzó a dar órdenes.

En un principio, su voz apenas era audible y Katy más de una vez tuvo que preguntarle porque no lo entendía bien o se perdía en sus extensas explicaciones sobre posturas imposibles. Al fin y al cabo, Michael nunca había hecho nada parecido, al político corrupto o al entrenador de los New York Rangers no les tenía que dar órdenes para posar. Pero, poco a poco y gracias a la ayuda de Katy, se fue tranquilizando y cuando la cámara tomó el mando, todo se volvió increíblemente divertido y Michael comenzó a pasarlo tan bien, que pensó que se había confundido toda su vida de clientes y que quizá la moda era lo suyo.

Se vino arriba de tal manera que él mismo se asustó.

No paraba de disparar la cámara, de buscar ángulos nuevos, perfectos, aunque la belleza de Katy lo ayudaba porque era bonita desde cualquier posición.

Todo fluía hasta que su objetivo se centró en la mirada de gata de Katy. Estaba tumbada y él colocó el objetivo justo encima de su preciosa cara. Su cabello se extendía como si fuera un abanico y muchos de los pétalos se habían enredado en él. Sus labios pintados de rojo estaban entreabiertos, era sexi, maravillosamente sexi, y cuando llevó un dedo a sus labios y los rozó, Michael creyó que moriría, que explotaría, porque el objetivo de su cámara lo acercaba tanto a ella que parecía poder llegar con sus propios labios hasta ese dedo travieso. Su aliento se congeló y se obligó a dos cosas: a respirar y a separarse.

El aroma de los pétalos lo sofocaba y la belleza de Katy lo mareaba, tenía que alejarse antes de que diera un espectáculo bochornoso.

—Hemos terminado —dijo con voz estrangulada y, con paso rápido, se alejó cuanto pudo de ella, de los pétalos y de los focos con la excusa de descargar las fotos para mostrárselas al cliente.

Pero de nuevo tuvo que acercarse a ella, no le quedó más remedio que exponerse otra vez a la atracción que sentía, pues Patrick propuso hacer una foto del equipo y él no se pudo negar.

Después de la instantánea, poco a poco, todo el mundo fue abandonando el plató. Katy se desmaquilló y, tras acercarse a Michael para despedirse, también lo dejó solo en el estudio.

Ella le había dado la mano y él volvió a tomársela con delicadeza. Aún tenía la sensación de su tacto suave y se llevó la suya a la nariz para poder oler su perfume. Cerró los ojos para disfrutarlo.

—Dios, qué mujer —dijo en voz alta sin miedo alguno, pues estaba solo.



A Katy le encantaba Manhattan, sus altos edificios, el tráfico, las gentes. Le gustaba pasear. Se escondía, para no ser reconocida, tras unas gafas tan grandes que tapaban gran parte de su cara y así, intentando pasar desapercibida, caminaba por las calles, observando a cada una de las personas que se cruzaban con ella porque, entre todas esas caras, siempre encontraba algún tipo peculiar, único. Le divertía imaginar a qué se dedicaban, cómo vivían. Esa era su manera de ahuyentar la soledad que cada día le pesaba más, pues por su trabajo viajaba tanto que apenas tenía tiempo para estar con los suyos, con su familia, sus amigos.

Además, la mayoría de la gente que se le acercaba no lo hacía para conocer a la verdadera Katy, a esa chica sencilla a la que le gustaba el helado de chocolate y que fumaba como un carretero cuando estaba nerviosa. Esa que nunca usaba ropa interior roja porque pensaba que le daba mala suerte y adoraba los animales. La que se moría por tener niños, muchos niños, y por encontrar a alguien con quien compartir su vida. Esa que quería a su abuelo porque él había sido madre y padre a la vez. La Katy miedosa que tenía que tomar un tranquilizante para subir a un avión... Nadie se acercaba a conocer a esa Katy, tan solo deseaban a la modelo, a la chica delgada que se privaba de ese helado que tanto le gustaba para poder meterse en las tallas imposibles que los diseñadores sacaban en los desfiles, a la que iba a las fiestas por obligación. Tan solo querían a la famosa para salir en las fotos y, aunque llevaba tanto tiempo en la profesión que estaba acostumbrada, comenzaba a pesar, y mucho.

Se paró delante de una tienda de juguetes, algo llamó su atención. Era un precioso ti vivo en miniatura que adornaba el escaparate y que le recordó al abuelo Colin y a su amiga Carol. Los añoraba tanto.

Tan solo hacía dos meses que los había visto en el viaje fugaz que hizo a Kirkwall. Fue en Navidades, siempre se juntaban en esas fechas. Pasara lo que pasara, las dos reservaban esos días para visitar a Colin. El abuelo le regaló a Carol un ti vivo de tamaño natural. «¡Qué locura!», pensaron ambas. ¿Dónde lo iban a poner? Pero así era el abuelo, un loco al que ambas adoraban. Él pretendía restaurarlo junto a Carol y la verdad era que le hacía mucha falta porque estaba hecho polvo. Sonrió al recordar la cara de felicidad de su amiga y la de satisfacción del abuelo.

Entró en la tienda y, sin pensárselo dos veces, sin importarle ni siquiera el precio, lo compró pensando en Carol. Se lo regalaría la próxima vez que se vieran.

Estaba apoyada en el mostrador observándolo, la dependienta había sacado el juguete del escaparate, le había dado cuerda y la había dejado sola por unos instantes mientras iba en busca de una caja para guardarlo.

Contemplaba cómo los caballitos giraban y disfrutaba de la belleza de la música que sonaba melodiosa, cuando escuchó una voz profunda y conocida a su lado:

—Precioso —le decía.

Entonces lo miró. Michael, el fotógrafo, estaba junto a ella.

—¿De verdad te gusta? —preguntó con una dulce sonrisa.

—Me encanta —susurró con sus ojos azules puestos sobre ella y no sobre el ti vivo, que seguía girando sin descanso—. Es..., ¿es para tu hijo o hija?

—No, no... Es para una amiga, para mi mejor amiga, Carol. Tiene un significado muy importante para nosotras.

—Ah, ¿sí? Y... ¿cuál es? Si puede saberse, claro.

En otra ocasión, en otro momento en el que Katy no estuviese tan sensible, tan triste porque necesitaba a su gente, no le hubiera contado nada a un extraño; pero, a pesar de que siempre había sido estricta con su vida privada, se lanzó y se abrió a ese fotógrafo de pelo rizado, ojos azules y mirada expectante.

—Mi abuelo le regaló a Carol uno igual pero en tamaño natural estas Navidades. —Al ver su mirada de sorpresa, corrió a explicar—. Desde niña, a Carol le encantan los tíovivos. Un día, el abuelo estuvo en una feria de antigüedades y ese carrusel estaba tan estropeado que lo consiguió a precio de saldo. La idea es restaurarlo juntos.

Katy tuvo que dejar su historia a medias, a pesar de que él la observaba con total interés, porque la dependienta había regresado con la caja.

Michael la esperó. Tenía un sinfín de cosas que hacer, pero, al verla a través del escaparate apoyada en el mostrador, sus pasos tomaron el mando de su cuerpo, de su corazón y lo llevaron a su lado.

Salieron juntos y él propuso tomar un café, o quizá mejor comer algo, pues era casi mediodía. Ella aceptó. Ese hombre desgarbado y vestido de manera sencilla la atraía sin saber por qué. No era su tipo, pero tenía algo especial. En ese momento, no sabía qué era, pero más tarde descubriría que su don, lo que le hacía diferente al resto, era que él sí veía a Katy, a la verdadera Katy.

Se decidieron por un pequeño restaurante italiano que tenía mesas libres.

Él, caballeroso, retiró la silla para que se pudiese sentar. Eligieron juntos un menú degustación y un vino tinto.

—Esta ha sido la primera vez que he hecho fotos para una modelo —confesó Michael.

El camarero dejó un gran plato de *pizza* en medio de la mesa y cada uno se sirvió una porción.

—Se notaba. —La risa que soltó sonó como la más bella melodía a oídos de Michael.

—¿Tan mal lo hice? —Arrugó la frente y si no hubiera sido por la luz que desprendía la pequeña lamparita de la mesa, Katy habría pensado que se sonrojaba.

—No, no, por Dios, no quise decir eso...

—Tranquila, te entiendo... Sé que en un principio no fui muy profesional... Me sobrepasó todo... No esperaba verte desnuda.

Entonces fue ella la que intentó disimular su sonrojo.

—Tengo que serte sincero —continuó hablando Michael—, pensé que sería tedioso, que las modelos erais todas unas caprichosas incapaces de seguir órdenes...

—¿Y has cambiado de opinión?

—Totalmente. —Michael dejó el trozo de *pizza* que estaba comiendo sobre el plato y la miró con tal pasión que Katy soltó un suspiro entrecortado—. Me ayudaste, hiciste que mi corazón volviera a latir con normalidad.

Katy tuvo que bajar la mirada, la de él era tan intensa, tan abrumadora...

—Katy —llamó su atención y ella elevó los ojos—. Cuéntame más cosas de tu familia.

—¿Qué te gustaría saber?

—No sé... ¿Tienes... existe alguien especial en tu vida?

—¿Aparte de mi abuelo y mi amiga Carol?

—Creo que sabes a qué me refiero.

—No, no hay ningún hombre. ¿Y tú?

Michael bajó la mirada y cuando iba a responder, el teléfono comenzó a sonar.

Katy lo alentó a contestar y Michael, al ver que era ella, se excusó y salió a la calle.

Regresó al cabo de unos quince minutos pidiendo miles de disculpas, y más al ver que Katy ya había pagado la cuenta y se disponía a marcharse.

—No te preocupes —le dijo—, veo que estás muy ocupado. Yo... será mejor que me vaya a mi hotel.

—Te acompaño...

—No hace falta.

—Sí, sí lo hace.

Michael se sentía fatal, la había dejado un cuarto de hora sola en el restaurante y ella no había comido nada.

Caminaban sin tocarse, sin hablar apenas, y él lo hacía casi sin poder respirar porque su cercanía le anulaba hasta la necesidad de tomar aire.

—De verdad que lo lamento... Apenas has comido... —se disculpó de nuevo mientras le lanzaba una mirada de reojo.

—No ha sido culpa tuya, no debo tomar mucha *pizza*.

—¿Estás enferma? —preguntó preocupado.

—No, no —soltó una carcajada—, es la dieta.

—¿Dieta? —Se paró en la acera y la miró como si hubiese dicho una aberración—. Pero tú no necesitas adelgazar, estás... Eres tan preciosa, tan perfecta.

Estaban uno en frente del otro y Michael dio un paso para acercarse a ella. Se aproximó e invadió su espacio vital, pero a Katy no pareció importarle eso, ni las miradas de la gente que los sobrepasaba les lanzaban molesta, pues interrumpían su camino.

Michael jamás había sentido una atracción tan fuerte por nadie, ni siquiera por..., por ella. Pero Katy... Katy lo dejaba sin aliento tan solo con escucharla respirar.

Acercó su boca a la de ella porque no podía hacer otra cosa, porque si no lo hacía, quizá el mundo terminaría, los mares se secarían o el sol dejaría de brillar, así que tenía la obligación de ser el salvador del planeta y besarla.

Fue un beso tierno, labios contra labios sin más, aunque ese simple toque le mostró a Michael que estaba irremediablemente perdido, que ahora su mundo se tambaleaba y que se estaba metiendo en tantos problemas que seguramente saldría muy dañado. Pero no le importó, le dio todo lo mismo y más cuando Katy abrió la boca para dejarlo entrar, cuando sus lenguas se frotaron y un dulce gemido salió de la boca de ella.

Ya no había marcha atrás. Michael subió a la habitación de Katy en su hotel de lujo y le fue infiel a su mujer por primera vez en su vida. Pero no fue este su único pecado, también engañó a Katy al dejar sin respuesta la pregunta que ella le había hecho en el restaurante el tiempo suficiente como para que ella se enamorase profunda e irremediablemente de él.



2. Lo que la verdad esconde

Tres años después
Kirkwall, Escocia

Katy llevaba a su pequeñín sobre su pecho. Ishbel le había regalado un fular larguísimo, que en un principio miró con cara extraña, pero que ahora era como una parte más de su cuerpo. No podía ni imaginar cómo sería su día a día sin ese trozo de tela azul. Estaba delante del ordenador poniendo al día los correos y facturas que su hotel casi recién abierto generaba. Mientras trabajaba, su pequeñín dormitaba calentito y feliz, y ella podía disfrutar de él y escuchar su respiración y los ruiditos que hacía.

El recuerdo del día que Ishbel le trajo el mejor invento para bebés del mundo llegó con fuerza a su memoria. Dejó las teclas, las facturas y se quedó con la mirada clavada en la pantalla del ordenador con la única intención de escuchar el eco de sus recuerdos.

—¿Y qué se supone que voy a hacer con esto? —preguntó mientras observaba con detenimiento el largo trozo de tela...

—Es para llevar a tu bebé a todas partes.

—Pero ¿cómo?

—Trae, anda. —Ishbel resopló y le arrancó el fular de las manos—. Esto es lo más moderno del mercado. Los pediatras lo recomiendan porque no hace tanto daño a la espalda de la mamá como un portabebés y el pequeñín está cómodo, disfrutando del calorcito que desprende tu cuerpo y relajado por el latido del corazón.

Ishbel hizo una demostración práctica, usando a Colin, de la manera adecuada de colocar el fular y tanto Katy como Carol, que estaba presente, la miraban con la boca abierta.

—¿Cómo sabes tanto de esto? —interrogó Carol. Ishbel era joven, no tenía niños, ni los quería. No se la podía imaginar mirando tutoriales en internet para ver lo último en los cuidados de un bebé.

—El día que le dieron el alta a Katy, conocí a uno de los pediatras del hospital... —Su sonrisa radiante no dejaba duda alguna.

—¿Ligaste con el pediatra de mi bebé? —Katy no podía dejar de reír, Ishbel era un caso.

—*Es que está muy bueno —dijo a modo de excusa.*

—*Para ti, todos están buenos —intervino Carol.*

—*De eso nada, guapa, no todos.*

—*Con Lobo también lo intentaste. —Katy no dejaba de carcajearse.*

—*Es que él está también muy bueno —explicó.*

—*Eh, para, que es mi chico. —Carol era consciente de que estaban bromeando, pero, de todas formas, prefería dejar las cosas claras.*

—Katy, eh, Katy. —La voz profunda de Lobo la trajo de regreso al mundo real.

—Hola —saludó después de pestañear y esforzarse por rechazar la bruma que los recuerdos habían dejado en su mente.

—¿Dónde estabas?

—En el pasado. —Suspiró con fuerza y, tras salir de detrás del mostrador, le dio un tierno beso en la mejilla.

Lobo se había acostumbrado a esas muestras constantes de cariño. Al principio, le costó, ya que no era un hombre muy dado a besos y abrazos, pero con Katy no quedaba otro remedio que aceptarlos, pues ella era así, cariñosa, casi empalagosa.

—¿Y mi bebé? ¿Cómo está mi bebé? —A Katy le dio un ataque de tos al escucharle usar la voz chillona que utilizaría una dulce viejecita entusiasmada al ver a un pequeñín regordete de mofletes tersos. Tras la sorpresa, vinieron las carcajadas, que Lobo no acogió con mucha pasión—. Eh, tú... —la señaló con un dedo inquisidor—, ¿te estás riendo de mí?

—Pues sí, porque jamás pensé que te vería haciendo cucamonas a mi chiquitín con ese entusiasmo. Ay, Lobo, te has vuelto un blandito.

—Bah, tonterías. Anda, dame a mi chico, que tenemos que hablar de hombre a hombre.

No esperó contestación, se limitó a echar mano del lazo que ataba el fular y desabrocharlo. Katy colaboró encantada. Amaba a su hijo, pero un ratito a solas le vendría genial. Ayudó a Lobo a colocarse la tela alrededor de su torso y así el pequeño Colin dejó el confortable pecho de su madre, para disfrutar del agradable calor que desprendía su tío Lobo.

—¡Ni se te ocurra meterlo en el agua! —le gritó cuando lo vio salir por la puerta del hotel. Lobo jamás expondría a su niño a las inclemencias del tiempo, eso lo sabía, pero le gustaba ejercer de mamá pollito.

—Algún día lo haré, no se va a disolver en el agua. Este chiquitín va a ser un hombre fuerte y curtido como su tío —contestó antes de cerrar la puerta, y Katy se limitó a señalarlo de nuevo con su dedo inquisidor en una silenciosa amenaza que Lobo entendió a la perfección—. Qué sí, pesada, nada de agua... ¡Joder, ni que fuera un gremlin! —lo escuchó mascullar.

Katy se quedó con una sonrisa en la boca, Lobo era el hombre ideal y ella se sentía tan feliz de que estuviese con Carol. Él era todo lo que su amiga necesitaba, le aportaba paz, calidez y mucho, mucho amor. Y no solo era bueno para Carol, Lobo llegó a sus vidas para hacerlas sentir protegidas, para librarse del miedo a la soledad.

Katy lo quería casi tanto como a Carol, pero ese cariño no nació de manera espontánea, no. Ese cariño se lo había ganado con creces porque estuvo a su lado ayudándolas a poner el hotel a punto, porque fueron sus manos las que trajeron al mundo a su hijo y porque hacía tan feliz a su amiga que parecía flotar por los pasillos del hotel.

Regresó frente al ordenador e intentó continuar trabajando, pero la puerta se volvió a abrir.

Alzó la mirada hacia la persona que, con paso firme, se dirigía al mostrador. Cuando vio sus profundos ojos azules, su pelo rizado y su inconfundible aroma la golpeó, se le congeló el aliento.

No estaba preparada para que los fantasmas del pasado la visitaran, es más, jamás pensó que

ocurriría porque había volado lejos, muy lejos de él. Rompió todos los lazos que les ligaban, se deshizo de recuerdos, de amigos en común, de ataduras... Entonces, ¿cómo la había encontrado? Eso fue lo primero que se le pasó por la cabeza a Katy, eso y una necesidad imperiosa de respirar, pues parecía que de repente el aire se hubiese vuelto insano y sus pulmones, por su cuenta, hubieran decidido dejar de funcionar. Pero la respuesta le llegó con claridad al ver la expresión de estupefacción de Michael. Él tampoco esperaba reencontrarse cara a cara con el pasado, al menos, tan de golpe.

—¿Katy? —Nada más escuchar su pregunta se sintió estúpido. «Pues claro que es ella, imbécil», se reprendió.

Eran sus ojos, esos que cada día al cerrar los suyos aparecían en sus sueños. Era su piel perfecta y suave, esa que acariciaba en su mente. Era su boca... pero...

—Tu pelo... Pero ¿qué has hecho? —susurró.

—¿Qué quieres, Michael? —preguntó furiosa. Era increíble. Tras un año sin verse, tras su huida de él sin un adiós, él muy... se limitaba a hablar de su pelo.

La cara de su ex se transformó, pasó de la sorpresa, de la ternura con la que hacía tan solo un instante la había observado, a la furia.

Se tocaba su propio cabello con una mano y lo retiraba de su cara, No apartó ni un solo instante sus ojos de ella y, a cada pestañeo que daba, su expresión se tornaba más y más furiosa.

—¡Nada! ¡Ya no quiero nada de ti!

Katy abrió tanto los ojos por la sorpresa que le ocasionaron sus palabras y su forma de reaccionar, que parecían a punto de salirse de sus cuencas.

Dio los pasos que la separaban de él y se situó frente a Michael. No quería tener el resguardo del pequeño mostrador, deseaba demostrarle que no lo temía y que le haría frente.

Quizá había llegado el momento de desahogarse, de decirle todo lo que guardó en su interior y que con el paso de los días, de los meses, se había vuelto una ponzoña que logró cubrir su corazón y que llegaba a todo su cuerpo transportada por su sangre.

—¿Cómo te atreves? —Su voz, en un principio, sonó tranquila, contenida, pero poco a poco la fue elevando—. ¡¿Cómo te atreves a aparecer delante de mí y hacerte el... enfadado?!

—¡Pero ¿qué coño te has creído?! —La ironía en su forma de hablar le estaba sacando de quicio.

—¡¿Cómo?! —Pestañeó sorprendida—. ¡Serás cabrón! ¡No quiero saber nada de ti!

—¡Ni yo de ti!

Poco a poco, se habían ido acercando tanto, que sus narices casi se tocaban. Katy era bastante alta y Michael era un hombre con una estatura normal, así que no se notaba tanto la diferencia.

—¡Pues entonces... ¿por qué has venido en mi busca?!

Michael se echó a reír, la miró de arriba abajo y, con intención de meter el dedo en la llaga, le dijo:

—Pero ¿tú que te crees? No eres tan importante como para viajar desde Manhattan hasta el culo del mundo. Vine por trabajo, no en tu busca. Hace mucho que dejé de buscarte, Katy, no lo mereces.

Katy sacudió la cabeza, ¿cómo era posible que pareciese él la víctima del engaño?

—¡Eres un hijo de puta, Michael, eres un malnacido! —gritó casi al borde del histerismo.

—¡Haz el puto favor de dejar de insultarme! Estás loca, ¿sabes? Loca. Me dejas tirado sin una explicación y, encima, me insultas.

—¡¿Que yo te dejé tirado?! —Negó con la cabeza con incredulidad—. ¡No me lo puedo creer! —Soltó un bufido y una risa nerviosa—. ¡Esto ya es el colmo! —Tenía ganas de golpearlo, tantas,

que decidió alejarse unos pasos de él.

—Que yo sepa, fuiste tú la que se piró sin decir nada. No tienes ni puta idea de lo que he pasado. Te busqué, llamé a hospitales, incluso fui a la comisaría.

—¿Lo que tú has pasado?! ¿Y yo?! ¿Qué hay de mí?!

—Pues no lo sé, Katy, porque yo fui el abandonado y tú, la que decidió dejarme —le reprochó.

—¿Estás jugando Michael?

—¿Jugando?

—Mira, Michael, vete. Vete y déjame...

—Es lo que voy a hacer porque no quiero saber nada de ti, nada... Pero antes de irme, quiero saber por qué. Joder, Katy, ¿por qué me abandonaste?

—¿Porque te vi! —le gritó.

—¿Que me viste?

—Sí, te vi. Yo estaba fuera de la cafetería..., de esa en la que tú te besabas con tu querida esposa.

—¿Cómo?

O era un buen actor o de verdad no sabía de qué estaba hablando, así que Katy dudó.

—La besabas, Michael, la besabas y yo quise desaparecer.

Michael sacudió la cabeza, su frente permanecía arrugada como si intentase procesar todo lo que ella le estaba diciendo.

—¿Dios mío! —dijo con tal impotencia y tristeza que Katy lo miró sorprendida. Cada vez entendía menos sus reacciones—. ¿De verdad que hemos estado separados porque crees que me viste besar a mi exmujer?

—Te vi, no lo imaginé. La besabas, la besabas...

—No, Katy, no la besaba como lo hacía contigo. Simplemente, me despedía de ella. Era un beso de despedida.

Katy sintió como si el aire de la habitación hubiera desaparecido. Se mareó y buscó a tientas el mostrador para apoyarse en él.

—¿Has dejado a tu mujer?

—¿Sí, joder, sí! Te prometí que la dejaría y lo hice. Ese mismo día, lo hice. Es cierto que la besé, pero... después de siete años de matrimonio, quería terminar bien..., quería que lo nuestro fuera un bonito recuerdo y ¡claro que la besé!

—¿Sabes qué? —dijo de repente, tras un largo espacio de silencio—. Hubiese preferido seguir odiándote, hubiese preferido no saber nada porque todo era más fácil —explicó.

—Pues lo siento, Katy, es lo que hay. Quizá si hubieras esperado..., si me hubieses preguntado...

—Vete a la mierda, no me echas a mí toda la culpa, joder. Quizá si tú hubieses dejado antes a tu esposa, si hubieses hecho bien las cosas y roto con ella antes de acostarte conmigo...

Michael cerró los ojos, una punzada de amarga tristeza lo asaltó. Ella tenía razón, todo era culpa de él por lo cobarde que había sido.

—Katy, yo... —dudó de sus palabras, pero lo mejor era soltarlo todo, decir la verdad—... quiero serte sincero. —Tomó aire con fuerza—. No he llegado hasta aquí de manera casual. —Tragó el nudo que oprimía su garganta y prosiguió—. Te busqué de forma desesperada. Intuí que habías venido a Escocia, pero... joder, Katy, nunca mencionaste el nombre de este pueblo cuando hablabas de tu abuelo, de Carol... Era irritante porque no sabía cómo empezar, no tenía ni puta idea de cómo encontrarte. Visité agencias de viajes con el fin de dar con alguna pista que me trajese hasta ti, pero fue inútil. No encontraba nada hasta que un día, mirando por internet, vi el

anuncio de tu hotel y lo tuve claro. Este era el lugar donde te encontraría, lo supe con certeza cuando vi el tiovivo...

Katy bajó la mirada apenada. Todo ese tiempo, todo ese odio y él la había estado buscando. Cerró los ojos. El dolor era intenso, fuerte.

—No lo dude ni un instante, Katy. Tomé un vuelo, tenía que verte, tenía que saber los motivos porque no podía pasar página. La verdad es que no esperaba encontrarme contigo de una manera tan brusca. —Se llevó una mano a la cabeza en un gesto que indicaba que se sentía un tanto incómodo—. Me has pillado desprevenido. Luego, tus reproches... Siento haberme comportado así...

—Yo también lo siento, Michael.

De pronto, la puerta se abrió y Lobo entró como siempre lo hacía, como un vendaval.

—Katy, tu hijo no para de... —Se detuvo frente a Michael, observando con atención a ambos. Katy parecía alterada y él... él la miraba de una forma muy extraña—. ¿Pasa algo, Katy? —preguntó.

—No, no... Todo está bien —respondió. Su voz temblaba, todo su cuerpo lo hacía y Lobo se preocupó tanto que se acercó a ella y la sujetó con fuerza de la cintura.

—Katy, ¿qué pasa? —interrogó de nuevo.

—Ese niño... —Michael no se había recuperado de la confesión de Katy cuando llegaba a bocajarro ese hombre gigantesco con un bebé y decía...—, ¿es tu hijo, Katy? ¿Has tenido un hijo con... con él?

Tanto Katy como Lobo lo miraron sorprendidos.

—No, por Dios —dijeron los dos a la vez como si solo pensarlo fuese una aberración.

—¿Entonces? ¿Entonces de quién...?

La pregunta quedó suspendida en el aire. En el preciso instante en el que el fotógrafo miró a los ojos del pequeño, las dudas se disiparon. Ese bebé era suyo. Michael buscó un lugar en el que apoyarse.



3. La dama paga

Cuatro años después

—Una tostada... Bueno, mejor un par. Un café... —dudó—, o no, mejor dos. Un zumo, beicon, un par de huevos...

Rem enumeraba la larga lista de alimentos que pensaba ingerir antes de poner los pies fuera de esa habitación. Se iba a aprovechar todo lo que pudiese de las cuatro estrellas del hotel de lujo que su clienta le había pagado, estrujando al máximo su carta de menús.

—Sí —contestó a la pregunta que la señorita, amablemente, le había hecho sobre si lo quería tomar en la habitación.

Colgó tras un «gracias» y se volvió a tumbar en la confortable cama de sábanas suaves y blancas con un olor a limpio que le hizo sentirse en el paraíso.

—La gente rica sabe lo que es bueno —dijo en voz alta mientras se estiraba perezoso sobre el mullido colchón.

Merecía darse un capricho. Llevaba trabajando sin descanso casi quince días, aguantando a una de las peores clientas que había tenido nunca. Una niña caprichosa y malcriada que no hacía otra cosa que desobedecer las órdenes que le daban por su seguridad y que llevaba a todos los guardaespaldas que tenían el infortunio de trabajar para ella por la calle de la amargura.

Quince días con la diva le habían parecido quince meses y estaba tan agotado que, ahora que lo había relevado su compañero Robert, pensaba tomarse un par de días sabáticos de esos de no hacer nada, y encima en una *suite* de lujo.

Se colocó las manos bajo la nuca y observó el techo como si fuese lo único importante que tenía que hacer en todo el día. «Y lo es», pensó con una gran sonrisa en la boca.

Y lo mejor de todo era que por fin estaba libre de Nora, esa clienta caprichosa y consentida. Era muy bonita, eso no lo podía negar. Rubia, con grandes ojos verdes y un cuerpo de infarto, que por supuesto no era obra de la madre naturaleza, sino del dinero de papá. Pero su carácter insoportable y caprichoso hacía que sus demás atributos quedasen eclipsados.

Aunque no era para nada el tipo de mujeres que a Rem le gustaban. Él prefería las chicas naturales, sin pechos siliconados y labios pintados de rojo para atraer las miradas.

No quería seguir pensando en Nora y decidió centrarse en lo que haría durante sus dos días de descanso en esa ciudad, una que estaba muy lejos de su hogar y a la que le había llevado el trabajo de su cliente.

Nora era modelo —su papá también le había pagado eso— y se hospedaba siempre en los mejores hoteles. Así, Rem había terminado en esa habitación, con lujos que desde luego no pensaba dejar escapar.

—La dama paga —sonrió. Ya que tenía que soportarla, por lo menos se podía aprovechar de su dinero y vivir a todo trapo. Al fin y al cabo, solo se vería libre de ella dos días, después, le tocaría regresar a su calvario—. Pero ahora... ¡Libre! —se dijo para descartar el nefasto pensamiento de su regreso al trabajo. No quería pensar en Nora en esos dos días, nada de recordar a esa rubia pesada.

Decidió hacer planes. Desayunaría y después... tenía dos opciones: quedarse en la cama todo el día o subir a la espectacular piscina del ático y darse un buen baño. Seguro que el agua estaba caliente, dudaba mucho que no fuese climatizada. Nora se había bañado todos los días y era muy exigente. Lo más probable era que no soportara menos de veinticinco grados de temperatura en una piscina, aunque fuese pública.

—Me decanto por la piscina. —Ya se imaginaba flotando, nadando en el agua caliente, maravillosamente caliente y placentera.

Un toque en la puerta le hizo dejar por un instante su ensoñación. Sería su copioso desayuno, que vendría en bandejas de plata.

—Pase —dijo.

La puerta se abrió despacio y lo primero que Rem vio fue un carrito donde las bandejas con la comida desprendían un aroma delicioso.

Continuó con la mirada clavada en el intrincado dibujo del techo a la espera de que quien había entrado portando su desayuno lo dejase todo colocado.

Rem no estaba acostumbrado a que le sirvieran y limpiaran —siempre se había valido por sí mismo—, pero se merecía que alguien lo mimase, aunque fuese una desconocida camarera de un hotel de lujo.

—¿Dónde quiere que se lo deje, señor? —se decidió a mirarla.

Posó los ojos sobre el negro cabello que ella llevaba recogido en un moño bajo y se sentó en la cama como si de repente se hubiera accionado un resorte.

¡No se lo podía creer! Se parecía tanto a ella que, por un instante, pensó que estaba soñando.

Mar entró en la veinticuatro con un carro lleno de comida. «¿Quién se alojará aquí, un batallón?», pensaba. Incluso le costaba moverlo, así que cuando entró y, de reojo, vio a un solo hombre en la cama, se sorprendió.

No quiso mirarlo con detenimiento, estaba tumbado y quizá estuviera desnudo.

Llevaba unos meses trabajando en ese hotel y ya había visto muchas cosas que deseaba olvidar, así que había aprendido a entrar en las habitaciones sin mirar a los clientes directamente para evitarse situaciones desagradables.

—Hola —la saludó.

—Hola —contestó con educación.

Él la observaba de una forma extraña, incluso se levantó de la cama y, a pesar de que tan solo llevaba un pantalón de pijama, a pesar de estar casi desnudo, caminó hasta ponerse delante de ella.

Mar dio un par de pasos hacia atrás.

—¿Le pasa algo, señor? —preguntó un tanto asustada, y esa simple pregunta hizo que Rem

reaccionase por fin.

La estaba atemorizando. Sacudió la cabeza y se giró con el fin de dejar de mirarla. La pobre debía de pensar que era un loco...

—No, no, perdona..., es solo que me has recordado a alguien...

Mar se limitó a encogerse de hombros.

—Entonces, señor, ¿le dejo aquí el desayuno? —Mar se dedicó a su labor.

Se sentía tan violento e incluso nervioso. Ella se parecía tanto a Olga que el recuerdo de la morena lo había golpeado con fuerza.

—¿Cómo? —Su cara se tiñó de rojo y, de pronto, sintió la necesidad de ponerse una camiseta. «¡Serás estúpido!», se reprendió. Ella no era peligrosa, no le iba a atacar, no lo mordería... No era Olga. ¿Entonces? ¿Qué coño le pasaba?

En ese preciso instante, tomó la decisión. Llamaría a Jared y le pediría que investigase sobre Olga, necesitaba saber de ella. Quizá esa chica, con su pelo negro como la noche, era una señal.

—El desayuno —aclaró ella, ajena a los pensamientos que lo atormentaban.

—Claro, claro... —Se veía escarlata, tan colorado que parecía un tomate maduro—. Pues..., no sé. Déjalo donde quieras.

Mar caminó hasta el ventanal por el que la luz de la mañana se filtraba sin ningún tipo de impedimento, pues no había cortinas.

El sol proporcionaba un agradable calor en ese invierno tan frío, así que colocó el carrito con el desayuno justo en ese punto para que él se sintiese cómodo.

—Se lo voy a dejar aquí porque tiene unas magníficas vistas y el sol le acariciará y calentará mientras come.

Rem sonrió.

—Gracias.

—Si no quiere nada más, señor.

—No..., no..., así está todo bien.

Mar se marchó y él se sentó frente a su desayuno.

—¡Joder! —protestó enfadado con la situación. Tantas cosas por llevarse a la boca... y se le había quitado el hambre.

Al final, tomó tan solo una taza de café sin azúcar y sin leche, negro, muy negro. Hizo caso a su instinto y al destino y marcó el número de Jared.



La inconfundible melodía de *Hail and kill* de Manowar que había elegido para su móvil comenzó a sonar apenas regresó a la *suite* tras la visita a la piscina del ático.

—Hola, jefe —contestó al ver el nombre de Roy en la pantalla de su iPhone.

—¿Cómo vas?

—Bien, muy bien. Vamos, al menos hoy, que descanso...

—Ya, bueno... Rem tengo que pedirte un pequeño favor.

—Huy, huy, me suena muy mal.

—Se trata de Robert..., se ha puesto malo y ya sabes... Necesito que te olvides de tu minidescanso... Lo siento, tío...

Rem tuvo unas ganas tremendas de arrojar el teléfono y pisotearlo. Elevó los ojos al cielo en un claro intento de pedir un poco de clemencia. ¿Qué coño pasaba con el destino?

—¿No puedes pedírselo a otro?

—No. Tú eres el mejor, lo sabes.

—Joder, no aguanto a esa tía, Roy.

—Vamos, hombre, es solo una niña.

—Una mierda, es una mujer con muy mala hostia.

—Ya será menos, seguro que exageras. Aguanta un poco más, por favor...

Rem comenzó a caminar por la habitación, estaba muy cabreado.

—¿¡Exagerar?! —gritó—. ¡Exagerar! ¿De verdad crees que exagero? Mira, esa tía me ha levantado de la cama porque le apetecía salir de fiesta, me ha insultado, no es capaz de aprenderse ni mi nombre y me llama chico. He tenido que dejar de comer porque se le antojó salir de compras...

—Vale, vale, te entiendo... Pero, por favor, cúbreme solo unos días. Después, te prometo que te daré un trabajo sencillo.

—¡Vaya puta mierda! —chilló enfadado—. Joder, vale, lo haré... —Al final, el jefe siempre se salía con la suya. No podía negarle nada a la persona que lo había ayudado tanto, que apostó por él cuando nadie más lo hacía.

Rem pudo escuchar con claridad el largo suspiro de alivio que Roy soltó.

—Gracias, gracias, te juro que te lo recompensaré. ¿Recuerdas a Mila?

—¿La escritora?

—Exacto.

—Joder, pues claro que la recuerdo.

Mila era una mujer dulce, cariñosa y siempre les trataba como si fuese su madre.

—Pues ese será tu próximo trabajo. Robert y tú vais a viajar con Mila a Escocia. ¿Qué te parece?

—Pues que esa sí es una buena recompensa a la putada que me acabas de hacer.



Nora lo reclamaba en su habitación y Rem caminaba como lo harían las ovejas hacia el matadero.

Antes de tocar la puerta, se colocó los puños de la camisa, se acomodó el nudo de la corbata y se atusó el pelo pasándose una mano por él. Lo llevaba engominado y totalmente estirado, dejando su frente al descubierto. Odiaba peinarse así, pero la imagen era muy importante y sus rizos, según parecía, no resultaban apropiados.

Tomó aire con fuerza y llenó su mente con los paisajes de ensueño de Escocia en compañía de Mila. Ese sería su próximo trabajo. En su boca, se dibujó una sonrisa y se decidió a pasar el mal trago lo antes posible, así que llamó con dos toques y ella lo invitó a pasar.

Estaba sentada en uno de los butacones, llevaba una bata de seda rosa y miraba un montón de fotos que, seguramente, pertenecerían a la sesión que había tenido el día anterior.

—Vamos a salir dentro de una hora más o menos —le dijo sin elevar la mirada, sin ni siquiera decirle «hola»—. Ten el coche preparado.

Rem se limitó a asentir. Si ella no era educada, él tampoco lo sería.

«¿Y para decirme esto me haces venir?», se preguntó cabreado. Existía una cosa llamada móvil que servía para eso.

Nora continuó inmersa en sus fotos y Rem decidió marcharse, así que comenzó a caminar hasta

la puerta.

—¿Dónde se supone que vas? —Por fin fijó sus ojos en él.

—A preparar el coche —contestó Rem.

—Aún no te he dicho que te vayas, chico.

Rem cerró los ojos y contó hasta diez. Ese «chico» lanzado con burla se le había clavado en su orgullo y le provocaba unas tremendas ganas de azotarla como si fuese una niña.

—¿Quiere algo más, señora? —pronunció con los dientes apretados.

En ese momento, unos nudillos golpearon la puerta y Nora dio la orden de pasar.

Emy, su asesora personal, entró como una exhalación acompañada de una de las camareras, que traía una bolsa procedente de la tintorería.

—¡Ya está aquí tu vestido! —exclamó entusiasmada.

—Chica, déjalo sobre esa silla —le ordenó Nora a la empleada.

Mar caminaba tímida por la lujosa habitación con un traje entre las manos que seguramente era de algún diseñador famoso y que pesaba un montón. Fijó los ojos en el hombre vestido de gris. Era el cliente al que hacía unas horas le había llevado el desayuno. Lo saludó con una sonrisa tímida y tuvo el infortunio de tropezar con la pata de la silla en la que se le había ordenado dejar el traje, con la mala suerte de que la botella de vino que estaba en la cubitera cayó, manchado la bolsa donde el vestido de gala debía permanecer protegido.

—¡Serás estúpida! —escupió Nora y corrió hasta su vestido, ese que pensaba lucir en la fiesta que dentro de unas horas tendría lugar en una de las salas más famosas de la ciudad.

Le arrebató la funda sin ninguna delicadeza, desabrochó la cremallera y comprobó si la prenda había sufrido algún daño.

—Oh, por Dios, ¿cómo se puede ser tan torpe?

Mar intentaba pedir disculpas, pero Nora no atendía a razones y la miraba furiosa.

Rem dio un paso hacia ella. Quería protegerla, deseaba alejarla de esa mujer sin escrúpulos, pero Emy lo sujetó por un brazo y, con la cabeza, negó, indicándole que sería peor si se metía en medio. Conocía muy bien a Nora y estaba segura de que si el guardaespaldas intentaba ayudar a la chica, terminaría siendo él el objetivo de su enfado.

—¿Sabes lo que cuesta este vestido? —le preguntó a Mar, que estaba al borde del llanto.

—No, señora. Pero no ha sufrido ningún daño...

—Por suerte para ti, no, pero si llegas a estropearlo, lo hubieras tenido que pagar y ni vendiendo tu cuerpo lograrías sacar suficiente dinero.

—¡Basta ya! —Mar escuchó la voz de Rem a su espalda, pero no se atrevió a moverse—. El vestido está bien, no se ha manchado, ¿verdad? —No obtuvo respuesta, pero no le importó.

Esa chica le recordaba tanto a Olga que oír a Nora hablarle así le provocó una terrible necesidad de protegerla, de ayudarla. Pero claro, era la forma de ser de Rem, siempre protector con los demás. No podía soportar las injusticias, pues las había vivido en sus propias carnes. Le hubiera gustado que alguien se hubiese fijado en él y en su hermano, siempre temerosos, siempre plagados de cardenales, de golpes tan visibles que parecía increíble que nadie, ni los profesores, reparase en ellos. Nunca tuvieron ayuda, todos miraban para otro lado. Pero Rem no, él jamás soportaría ver algo así y no hacer nada.

Emy soltó un suspiro, conocía a su jefa y, después de las palabras que había lanzado el guardaespaldas, estaba segura de que se iba a desatar el infierno.

—¡¿Cómo has dicho?! —gritó. Estaba roja, sus ojos desprendían chispas y sus manos se crispaban en torno a la tela del vestido.

—Nada, Nora —intervino la asesora en un intento de poner paz y tranquilidad—. Anda, suelta

el traje o lo arrugarás. —Usó un lenguaje dulce y tranquilizador, como si estuviese hablando con una niña pequeña.

—He dicho... —Rem estaba tan cansado, tan harto de aguantarla. La pobre Emy le hacía gestos para que cerrase el pico y se mordió la lengua. No podía estropear el trabajo, Roy no volvería a confiar en él. Su cara se tiñó de un rojo intenso, estaba haciendo un esfuerzo titánico por no mandarla a la mierda.

—¡Mira, chico...! —comenzó a berrear Nora, pero Mar no le permitió continuar, consiguió callarla, pues sin poder soportar más lo que estaba sucediendo en la 205, salió de la habitación sin mediar palabra, sin despedirse. Tan solo abrió esa puerta y la atravesó.

El menos sorprendido ante la reacción de la camarera fue Rem, que suponía cómo se debía de estar sintiendo.

—Mierda —dijo con esa voz grave que poseía y, sin más, se dirigió a la puerta. Más tarde, le tocaría pedirle disculpas, pero ahora necesitaba cerciorarse de que ella estaba bien.

Cerró y corrió por el pasillo detrás de Mar.

—Espera. —La retuvo sujetándola por uno de sus delgados brazos—. ¿Estás bien?

—Yo... sí —asintió.

—No le hagas caso, ella... —Cerró la boca. ¿Qué podía decirle?, ¿que era una auténtica imbécil sin escrúpulos?

Rem se llevó las manos al pelo engominado consiguiendo revolverlo.

—Gracias por todo, no te preocupes por mí. —Mar tocó su brazo y le sonrió. Se despidió con un movimiento de cabeza y comenzó a caminar hacia la escalera dejándolo solo en el pasillo.

—Mierda —dijo en voz alta.

«La has cagado, joder», se reprendió. Ahora tendría que pedirle disculpar a Nora, el trabajo era para él muy importante, no podía fallar.

Elevó su mirada al cielo. Ese día había conseguido dos cosas gracias a Mar. Se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba saber de Olga, pero también había fastidiado el trabajo y, por su instinto de protección, tendría que arrastrarse frente a esa mujer a la que detestaba para pedirle disculpas.



4. Café y un par de muffins

Dos meses después. Aeropuerto de Manhattan

—Jefe, ya estamos en el aeropuerto. Exactamente, en la maldita cola de una de las cafeterías. —Rem miraba con atención a todos lados vigilando a la clienta, que se había empeñado en tomar un café y estaba en la larga fila esperando su turno para pagar tres capuchinos y un montón de *muffins* de chocolate.

—Os dije que no os entretuvierais.

—Ya, ya, pues si lo ves tan fácil, ven tú e intenta persuadirla. Es un hueso duro de roer. Ha insistido tanto que no nos quedó otro remedio que seguirla hasta la cafetería. Era eso o amordazarla y atarla.

—Ya será menos, seguro que exageras.

Rem puso los ojos en blanco. Cómo se notaba que Roy no había convivido con ella.

—Te aseguro que no exagero nada, pero claro, tú tan solo la has visto un par de veces...

—Y siempre ha sido encantadora —le interrumpió.

—No, si encantadora es un huevo, hasta el punto de que no solo ha pedido café para ella, sino que ha insistido en invitarnos e incluso nos vemos obligados a comernos un par de *muffins*...

—Pobres, qué pena me dais —soltó entre risas—. Deja de quejarte, que te he dejado el mejor trabajo de todos. ¿O hubieras preferido seguir con Nora? —Rem negó con vehemencia a pesar de que su jefe no podía verlo. Tras lo sucedido en el hotel, tuvo que pedir disculpas. Roy lo obligó casi a arrastrarse hasta que Nora les permitió terminar el trabajo y, por fin, tras el cambio de personal, tanto Rem como su compañero se libraron de ella. Aunque Roy ya estaba acostumbrado, pues no le quedaba más remedio que rotar a sus chicos muy a menudo porque no aguantaban por mucho tiempo a la diva insufrible y maleducada—. Te dejo una dulce mujer que te invita a *muffins* y tú no haces otra cosa que protestar.

—Vale, vale, tienes razón. Dejaré de quejarme.

—Cuida bien de ella, su editor me está volviendo loco. Ve peligro en todos los sitios.

—Ya me contó Mila que esto de llevar guardaespaldas es cosa de él.

—Pues sí, porque está obsesionado con la seguridad de su autora más importante. Se

obsesionó cuando un tío la amenazó hace unos años y, desde entonces, no deja que vaya a ningún sitio sin guardaespaldas.

—Por un lado, es normal, hay mucho loco suelto. Tranquilo, jefe, está en buenas manos.

—Ese es mi chico. Dame el *OK* cuando lleguéis a Kirkwall.

—Sí, jefe. Te dejo, que voy a tomarme un capuchino con mucha nata y un par de *muffins*.

Ambos colgaron tras decirse adiós y Rem caminó hasta la mesa que ocupaban Mila y Robert.

Mila lo recibió con una de sus dulces sonrisas y su compañero le hizo sitio a su lado.

—¡Vaya, qué buena pinta! —exclamó feliz al ver el gran vaso de papel del que sobresalía la nata y sus dos *muffins* sobre la bandeja que tenía enfrente.

—¿Ves?, y me decías que no te apetecía tomar nada —le reprochó Mila.

—Rem nunca se sacia, siempre tiene hambre —intervino Robert, que conocía muy bien a su compañero. Roy siempre les asignaba a ellos los mismos trabajos como si fuesen pareja. Se equilibraban porque eran totalmente distintos, sabían trabajar en equipo y eso, a la hora de enfrentarse a alguna de sus misiones como guardaespaldas, ayudaba y mucho.

—Las dos cosas más maravillosas de esta vida son comer y foll... —dejó la palabra sin terminar al recibir un codazo de Robert.

—¿Y follar? —Mila reía a carcajadas las ocurrencias de su guardaespaldas. Durante los últimos años había tenido muchos y diferentes profesionales, pero como Rem, ninguno—. No le reprendas Robert, a ver si te piensas que no he follado nunca.

—No, señora... yo... —El aludido se puso rojo.

—Usted habrá follado mucho más que nosotros —saltó Rem—, lo digo porque al ser más mayor... —Otro codazo de su compañero le hizo saltar en el asiento.

Mila no podía parar de reír. Entre el poco filtro que Rem tenía al hablar, lo extrovertido que era y lo tímido y retraído que era Robert, la diversión estaba asegurada.

—Te garantizo que he sabido disfrutar de las dos cosas que tú sabiamente has dicho que son las mejores de la vida y con las que yo, por supuesto, estoy cien por cien de acuerdo.

Rem asintió complacido, le gustaba esa mujer. «Si no fuera por la diferencia de edad...», se dijo.

—Qué pena no haber nacido antes —le susurró con tono soñador y ella se limitó a acariciar una de sus mejillas mientras le sonreía.

Mila tenía sesenta años muy bien llevados. Se mantenía en forma, delgada, siempre perfectamente arreglada, con unos preciosos ojos verdes que brillaban y aportaban paz a quien tenía la oportunidad de mirarse en ellos. Parecía más un hada que una mujer normal que había vivido mucho en muchos sitios, conocido a gentes de todo el mundo, cometido un montón de locuras, publicado más de doscientos libros y amasado una fortuna que le permitía vivir de manera holgada y hacer lo que le daba la gana sin pensar en nada.

Pero ahora estaba en un momento de su vida en el que necesitaba tranquilidad, paz... Quería terminar su próxima novela, una que sería muy especial, pues sería la última. Con ella, pondría fin a su larga carrera de escritora y qué mejor sitio para hacerlo que Escocia y, dentro de ella, las islas Orcadas, un lugar que le inspiraría un millón de historias de amor, ya que Mila era una de las autoras más importantes y famosas de novela romántica. Aunque aislarse del mundo para escribir, por supuesto, no era sinónimo de aburrirse y con esos dos, seguro que su viaje a la otra punta del mundo, a un hotel tranquilo y aislado, no sería nada tedioso.

Terminaron el café entre conversaciones extrañas. Rem era un tipo peculiar, no se callaba nada de lo que se le pasaba por la cabeza, le gustaba reírse de todo, incluso de sí mismo. Su sonrisa era sincera, siempre la lucía y le hacía tan atractivo que la mayoría de las mujeres con las que se

cruzaban camino de la puerta de embarque se volvían a mirarlo. A Mila le entretenía observar cómo muchas de ellas intentaban llamar la atención de su guardaespaldas de manera incluso descarada, pero lo más divertido de todo era que él ignoraba lo atrayente que era y que, con su caminar seguro de sí mismo, no pretendía atraer miradas, sino que era parte de su personalidad.

—Dime algo, Rem. —Mila se acababa de abrochar el cinturón. El asiento de al lado lo ocupaba su guardaespaldas preferido, mientras que Robert estaba sentado en el pasillo de al lado.

—Dispara. —Sonrió y unos preciosos hoyuelos adornaron sus mejillas.

—¿No hay ninguna chica especial en tu vida? —Se conocían lo suficiente para tener ese tipo de conversación. Era la segunda vez que Roy le asignaba su protección, ya habían pasado muchos días juntos.

—¿Me estás tirando los tejos, Mila?

—Ay, Rem, si hubiese nacido unos años antes... seguro que sí, pero ya estoy mayor para aguantar el ritmo loco de un chico como tú.

Rem soltó una atronadora carcajada, porque así era él, ruidoso, divertido...

—No, no hay nadie.

Mila notó que su expresión cambiaba. El tema le resultaba incómodo y eso quería decir que en su cabeza existía alguien especial, aunque se lo negara a sí mismo.

—Pues es una pena, porque eres un chico muy guapo. —Le tomó la mano que tenía sobre el reposabrazos y él le acarició el dorso.

—Mila..., ¿estás segura de que no quieres nada conmigo? —Su tono no admitía ninguna duda, estaba bromeando.

—Tú mismo lo has dicho: si hubieras nacido antes. Pero podría ser tu madre y eso...

Dejó la frase sin terminar porque observó con preocupación cómo Rem se acababa de poner pálido. El brillo travieso de sus ojos azules, de repente, había desaparecido y su perenne sonrisa se acababa de transformar en una mueca tristoná.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada, mientras le acariciaba una de sus mejillas.

—Sí, sí, tranquila, es solo que me dan miedo los aviones. —Ni él mismo se creyó esa mentira.

Sí era cierto que el avión comenzaba a ascender y podría haber sido una excusa, pero Mila veía más allá de su mirada triste. No era fobia lo que ese hombre sentía, era pena. No quería presionarlo, sabía por propia experiencia que existían temas dolorosos que se guardaban muy dentro y que tan solo daban la cara en el momento oportuno con la persona adecuada, y esa no era la ocasión, así que trató de cambiar el rumbo de la conversación. Quería que regresara el auténtico Rem, el despreocupado y divertido.

—Me alegró mucho cuando Roy me dijo que te había asignado a ti como mi guardaespaldas. —Su sonrisa era sincera. Mila y él se conocieron cuando sustituyó a uno de sus compañeros, estuvo con ella un par de meses y la verdad es que entre ellos se había establecido una relación muy especial de confianza y cariño. Mila era una mujer con la que se trabajaba muy bien, todo lo hacía cómodo y sencillo. Sabía cómo comportarse en caso de peligro, siempre obedecía las normas, pedía consejo cuando quería ir a algún sitio y tenía en cuenta a la gente que trabajaba para ella.

—Con sinceridad, yo también me alegré. Los dos meses que pasé cuidándote fueron los mejores...

—¿De verdad?

—Mila, tú haces que adore mi trabajo.

—Eh, vaquero, para. ¿No estarás enamorándote de mí?

Ambos rieron a carcajadas.

—Me encantaría enamorarme de ti.

Mila apoyó la cabeza en su brazo y suspiró.

—Me parecía egoísta llevaros tan lejos, pero necesito aislarme de todo. Este libro es muy importante y necesito paz.

Rem depositó un pequeño beso en el cabello canoso de Mila.

—Pues a mí me hiciste un gran favor.

Ella se puso rígida y lo miró sorprendida.

—¿En serio?

—Muy en serio. También quería alejarme, necesito un poco de espacio. Han pasado muchas cosas últimamente en mi vida...

Mila regresó a la posición inicial con su cabeza sobre el grueso y fuerte brazo de él.

—Pues me alegro entonces. Vamos camino de un hotel alejado de todo, ideal para perderse y escribir sobre el amor.

—Cuéntame cosas de ese sitio. Nunca he estado en Escocia y mira que lo he tenido fácil. Nací en Inglaterra.

—Kirkwall es un lugar mágico y el hotel que he escogido es tan acogedor, tan bonito y único que te quitará el aliento. Está al borde de un acantilado. Para ir a la playa, hay que descender una larga escalera de piedra por la que merece la pena bajar, pues cuando llegas al final, te encuentras sumido en la paz, en un lugar especial con una preciosa cala y un mar embravecido. —Mila cerró los ojos al recordar todas y cada una de las sensaciones que tuvo la primera vez que visitó el hotel Edge of the Cliff.

—Por cómo lo describes, estoy deseando llegar.

—Sé que te gustará. No creo que exista nadie en el mundo que no se enamore de ese hotel.

Tras soltar un profundo suspiro, Mila permaneció con los ojos cerrados.

—¿Cómo terminaste en Nueva York? —Su pregunta le sorprendió porque pensaba que se había quedado dormida.

—Nací y pasé mis primeros años de vida en Falmouth, pero... —El tema le resultaba tan incómodo que Mila se reprendió por haberlo sacado—. Necesitaba encontrar a alguien que perdí, a una persona que me arrebataron de manera cruel y..., bueno..., me arriesgué y tomé un vuelo con el poco dinero que tenía.

Mila pensó que iba a seguir con su historia, pero de repente se quedó callado.

—Sé que este tema es doloroso para ti, solo quiero saber algo más y prometo dejarlo estar.

Rem suspiró, asintió y, con un gesto de su mano, le indicó que estaba preparado para responder.

—¿Encontraste a esa persona que buscabas?

—Sí, la encontré.

No hubo más preguntas ni más conversación. Mila se quedó dormida con una de sus dulces sonrisas y Rem se limitó a mirar por la pequeña ventanilla del avión y a recordar a su hermano.



5. Los guardaespaldas

Kirkwall

Ishbel entró como un vendaval, con su perenne sonrisa de labios rojos y una de sus pequeñas y cortísimas faldas vistiendo sus regordetes muslos.

—Hola, Katy.

—Hola, preciosa.

—¿Qué haces? —Se apoyó en el mostrador.

—Estoy poniendo en la página que tenemos todas las habitaciones reservadas hasta por lo menos dentro de un mes.

—Vaya, qué bueno.

—Sí, estoy muy contenta.

—¿Dónde está Colin?

Katy suspiró con tristeza.

—Se lo ha llevado Michael. Le toca.

—Jo, que faena eso de la paternidad compartida.

—Pues sí.

El silencio de Ishbel hizo que Katy dejase de teclear y levantase la mirada para prestarle atención.

—Venga, va, pregunta.

—¿Ahora me lees la mente? —soltó Ishbel.

—Siento cómo los engranajes de tu cabecita suenan. Quieres preguntarme algo y no sabes cómo.

—Es cierto. Ya es hora de que te diga lo que pienso. Mira, Michael está colado por ti, es el padre de tu hijo y deberías darle una oportunidad.

Katy puso los ojos en blanco. Michael se había ganado el cariño de todos. Desde que se enteró de que tenía un hijo, pasaba largas temporadas en Kirkwall, donde había alquilado una casa. Según parecía, también había conquistado a la pequeña Ishbel.

Estaba un poco harta porque esa conversación ya la había tenido con Carol, incluso con Lobo.

Parecía que todos se estaban confabulando contra ella y a favor de Michael.

—Ay, Dios mío. —Suspiró con fuerza, se apoyó en el mostrador, exactamente como lo estaba Ishbel, tomó aire y se decidió a darle la misma explicación que le había dado a Carol y a Lobo—. Sé que Michael es un buen padre; sé que lo pasado, pasado está; que me quiere; que adora a su hijo y que su hijo lo adora, pero... No quiero..., no puedo tener una relación seria. El único hombre que deseo en mi vida es mi hijo.

—Pero...

—No, no hay peros. Michael puede seguir viendo a Colin. Por muy doloroso que sea para mí, he aceptado el régimen de visitas que de forma amistosa hemos acordado. Es más, ahora estoy muerta de pena porque mi niño estará lejos y el tiempo se me hará eterno. Lo acepto por Colin, porque necesita a su padre y yo no tengo ningún derecho a privarle de su cariño, pero... nada más. Michael es historia. Los hombres, para mí, son historia.

—¡Ja!

Katy no hizo caso al arranque infantil de su amiga y continuó tecleando.

—Anda, cuéntame. ¿Cómo te va todo? —Katy intentó cambiar de tema. Siempre le daba resultado preguntar por su vida, a Ishbel le encantaba hablar de sí misma.

—Bien, perfecto y maravilloso —canturreó dichosa mientras se mordía el labio inferior.

—Vaya, vaya, vaya... ¿El pediatra? —interrogó Katy.

Todos adoraban a Ishbel, era la muchacha más encantadora de la villa de Kirkwall. Además, tanto Carol como ella le debían mucho pues, durante un tiempo tras nacer Colin, cuando se vieron agobiadas con un bebé, un hotel recién inaugurado y sin la ayuda imprescindible de Lobo, Ishbel dejó su tienda en manos de Ada, la chica que contrató, para echarles una mano gigante y necesaria. Eso nunca lo olvidarían. Para ellas, Ishbel era un miembro más de la pequeña familia que habían formado.

—¿Pediatra?, ¿qué pediatra? —La miró como si hubiera dicho una blasfemia que la llevaría directa al infierno—. Ese ya pasó a la historia. Ahora hay otro hombre en mi vida, uno que me quita el aliento. —Suspiró con fuerza—. Es tan guapo, la tiene tan grande y gorda.

—¡Tú no paras! —Katy la miró estupefacta, Ishbel cambiaba de chico como de color de uñas—. ¿Cómo lo haces? Me muero de envidia —se lamentó. Hacía mucho que no cataba varón y, a pesar de que se había jurado no caer de nuevo en los brazos de ningún hombre, monja no era. Le gustaba el sexo y se moría por volver a sentir dentro de ella una como la que Ishbel comenzó a describirle con total claridad—. Para, para, que me estás poniendo los dientes largos. —La frenó porque Ishbel no tenía filtro y, aunque ella también carecía de él, se estaba poniendo mala. La necesidad aumentaba conforme pasaban los días, los meses...—. No seas más cruel... —sollozó.

—Ay, Katy, perdona. No quiero ser una bruja contigo, sé lo que es estar a dieta, pasar hambre y que te muestren un postre delicioso..., pero necesitaba contárselo a alguien y con Carol...

—Lo sé, con ella no se puede hablar de estas cosas porque se escandaliza. Y eso que todas las noches se escuchan por los pasillos sus «Ay, sigue..., me corro... Sí, sí. Sigue, sigue. Qué bien lo haces...». Me tienen harta. —Ishbel reía a carcajadas al escuchar cómo su amiga representaba un orgasmo a la perfección. Parecía que lo estaba viviendo con intensidad, cuando un carraspeo le hizo dejar de carcajearse al instante.

—Muy buenos días, siento interrumpir tu clímax, pero tenemos habitaciones reservadas.

Katy cerró los ojos con fuerza con la absurda y estúpida idea de que si ella no lo veía, quizá él tampoco. «Como si tuvieses el poder de la invisibilidad», se dijo. Pero los abrió de golpe y él continuaba mirándola con una sonrisa traviesa en la boca.

—Disculpe, yo...

—No hay nada que disculpar, el espectáculo ha sido magnífico.

Katy observó con descaro al hombre que tenía frente a su mostrador. Era guapo, muy guapo, de ese tipo de tíos que podrían ser peligrosos si lo que buscas es algo más que un polvo porque tenía pinta de sinvergüenza, de los que jamás se comprometen. Era justo el hombre que ella necesitaba y, dentro de su cabecita loca, se frotaba las manos. «¿No querías sexo?, pues aquí tienes justo lo que necesitas. Solo hay una pega —se dijo—, es un cliente».

—¿Viene con Mila? —interrogó. Ella y sus dos guardaespaldas eran las únicas reservas que tenía. Habían alquilado todo el hotel y eso era magnífico porque cobraría lo mismo, pero tendría menos trabajo.

—Sí, cariño, Mila Peláez. —La mujer que contestó a su pregunta entraba agarrada del brazo de otro hombre, este más serio, pero también muy atractivo.

—Oh, Mila. —Katy salió de detrás del mostrador casi a la carrera y se lanzó a los brazos de la dulce mujer, que la arropó con cariño.

Estuvieron aferradas la una a la otra hasta que Mila la separó de su cuerpo para poder contemplar a su amiga.

—Estás tan bonita que quitas el hipo —le dijo mientras pasaba una de sus manos por el cabello de Katy, que ya había crecido bastante.

—Anda ya, exagerada...

—No, querida, no exagero. Estás preciosa, se nota que la maternidad te ha embellecido. Y dime... —Mila recorrió todos los rincones de la recepción con la vista—, ¿dónde está el pequeño Colin?

—Su padre se lo llevó a Manhattan —dijo Katy tras soltar un suspiro de tristeza.

—Oh, cariño, con las ganas que tenía de verlo. Estará enorme.

—Imagina, ya es casi un hombrecito travieso y alegre. —Se notaba el orgullo que imprimía en sus palabras al describir a su pequeño—. Te presento a Ishbel, es una buena amiga que nos ayuda en el hotel.

La aludida se abrazó a Mila como si la conociera de toda la vida.

—Encantada —saludó ella con una preciosa sonrisa—. ¿Y Carol y ese espécimen tan apetitoso que tiene por marido?

—Tampoco están, aprovecharon para hacer un viaje a una casa que tienen en Staton.

—En fin, espero no quedarme sin verlos —dijo con pena—. Pero si sucede, me servirá de excusa para hacer otro viajecito a las islas. —Le guiñó un ojo—. Bueno, queridas, ahora quiero presentaros a mis chicos —explicó indicándoles a los dos gigantes que permanecían quietos a su lado y observando la escena con mucho interés—. Él es Robert. —Lo señaló—. Que no os engañe su gesto de mal humor; en el fondo, es un cielo. —Mila le guiñó un ojo a Ishbel al ver cómo lo miraba. Según parecía, le había gustado mucho. El aludido se puso muy colorado y apenas acertó a tenderle la mano a Katy, que se la estrechó con suavidad, y después a la pequeña rubia de labios rojos que parecía querer devorarlo—. Y él —suspiró de forma melodramática—, él es Rem. Mucho cuidado, niñas, porque os robará el corazón.

—Encantado, bellezas —dijo de forma espontánea. Se acercó a Katy y dejó un beso en su mejilla, sorprendiéndola con su descaro. Después, tomó una mano de Ishbel y la besó como si fuera uno de esos caballeros antiguos.

Katy intentó recuperarse del *shock* que le produjo sentir los labios suaves y húmedos de Rem, su aroma y el *sex appeal* que desprendía por todos los poros de su piel. Pero Katy siempre había sido experta en disimular sus sentimientos. Años de pasarela, de fotos, de posar, la habían enseñado a controlarse, a poner cara de póquer cuando por dentro sentía todo lo contrario, así que

usó todas sus armas y le sonrió.

—Tengo las habitaciones preparadas —explicó Katy, que les tendió las llaves y les indicó cómo llegar.

—¡Ostras! Madre mía, Katy, ¿quiénes son? —Ishbel recuperó milagrosamente el habla en el preciso instante en el que Mila y sus chicos las dejaron solas.

—Pues sí que te han gustado —dijo Katy entre risas. Para que su amiga perdiese el habla, hacía falta mucha testosterona—. Mila es escritora, y muy famosa. ¿Te suena *Romper los límites*? —Ishbel asintió encantada, era uno de sus libros preferidos—. Y esos hombres que te han impresionado tanto como para que pierdas el habla son sus guardaespaldas —contestó a su pregunta y, de nuevo, se carcajeó al contemplar la expresión de asombro en los ojos de Ishbel.

—¡Vaya! —logró balbucear—. ¿Crees que me firmará su libro?

—¿Tú te has leído su novela?

—Pues claro. ¿Tú no?

—No he tenido mucho tiempo...

—Eso es una estúpida excusa —la interrumpió. Parecía molesta—. Siempre hay tiempo para leer un buen libro y ese es increíblemente bueno. Tan erótico, tan descriptivo...

—Vale, vale, prometo leerlo.

—Más te vale, seguro que aprendes muchas cosas... —Soltó un suspiro y, de repente, cambió de tema—. Mi peli preferida es *El guardaespaldas*. —Utilizó un tono tan melodramático que a Katy volvió a darle la risa.

—Bah, nada que ver. Eso es ficción pura y dura y estos son de verdad, de carne y hueso.

—¡Y, madre mía, vaya carne! Uff, calores me han dado solo de verlos. Están muy buenos. —Y para darle más énfasis a sus palabras, comenzó a abanicarse con una mano.

—Mucho, pero no te fijes en ellos porque aquí vienen a trabajar, a proteger a Mila, y no a echar un polvete. Así que dedícate a tu conquista. Estos se ven, pero no se tocan.

—Ya, ya —dijo sin mucha convicción—. Dime una cosa, ¿por qué han venido al culo del mundo?

—Mila busca paz, seguridad y tranquilidad. Va a escribir un libro nuevo aquí, en nuestro hotel —contó con orgullo.

—¡¿En serio?!

Katy pensó que si Ishbel abría más los ojos, se les saldrían de las órbitas.

—En serio.

—Ay, Dios mío, estoy pensando que si le cuento mis historias, quizá la inspire...

—No, no, de eso nada. Mila necesita tranquilidad y no a una loca parlanchina como tú.

A Ishbel no le molestaron las palabras de su amiga; sabía que tenía razón, era muy habladora.

—Bueno, ya veremos... —Y, de nuevo, cambió de tema—. ¿De qué la conoces? ¿Y por qué nunca me has hablado de ella?

—Estuvo aquí hace unos meses y le gustó mucho el hotel.

—¡¿En serio?! Joder, y... ¿por qué no la conocí yo? Hace unos meses me pasaba la vida metida aquí.

—Porque estuvo pocos días y fue cuando Ada se puso mala y tú tuviste que volver a la tienda.

—Ya recuerdo. Menudos dos meses me tiré, casi me hago el harakiri. No podía salir de esa tienda, no tenía vida social nada más que con las clientas y, lo peor de todo, no podía venir a cotillear con vosotras.

—Te echamos tanto de menos. —Hizo pucheros e Ishbel le siguió el juego haciéndolos ella también.

—En fin —suspiró—, menos mal que ahora estoy más libre.

—No te puedes quejar, te pasas más horas aquí que en tu tienda.

—Son las ventajas de ser la dueña de la mejor tienda de Kirkwall. Pero no te creas que fue fácil, mi padre trabajó muy duro para conseguirlo. —Entonces su precioso semblante siempre alegre se ensombreció, como le sucedía cada vez que recordaba a su padre.

—Lo sé, cariño. —Katy tomó una de sus manos mostrándole su apoyo y, durante un rato, permanecieron en silencio.

Ishbel se repuso, no podía vivir siempre triste y apenada. Así que volvió a sonreír, se soltó de la mano de Katy y buscó otro tema más alegre del que hablar.

—Oye, Katy.

Por cómo se apoyó en el mostrador y su postura, Katy dedujo que iba a decirle alguna de sus cochinadas.

—Venga, suéltalo. —Imitó su gesto.

—El más guapete..., el de la sonrisa quemabragas.

Katy estaba acostumbrada a sus expresiones, pero, aun así, le hizo gracia y rompió a reír.

—¿Qué le pasa? —preguntó mientras se limpiaba las lágrimas.

—Pues que es perfecto para ti. Ese no te va a dar un anillo ni a regalarte bombones por San Valentín, ese es de los que mojan y se marchan con tan solo un adiós. Tiene pinta de ser el típico empotrador. —Puso los ojos en blanco como si solo al pensarlo, entrase en trance—. No me digas que no has pensado en echarle un polvete, porque estos... —se señaló sus dos preciosos y maquillados ojos—, no me engañan y pude ver con total claridad cómo te lo comías con los ojos.

—Vale, para qué voy a negarlo, me has pillado. —De repente, se puso muy seria, no esperaba esas palabras. Ishbel, otra vez, le demostraba que era una mujer sabia e intuitiva.

—Es que te conozco, chata.

—Tan solo hay un problema... y ya te lo he explicado antes: viene a trabajar y no a divertirse. Así que me tendré que conformar con mirar, pero no tocar. —Suspiró con tristeza.

—Ya, ya, pero digo yo que algo de tiempo libre tendrá. No todo va a ser trabajo... —Le guiñó un ojo de forma pícaro—. Además, Mila está segura. ¿Qué peligro va a haber en Kirkwall?, si aquí nunca pasa nada. Y tú, libre, sin Colin, sin Michael. Todo el destino se ha confabulado para que te lo tires. Aprovecha o se te va a secar la flor.

—¿La flor? —Rio a carcajadas—. Mi flor ya es un pobre y mustio cactus, casi muerto porque hace siglos que nadie lo riega.

Las carcajadas de ambas llenaron la recepción.

«¿Podría ser?», se planteó Katy mientras secaba sus ojos llorosos. «Mira que llevas mucho tiempo sin mojar».



6. Todo va bien, todo va a ir bien

—No está nada mal. —Rem estaba asomado al pequeño balcón de forja que daba a la playa contemplando el maravilloso paisaje. Las olas rompían con fiereza, el mar estaba furioso y se agitaba. El día estaba nublado, seguramente, llovería y a su mente acudieron recuerdos de Falmouth. Estaba acostumbrado a ese tiempo lluvioso, a la humedad y a no ver el sol.

Regresó al interior, cerró la puerta de la terraza y miró a su alrededor. Era la típica habitación de hotel bonita y acogedora con una cama grande, un escritorio, un armario empotrado y una suave moqueta; nada esperpéntico ni moderno.

Mila había reservado todas las habitaciones. Menudo chollo para la dueña, tenía el hotel lleno, pero solo tres clientes a los que atender. Así, además, Robert y él podrían disfrutar de habitaciones separadas. No siempre les ocurría eso. Los gastos de alojamiento corrían a cargo del cliente y muchos no eran ni tan ricos ni tan generosos como Mila. Y no se quejaba, pues la convivencia con Robert era sencilla y nunca tenían problemas; ni siquiera se notaba cuando estaba en la habitación, pero se agradecía tener un poco de intimidad.

Rem estaba preparado, era un profesional y, antes de meterse en cualquier trabajo, se ocupaba de recabar información de todo. Se había preocupado de saber cualquier cosa referente a la zona y más tarde tenía la intención de inspeccionar el terreno mientras Robert se quedaba con Mila. Las órdenes eran que la clienta siempre estuviese acompañada de uno de los dos, que jamás y bajo ninguna circunstancia se quedase sola, salvo, por supuesto, en su habitación.

Rem abrió la bolsa de viaje y sacó la ropa para colocarla en el armario. En esta ocasión, se había dejado los trajes en casa, ya que estaban en el campo y no necesitaba usar las incómodas corbatas y las americanas que requerían otro tipo de trabajos donde la imagen era muy importante.

Se sentía a gusto con esa misión. Mila era un amor, no existía ningún peligro concreto ni amenaza y no tenía que ir vestido con pantalones de pinzas. ¡Qué más se podía pedir!

Tomó su Glock. Les costó conseguir los permisos necesarios para llevar sus armas en el avión, pero, al final, lograron que viajaran en la bodega.

Otra norma estricta de Roy era ir siempre armados, pues nunca se sabía qué podía suceder. Así que, aunque estaba en una zona tranquila y rodeada de naturaleza, debía portar su arma reglamentaria siempre preparada. Por lo que se colocó el arnés —que enganchó al cinturón, justo

a su espalda—, introdujo el arma en su funda y la tapó con la camiseta.

Cuando bajaron del avión, llamó a Roy para informarle y ahora lo iba a hacer para confirmar su llegada al hotel.

Puso el manos libres, así podría ir colocando su ropa en el armario.

—Rem —contestó al primer toque la profunda voz de Roy.

—Hola, jefe. Ya estamos en el hotel, todo perfecto.

—Bien, pero no os fieis. A pesar de estar en un lugar que parece el paraíso y de no haber mucha gente merodeando, tened siempre los ojos bien abiertos.

—No te preocupes, está todo controlado. El hotel estará disponible solo para nosotros y eso es muy bueno.

—Sí, me ocupé de eso personalmente. Mila siempre quiere lo mejor.

—Si hay alguna novedad, te llamo.

—Por supuesto. Recordad todas las normas...

—Sí, señor.

Y sin más ambos colgaron.

Dos toques en la puerta le hicieron ponerse alerta. Caminó hasta ella intentando aguzar el oído; seguramente, sería Mila o Robert. Abrió con la mano derecha sobre su arma y suspiró tranquilo al ver a la preciosa morena que les había atendido.

—Pasa —le dijo y se apartó para que ella tuviese el camino libre.

—¿Todo bien? —interrogó al ver su frente arrugada.

—Sí, sí, todo perfecto.

—Pareces tenso.

—Solo es la costumbre. En este trabajo, tienes que estar siempre alerta.

—Oh..., claro.

Katy comenzaba a recordar lo que suponía tener a dos miembros de seguridad en su hotel.

—Aunque supongo que ya sabes cómo son estas cosas, ¿verdad? Al fin y al cabo, no es la primera vez que Mila está en tu hotel y ella siempre lleva vigilancia.

—Sí, sí, claro, pero cuesta acostumbrarse. No todos los días llega al hotel un cliente con guardaespaldas.

—¿Son para mí? —Señaló las toallas que ella llevaba entre las manos.

Katy lo estaba observando tan absorta que, por un instante, no entendió su pregunta.

—¿Cómo?

—Lo digo por las toallas. —Volvió a señalarlas con un dedo y su bonita sonrisa hizo que Katy se estremeciera.

—Sí... —Soltó una risa nerviosa y se insultó por su comportamiento. Katy nunca había sido tímida ni apocada, apenas se reconocía. «Estás oxidada, nena», se reprochó.

—Pues gracias. —Se las quitó con un rápido y limpio movimiento con el que ni siquiera la tocó.

—No hay de qué... —Nada la retenía en esa habitación, había hecho su trabajo y ahora se tenía que marchar y dejar de hacer más el ridículo, pero su cuerpo estaba paralizado, no se movía. Enfadada consigo misma, tras insultarse de nuevo, sus pies comenzaron a andar hasta la salida. Él no dejaba de mirarla y eso la ponía muy nerviosa.

—Si necesitas... —le dijo antes de salir—, lo que sea, no dudes en pedirlo.

—Claro..., gracias.

Katy desapareció tras la puerta de madera, cerró y lo dejó otra vez solo con un puñado de toallas entre sus manos, su aroma flotando en la habitación y su polla dura como una piedra, pues

esa morena con ropa desgastada, y de un par de tallas más grandes de las que precisaba, le ponía y mucho.

Sacudió la cabeza molesto. No estaba de vacaciones, eso era trabajo; no podía estar pensando en follarse y menos con la dueña del hotel. Además, por la conversación que había escuchado al llegar, estaba casada y tenía un hijo, y él nunca se metería en esos jardines.

«Profesionalidad, Rem», se dijo. Necesitaba dar la talla en cada momento, pues Roy le había dado una oportunidad cuando nadie más lo hizo, él creyó en su valía y lo contrató. Aunque en ello intervino su hermano Patch, pero la última palabra fue la del jefe. Así que se sentía tan en deuda, que necesitaba hacerlo todo bien, tan perfecto como aquella vez... El recuerdo de Olga lo asaltó como cada vez que pensaba en su enfermiza necesidad de ser el mejor en lo que hacía.

—Olga... —susurró su nombre al aire, se le escapó y flotó por la habitación llenándola y obligándolo a cerrar los ojos, a expandir sus pulmones y a sacudir su cabeza para que ella se esfumase y lo dejase en paz.

No la había vuelto a ver, no sabía nada de ella, entonces, ¿por qué aún estaba en su mente? Al final, se rindió y buscó la ayuda de Jared para encontrarla; tan solo deseaba saber cómo estaba, cómo le iba. Sabía con certeza que no tardaría en tener noticias suyas, pues Jared había dado con ella, pero la incertidumbre era lo peor. ¿Querría Olga hablar con él? Chasqueó la lengua. Siempre que pensaba en ella terminaba enfadado con la vida, consigo mismo, con los malditos recuerdos de una mujer con la que pasó unas pocas horas, pero que lo dejó tan marcado que no lograba cerrar ese capítulo de su libro.

—*Es normal que no puedas olvidar —le decía su hermano. Y él lo asumía, pues después de lo que vivió junto a Olga, lo que les unió, era difícil dar pasos, caminar sin echar la mirada hacia atrás.*

—¡Basta! —se gritó enfadado. De nada servía darle vueltas y lamentarse de lo que podía haber sido y que, con toda seguridad, nunca podría ser. Olga no era para él ni para nadie. Además, si era sincero consigo mismo, no era amor lo que sentía ni deseo. Tan solo necesitaba saber que estaba bien, que nadie la volvería a hacer ningún daño.

—*¿Estaré loco? —se cuestionó, pero lo hizo en voz alta y delante de su hermano.*

Ambos se estremecieron. La palabra locura tenía muchas connotaciones desagradables, muchos recuerdos duros para ambos y un escalofrío recorrió sus espaldas como si un dedo frío y molesto les tocara el alma.

—*¿Loco? Loco ¿por qué? —Podía recordar con total nitidez cómo Patch lo miraba. Sus ojos expresaban tanta incertidumbre como lo hacían sus propios sentimientos.*

—*No sé. —Al mismo tiempo que se visualizó en su recuerdo encogiéndose de hombros, lo hizo en esa habitación con vistas a un mar enfurecido—. Porque no la amo, pero no consigo olvidarla. Siempre está aquí. —De nuevo, hizo el mismo gesto del Rem del pasado; se tocó el corazón.*

—*No estás loco, no. No lo estás. Pienso que lo que vivisteis juntos fue tan intenso que os ha marcado para el resto de vuestras vidas. El miedo a morir hace que te replantees muchas cosas y tú estuviste a punto de renunciar a tu vida por una mujer a la que apenas conocías, y ahora necesitas saber si de verdad valió la pena, si esa mujer se recuperó de todos sus traumas, si ahora puede ser feliz. Necesitas escuchar de sus labios: «todo va bien, todo va a ir bien».*

«Mi hermano, el sabio», se dijo. Sonrió porque, tras esa conversación, vinieron muchas más y Rem cada vez lo tenía mucho más claro.

—Solo necesito oír: «todo va bien, todo va a ir bien».



Ishbel caminaba por el largo pasillo con las toallas que Katy le había pedido que le llevara al guardaespaldas con cara de haber chupado un limón entre sus manos. Mientras, su amiga se había encargado de llevárselas al buenorro y a Mila.

Tocó con los nudillos en la puerta, pero nadie contestó. Lo intentó de nuevo y nada, quizá había salido. Se encogió de hombros y, tras sacar la llave maestra de uno de sus bolsillos, abrió la puerta.

Entonces todo sucedió muy rápido. No había dado más que un solo paso dentro de la habitación cuando alguien la arrojó al suelo y las toallas salieron volando.

Sintió un gran peso sobre su cuerpo y cómo sujetaban sus manos a ambos lados de su cabeza inmovilizándola.

—Pero... —Su voz profunda y varonil golpeó su cara.

Él, el gruñón, estaba encima de ella y sus narices casi se podían tocar.

—¿Qué coño haces?! —interrogó molesta.

Lo tenía a horcajadas sobre su pequeño cuerpo y no entendía el porqué.

—¿Qué coño haces tú? —preguntó él. Parecía mucho más enfadado que ella, y eso que estaba en clara desventaja sometida a ese cromañón al que no conocía de nada.

Ishbel era muy liberal, pero no tanto. No iba a soportar que un tío se arrojara así sobre ella y más sin su consentimiento.

—Mira, guapete, no son maneras de intentar ligar conmigo. Estás muy bueno, pero la verdad es que no eres mi tipo, ¿sabes? Así que haz el favor de soltarme... —No tuvo que terminar la frase, Robert se puso de pie al instante.

—¿Pero... pero ¿tú qué te has creído?! —La miró de arriba abajo como con asco —No pretendía... —Resopló molesto—. ¿Acaso creías...? —preguntó sorprendido.

Ishbel se sentó en el suelo, le parecía de lo más cómica la situación. Estaba tan colorado. Además, tan solo llevaba una pequeña toalla rodeando su cintura y la verdad es que estaba muy pero que muy bien.

«Tiene un polvo», pensó y sus ojos lo observaron sin dejarse ningún detalle.

—¿No puedes entrar sin llamar a la puerta! —gritó mientras se ponía los pantalones vaqueros que estaban sobre la cama sin quitarse la toalla. A Ishbel le resultó gracioso ver cómo hacía equilibrios intentando que no se le vieran las joyas de la corona—. Pensé que eras...

—¿Un ladrón? —preguntó con tono burlón.

—¿Pues sí, podrías haber sido...!

—¿Un violador?

Robert resopló molesto.

—¿No vuelvas a entrar en mi habitación sin antes llamar! —bramó, y la yugular se le abultó de tal forma que Ishbel temió que estallara.

Se puso de pie con toda la tranquilidad del mundo, no tenía prisa; además, era la mar de divertido molestar al gruñón.

Cogió las toallas que él en su arranque la había obligado a tirar al suelo.

—Te traía esto. —Se las tendió.

—Yo..., ya tenía... —Él señaló la que se acababa de quitar, tras abrocharse su vaquero dándole la espalda.

—Ya, pero te traigo más.

—Gracias... —dijo con timidez. Se las arrancó de las manos casi sin mirarla.

Ishbel sonrió, observó con descaro su pecho desnudo y después de asentir dando a entender que lo que veía le encantaba, caminó hasta la puerta.

—Que conste que sí he llamado antes de entrar —puntualizó.

Robert se quedó mirando cómo cerraba la puerta y lo dejaba solo, por fin solo.



7. Una bonita historia

Salir a correr todas las mañanas se había convertido en una costumbre que Rem llevaba a cabo siempre que su trabajo se lo permitía. Esta vez, su carrera no fue por el asfalto o por un parque a las afueras. Esta vez, pudo disfrutar del mar, la playa y la dura arena que le permitía dar las zancadas seguras sin miedo a que sus zapatillas se hundiesen en ella.

Una lluvia fina, de la típica que caía de pronto y sin avisar en Escocia, comenzó a mojar su sudadera, pero a Rem no le importaba. Estaba tan acostumbrado al tiempo cambiante, a las nubes y claros alternos que, a pesar de empezar a calarse, continuó su trote. Incluso deceleró el ritmo para disfrutar de las gotas golpeando su cara.

Ese lugar lo había enamorado desde el primer momento. La belleza del paisaje y ese mar azul, frío, con aroma a libertad le atraían.

Sonrió feliz porque, desde hacía tiempo, Rem ya no era ese hombre solitario y triste. Ahora su vida había dado un giro, ahora tenía familia, un buen trabajo y amigos. ¿Qué más le podía pedir a la vida?

Subió las escaleras que daban al hotel de dos en dos sin desfallecer, se sentía lleno de energía, de ganas de hacer un millón de cosas.

Iba a su habitación para darse una ducha cuando la curiosidad lo llevó hasta la parte trasera del hotel.

Mila le había comentado que Edge of the Cliff tenía una particularidad, algo que no había visto nunca: un tiovivo en un hotel, y Rem se moría de ganas de verlo.

Estaba situado en el centro de un gran patio, donde tomaba todo el protagonismo que merecía y destacaba por su tamaño y sus vivos colores. Lo observó con total atención y se arrancó los auriculares de las orejas.

—¿Te gusta?

Se sorprendió al escuchar a sus espaldas la voz femenina, inconfundible, de Katy y se giró a mirarla.

—Es espectacular. ¿Funciona? —interrogó.

Katy se limitó a sonreír y poner en marcha el mecanismo. Los caballos empezaron a girar mientras la barra dorada que los unía a la parte superior subía y bajaba, haciendo que pareciese

que galopaban.

La música comenzó a llenar todo el espacio, como si las notas cobraran vida y revoloteasen a su alrededor. Rem aguzó el oído intentando recordar el título. Esa melodía le resultaba conocida, estaba seguro de haberla escuchado en otra parte.

—*River flows in you*, de Yiruma —aclaró Katy como si hubiera entrado en su mente.

A Rem no le decía nada ese nombre, pero lo que sí podía sentir era la magia de las notas.

—Yiruma es un compositor de melodías para piano y esta es una de sus creaciones —aclaró al ver como arrugaba la frente.

Sin pensárselo dos veces, extendió la mano hacia Katy. Ella la miró sorprendida, pero fue su cuerpo el que reaccionó y la tomó como si fuese lo más normal del mundo.

Él sonrió tratando de tranquilizarla, de asegurarla que no pensaba hacer nada malo, sino todo lo contrario. Rem quería disfrutar de ese instante fugaz, de ese momento único, pues nunca había estado en un carrusel, y menos en uno en medio de una isla escocesa.

De un ágil salto, se subió y, sin soltarla, la ayudó a subir. Con delicadeza, la elevó hasta dejarla sentada en uno de los caballos. No podía dejar de observarla. Llevaba un mono de un verde horroroso y una gigantesca chaqueta de lana gruesa. Ropa vieja, ajada y demasiado grande para ese cuerpo delgado. Pero Rem tan solo veía a una mujer hermosa, feliz y alegre sobre un corcel blanco que subía y bajaba al ritmo de una melodía tan hermosa y única que le hizo estremecer.

—Cuéntame el secreto —le pidió mientras se situaba a su lado y apoyaba una de sus fuertes y grandes manos sobre la grupa del caballo que ella ocupaba.

—¿Secreto? —inquirió sorprendida.

—Sí, el secreto que esconde este carrusel.

Por la sonrisa dulce de Katy, supo que la historia iba a ser hermosa, así que se acomodó colocando su otra mano sobre la barra, justo por encima de la de ella, y esperó.

—Este tiovivo es el regalo que le hizo mi abuelo a mi mejor amiga y que más tarde la ayudó a comprender que por fin había encontrado el amor de su vida.

—No entiendo. —Rem arrugó la frente.

—Mi abuelo lo compró para restaurarlo, pero, por desgracia, falleció antes de hacerlo y Lobo, el marido de mi amiga, lo arregló a escondidas sin que ninguna de las dos lo supiésemos. Gracias a él, están juntos y felices. Fue lo que le hizo ver que él la amaba.

—Una bonita historia. —Asintió para darle más énfasis a sus palabras—. ¿Y tú?, ¿cuál es tu historia?

—La mía no es tan hermosa. —Se encogió de hombros, pero, por su sonrisa, supo que ya no dolía y, sin saber el motivo, Rem se sintió mejor, como si le hubiesen quitado un peso de encima.

—¿Qué edad tiene tu hijo?

—Cuatro. —Su sonrisa se hizo más amplia, pero sus ojos brillaban como si las lágrimas los enturbiaran—. Lo echo mucho de menos. Es la primera vez que nos separamos desde que... —Se tocó el vientre, justo el lugar donde su pequeño pasó los nueve primeros meses de su vida.

—¿Tu marido...?

—¿Marido? —lo interrumpió Katy—. No estoy casada —aclaró con presteza. De nuevo, él arrugó la frente y Katy sintió la necesidad de aclararlo todo—. Michael y yo no estamos juntos, pero, por el bien de Colin, compartimos la custodia. Este mes le toca a él.

Rem asintió, comprensivo, y el carrusel continuó girando al mismo ritmo que lo hacían la vida, los segundos y los minutos; pero ellos se limitaron a disfrutar, a sentir, a escuchar la melodía.

Por primera vez en mucho tiempo, Rem se sentía conectado a algo, a alguien. Miró a Katy, que

permanecía con los ojos cerrados, y en ese instante pensó que era la mujer más hermosa que había visto nunca.

Cuando regresaron al hotel, lo hicieron juntos, codo con codo, en silencio, pero con una gran sonrisa en sus bocas. De manera casi mágica, habían conectado y ese tipo de lazos, esos que se forman de forma sutil y rápida, son tan fuertes que nadie ni nada los puede romper.



8. La acústica y Edge of the Cliff

—¡Que sí, pesada! —gritó Katy enfadada—. Está todo controlado, me has dejado *tuppers* para... —revisó el congelador—, ¡más de un mes!

Aprovechando que solo ocuparían tres personas el hotel, que Colin no estaba y que Ishbel se pasaba cuando no tenía que atender la tienda, Carol y Lobo se habían permitido unas minivacaciones en su pequeña casita en Staton. A Katy le había costado mucho convencerlos, pero sabía que les vendría muy bien pasar más tiempo a solas. Eran dos auténticos cabezones, pero a eso no le ganaba nadie a ella y, finalmente, recurrió a la amenaza que Carol nunca podía soportar.

—*Te juro que como no te marches, a partir de ahora, cocinaré yo, pero seré tan cochina que dejaré la cocina llena de grasa, mancharé tu precioso mantel de margaritas con tomate...* —la amenazó.

Y pareció surtir efecto porque, al día siguiente, ambos claudicaron. Eso sí, no se marcharon hasta que Carol dejó preparados un millón de tupperes con comida que rotuló con perfecta caligrafía y que clasificó por el orden en el que debería ir sirviéndolos. Pero la cosa no se quedó solo en eso, la obligó a prometer que tan solo usaría su cocina para calentar la comida y que no utilizaría bajo ningún concepto su mantelería nueva, incluso llegó más lejos, tuvo que jurar que ni tan siquiera la sacaría del cajón. Tras un sinfín de instrucciones sobre las sartenes que tenía prohibidas y las que sí podía utilizar, de los armarios vetados... por fin se marcharon.

—¡Mira, Carol, eres una neurótica! —Pero eso no era nuevo, ambas sabían lo maniática que era Carol con su cocina.

Katy tenía puesto el manos libres y se disponía a verter en una sartén el contenido del recipiente de plástico número dos, cuya pegatina rezaba: «Usar para la comida del martes». Katy sonrió con malicia, era miércoles e iban a cenar. «Ale, que se fastidie», pensó satisfecha con su rebeldía.

—No soy una neurótica, tan solo... —protestó.

—Ja, ja y ja. Eres lo peor. Dime, ¿cómo llamas tú a una mujer que aprovecha una inocente visita al pueblo tan solo para llamar y calentar la cabeza con su lista de instrucciones?

—Eso no es así —se excusó, pero por su tono, ni ella misma se estaba creyendo sus palabras—. Yo solo aproveché que veníamos al pueblo para saber qué tal va todo. Ya sabes que en esa

casa no hay cobertura...

—Vale, lo que tú digas, pero si es así, entonces... ¿por qué me has obligado a enumerar de nuevo lo que tengo prohibido hacer? Si lo que quieres saber es cómo va todo, límitate a preguntar: «¿Cómo va todo, Katy?».

La escuchó suspirar al otro lado de la línea.

—Vale, tienes razón, soy una neurótica, pero... es que no puedo evitarlo, lo intento...

—Mira, cariño, sé que la cocina es tu lugar, tu sitio, algo tan tuyo que te cuesta compartirlo, pero confía en mí. Te prometo que cuando vuelvas, todo estará exactamente como lo dejaste. Cuidaré tus cosas como si fueran mías.

—Ay, Katy, casi prefiero que no lo hagas. Como cuides mi mantel como haces con tu ropa vieja...

—¿Perdona?! —Elevó la voz de nuevo—. Yo... yo cuido mi ropa. —Dudó y más cuando echó un vistazo al peto vaquero que llevaba en esos momentos puesto y a la camiseta desteñida y arrugada que completaba su indumentaria.

Un fugaz recuerdo de su vida pasada la asaltó. Ropa cara, vestidos de marca, tacones, desfiles con trajes de noche, joyas... Todo eso había cubierto sus necesidades por un tiempo cuando solo le importaba sentirse bella, el maquillaje y la ropa interior cara. Pero eso pertenecía al pasado. Ya no era esa Katy, ahora llevaba ropa vieja, fea y tan grande que sus curvas desaparecían como por arte de magia.

Pestañeó y regresó a la cocina, a la conversación absurda con su mejor amiga y a ese *tupper* que vertía sin ningún cuidado dentro de la sartén, una de las que no tenía permiso para usar, pero que en otro acto más de rebeldía había cogido de uno de los armarios vetados.

—¡Mierda! —exclamó cuando parte del caldo que contenía el recipiente de plástico la salpicó.

—¿Qué ha pasado?!

El tono histérico de Carol le hizo chasquear la lengua.

—Nada... —pensó decirle la verdad, pero no tenía paciencia para seguir soportando a su amiga la controladora—. Todo está bien.

—Te dejo que viene Lobo —habló muy bajito.

—¿Katy? —La voz que le llegó entonces fue la de Lobo, que, según parecía, le acababa de arrebatarse el móvil.

—Sí, soy yo.

—¿Lo sabía! —chilló Lobo y Katy se alegró de tener el teléfono con manos libres porque si no, la habría dejado sorda—. Mujer, ¿por qué no puedes tranquilizarte y disfrutar? —Katy supo que su pregunta iba dirigida a Carol porque la escuchó susurrar algo que no llegó a entender—. Katy, perdona a tu amiga, ya sabes que ha perdido un tornillo. Ya hablaremos.

—Lobo, espera —le dijo antes de que colgara.

—Dime, preciosa.

—Haz que se olvide de todo, échale uno de esos polvos con los que se desata.

—¿Y tú como sabes eso? —Ahora era Carol la que estaba al otro lado de la línea.

—Este hotel tiene muy buena acústica.

Tras las carcajadas de Lobo y las palabras malsonantes de Carol, se escuchó el piii inconfundible que indicaba que la comunicación se había cortado.

Katy sonrió, al fin y al cabo, esas cosas, esas discusiones tontas con la histérica de su amiga le daban vidilla. Sin ellas, se sentirá mucho más frustrada de lo que ya estaba.

Sacó una bayeta y se dispuso a limpiar el desastre pues el caldo, que según el olor delicioso que desprendía era de pollo, resbalaba por el mueble. Por un instante, estuvo tentada de hacer una

foto y mandársela a Carol, pero decidió ser buena. Seguro que si lo hacía, estropearía las vacaciones de Lobo.

Después de limpiar el estropicio, puso el guiso al fuego y sacó una cuchara para remover.

—Huele delicioso. —Escuchó la voz a su espalda y pegó un bote—. Tu amiga debe ser muy buena cocinera.

—¡Dios, qué susto me has dado! —dijo tras girarse.

Rem descansaba al borde de la mesa de madera que presidía la cocina. Su sonrisa pícaro y el brillo de sus ojos le hicieron suspirar. Era guapo, muy guapo, y allí apoyado de manera descuidada, con un mechón de cabello sobre la frente, unos vaqueros desgastados y una camiseta azul claro, además de quitar el aliento, se veía sexi.

Se acercó lentamente a ella. Katy permanecía muy quieta, como si al verlo, su cuerpo se hubiese paralizado.

—¿Me permites? —preguntó Rem señalando la cuchara que ella sujetaba como si fuese un escudo protector.

—¿Cómo?

No le contestó con palabras y se limitó a mostrarle lo que quería hacer. Le arrancó la cuchara de las manos, la introdujo en el recipiente que había comenzado a hervir y, tras soplar poniendo unos morritos que Katy se quedó observando como si fuese lo más maravilloso que veía en años, probó la comida.

—Uhm —salió de su boca tras cerrar los ojos como en éxtasis—. Delicioso.

Katy ni siquiera pestañeaba, se limitaba a contemplar cada gesto, cada movimiento que él hacía como si no existiera otra cosa en el mundo que aquel hombre y esa cuchara. Entonces hizo algo que la descolocó aún más, le acercó la cuchara a su propia boca y la alentó a que probara ella también. Katy abrió los labios y, sin apartar la mirada de los iris azules de él, se metió la cuchara en la boca, que se llenó con parte del caldo que él había dejado.

Las voces de Robert y Mila que entraban en la cocina la devolvieron a la realidad y, como si hubiese estado flotando gracias a un hilo invisible y de repente alguien lo hubiera cortado, pegó un bote y pestañeó varias veces para deshacerse de la imagen de esa boca de labios gruesos que, delante de sus narices, había chupado la cuchara de forma provocativa y después se la había pasado a ella.

Cuando se quiso dar cuenta, sus tres huéspedes estaban sentados alrededor de la mesa y esperaban la cena.

—¿Katy? Katy, querida, ¿estás bien? —preguntó Mila preocupada al ver que ella no reaccionaba.

—¿Eh? Sí, sí, claro.

Se obligó a moverse. Su mente continuaba envuelta en neblinas, pero su cuerpo comenzó a trabajar con presteza.

Sirvió la cena y se sentó al lado de Mila.

Rem no podía dejar de mirarla. Esa mujer era preciosa, tenía algo especial y único, algo que muy pocas personas poseían. No sabía por qué le apetecía tanto provocarla, quizá porque ella reaccionaba a cada uno de sus movimientos, porque sus pupilas dilatadas le mostraban que él la ponía y mucho...

—¿Sabéis que este hotel es especial por su acústica? —preguntó Rem de repente.

Todos dejaron de comer y clavaron los ojos en él, todos menos Katy, que los cerró. La había escuchado hablando con Carol, había oído cada palabra y ahora se burlaba de ella. Le lanzó una mirada inquisidora y él sonrió de manera provocativa.



9. Cuéntame un secreto

Tres días después

—Mamá, te echo de menos. —La dulce vocecita de Colin le llenó el corazón.

—Yo también, mi amor. —Retuvo un sollozo, sabía que Colin estaba poniéndose triste y no quería. Desde que había nacido, no se habían separado nunca, siempre estaban juntos, pero ahora Colin también tenía un papá del que quería disfrutar—. Pronto nos vamos a ver, ya no queda nada. Ahora disfruta, pásalo muy bien. Venga, cuéntame cosas. —Usó un tono alegre que para nada sentía, pero quería animar a su pequeño.

—¿Sabes qué, mamá?

—¿Qué?

—Mañana papá me va a llevar a ver... —Katy sonreía escuchando a su hijo contarle todas las cosas maravillosas que iba a hacer con su padre, pero dentro de ella se sentía a partes iguales furiosa, porque ya no eran ellos dos solos contra todo, ahora Michael formaba parte de su ecuación, y también muy feliz, porque a su chico le venía muy bien contar con la figura paterna, con ese amor que era tan incondicional y puro como el suyo propio.

Colin habló, habló y habló y Katy se limitó a escuchar y lanzar alguna que otra pregunta. Pero se hacía tarde y Michael le arrebató el teléfono, no sin antes pedirle que se despidiera de su madre.

—Hola, Katy —le llegó la voz profunda de Michael.

—Hola.

—No debes preocuparte...

—No puedo evitarlo —lo interrumpió.

—Ya..., lo supongo. A veces, me siento un intruso.

—¿Cómo?

—Que a veces me haces sentir un extraño que ha venido a robarte a tu hijo.

Katy puso los ojos en blanco, esa discusión ya la habían tenido un montón de veces.

—Mira, Michael, no creo que sea el momento adecuado...

—Lo sé, joder. Perdona..., yo..., lo sé.

Katy suspiró, no quería ponerle las cosas difíciles a Michael, pero tampoco podía remediar esa punzada de celos que sentía porque durante un tiempo su niño había sido solo de ella y ahora lo tenía que compartir.

—No me pidas perdón, creo que soy yo la que debe pedirlo... Michael, lo intento, de verdad que lo intento. Me esfuerzo porque eres su padre, porque sería muy egoísta de mi parte alejarlo de ti y ya soy lo suficientemente egoísta como para querer que me quiera más a mí —suspiró con tristeza.

—Él te quiere más que a nada, Katy...

—No es una competición, Michael. A pesar de que a veces mi mente regresa a la infancia y me hace comportarme como una niña mimada, sé que debo actuar como una adulta.

—Claro que no lo es, eso lo tenemos muy claro los dos.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Michael? —interrogó preocupada, pues tan solo se oía su respiración—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila... Es solo que..., esto..., ¿has pensado...?

Katy dejó salir el aire de sus pulmones con fuerza.

—No me atosigues, Michael.

—Lo sé..., joder... Perdona, es solo que...

—Necesito tiempo, ya lo hemos hablado un millón de veces.

—¿No has tenido suficiente?

—No, Michael, no lo he tenido —contestó con tono seco.

—Está bien, está bien, no te enfades.

—Pues no me presiones.

—No puedo evitarlo, por favor, ponte en mi lugar. Yo... yo sigo amándote como el día en el que te vi sobre esas flores..., desnuda... Joder, Katy, tan solo quiero hacerte feliz, a ti y a Colin. Podemos ser una familia.

Katy cerró los ojos. A esas alturas de la conversación, las lágrimas caían libres y la congoja oprimía su corazón. Deseaba tanto poder decirle que sí, que sí quería volver a ser una pareja, que deseaba formar esa familia de la que él tanto hablaba, pero no podía... No, aún no.

—Por favor —le rogó con voz temblorosa y él cedió, pues notó su pena. Tras un «adiós» dicho entre susurros por parte de ella y un «te amo» por parte de él, Katy cortó la comunicación.

¿Por qué le hacía eso? ¿Por qué la agobiaba con sus «te amo»? Soltó el móvil con furia, con impotencia y se cubrió la cara con las manos.

Hablaban todos los días y, al colgar, Katy se sentía a partes iguales triste, por no poder abrazar a su hijo; furiosa, porque desearía que todo fuese diferente, que Michael volviera a ser el amor de su vida, su pareja y ambos fuesen capaces de disfrutar de Colin como una familia normal; y egoísta porque no podía ser, porque algo se rompió aquel día tras ese cristal y, a pesar de que Michael lo había aclarado todo, ella no lo podía olvidar, no podía dejar de sentir ese dolor cada vez que se miraba en sus ojos.

Todo se había complicado. Era muchísimo más feliz cuando pensaba que Michael había vuelto con su mujer. El recuerdo de aquel beso que vio a través del escaparate la ayudaba a odiarlo y así mantenerlo alejado de ella, de Colin. Pero Michael había regresado a sus vidas y no le ponía nada fácil las cosas. Él quería volver, decía que seguía enamorado de ella y ella... ella sencillamente no sabía nada... Se sentía tan perdida.

Suspiró con fuerza y cerró los ojos. Ya no trataba de retener las lágrimas, necesitaba desahogarse.

Debía recuperar su vida, centrarse, tomar las riendas. Se secó la cara con la manga de su

camiseta gris e intentó recuperarse.

Estaba sentada con los brazos apoyados en la mesa, esa mesa donde Colin había nacido. Sonrió al recordar ese día. Estaban solos ella y Lobo, y él tuvo que asistir el parto con sus propias manos. Se comportó como una loca dándole órdenes, le tomó la mano con fuerza y, a pesar de que Lobo intentó más de una vez salir corriendo de allí, lo amenazó.

—No, no —le había repetido Lobo con los ojos desorbitados—. ¡Ni se te ocurra ponerte de parto!

Le dio la risa al recordar sus palabras:

—No puedes hacerme esto. No puedes tener el bebé ahora porque Carol no está y yo tan solo te podría llevar en la moto y llueve mucho, muchísimo. Así que junta las piernas y espera a que llegue Carol.

¿Juntar las piernas? Imposible cuando su bebé quería nacer, cuando apretaba dentro de sus entrañas porque quería ver el mundo y... «Y conocer a su papá», pensó.

Pasó las manos por la dura superficie de madera en una caricia hacia ese mueble que le traía tantos recuerdos.

—Hola. —Rem había entrado en la cocina y la observaba con curiosidad. Parecía triste y alegre al mismo tiempo porque sus labios se curvaban en una sonrisa, pero sus ojos brillaban llenos de lágrimas.

—¿Sabes qué? —Lo miró. Rem se sentó frente a ella y la alentó con un gesto de la cabeza para que continuase hablando—. Nunca me desprenderé de esta mesa. —Sus manos seguían la beta de la madera con los dedos.

—Es muy bonita —dijo Rem e imitó sus movimientos.

—Sí, lo es. Aquí nació mi hijo.

—¿En serio?! —exclamó sorprendido.

—En serio. —Rio y le contó la historia de Lobo, Colin y la mesa.

—Vaya..., joder... —Rem se puso en el pellejo de Lobo. ¿Cómo habría actuado él ante algo así? No quería ni pensarlo—. Es una historia para contar a tus nietos —dijo entre risas—. Es otra bonita historia. Este hotel, según parece, está lleno de ellas.

Katy asintió.

Ambos se quedaron en silencio por un buen rato.

—¿Estas bien? —preguntó Rem al ver sus ojos brillantes.

Katy dejó de acariciar la madera, apoyó un codo sobre la mesa y reposó su cabeza sobre la mano abierta para poder observarlo mejor.

—Te propongo algo —soltó de repente, y parecía entusiasmada.

—¿Algo..., algo cómo qué? —Rem elevó las cejas en un claro gesto travieso.

—Eh, no pienses mal. —Se puso rígida.

—Te aseguro que mal no estaba pensando, muy al contrario. —Le guiñó un ojo.

Katy no pudo evitar soltar una risa nerviosa.

—Venga, va, suéltalo —propuso Rem.

—Quizá te parezca una idea absurda, más que nada porque tú y yo no nos conocemos..., pero te propongo que tú me cuentes uno de tus secretos más ocultos y yo te contaré uno mío.

Rem la miraba sorprendido.

—¿Quieres saber algo mío que no le haya contado a nadie?

—Exacto.

Se frotó la frente. Sí que era una idea rara, pero...

—Trato hecho. —Le tendió la mano y ella la tomó con fuerza.

Se las apretaron con los ojos fijos el uno en el otro, pero poco a poco fueron aflojando el amarre hasta que Rem comenzó a acariciarle el dorso de una manera tan suave que miles de mariposas comenzaron a revolotear en el estómago de Katy. Esos ojos profundos, brillantes y bellos la miraban con pasión y ella necesitaba, en ese preciso momento de su vida, a alguien que la observara así, que viera a la mujer y no a la amiga, a la madre...

Katy rompió el contacto, y no porque le molestara o porque no lo desease. Tiró del lazo que los unía para desatarlo porque, en su cabeza, había algo más que sexo en ese momento. Necesitaba hablar, deshacerse de cosas y él podría ser la persona perfecta. No la juzgaría, pues no la conocía de nada. Dentro de un mes más o menos se iría y no lo volvería a ver. En cuanto al sexo, llevaba ya tanto tiempo sin él, que bien podía esperar un poco más.

Se levantó de un salto y caminó bajo la atenta mirada de Rem hacia uno de los muebles de la cocina.

—¿Te apetece algo fuerte? —interrogó, y le mostró la botella de *whisky* que había sacado del armario—. Vamos, si no estas de servicio, claro.

—A estas horas estoy libre. —Mila ya estaba durmiendo y Robert, en la habitación de al lado.

Katy sonrió feliz. Tomó dos vasos, les puso hielo, regresó a su sitio y vertió una importante cantidad del licor ambarino.

Rem le dio un buen trago.

—¡Joder, qué bueno! —exclamó entusiasmado.

—El mejor *whisky* escocés —explicó ella mientras lo hacía bailar dentro de su vaso—. La loca de mi amiga lo usa para cocinar.

—Vaya, que perversión —dijo, obviando la palabra que más odiaba: loca. Sabía que para el resto del mundo no tenía la misma connotación que para él, así que siempre que la escuchaba, procuraba disimular.

—Ya te digo —corroboró mientras alzaba su vaso y lo chocaba con el de Rem en un brindis—. Por lo que esconde el mueble vetado y por todas las normas que me estoy saltando.

Rem sonrió abiertamente, sabía a qué se refería, pues había escuchado la conversación telefónica que mantuvo con Carol.

—Por tu compañía y nuestros secretos compartidos. Y bien, ¿quién empieza? —preguntó Rem.

—No sé...

—Las damas primero. —La señaló con el vaso.

Katy se apoyó en el respaldo de la silla que ocupaba, cerró un segundo los ojos y buscó ese secreto que nadie conocía.

—Hace un año, me acosté con Michael. —Rem parecía perdido, le había dicho que no estaban juntos, ¿entonces? Katy pudo ver en sus ojos la duda e intentó explicarle—. No estoy con él, no te he mentado, pero... fui débil. Él regresó a mi vida cuando Colin ya había nacido, no supo de su existencia porque yo hui, me alejé cuando lo vi besando a su mujer. —Ante la mirada de estupor del guardaespaldas, se apresuró a aclarar—: Me había prometido que la iba a dejar por mí, me dijo que no la amaba.

—¿Fuieste la amante?

—Sí, durante dos largos años.

—Y él te prometía que la iba a dejar —afirmó, aunque su tono denotaba incredulidad. Conocía a ese tipo de hombres y jamás dejaban a sus mujeres por una amante.

—Sí, durante esos dos largos años. Pero no lo hacía, hasta que le di un ultimátum: o la dejaba o era yo quien lo abandonaba. Entonces me prometió... —suspiró—. No quiero aburrirte con toda la historia. El caso es que lo vi besándola y, al cabo de un año, apareció en mi hotel. Él es

fotógrafo y, según me dijo, vino a las islas para retratar los paisajes.

—El destino lo trajo —se sintió obligado a decir, sin saber muy bien el porqué.

—No, qué va, no fue el destino. Él me buscaba, no me olvidó nunca. —Su mirada se tornó triste y Rem asintió, lo entendía perfectamente. No conocía mucho a Katy, pero por lo poco que iba descubriendo de ella, era una mujer de la que un corazón no se podría desprender con facilidad, pasara lo que pasara—. Me encontró por el tiovivo. —Soltó una carcajada—. Conocía la historia y no existe ningún otro hotel con un carrusel en la parte trasera. —De nuevo, su mirada se ensombreció—. Al descubrir que era padre, al conocer a Colin, se quedó por un tiempo.

—¿Y os acostasteis? ¿Lo perdonaste? —Parecía molesto y Katy no entendía el porqué, al fin y al cabo, era su vida y a él no tenía por qué afectarle.

—No, así no fue. Él me dijo que ese beso había sido de despedida, que la estaba dejando.

—¡Ya, seguro! —bufó.

—Lo creo, Rem, lo conozco y lo creo. Pero ese no es mi secreto, eso no es lo que nadie sabe.

—Tu secreto es que te lo follaste.

—Sí, ese es mi lamentable secreto. Me acosté con mi ex..., ex amante y luego me arrepentí tanto... —Suspiró, vació al contenido del vaso de un trago y se sirvió más—. ¿Te apetece? —Le mostró la botella.

—No, no puedo tomar más.

—Dijiste que no estabas de servicio.

—Y no lo estoy, pero tampoco soy un irresponsable. Mila está a mi cuidado y debo tener siempre mis sentidos a punto.

Katy lo miró con la boca abierta. ¡Dios!, era guapo, con un cuerpo de infarto y, además, íntegro, profesional, divertido y... un poco perverso, pues desde que había aterrizado en su hotel, no hacía otra cosa que provocarla. La buscaba, le gastaba bromas, la hacía reír y le llenaba la cabeza con fantasías eróticas, ya que sus miradas y sus labios eran una provocación constante.

Sacudió la cabeza, ahora no debía pensar en sexo.

—¿Aún lo amas? —La pregunta de él la sacó de sus pensamientos.

—Es complicado... —Intentó buscar la manera exacta para que él la entendiese—. ¿Sabes lo que es tener un recuerdo tan doloroso que tan solo con mirar los ojos de quien te lo provocó, es como si estuvieses experimentándolo de nuevo?

Rem usó una de sus perfectas sonrisas torcidas y la melancolía asomó a sus ojos con fuerza.

—Sí, conozco esa sensación.

—Eso me provoca. Quisiera olvidar lo que pasó, mirarlo y pensar en todo lo que podríamos tener juntos, ver lo que pierdo si no estoy con él.

—¿Por eso te acostaste con él?

Katy asintió con la cabeza, aunque Rem no pretendía preguntar, más bien era una afirmación.

—Te toca —lo alentó.

Entonces fue Rem el que se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—Hace... hace un tiempo viví algo que me marcó. —Sus ojos permanecían cerrados y Katy se acomodó para escuchar su historia con mucha atención—. Antes de trabajar como guardaespaldas, trabajé en un club. —Llegado a ese punto de su historia, la miró, quería ver su reacción.

—¿Qué tipo de club?

—Un club de *striptease*.

—¡Vaya! ¿Eras un...?

—Oh, no, no, qué va. Yo pertenecía a la seguridad. Pero... ¿te hubiese molestado?

Katy sopesó su respuesta. Estaban siendo sinceros, así que tenía que decirle la verdad.

—No, rotundamente, no.

—Me alegra saberlo porque mi hermano sí trabajaba de estríper y yo estoy muy orgulloso de él.

Katy asintió con una sonrisa en la boca.

—No tengo hermanos..., me da mucha envidia escucharte decir eso.

—Yo tampoco lo tuve por un tiempo... —Cuando salió de su boca, se arrepintió al instante. De ese tema, no estaba preparado para hablar. Katy lo notó y evitó hacerle la multitud de preguntas que se le pasaban por la cabeza.

—¿Ese es tu secreto?

—No, es más complejo. A ver, trabajando en ese club hubo un incidente por el cual terminé cuidando a una chica, ex de un mafioso ruso que la maltrataba...

—¡Dios mío, qué horror!

—Parece de película, ¿verdad? —Su sonrisa no era alegre y a Katy se le hizo un nudo en la garganta.

—Más bien, parece el principio de una historia muy triste.

—Y lo fue. Tan solo compartimos unas pocas horas, unos pocos días. Luego, nos separamos. Ella era testigo protegido y la policía se la llevó. No la conocí apenas, pero al verla partir, sentí como si me arrancasen una parte de mí. —Sacudió la cabeza y siguió con esa sonrisa triste en la boca—. Nos atacaron antes de que se la llevara la policía y yo... yo la protegí. Hubiera dado mi vida por ella, ¿te parece tonto?

Katy tardó en responder, un nudo apretaba con fuerza su garganta.

—No, Rem, no me lo parece.

—Desde entonces, han pasado unos cinco años y no consigo olvidarla.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Lo estás tú de ese hombre?

—No lo sé, creo que no.

—Yo también pienso que no. Mi hermano dice que tan solo quiero saber que está bien, que mereció la pena arriesgar la vida.

—Quizá sea eso.

—Sí, quizá.

Se puso de pie y caminó hasta la ventana que daba a la playa. Se veía lejos, pues el hotel estaba sobre un acantilado, pero le llegaba el sonido de las olas al chocar contra la playa y el olor del mar.

—Le he pedido a la pareja de mi hermano, que es policía y que estuvo implicado en el caso, que la busque. Y ahora te contaré mi secreto, ese que nadie sabe. —Se giró y sus ojos regresaron a los de ella—. Se ha puesto en contacto conmigo y voy a hablar con ella.



10. Tortitas y el guardaespaldas

—Otro día desayunando precongelados y me da algo —Ishbel movía de un lado a otro del plato la tortita seca y nada apetecible que tenía sobre su plato con cara de asco.

—Pues es lo que hay hasta que Carol regrese. —Katy también miraba con tristeza esa masa compacta que ni tan siquiera con nata daban ganas de comer.

—La necesitamos —sollozó Ishbel mientras golpeaba la tortita con el tenedor y este rebotaba demostrando que aquella amalgama podría ser un objeto contundente y peligroso.

—Tengo que reconocer que, sin ella, los desayunos son un asco.

—Es una neurótica, maniática y desequilibrada en cuanto a su cocina se refiere, pero hace las tortitas y gofres más deliciosos del mundo.

—Buenos días. —Rem entró con una brillante sonrisa y el pelo mojado como si se acabara de dar una ducha.

—Buenos días —corearon las dos a la vez.

Ishbel —que hasta el momento había permanecido recostada sobre la mesa, con una postura extraña e incluso, a los ojos de los demás, incómoda—, se enderezó, recolocó su pelo largo y suelto y sonrió como si fuesen a sacarle una foto para un anuncio de dentífricos.

Katy le lanzó una mirada de reproche que su amiga contestó con un leve encogimiento de hombros.

Rem, ajeno a todo, se limitó a tomar la cafetera y servirse una taza.

—No te recomiendo las tortitas —explicó Ishbel y, para demostrarle el porqué de su consejo, tomó la que tenía en su plato con una mano, la agitó en el aire y la dejó caer—. Es un arma de destrucción masiva.

—No será para tanto. —Se acercó e intentó tomar un trozo usando el tenedor para probarla, pero fue totalmente imposible porque estaba tan dura que ni con una motosierra se podría trocear—. ¿Las habéis hecho vosotras? —interrogó arrugando la nariz.

—Huy, qué va, ni Katy ni yo somos buenas en la cocina. Han salido de una bolsa de congelados.

—Más bien diría que somos un peligro —recalcó Katy.

Rem se quedó pensativo, le dio un trago a su café y, sin más, les ordenó con voz de chef:

—Necesito huevos, azúcar, mantequilla, leche, levadura en polvo, chocolate... y... — Comenzó a abrir muebles hasta que encontró una sartén que, por la pinta, sería la idónea para hacer las tortitas. Tanto Ishbel como Katy contuvieron el aliento cuando vieron que Rem abría uno de los muebles que Carol había vetado y tomaba el utensilio de cocina más prohibido de todos: su sartén preferida.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rem al verlas conteniendo el aliento.

—Nada, nada... —contestó Katy, lanzando una mirada a su amiga con la que le pedía claramente que se abstuviera de contarle nada sobre lo que Carol le haría si lo pillase cocinando con sus cosas o se quedarían sin tortitas.

—Pues entonces..., vamos, traed lo que os he pedido —exigió de nuevo.

Rem se remangó la camisa a cuadros que llevaba, y que le sentaba como un guante, y se puso manos a la obra.

Tanto Ishbel como Katy se limitaron a observar cómo se movía por la cocina y entre los fogones como si fuese un experto.

Incluso manchado de harina, batiendo huevos, rallando chocolate y friendo las tortitas, se veía sexi, guapo y tan atractivo que ambas no podían apartar la mirada de él.

Cocinaba y hablaba, no paraba de contarles cosas, todas interesantes y algunas tan divertidas que las hacían carcajearse hasta lagrimear.

Rem era un tipo peculiar, simpático, con mucha vida. Sabía de todo, conocía mucho mundo y, lo mejor de todo, tenía algo especial. Atraía, era agradable y con ángel, de esas personas que no te cansas de mirar pues aportan paz, tranquilidad; de esas que todos quieren tener por amigo ya que junto a ellos puedes ser tú mismo, sin máscaras, sin disfraces, sin fingir.

Katy no podía dejar de sonreír. Cuando hablaba, sus ojos lo miraban brillantes, pues la transportaba a un lugar especial, uno en el que todo era felicidad, alegría de vivir.

Las tortitas que cocinó Rem se veían deliciosas, incluso preparó chocolate.

Los tres se sentaron a disfrutar de, por fin, un desayuno en condiciones.

—¡Oh, Dios mío! —Ishbel puso los ojos en blanco en cuanto las probó—. No se lo digas a ella —le susurró a Katy—, pero estas superan a las de Carol.

—Me habláis mucho de Carol. Sé que preparó un montón de comida deliciosa, incluso que al follar hace mucho ruido. —Ambas reaccionaron a ese último comentario primero, reteniendo al aliento y después, riendo—. Sé muchas cosas de ella, pero ¿quién es Carol? —interrogó Rem, que sonreía feliz al ver cómo ambas estaban disfrutando de la conversación y de las tortitas.

—Mi socia en el hotel. Está pasando unos días con su marido en una casita que tienen en Staton. Ella se encarga de la cocina...

—Ah, ya entiendo, Carol es la dueña del carrusel, la mujer de Lobo —afirmó.

—Exacto.

—Y es un poco... —señaló Ishbel.

Rem elevó una ceja en señal comprensión.

—¿Neurótica? —preguntó al recordar la conversación de teléfono que escuchó.

—Bueno..., sí... Pero... —corrió Katy a explicar—... lo que le pasa a Carol es que..., es que... —No podía defender lo indefendible y se limitó a encogerse de hombros y decir—: Sí, es cierto, es bastante neurótica. No le gusta que toquen sus cosas y se vuelve loca si usamos... esa sartén. —Señaló la que estaba en la pila esperando a ser fregada y Rem de nuevo hizo ese gesto tan suyo de elevar la ceja derecha.

—¿Es muy peligrosa?

—No, qué va, tan solo grita —explicó Ishbel.

Rem les sirvió más tortitas que regó con el chocolate fundido y caliente.

—Y cuéntenos, Rem, ¿es muy peligroso el trabajo de guardaespaldas? —Ishbel se colocó expectante y deseosa de saber más cosas de él.

—No siempre. Por ejemplo, este trabajo es sencillo y nada peligroso, a no ser que regrese vuestra amiga. —Simuló como si solo de pensar en las consecuencias tuviera escalofríos y su gesto las divirtió tanto que rieron a carcajadas.

—¿Has protegido alguna vez a una cantante amenazada por un loco? —prosiguió Ishbel con su interrogatorio.

—Una vez.

—¿De verdad? —La sorpresa hizo que ambas soltasen el tenedor y se quedasen a la espera de más.

Él se puso muy serio y también dejó de comer. Cerró los ojos como recordando, suspiró y comenzó a hablar:

—Rachel recibía amenazas y me contrató. Me encargué de organizar la seguridad en su mansión. En un principio, ella se comportaba de manera imprudente, era arrogante y me contradecía en todo. Entre nosotros existía una gran barrera, yo soy disciplinado y muy profesional, mientras que Rachel, debido a su glamurosa vida, era dominante y tan segura de sí misma... Un día, mientras ella cantaba, ocurrió algo... La sala estaba abarrotada y, de repente, se sintió amenazada, la vi temblar, tenía miedo. No me lo pensé dos veces, subí al escenario y la tomé entre mis brazos...

Ishbel suspiraba con cada palabra de Rem, pero Katy arrugó la frente. Todo eso le sonaba a algo...

—*Queen of the night* —continuó—, sonaba de fondo...

—Pero serás... —Ishbel le lanzó un manotazo—, esa es una escena de *El guardaespaldas*.

Rem comenzó a carcajearse, los ojos le lloraban, se retorció en la silla y más al ver que ellas también reían.

—Eres..., eres...

—¿De verdad os lo estabais creyendo? —Secó las lágrimas con sus dedos—. Mi trabajo no es tan romántico como lo pintan en las películas. Algunas veces es tedioso, aburrido, otras tienes que aguantar a clientas déspotas, como Rachel, y os aseguro que no nace el amor, muy al contrario.

—Rem..., cuéntenos más cosas. ¿Nunca has protegido a alguien famoso? —reclamó Ishbel.

Él sonrió y asintió.

—Mila es famosa. —Ambas asintieron—. Hace tiempo, trabajamos para una modelo.

—Katy fue modelo —soltó de golpe Ishbel.

—¿De verdad? —Rem estaba tan sorprendido que clavó los ojos sobre la aludida.

—Pues sí. Sé que puede extrañarte... —intentó excusarse.

—No, si no me parece raro, eres muy bonita —pronunció su piropo sin apartar la mirada de esos ojos brillantes—. Es solo que a la modelo que yo conocí, para la que trabajé, no le importaba nada más que su aspecto. Nos trataba con desprecio como si fuésemos posesiones tuyas, sin pararse a pensar ni un solo instante en nuestras necesidades. Era caprichosa, mala persona, muy mala persona... Y tú... —la señaló con uno de sus dedos—, tú eres... eres tan maravillosa.

Un suspiro salió de la boca de Ishbel. «Este tío es la leche», pensó.

—Pero no todas somos así —acertó a decir Katy tras reponerse de la declaración de Rem.

—Tienes razón —chasqueó la lengua—, he caído en el error de juzgar. Te pido disculpas.

—Disculpadas aceptadas, y más cuando has cocinado unas deliciosas tortitas para nosotras —

dijo mostrando una de sus bonitas sonrisas.

Las miradas que Katy y Rem se lanzaban decían tantas cosas que Ishbel no podía dejar de suspirar. ¿Por qué su amiga no se daba cuenta de que estaba hechos el uno para el otro?, era tan evidente.

—¿Por qué dejaste de ser modelo? —preguntó con curiosidad el guardaespaldas.

—No todo es bonito en esa profesión... —Katy jugueteaba con los restos de una de sus tortitas, movía las migas con el tenedor por el plato, así mantenía la mirada fuera del alcance de los ojos escrutadores de Rem—. Me saturó, me quemó hasta tal punto que odiaba lo que hacía. Llegué a detestar la ropa de marca. —Señaló con el tenedor uno de sus ya típicos petos viejos y descoloridos—. Kirkwall y este hotel me devolvieron las ganas de vivir.

Rem asintió comprensivo.

—Según veo, nada es lo que parece.

Ishbel sonrió y Katy lo confirmó con un movimiento de cabeza.

—Así es. Ya sea en tu profesión o en la mía, desde fuera, todo parece idílico, pero dentro, la realidad es otra.

—Pero ninguno de los dos os podéis quejar —dijo Ishbel con semblante serio—. Yo nunca he salido de esta isla, tan solo he viajado una vez y ha sido a Edimburgo. Sin embargo, vosotros habéis hecho un montón de viajes y vivido cosas interesantes. —Resopló molesta.

Katy y Rem se miraron entre ellos.

—Eres afortunada, Ishbel, vives en el lugar más bonito y tranquilo del mundo... —comenzó a hablar Rem.

—Además —la interrumpió Katy—, si quieres conocer otros países, hazlo. Nada te lo impide. Ishbel elevó su mirada y asintió. Su amiga tenía toda la razón del mundo.



Ishbel les había dejado solos en la cocina y caminaba con un plato de tortitas con nata y mucho chocolate camino del lugar donde Mila se tiraba horas y horas escribiendo. Se ofreció voluntaria para llevárselas al ver que la escritora no había bajado a desayunar.

Entró de manera sigilosa. Tenía mucha curiosidad por ver a una de las más famosas escritoras, una de sus preferidas, en su lugar de trabajo y con las manos en la masa, gestando una bonita historia romántica que seguro le haría suspirar y soñar con el amor verdadero, uno que aún no había experimentado. Ishbel era muy activa con respecto al sexo, muy enamoradiza, pero nunca se quedaba mucho tiempo con ninguno de sus amantes, pues se cansaba de ellos, terminaban por aburrirla. Las mariposas en el estómago que describían los libros se morían tan rápido, que apenas le daba tiempo a disfrutar de ellas.

Nada más poner los pies en la terraza, cuyas vistas maravillosas aportaban la paz que Mila necesitaba para escribir, la golpeó un intenso y delicioso aroma a una de esas colonias caras de hombre. Aspiró con fuerza, a Ishbel le encantaba el perfume masculino y, en algunas ocasiones, era el que ella misma usaba.

Cuando se recuperó del impacto a sus sentidos, abrió los ojos y recorrió la terraza en busca de Mila, pero ella no estaba. Tan solo estaba Robert el Gruñón, apodo que le había puesto por su rictus siempre serio. «Parece que esté chupando un limón», recordó las palabras que le había dicho a Katy refiriéndose al toso guardaespaldas.

Se quedó un buen rato observándolo. Estaba de espaldas a ella, con los brazos apoyados en la

barandilla, impecablemente vestido con un chino marrón oscuro y una camisa. Le había dado las vueltas suficientes a las mangas para que se le ajustaran a los codos, dejando los antebrazos libres de tela. El recuerdo de su torso desnudo la golpeó con fuerza.

Se giró y clavó los ojos en ella como si la analizara, como si fuese una bacteria y él la observara a través de un microscopio tan solo con un fin: estudiarla.

—Hola. —Sonrió. Sus ojos brillaban y Robert, parco en palabras, se limitó a asentir—. ¿Sabes dónde está Mila?

—No ha dormido muy bien y se ha quedado en la cama.

—Ah, vaya... pues... —Miró el plato que tenía entre las manos y después al guardaespaldas—. ¿Te apetecen tortitas recién hechas?

Robert se limitó a negar con la cabeza. No es que no le gustaran, ni tan siquiera que no tuviera un hambre atroz, pero temía que si le decía que sí, esa mujer tan... insoportablemente habladora decidiera quedarse con él mientras las devoraba.

—Anda ya, no puedes rechazar estas tortitas porque están tan deliciosas que te chuparás los dedos. Además, así firmamos la paz. No empezamos con muy buen pie.

Robert se puso rojo al recordar el primer encontronazo, él sobre su pequeño cuerpo cubierto tan solo por una toalla. Ella tenía razón, quizá podrían tener una tregua.

Pasó de su negación, pasó de sus miradas toscas, Ishbel se limitó a colocar el plato sobre la mesa que presidía la terraza, se acercó a él, lo tomó de la mano y tiró hasta que Robert decidió moverse; más que nada, porque si lo hacía, ella dejaría de tocarlo.

Se sentó y ella lo hizo enfrente, observándolo sin apenas pestañear.

—Venga, dale —lo alentó, y Robert partió un enorme trozo de tortita que se llevó a la boca.

«Si como rápido, quizá me deje en paz», se dijo.

Ishbel no podía dejar de mirarlo, era tan guapo. Le recordaba a un modelo que salía en la televisión anunciando trajes de marca.

«¿Cómo se llama...?», se preguntó.

—¡John, John Walker! —gritó de pronto.

Robert pegó un salto en la silla y arrugó la frente. Ella corrió a explicar su reacción.

—Es el nombre del modelo al que me recuerdas.

—¿Te recuerdo a un modelo? —Era lo más absurdo que le habían dicho nunca.

—Mucho, eres igual de guapo. —Suspiró con fuerza, puso un codo sobre la mesa y usó una de sus pequeñas manos de uñas rosas para sujetarse el mentón.

Robert sacudió la cabeza. Esa mujer estaba loca. Loca.

De repente, uno de esos deditos se acercó a su cara y él intentó huir, echando la cabeza hacia atrás.

—Pero... ¿qué haces? —preguntó molesto.

Ishbel lo posó sobre la comisura de su boca sin hacer caso a sus miradas.

—Tenías nata —dijo mostrando el dedo manchado.

Y entonces lo dejó totalmente perplejo al llevarse el dedo a la boca y lamer la nata como si fuera el manjar más delicioso del mundo.

Robert no podía apartar su mirada de esos labios y de esos ojos que expresaban placer y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, una parte de su anatomía que permanecía dormida despertó de manera milagrosa. Se empalmó, y se asombró tanto que soltó un gruñido de frustración, uno que no le pasó desapercibido a Ishbel, uno que le hizo sonreír. De manera descarada, se levantó de la silla que había ocupado frente a él y, sin decir nada, lo dejó solo..., solo, caliente y confundido.



11. El hombre más feliz del mundo, una manta y un selfie

—Vamos a pasear. Necesitas un poco de sol, te ves muy pálida.

Ishbel había llegado temprano cargada con una mochila más grande que ella. Según parecía, no la necesitaban en la tienda. Eso, unido a que «cierta persona» últimamente se colaba en sus sueños, hizo que nada más abrir los ojos, sus pasos la condujeran hacia el hotel como las polillas acuden a la luz. Así que se pasaba el tiempo metida en el Edge of the Cliff y Katy se lo agradecía. Añoraba tanto a Colin, a Carol y a Lobo que tenerla a su lado era como un soplo de aire fresco; además, junto a Ishbel, la diversión estaba más que asegurada.

Habían desayunado todos juntos en la cocina y reído a carcajadas de las ocurrencias de Rem y de Ishbel, que le seguía la corriente. Juntos eran la bomba e incluso Robert, el serio, aburrido e imperturbable Robert, tuvo que soltar alguna que otra sonrisa.

Robert y Mila se habían ido, y Rem había salido muy temprano; seguramente, a correr, como hacía siempre. Así que, tras recoger la cocina, hacer las camas y limpiar las habitaciones de sus clientes, se estaban tomando otro café cuando de repente a Ishbel se le ocurrió la idea de salir del hotel y respirar aire puro.

Katy no dudó, le apetecía. Se agarró al brazo de su amiga y juntas salieron, bajaron las escaleras de piedra y pasearon por la playa.

—¿Qué llevas en esa mochila? —le preguntó su amiga, que agarró una de las asas para ayudarla, pues, según parecía, pesaba.

—Cosas que necesitaremos para una mañana de picnic —contestó.

—¿Siempre vienes preparada para ir de picnic?

—Querida —se puso muy seria—, siempre voy preparada para lo que sea.

—Qué enigmática... —dijo Katy riendo—. Se puede saber qué buscas.

Ishbel no paraba de mirar a todos los lados.

—Un lugar donde asentar el campamento base. ¡Lo encontré! —gritó feliz. La tomó de la mano y le hizo correr. Sus botas, que se hundían en la arena, y los tacones que Ishbel siempre llevaba les impedían avanzar a la velocidad que ella deseaba. Protestando, se descalzó y le ordenó a Katy que la imitara con un gesto de la mano.

—¿Estás loca? Hace frío, no pienso quitarme las botas —protestó, e Ishbel se encogió de

hombros.

—Te estás volviendo tan sosa.

Sin más, comenzó a caminar con los tacones en la mano y Katy la siguió.

—Yo no soy sosa —protestó.

Pero Ishbel la ignoró. Había llegado al lugar idóneo para degustar lo que llevaba dentro de su mochila.

La abrió y sacó un par de mantas de cuadros rojos.

—Ayúdame —solicitó a Katy, y juntas las extendieron en una planicie. Al estar resguardada de la brisa por las rocas, las telas no se volaban y pudieron colocarlas sobre la arena.

—Si te vas a sentar en mi manta, ya puedes hacer el favor de quitarte esas horrorosas botas. —Puso su cara de señorita Rottenmeier. Ishbel era muy alegre, pero cuando se ponía borde...

—No son horrorosas —protestó Katy, aunque obedeció. Se desprendió de sus viejas botas militares y se sentó sobre la manta en la típica posición de los indios—, además, son muy cómodas.

—Y horrorosas, pero en fin, se ve que perdiste el gusto por las cosas bonitas.

Katy se puso roja y abrió la boca sorprendida.

—Y lo dice la tía que lleva unos tacones para caminar por la arena de la playa.

—Perdona, mis zapatos son elegantes y muy sexis mientras que esas horrorosas botas... —las señaló como si fueran algo asqueroso—, son lo peor que he visto en mi vida, sin glamur. Pero dejemos tu falta de estilo.

—Sí, sí, dejémoslo. —Katy sabía que su amiga no pretendía molestarla, simplemente. le decía la verdad. Se estaba dejando y eso era muy triste.

Ishbel sacó del bolsillo de su corto pantalón el móvil para poner algo de música. Los acordes de *Rude de Magic!* comenzaron a sonar e Ishbel intentó entonarla sin mucho éxito.

—Lo tuyo no es cantar —dijo Katy entre risas.

Pero ella, lejos de ofenderse, continuó berreando.

—¿Qué haces, loca?

Ishbel se había quitado el estrecho jersey rosa que cubría su cuerpo, quedándose con un bikini rojo.

—Tomar algo de sol y tú deberías hacer lo mismo. Anda, quítate la camiseta.

Katy se aferró a su anorak con ambas manos y negó.

—Bueno, pues al menos, quítate ese horroroso abrigo.

—¿También es horroroso mi anorak?

—Toda tu ropa lo es. —Puso los ojos en blanco—. Coño, Katy, deja de ser tan... tan Carol y deja salir un poco a la Katy de hace unos años.

¡Joder, tenía razón! Asintió y se quitó el viejo y ajado anorak verde que siempre llevaba.

—Pero no pienso quitarme nada más.

—No me asustaré por ver una mujer en sujetador.

—Es que..., no llevo.

—Vale, vale, eso sería incómodo. Mejor, quédate así.

Ishbel también llevaba crema protectora en su supermochila preparada para todo.

—Ponme en la espalda —solicitó a su amiga—. Me gusta el sol, pero soy tan blanca que si no me protejo, pareceré un tomate.

Katy la embadurnó bien y se puso ella en la cara.

—¡Perfecto, ya estamos preparadas! —exclamó Ishbel entusiasmada, mientras One Republic sonaba en su móvil—. Mira lo que traía en mi mochila. —Sacó una botella de vino tinto. No era

una de las mejores marcas que había en el mercado, pero para disfrutar de una mañana entre amigas, serviría. Rebuscó hasta encontrar un par de vasos de plástico y descorchó la botella.

—¿No crees que es muy temprano para empezar a beber?

—Nunca es temprano para divertirse. Toma y bebe. —Le ofreció uno de los vasos lleno hasta el borde.

—¿Pretendes emborracharme?

—Pues mira, ahora que lo dices, quizá te vendría bien porque últimamente eres tan aburrida...

—No empieces otra vez. —Katy puso los ojos en blanco, estaba cansada de que ni siquiera ella se reconociera.

—Venga, paz... —propuso Ishbel al ver la tristeza de su amiga en sus preciosos ojos y levantó su vaso para un brindis—. Por el polvo que vas a echar en breve.

—Yo no brindo con vasos de plástico, que da mala suerte, y menos por eso —dijo enfurruñada—. Además, ¿tú qué sabes? ¿Eres vidente?

—No, pero mira quién viene. —Señaló con su vaso por detrás de Katy y ella se giró. Rem caminaba por la arena. Llevaba un enorme chándal gris, que incluso a él le quedaba grande, y las manos metidas en el bolsillo delantero. La capucha cubría su cabeza, pero no tenía pinta de venir de correr. Cuando lo hacía, usaba una sudadera igual, pero sin mangas, y unas mallas.

Rem había salido a pasear. Su primera intención había sido hacer un poco de *running*, pero se sentía agotado. Sus músculos necesitaban un poco de descanso, pues la sesión del día anterior había sido muy intensa, se había forzado y ahora sufría las consecuencias. Así que decidió dejarlo por ese día.

Ya habían establecido los turnos para vigilar a Mila, a él le correspondían las tardes y a su compañero, las mañanas.

Llevaba unas cuantas millas de costa recorridas cuando las vio. Estaban sentadas a resguardo por unas altas rocas. La piel de Ishbel era como un neón, brillaba de lo blanca que era y atrajo su atención. Katy estaba de espaldas, pero se giró para mirarlo.

—Hola, chicas —saludó al llegar a su lado.

—Rem, ¿qué haces a estas horas por la playa? —Las chicas se habían acostumbrado a su rutina de verlo salir a correr a primera hora de la mañana.

—Se me pegaron las sábanas.

—Siéntate con nosotras —propuso Katy, y él aceptó.

—Fuera esas zapatillas. —La señorita Rottenmeier hizo de nuevo su aparición y Rem corrió a obedecer.

—¿Estás bien? —preguntó Katy al ver cómo su semblante cambiaba al sentarse sobre la manta, parecía dolorido.

—Agujetas, ayer me pasé corriendo.

—¿Ves?, esas cosas a mí no me pasan —dijo Ishbel entre risas.

—¿Qué bebéis? —Señaló los vasos que tenían entre las manos.

—¿Te apetece? —preguntó Ishbel mostrándole la botella. Asintió, le encantaba el vino y no le vendría nada mal un buen trago—. Pero no tenemos más vasos.

Rem le arrebató el vaso a Katy y bebió bajo la atenta mirada de las dos mujeres.

—No está mal —dijo, y se acomodó sobre la manta en la que Katy estaba sentada. Se tumbó todo lo largo que era con la cabeza sobre uno de sus muslos.

Katy se tensó al sentir el peso de su cabeza y miró a su amiga, que vocalizó un «te lo dije».

De repente, Ishbel se puso de pie y tomó su móvil.

—Ay, madre, se me olvidaba. Me tengo que ir ya. —Katy y Rem hicieron ademán de

levantarse, pero ella les indicó con la mano que no se movieran—. Quedaos, pero luego recogedlo todo, ¿eh? —Mientras les hablaba se colocó el jersey, cogió sus sandalias y, tras un adiós y un guiño pícaro a Katy, salió corriendo hacia el hotel.

Katy no fue capaz de reaccionar, se limitó a ver cómo su amiga los dejaba solos. «Por el polvo que vas a echar en breve», recordó su brindis y, cerrando los ojos con fuerza, soltó un «joder» que hizo que Rem la mirase sorprendido.

—¿Pasa algo? —interrogó con la cabeza aún apoyada sobre su muslo derecho.

—Eh..., no, no.

Rem le arrebató de nuevo el vaso de la mano, se incorporó un poco y le dio otro trago.

—Te noto tensa. —Volvio a elevar la mirada para observar sus gestos. Katy era como un libro abierto, mostraba todo lo que sentía—. Relájate, somos amigos, ¿recuerdas?

Katy asintió y le regaló una sonrisa un tanto forzada.

«¿Amigos?, y una mierda», pensó. Una amiga no ansiaba comerse esos labios que él se acababa de chupar para saborear el vino, no deseaba tener en su propia boca esa lengua ni acariciar esos cabellos, ni notaría su piel arder en el punto exacto en el que él tenía apoyado la cabeza.

—¿Te gustan las películas de acción? —preguntó tan de repente que ella se sobresaltó.

—Pues... sí.

—¡Genial! —Parecía feliz con su descubrimiento y ella lo miró sin comprender—. A mí también, las de terror no puedo ni verlas.

—Yo tampoco, no me gustan nada.

—Vaya, qué coincidencia.

—Recuerdo las tardes de palomitas dulces y películas cuando mi abuelo me llevaba al cine.

—Yo no pisé uno hasta los quince.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida—. ¿No te llevaban tus padres o tu hermano mayor?

Rem cerró los ojos y ella pudo observar cómo su nuez se movía, parecía incómodo.

—Mi familia no fue..., no era normal y mi hermano, él... Él solo bailaba.

—¿Qué quiere decir eso?

—Desde pequeño, su vida fue el *ballet*.

—Pero eso es terrible. —Katy se imaginó a un niño de la edad de su hijo sometido a la dura disciplina del baile clásico.

—Algún día, Katy. Algún día te lo contaré, ahora... —Abrió los ojos para mirarla y ella los vio anegados. Tragó saliva con fuerza. Se tumbó de nuevo, acomodando la cabeza sobre ella, tomó la mano que tenía más cerca, acarició sus dedos y la posó sobre su cabello. Katy la dejó quieta, pero las palabras de él la hicieron reaccionar—. Por favor... —susurró con voz ronca y ella comenzó a peinar su pelo, a acariciar cada hebra suave. Y así se quedaron durante un buen rato—. Katy... —Se sobresaltó, pensó que se había quedado dormido.

—Dime —lo alentó cuando calló otra vez.

—¿Me darías tu número de móvil?

—Claro, por qué no.

—Eso hacen los amigos, ¿verdad?

—Eso hacen.

Ambos sacaron sus teléfonos y se intercambiaron el número.

Y así comenzó el juego. Uno al que a ambos les gustaba jugar, uno en el que se intercambiaban wasaps cuando no estaban juntos.

El primero llegó en forma de foto. Rem tomó una instantánea de ellos dos. Katy sonreía y él...

él parecía el hombre más feliz del mundo.



Ishbel regresó a la tienda satisfecha con su pequeña hazaña. Su plan de ayudar a su amiga, de darle un empujón para que por fin saliera de su estado de castidad, daba frutos. Le había salido bien la jugada de pura casualidad, no pensaba que Rem fuera a pasear por la playa, pero como siempre decía su madre, que era muy sabia, todo sucede por algún motivo.

Entró en la tienda donde se vendía de todo un poco y que era su sustento. Pero los sueños de Ishbel estaban lejos de esa tienda, incluso de Kirkwall y más allá de Escocia. Ishbel quería volar libre, deseaba conocer mundo, descubrir de qué color era el cielo en... España, por ejemplo. Carol le había hablado tanto de la tierra de su padre que su sueño de visitarla cada día se hacía más fuerte, tanto que, además de pasar gran parte de su tiempo libre viajando de manera virtual por la red, había comprado en una página de internet una guía, una que algún día llevaría en su viaje a España. Porque iría. Algún día, su sueño se haría realidad.

Saludó a Ada, que estaba detrás del mostrador atendiendo, y subió las escaleras que comunicaban su pequeño negocio —herencia de su padre y que su madre le cedió con sumo gusto — con la vivienda.

La tienda siempre había sido el sustento de la familia Murray. No se quejaba, al menos, tenía algo que era totalmente suyo; pero también la ataba, la tenía aprisionada en Kirkwall cuando lo que más ansiaba era volar. Con su madre, no podía contar, pues ella no quería saber nada del negocio. Ahora se dedicaba a vivir la vida sin preocuparse de nada.

Ishbel miró el retrato de su padre que presidía el minúsculo salón y lo saludó como si él la pudiera escuchar. Siempre lo hacía, era como un ritual, su manera de recordarlo todos los días. Sentía que, al hacerlo, él nunca la dejaría del todo.

Hizo un poco de limpieza y después se dio una larga ducha.

Cuando estaba recogiendo los platos de la deliciosa comida que se había preparado, Ada llegó a la carrera, congestionada y con los ojos vidriosos.

—Ay, Ishbel... —suspiró de manera trágica—. Tienes que bajar a la tienda.

—¿Qué ha pasado? —interrogó, pero sin preocuparse mucho. Ya conocía a Ada, era muy dramática.

—Un hombre de lo más desagradable ha entrado a la tienda... —Se retorció las manos de manera nerviosa e Ishbel se las tomó entre las suyas.

—¿Te hizo daño?

—No, qué va, pero... No lo entiendo, no sé qué quiere. Habla muy raro y me mira... —Se acercó a su oído como si fuese a contarle un secreto—. Creo que lleva pistola, deberíamos llamar a la policía...

—Robert el Gruñón. —Ishbel puso los ojos en blanco. A pesar de su escasa descripción, sabía que era él.

—¿Cómo?

—Nada, nada, sé quién es. —Palmeó con cariño una de sus manos—. Vete a casa, yo cerraré la tienda.

—Pero no es la hora de irme...

—Te has ganado un descanso. —Con mucha delicadeza, la dirigió hasta la salida.

—¿Y ese tipo?

—Yo lo atenderé.

Bajaron juntas las escaleras. Ada no hacía otra cosa que volverse a mirar a su jefa con preocupación.

—No te dejaré sola con un tipo que lleva pistola —susurró. Se paró en seco, tan solo les quedaban un par de escalones y ese hombre estaba lo suficientemente cerca para escucharla.

—¡Bah! ¡Te aseguro que John Walker no es peligroso! —Ishbel elevó la voz y recibió una dura amonestación en forma de mirada por parte de Ada.

—Shhhh. —Puso uno de sus regordetes dedos sobre sus labios—. Puede oírte. —Ishbel se encogió de hombros, dándole a entender que no le importaba—. ¿Se llama John Wal...?

Ishbel comenzó a reír. Pobre Ada, era tan inocente.

—Anda, vete, vete a casa.

Allí estaba él, Robert el Gruñón o John Walker Ishbel ya lo había bautizado con los dos mote.

Ada pasó por su lado casi sin mirarlo y, antes de abrir la puerta, vocalizó «ten cuidado».

—Vaya, vaya, John, ¿qué te trae por aquí?

Ishbel se apoyó en el mostrador de manera descarada y clavó sus profundos ojos verdes de infinitas pestañas en el guardaespaldas, que la miraba entre sorprendido y un tanto molesto.

—¿Trabajas aquí?

—Es mi tienda —explicó poniendo énfasis en el posesivo.

—Pues tienes una dependienta pésima. —Soltó un bufido de lo más desagradable que hizo que Ishbel dejara de sonreír de inmediato.

—Ada es buena chica, trabajadora y cariñosa. El problema es que eres un gruñón, miras a todos como si fuésemos el enemigo. Pareces siempre alerta y mi pobre Ada es tan sensible...

Robert no se podía creer lo que esa pequeña... mujer... le estaba diciendo. Pero ¿cómo se atrevía?

—Oye, ¿y tú de qué vas? —No elevó la voz, nunca lo hacía, salvo en caso de necesidad, pero sus ojos expresaban tanto odio que cualquiera hubiese retrocedido asustado. Cualquiera, menos Ishbel.

—¿Qué te pasa, John? ¿Te jode que te digan la verdad?

Robert resopló, negó con la cabeza y escupió en voz muy baja unos cuantos tacos; resopló de nuevo, clavó los ojos en ella, unos ojos que parecían querer estrangularla lentamente, y, de repente, soltó un «ja», se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la salida. Pero antes de tocar la puerta, se giró y, con paso firme, caminó hasta colocarse en la posición inicial, frente al mostrador y frente a esa... esa mujer tan estrafalaria.

—No me llamo John —pronunció las palabras con su marcado acento texano. Ahora entendía por qué la pobre Ada, más acostumbrada al gaélico que al inglés, se quejaba de no entenderlo.

—¿Prefieres gruñón?

El guardaespaldas abrió la boca y la cerró.

—Prefiero Robert, es así como me llamo.

Ishbel se limitó a asentir. La sonrisa que siempre lucía había regresado desde el momento en el que le vio tan perdido, se notaba que no estaba acostumbrado a que nadie le parase los pies y le resultó de lo más divertido verlo descolocado, molesto y, a la vez, tan superado por la situación que no sabía ni cómo actuar.

—Perfecto, entonces te llamaré Robert... —«El Gruñón», se dijo a sí misma, y eso le provocó

un ataque de risa.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes? —Se mostró ofendido y a Ishbel le dio pena, así que intentó reponerse con rapidez, a pesar de que cuando le daban esos ataques, no los podía controlar.

—¿Tú nunca te ríes? —preguntó intentando dejar de hacerlo ella.

Robert bufó y, para regocijo de Ishbel, aunque intentó disimular, pudo ver cómo una pequeña sonrisa se dibujaba en su boca. Pero de inmediato regresó el rictus serio, severo.

—¿Qué era lo que querías? —interrogó Ishbel.

—¿Cómo?

—Imagino que estas aquí para comprar algo.

—Oh..., sí, claro. Un periódico.

—¿Y qué le has dicho a la pobre Ada para asustarla tanto?

—Nada —se encogió de hombros—, tan solo me quejé porque todos los que tenéis son muy atrasados. —Con manos rápidas, tomó uno de los que tenía sobre el mostrador—. Mira. —Le mostró la página donde se veía la fecha de publicación.

Ishbel se limitó a pestañear, ni siquiera posó los ojos sobre el papel.

—¿Para qué quieres el periódico?

—¿Cómo? —Robert cada vez se sentía más perdido, parecía todo un mal sueño. «¿De dónde ha salido esta tía?»—. ¿En serio?, ¿de verdad me preguntas eso? Para estar informado.

—Pues lee esto, es lo mejor para saber qué pasa por el mundo y me ha llegado hoy. —Le tendió una revista y Robert puso los ojos en blanco.

—No me interesa saber que... —miró el titular y leyó en voz alta— Anne Richarson se va a casar con John Walk... —Dejó el nombre a medias. ¿Ese era el tipo con el que ella lo comparaba? Entonces sí le interesó, deseaba saber cómo era ese hombre. Le arrebató la revista de las manos y buscó la página donde se le veía medio desnudo, tumbado en la playa. Con letras gigantes, ponía: *El hombre más sexi del mundo se casa.*

Un solo pensamiento pasó por su mente: ¿de verdad ella creía que se parecía al hombre más sexi del mundo? La miró, la observó muy detenidamente, tanto que Ishbel empezó a sentirse un poco incómoda.

—¿Por qué me miras así? —Ya no podía soportar más el escrutinio de esos ojos.

Robert se limitó a negar con la cabeza un par de veces y, de nuevo, tras sentir cómo esa parte de su anatomía volvía a despertar, tras contemplar sus labios rosas, esos ojos verdes, el fino y suelto pelo, la belleza tan única que Ishbel desprendía sin ser consciente de ello, se encaminó hacia la puerta y se marchó sin decir tan siquiera un adiós.



12. ¿Te parece bonito reírte de uno de tus huéspedes?

Qué haces?

Katy sonrió al ver el wasap que Rem le acababa de mandar.

Me voy a la cama, es tarde

No puedo dormir

Quieres hablar?

No quiero molestar

Tú nunca molestas

Por un largo espacio de tiempo, él no mandó más mensajes. Katy miraba la pantalla deseosa, pero él ni siquiera escribía.

Rem? Estás?

Nada, no contestaba así que decidió meterse en la cama. Intentaría dormir, pero entre lo que había pasado en la playa, la intimidad que compartieron, las ganas de saber más de él y ese wasap, el sueño iba a tardar en llegar.

De repente, el móvil vibró sobre la mesilla. Katy corrió a mirar si era él y sí, lo era.

Perdona, tuve una llamada. Sigues despierta?

Sí

Katy..., me encanta nuestra foto

La compartió de nuevo y Katy no pudo evitar que un largo suspiro saliera de su boca. La verdad era que estaban muy guapos.

Entró otra foto. En ella, se la veía sentada, mirando el mar.

Cuándo me la hiciste?

Ayer. Estabas tan bonita que no lo pude remediar

No me enteré

No quise que te enterases. Ahora te puedo mirar...

No es justo, yo no tengo ninguna tuya

Me mirarías?

Te miraría

Rem le mandó una foto. Se le veía sonriente, era un *selfie* que se acababa de hacer tumbado en la cama con esa mirada que la provocaba, que le calentaba hasta el alma. Katy tragó saliva. Dios, estaba tan guapo que quitaba el aliento. Tan solo se le veía la cara, pero Katy abrió más la foto, la puso en pantalla grande y pudo apreciar algo de su torso desnudo.

Katy, me estás mirando?

Era una conversación normal sin ningún tipo de pretensión —al menos, así debería ser—, pero la temperatura de la habitación había subido y el corazón se le iba a salir del pecho.

Sí, he hecho la foto más grande

No le costaba nada ser sincera porque se sentía cómoda. No le parecía extraño, lo sentía tan cercano, tan suyo.

Me gusta que me mires, Katy, y me gusta mirarte.

Mándame una foto, por favor

Katy sonrió y buscó el mejor ángulo para sacarse una foto. Probó unas cuantas, pero ninguna le gustaba.

Por qué tardas tanto?

*No pensarás que te voy a mandar una foto cualquiera,
estoy haciendo pruebas*

Joder, Katy. Manda una, la que sea

Pero quiero salir guapa

Tú siempre saldrás guapa para mí

El corazón se le paró de golpe. Katy se sintió como una adolescente con su primer amor. Su sonrisa se hizo más grande y, sin pensarlo, se hizo la foto para poder mandársela directamente. No lo pensó, la envió sin mirar el resultado.

Dios, Katy! Eres tan bonita!

Sus ojos se anegaron. Esas palabras escritas en medio de la noche eran como un bálsamo y Katy observó la foto. Sí, la verdad es que había salido muy bien, y todo gracias a él.

Es que estaba pensando en ti

No fue hasta que mandó el mensaje que no se dio cuenta de lo que había escrito. Iba a pensar que estaba loca por él...

Yo también pienso en ti

Katy cerró los ojos. No debía..., no debía, pero ya estaba loca por él sin remedio.

Al día siguiente por la mañana

Katy estaba delante de la pila llena de cacharros sucios. Ya iba siendo hora de fregar. Una tonta sonrisa vestía sus labios recordando la noche, los wasaps, las fotos y todo lo que sintió. Había olvidado lo que era esa sensación de euforia, de felicidad, ese pinchazo en el estómago y con Rem, gracias a él, lo estaba recordando; y le gustaba, aunque también, y en partes iguales, le aterraba.

Esa misma mañana, a eso de las siete, él le mandó otro wasap, uno en el que se veía una foto de él y una taza de café. El texto que la acompañaba era sencillo:

Buenos días, morena. Te apetece?

Katy cerró por un instante los ojos para disfrutar de su bonita sonrisa, esa que lucía en cada foto sin esforzarse, pues le salía de manera totalmente natural.

Sacudió la cabeza, ese hombre la volvía loca.

La ventana que tenía enfrente y por la que miraba mientras frotaba platos y cubiertos le mostró la imagen de Ishbel, que se acercaba al hotel.

—Hola —le dijo cuando entró en la cocina—. ¿Zafarrancho de limpieza?

—Ay, sí. —Puso morritos y ojillos tristes.

—¿Quieres que te ayude?

No contestó, se limitó a asentir con una perfecta sonrisa de dientes blanquísimos y le hizo sitio a su lado.

Ishbel se remangó la blusa roja.

—Tú frota y yo enjuago —propuso—. ¿Has hablado con Carol?

—Sí, ayer me llamó. ¿Puedes creerte que me repitió de nuevo todas las instrucciones sobre lo que puedo y no puedo tocar?

Ishbel miró una de las sartenes que Katy frotaba con el estropajo y sonrió.

—Lo creo y también veo —dijo señalando el recipiente de cocina— que no le has hecho ni caso. Cuando Carol regrese y vea que has usado esa sartén...

—Sí, lo sé. —Una sonrisa malvada adornó sus labios.

—Mira que te gusta vivir al límite.

Ambas rieron y continuaron con su tarea.

—Y bueno, ¿no tienes nada que contarme?

—¿A qué te refieres? ¿Quizá a la emboscada que me tendiste?

—Te juro que no sabía...

—Ya, ya, supongo que no sabías que él aparecería por allí, pero ¿y la jugarreta de pirarte para dejarnos solos?

—Os estabais poniendo muy ñoños.

Katy la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Ñoños? —interrogó sorprendida.

—Ya sabes. Él bebe de tu vaso, se tumba sobre tu pierna... —Katy seguía mirando como si no entendiera—. Coño, Katy, sí que estás oxidada. Él buscaba algo...

—No digas más tonterías...

—¡Katy, Katy, mira! —la interrumpió y movió la cabeza hacia la ventana.

—Oh, vaya —dijo al ver a qué se refería su amiga.

Rem, vestido con una sudadera gris sin mangas, unos pantalones de chándal anchos y zapatillas, se disponía a hacer un poco de deporte.

—¡Qué bueno que está! —exclamó Ishbel, que dejó de enjuagar para centrarse en el guardaespaldas que descendía las escaleras al trote camino a la playa.

—Mucho.

—Venga, Katy, cuenta. ¿Te lo has tirado ya?

—¡No! —Clavó en Ishbel una mirada inquisidora.

—Ya, ya —se burló—. Nena, ya te puedes dar prisa, que luego estarán Carol y Lobo, además de Colin y Michael. Así que es ahora o nunca. Mira que te lo dejé a huevo.

Katy suspiró con pena y soltó el estropajo.

—Tienes razón, pero... ¿y si no le gusto? —¿Dudaba después de los wasap que él le había enviado? Sí, porque Ishbel tenía razón, Katy estaba oxidada.

—¡Estás loca! ¿Cómo no le vas a gustar? Eres la tía más preciosa que he visto nunca. Además... —se mordió el labio como si fuese a contar un cotilleo jugoso—, pude ver cómo ayer te comía con los ojos. El vaso..., la pierna..., ¿recuerdas? Le pones, le gustas más tú que sus tortitas.

—¿De verdad? —Ishbel asintió—. Pero... No lo creo, yo ya no soy como era antes. Ahora...

—Señaló su peto vaquero desgastado y viejo y una de sus típicas camisetas interiores de botones.

—Aun con ese horroroso peto, estás preciosa. ¡Me matas de la envidia, cabrona! Anda, ve.

—¿Cómo?

—Joder, tía, que vayas en su busca.

—No, no, no...

—Sí, sí, sí. —Con cada afirmación, Ishbel empujaba a su amiga hacia la puerta de la cocina—. Hoy hace un día muy bonito. —Le desabrochó una de las trabillas que sujetaban el mono sobre

uno de sus hombros y la dejó caer de forma descuidada—. Él estará corriendo por la orilla, pero tendrá que volver por el mismo camino tarde o temprano. —Desabrochó un par de botones de la camiseta. Como no se veía suficiente piel para ella, desabrochó otro más—. Tú te sientas en una roca a esperarlo y cuando se acerque, te recuestas y elevas la cara hacia el sol. Así. —Le demostró la manera en la que debía hacerlo—. Enseña pecho y cuando se acerque... ¡zas!, verá ese canalillo y esos ojos y te aseguro que de hoy no pasa. Ese tío te hará mujer...

Katy no podía parar de reír.

—Eres un caso. Anda, déjate de tonterías y vamos a terminar de fregar. Además, Mila y Robert aún no han bajado a desayunar, no puedo dejar desatendidos a mis huéspedes. —Fue a abrocharse los botones, pero Ishbel le dio un cachete en las manos y la empujó con fuerza hacia la salida.

—¡Ve ahora mismo a por ese tío! Yo me ocupo de todo.

—Pero... no quiero —dijo haciendo pucheros.

—Te mueres por follar, Katy.

—Sí, me muero, pero no ahora.

—¿Estás tonta? ¡Ve! —Señaló la puerta y Katy, cabizbaja, obedeció.

Caminó hasta la playa planteándose a cada paso que daba por qué coño hacía caso a la perturbada de Ishbel.

Se sentó sobre una roca como ella le había indicado, pero terminó tumbada. La verdad era que el calorcito que desprendía el sol era muy agradable.

Cerró los ojos y se limitó a disfrutar de los rayos que acariciaban sus mejillas.

Debió quedarse dormida, pues, por un lapsus de tiempo, el ruido de las olas desapareció por completo y sus sentidos parecían estar aturcidos.

Se despertó al sentir algo haciéndole cosquillas en una de sus mejillas. Abrió los ojos y se encontró con la cara de Rem justo sobre la suya. Le tapaba el sol, pero no le importó; él era como el astro, bello, tan guapo... Con un dedo, dibujaba uno de sus pómulos.

—Eres preciosa —le dijo con el aliento entrecortado.

Katy se limitó a mirar sus ojos, que brillaban. Poco a poco, descendió hacia sus labios. ¡La iba a besar! y Katy no pensaba impedirselo.

Sintió el aliento sobre su boca y esperó con deseo, pero, de repente, él se levantó y se sentó a su lado sobre la roca con la mirada anclada en el mar.

Katy se sintió defraudada, molesta. ¿Por qué no la había besado?

Se incorporó e intentó encontrar la respuesta en su perfecto perfil.

El tiempo pasaba y ninguno de los dos decía ni una sola palabra. Pero lejos de sentir la incomodidad del silencio, tanto Katy, como Rem parecían estar a gusto así, codo con codo, mirando el mar.

—Anoche, cuando dejé de hablar por WhatsApp —la miró para ver si lo entendía y ella asintió—, te dije que me habían llamado. Estaba hablando con mi hermano, quería contarle que iba a hablar con ella, con Olga. —Tras cuatro años, por primera vez, soltaba algo de lastre. Al decir su nombre, lo sintió extraño, como si la mujer a la que pertenecía se hubiese desdibujado de tal manera que ya no existía ni en sus recuerdos y eso era muy bueno. Comenzaba a recuperarse.

—¿Y se lo dijiste?

—No. Al final, hablamos de muchas cosas, pero de eso, no. Ya habrá otra ocasión.

—Claro, seguro que sí...

—Mi hermano fue bailarín profesional. —Cambió de tema.

—¿Bailarín de esos que llevan mallas?

Rem soltó una carcajada y la miró.

—Sí, de esos. Mallas y zapatillas de *ballet*.

—¿Y cómo un bailarín llega a convertirse en *stripper*?

—La puta vida de mierda —explicó y de nuevo dirigió su mirada hacia el mar—. Ahora es feliz, tiene una pareja que lo ama y ha vuelto a bailar.

—A veces, la vida nos sorprende y deja de ser una mierda, ¿verdad?

Rem se encogió de hombros.

—A veces...

Volvió a hacerse el silencio y, durante un buen rato, solo se escuchó el mar y sus respiraciones.

—Ahora da clases.

—¿Tu hermano?

—Sí.

«¿Por qué coño le estoy contando todo esto?», se planteó Rem. A ella no debía de importarle lo más mínimo su hermano.

—¿Cómo se llama?

Rem sonrió. Según parecía, sí sentía curiosidad y eso le gustó.

—Patch.

—Mis padres murieron en un accidente de coche. Un borracho invadió su carril. Yo tenía que haber ido con ellos, pero me castigaron por pelearme en el colegio. —El fugaz recuerdo de la discusión con su madre, de su enfado..., la golpeó en el centro de su pecho—. Las últimas palabras que me dijo fueron: «Vas a estar castigada hasta el juicio final», y mi verdadero castigo fue que me quedé sin ellos.

Rem le tomó una mano con fuerza. No pensaba decirle esas mierdas que solía decir la gente. Él sabía lo doloroso que era perder a alguien y lo que molestaban las miradas de pena, de lástima, así que se limitó a mostrarle su presencia, a decirle con un simple gesto que él estaba a su lado, que la respetaba en su dolor y que la comprendía.

—La vida es una puta mierda —susurró—. ¿Te peleabas en el colegio? —preguntó sorprendido.

—Sí, mi madre decía que era como un chico. —Sonrió al recordarlo—. Nunca llevaba vestidos, jugaba e iba solo con niños y me pegaba con todo aquel que me miraba mal.

—Quién lo diría. —Sus ojos conectaron de nuevo, se acariciaron—. Ahora pareces dulce...

—¿Dulce?

A Rem lo hipnotizaban esos labios y, sin poder remediarlo, los perfiló con un dedo, los acarició. Katy pestañeó al principio un tanto sorprendida, pero luego, poco a poco, sus ojos se cerraron para dejar paso, en exclusiva, al sentido del tacto.

—Dulce, suave... —Su respiración se volvió errática y su yema demarcaba la boca de ella con hambre. Katy la entreabrió y él tocó sus dientes. ¡Dios le estaba poniendo tan caliente!—. Katy... Me gustas.

Hasta entonces había estado con los ojos cerrados, los abrió de golpe y su mirada la noqueó. Los ojos de Rem, de un profundo azul, brillaban por las ganas que tenía de probarla.

—No puedo —salió de su boca, sin tener la oportunidad de frenarlo.

Rem dejó de tocar sus labios.

—¿Es por ese hombre...?

—No. Sí. No lo sé.

«¿Por qué es, Katy? ¿Por Michael? ¿Porque estás pensando en volver con él? —se preguntó—. No, no, no es por nada de eso. Es porque a mí también me gustas y siento que puedo llegar a enamorarme de ti», se contestó.

—¿Sabes qué? —Rem golpeó ligeramente la pierna de ella con su rodilla. No quería presionarla más, se la veía nerviosa.

—¿Qué? —Katy pensó que se enfadaría, a ningún hombre le gusta una negativa. Seguro que ahora vendrían los reproches...

—Nunca he tenido una amiga...

—¿De verdad?

—De verdad. Tú eres lo más parecido... No suelo contar mis mierdas, es más, nunca las cuento, pero... contigo es fácil. Además, es como si te conociera de toda la vida.

—Yo también me siento igual. No lo estropeemos.

—No lo estropeemos. —Sonrió.

De un salto, se puso de pie y le tendió una mano, a la que ella se agarró sin pensarlo. Él tiró con fuerza hasta lograr que también se levantara y juntos empezaron a caminar por la playa.

—¿Te gusta el helado de chocolate? —preguntó Katy.

—Soy más fan de la vainilla, pero, de todas formas, el chocolate me vuelve loco.

Las olas rompían en la playa y como caminaban cerca de la orilla, salpicaban el peto de Katy y el viejo chándal de Rem.

—Me gusta bailar —explicó Katy, y él se paró de golpe. Necesitaba mirar sus ojos y, al hacerlo, una brillante sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Sabes que tus ojos adquieren un color verdusco a la luz del sol? —dijo Rem, y las mejillas de ella se tiñeron de rojo.

—¿Sabes que los tuyos son del color del mar de Escocia?

Ambos sonrieron y comenzaron a caminar de nuevo.

—No soy un buen bailarín. —Tragó saliva al llegarle el recuerdo de su madre. No lo podía remediar, el *ballet* recordaba tantas cosas...—. Por un tiempo, lo intenté..., estuve en una academia, pero... no lo hacía bien.

—¿Estuviste en una academia? —indagó sorprendida.

—Solo por un tiempo.

—¿Y qué te enseñaron?

—*Ballet*.

Katy frenó otra vez sus pasos y, poco a poco, comenzó a reír. Rem la miraba como si de pronto hubiera perdido la razón, pero sin poder evitarlo, sus carcajadas lo obligaron a reír a él también y ni siquiera sabía por qué.

—¿De qué te ríes? —Intentó ponerse serio y quiso parecer un poco molesto, pues parecía que se estaba riendo de él, pero le resultaba imposible. La risa de Katy era melodía pura para sus oídos. Ver sus ojos llorosos, brillantes, su boca pintada con una sonrisa infinita, sus preciosas manos de dedos largos y finos sujetando su vientre era lo más hermoso que había contemplado en su vida.

—Si te lo digo, ¿prometes no enfadarte?

—Lo intentaré.

—Te imaginaba con mallas. —Volvió a estallar en carcajadas y Rem lo hizo con ella, junto a ella.

—¿Te ríes de mí, morenita? —Comenzó a acercarse intentando poner cara de enfadado.

—Solo un poco —contestó ella, mientras caminaba de espaldas para poder verlo y alejarse de él a la vez.

—Y... ¿te parece bonito reírte de uno de tus huéspedes? —Si Rem daba un paso hacia ella, Katy daba dos hacia atrás.

—No. —Alargó la «o» y, sin parar de carcajearse, se dio la vuelta y comenzó a correr.

Rem podía alcanzarla sin problemas, pero le dio ventaja. Escuchar su hilaridad era lo más maravilloso que le había ocurrido en mucho tiempo, así que quería seguir disfrutando de ese instante, quería prolongar su regocijo porque le hacía feliz, lo llenaba...

En su loca carrera, Katy pisaba las olas, se mojaba con esa agua helada que tanto amaba Lobo y que tanto detestaba ella, pero que ahora se le antojaba maravillosamente perfecta.

Sentirlo detrás, notar su presencia a su espalda, oír sus risas, su respiración era un afrodisiaco... Sus feromonas se activaron y, por un rato, se olvidó de todo. En ese instante, eran Rem y Katy disfrutando de su amistad... «¿Solo amistad?», se preguntó, pero borró el pensamiento de su cabeza. No deseaba contestar a esa cuestión, solo quería disfrutar como una niña pequeña, empaparse del mar, de él, correr..., sentir.

Estaban a punto de llegar a la escalera que llevaba hasta el hotel cuando Katy lo sintió a su espalda y dos poderosas manos se aferraron a su cintura.

La pegó a su pecho de tal manera que sus cuerpos parecían uno y la elevó por los aires haciéndola girar junto a él.

Reían, reían y disfrutaban.

Pero, de repente, Rem la dejó en el suelo sin soltarla, sin dejar que sus cuerpos se separaran ni un solo milímetro. Se quedaron así, abrazados y muy quietos. Sus respiraciones deberían dejar de ser resuellos, pues ya no corrían, ni siquiera pestañeaban, pero no era así porque ahora lo que les quitaba el aliento era sentirse el uno al otro. Notar cada parte de sus anatomías, que permanecían pegadas como si no pudieran separarse, como si fuesen un solo cuerpo.

Los brazos de Rem envolvían su cintura como si de un cinturón de hierro puro se tratase. Las manos de ella se posaban sobre sus fornidos antebrazos.

El pecho masculino subía con cada profunda y entrecortada respiración y ella lo sentía en su espalda, al igual que el alocado latido del corazón. Katy se dejó llevar y posó la cabeza en el punto exacto en el que latía con fuerza.

—Hueles a sal, a vida... —le susurró Rem en un oído.

La magia existía y eso nunca lo podrían negar porque la estaban experimentando.

Katy sintió la erección fuerte y poderosa que se clavaba en su espalda y eso la trajo de nuevo a la tierra.

Un sudor frío, y no producto de su loca carrera, comenzó a resbalar por su canalillo y su frente. Se obligó a separarse y, sin decirle nada, comenzó a caminar sola hasta el hotel. Rem no la seguía, se había quedado parado mirando cómo se alejaba.

Debía dejarla marchar, lo entendía.



Ishbel miraba cómo su amiga se acercaba a la escalera que la llevaría a la playa y si todo salía bien —cruzó los dedos— a los brazos de Rem. Se merecía un respiro, un poco de marcha, de sexo salvaje. Sus labios se curvaron en una sonrisa. «Katy y Rem». Cerró los ojos y suspiró. «¿Robert y yo?».

—Ufff, qué grima. Robert el Gruñón no. No —dijo en voz alta. Soltó una carcajada y descartó la idea con un gesto de la mano. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza una cosa tan absurda?

Robert había dormido esa noche muy mal, esa pequeña rubia loca se había colado en su cabeza, en sus sueños. Sacudió la cabeza molesto al recordar la terrible pesadilla... «¿A quién

quieres engañar?, no fue para nada una pesadilla», se dijo apesadumbrado. Muy al contrario, había sido el mejor sueño húmedo, erótico, sensual que había tenido en años, tan vívido que incluso se había corrido, y eso le avergonzaba tanto que pensaba mantenerlo en secreto. Nadie debía enterarse, ya era demasiado duro tenerlo en su memoria para que alguien más conociese su debilidad.

Maldijo varias veces antes de seguir el descenso por las escaleras camino de la cocina.

«Idiota», se insultó. Ahora tenía a esa mujer metida en su cabeza, no dejaba de pensar en ella. Lo primero que le vino a la mente nada más levantarse fue ella, en lo primero en lo que pensó nada más acostarse fue en ella y encima, regresaba a la adolescencia con una asquerosa y molesta polución nocturna.

«Maldita sea». Entró en la cocina y se quedó paralizado. Ella, ella, ella estaba allí, enseñando sus piernas con un pantalón corto, esas piernas que en su sueño envolvían sus caderas. ¡Joder, hacía frío! ¿Por qué llevaba esos pantalones tan cortos? Cerró los ojos al sentir cómo su erección se abultaba. «¡Mierda!». Nunca, le había pasado, jamás se había empalmado solo por mirar a una chica bonita. A Robert le gustaba el sexo, pero no era un hombre demasiado fogoso. Nunca se había dejado llevar por su apetito sexual y para conseguir una erección como la que palpitaba entre sus piernas, necesitaba más ayuda que el sentido de la vista. Además, esa mujer no era para nada su tipo. Lo hubiera entendido si tuviera unas piernas largas, delgadas o un pecho más pequeño, menos curvas... Pero ella no era para nada el prototipo de mujer con el que se acostaría.

«Entonces, ¿qué coño me pasa?», se preguntó desesperado.

Si se iba en ese preciso momento, estaba seguro de que ella nunca sabría que había estado allí, de pie, contemplando sus caderas, su culo... «Joder», protestó molesto. ¿Cuándo se había fijado él en un trasero así?, nunca.

Ishbel, ajena a la lucha que él mantenía a su espalda, continuaba con su labor de limpiar los platos y los vasos. Canturreaba una canción, aunque la letra se le resistía, no la recordaba. Él no pudo remediarlo y sonrió. Era graciosa, muy graciosa...

—¡Muy buenos días! —La voz alegre de Mila hizo que Ishbel se girase y entonces lo vio.

Esa mañana estaba muy guapo con un vaquero oscuro y una camisa azul como sus ojos. La miraba de una forma extraña. Su entrecejo estaba más fruncido de lo normal, pero sus ojos brillaban como si fueran el foco de un faro y sonreía. «El gruñón sonríe», pensó divertida.

Mila también lo observaba, parecía como si de repente se hubiera transformado en una estatua, casi ni respiraba.

—¿Robert? —Lo agitó con nada de delicadeza y ese contacto le hizo regresar a la cocina, dejar su lucha interna y forzarse a ser amable, cuando lo que más deseaba era salir corriendo, esconderse de ella.

—Buenos días —masculló.

—¿Queréis un café?

—Sí, por favor. —Mila tomó asiento.

—¿Robert? —Esa mujer le estaba preguntando algo sencillo, algo que se podía responder con un no o con un simple sí sin complicaciones, pero el guardaespaldas no era capaz de gestionar sus sentidos—. Eh, Robert, ¿estás bien? —Se acercó a él, estaba preocupada. No era un hombre simpático ni hablador, pero estaba pálido y parecía tan perdido que le dio pena. Tocó una de sus manos y una corriente, parecida a una descarga eléctrica, recorrió su brazo. Lo miró asombrada por lo que acababa de sentir y sus ojos le transmitieron, sin necesidad de palabras, que él también había notado lo mismo.

A Robert nunca le pasaban esas cosas, él huía de la gente y de las mujeres, más aún. No

necesitaba a ninguna en su vida, solo estaba de maravilla, sin dar explicaciones a nadie, sin tener... Sin tener a nadie con quien charlar, a quien llamar en Navidad, que lo felicitara por su cumpleaños o que, simplemente, se preocupara cuando estaba enfermo. Negó con la cabeza. Nunca le habían importado esas cosas, entonces, ¿qué le ocurría?

—No, no quiero café, gracias —se obligó a decir, y a salió de la cocina todo lo rápido que sus pies le dejaron.

Ishbel se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿qué...? ¿Qué narices le pasa a ese tío?

—Ay, querida Ishbel, creo que el corazón de don Gruñón ha comenzado a latir. —Sonrió e Ishbel se sintió más confundida de lo que ya estaba.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Trae dos cafés y te contaré una historia sobre un príncipe que tenía un corazón de hielo y una joven y bonita pastorcilla.



13. Miedo a tu reflejo

Katy entró en el hotel calada, helada y frustrada.

—Hola, linda. —Mila estaba en recepción junto a Robert. Tras la escena en la cocina, un café y una larga conversación con Ishbel, cuando esta se marchó, logró sacar a su guardaespaldas del refugio que suponía su habitación y le pidió que la acompañara a dar un paseo por la playa. Tenía la esperanza de guiarlo, de ayudarlo, con otra de sus charlas sobre la vida, pues lo veía muy perdido—. Vaya, ¿qué te ha pasado? —La miraron sorprendidos al ver su ropa empapada.

—Eh..., es... —No sabía qué decir, pero no tuvo que dar ninguna explicación porque, al instante, entró Rem y comprendieron que habían estado juntos, pues su chándal gris también estaba calado.

—Mila, ¿te importa si salimos más tarde? —La voz profunda de Robert hizo que todas las miradas se dirigieran a él.

—No, tranquilo.

El guardaespaldas asintió y, sin más, le hizo un gesto a su compañero indicándole que saliera a la calle para charlar.

Las dos mujeres se quedaron observando cómo dejaban la recepción y se encaminaban de nuevo hacia la playa.

Katy se sintió mal, quizá sus juegos le supusieran a Rem problemas. Se mordió nerviosa el labio inferior.

—Vamos, cariño, tienes que quitarte esa ropa mojada o te enfriarás. —La tomó de la mano y la guió hasta su habitación. Katy se dejaba llevar porque en ese momento tenía tantas cosas en la cabeza que no era capaz de reaccionar y hacer algo tan normal y cotidiano como subir las escaleras. Fue la escritora quien abrió la puerta y la alentó a entrar—. Cámbiate. Te espero abajo con una taza de té caliente.

Cuando descendió las escaleras ya seca, su mente continuaba confundida, aturdida.

Entró en la cocina y, tal como le había prometido, Mila la estaba esperando con dos tazas, una entre sus manos y otra justo frente a ella.

Tomó asiento, le dio las gracias y, tras soplar un poco, pues el té ardía, dio un sorbo que le bajó por la garganta templándola. Se relamió con placer y se recostó en la silla.

—Katy, ¿qué es lo que está pasando?

—¿Pasando? Nada, no sé por qué me preguntas eso —mintió.

—No me tomes por tonta, querida. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Katy suspiró y giró la cabeza hacia la ventana. No quería mirar los ojos de Mila porque no tenía ganas de hablar sobre Rem..., sobre...

—No sé, Mila, no sé...

—¿Te gusta Rem?

—Sí, mucho.

—¡Perfecto! —El grito entusiasmado de Mila hizo que la mirara a los ojos.

—No —negó con la cabeza—, no es para nada perfecto.

—Vamos a ver, mi niña. Tú estás libre, ¿verdad? —Katy asintió—. Él está libre. Entonces, ¿qué problema hay? Y no me vengas con la tontería de que es un huésped.

Katy sonrió. La había pillado, esa era la excusa que pensaba darle; pero, de repente, decidió ser sincera, abrirse a ella. Necesitaba que la entendiera.

—Mila, yo... —dudó, pero deseaba saber la opinión de esa mujer que había vivido tanto, que, seguramente, expresaría su forma de ver la vida con la madurez que su edad le confería. Tenía claro que no podía recurrir a Ishbel, ella era tan joven que la alentaría a follar sin pensar, y Carol... Joder, ella no estaba allí y requería ayuda ya, no podía esperar más.

—Vamos, Katy —la alentó al ver su mirada perdida y tomó una de sus manos, que estaban sobre la mesa, entre las suyas—. No tengas ningún miedo.

—Hace tiempo estuve enamorada, pero sucedió algo que me hizo tanto daño que prometí no volver a confiar en un hombre, no volver a sentir...

—Pero eso es terrible, no se pueden obviar los sentimientos.

—Sí se puede —la miró con decisión—, no puedo enamorarme otra vez. Así que ahora, ahora tengo que alejarme...

—Tienes que alejarte de Rem —terminó la frase por ella.

—Sí. En un principio, pensé que podría servirme para... sexo.

—Ya, entiendo.

—Pero ahora... Le voy conociendo y todo lo que descubro de él me gusta, me llena el alma. Incluso he sentido las putas mariposas revoloteando en mis tripas y no quiero. Tengo que alejarme porque no quiero volver a sentir dolor.

—Katy, el amor no solo es dolor.

—¡Sí, lo es! —gritó, sus ojos brillaban llenos de lágrimas y su boca temblaba—. Para mí, sí. No puedo meter a un hombre como él en mi vida. Tengo un hijo y no puedo...

—¿Cómo él? —interrogó sorprendida.

—Sí, así... Él se irá, se marchará y tendrá a otra persona a la que proteger. Seguro que en otro pueblo encontrará a una mujer quizá como yo y tal vez se acuesten... Yo estaré aquí, en el lugar que amo, junto a la gente con la que quiero estar.

—Tal vez si le das la oportunidad no sea como tú piensas.

—¡Basta, Mila! Tú apenas me conoces, no sabes nada de mí. No creo que puedas opinar.

—En eso te equivocas, Katy, sí te conozco porque de joven fui como tú. Dejé pasar el amor y ahora..., ahora para tener compañía, para no estar sola, tengo que contratar el servicio de un guardaespaldas.

Katy pestañeó varias veces para impedir que las lágrimas cayeran. Sentía mucha curiosidad por descubrir la historia de esa mujer tan especial y, tras sus palabras, esta se incrementó de manera exponencial. Pero, por su mirada, dedujo que no era el momento de abrir su corazón, así

que no quiso hacerle preguntas que la pusieran en el compromiso de contar su historia, que, según parecía, era demasiado triste.

—Lo siento, Mila, perdona. —Se sintió fatal por su forma de hablarle, Mila no lo merecía.

—No me pidas perdón, cariño. Es normal que huyas de tus sentimientos, que intentes bloquearlos y si alguien te obliga a mirarte en un espejo, lo más lógico es que intentes alejarlo porque ahora no te interesa ver tu reflejo. Pero piensa, recapacita. ¿Qué pasará dentro de unos días cuando nos vayamos? ¿Te arrepentirás de no haberlo intentado? Yo lo hago, todos y cada uno de los días. Pero no se puede dar marcha atrás, no hagas que tus días se llenen de frustración.

Katy asintió, Mila tenía toda la razón. Debía pensar, aunque había algo más...

—Además... además... —dudó, pero ya puesta, podría soltar todo el lastre que la oprimía—. Michael quiere que volvamos, me lo ha propuesto muchas veces. Este viaje..., el llevarse a Colin..., ha sido una excusa para dejarme sola. Me pidió que lo pensara.

—Pero Katy..., oh, cariño, no lo amas, no puedes...

—¿Y Colin? —la interrumpió.

—¿Qué pasa con Colin?

—El quiere una familia y puedo dársela, lo merece. Yo no tuve a mis padres y, a pesar de que el cariño de mi abuelo fue incondicional, jamás pudo suplir su ausencia. No quiero que mi hijo crezca sin eso. No puedo privarlo de unos padres.

—Pero los tiene. Tu hijo os tiene a los dos, disfruta de un amor incondicional, tanto por tu parte como por la de Michael, pero no puedes supeditar tu vida, no puedes dejar de ser feliz como mujer por darle una familia a tu hijo. Si lo haces, con el tiempo os ocasionará dolor y estoy segura de que Colin no querrá verte sufrir.

Los ojos de Katy estaban anegados de lágrimas, miraba a Mila como buscando la respuesta, pero la que le estaba dando parecía no gustarle.

—Quiero cerrar mi corazón, Mila, no quiero sufrir...

Mila acarició con cariño una de sus mejillas.

—Eso no se puede hacer. El corazón es libre, no atiende a razones.

Katy suspiró y asintió, sabía que su amiga tenía razón. Es más, se sentía tan hipócrita. Con Carol, usó la misma lógica que Mila estaba utilizando con ella, aunque... «Aunque es distinto para mí», se excusó de manera tan ridícula que sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Ahora necesito estar sola. —Intentó sonreír, pero le salió una mueca extraña.

—Claro, cariño. Anda, vete a tu habitación y descansa.

Katy caminó hasta la salida, pero antes de irse, se giró.

—Mila.

—Dime —dijo la escritora mirándola.

—¿Llevas guardaespaldas para no estar sola? —No pudo resistirse por más tiempo, aunque en un principio había pensado en dejarlo pasar, necesitaba saberlo, Mila era su amiga.

—La verdad es que así es. Sé que podría tener un asistente o contratar a alguien que me acompañara en mis viajes, pero mi editor es un tanto... —se corrigió—, bastante histérico y se ha empeñado en que necesito seguridad. ¡Ya sabes, la fama! —dijo con sorna intentando quitarle dramatismo al asunto—. Por eso, siempre los llevo conmigo.

—Vaya, pero eso es...

—Un asco —la interrumpió entre risas—. No me tengas lástima. Si estoy así, fue por mi elección. Anda, ve a tu habitación y deja de darle vueltas a todo.



—¿Qué coño estás haciendo?! —le gritó Robert.

—Eh, tranquilo, tío...

—¡Ni tranquilo ni cojones! —Comenzó a caminar de un lado a otro, parecía un toro a punto de embestir.

—Pero... ¿qué mosca te ha picado?!

De repente, se paró y clavó los ojos en él como si fuesen afilados cuchillos.

—¿No puedes dejar tu polla metida dentro de tu pantalón?!

Rem sacudió la cabeza confundido.

—Lo que haga con mi polla no es de tu incumbencia, pero creo que te estás confundiendo...

—¡Y una mierda! Mírate, coño. Mira cómo has llegado al hotel y cómo ha llegado ella. Blanco y en botella, cabronazo.

Rem se acercó a él y, con brusquedad, agarró su camisa entre sus puños.

—¡Vete a tomar por culo! —Lo zarandeó—. No tengo que darte explicaciones de nada, ¿quién te crees que eres?

—¡Tu compañero! —contestó poniendo las manos sobre las de él intentando soltarse—. Estamos trabajando, ¿sabes? No venimos a un resort de vacaciones y a que mojes como un loco —escupió sus palabras. «¡Aplicate el cuento! ¡No puedes mirar a esa loca, soñar con ella, no puedes...!»», le gritaba su mente.

—¡Crees que no lo sé! ¡Nunca he dejado de lado mis obligaciones! —Lo soltó porque la furia se apoderaba de él y no quería golpearlo—. De todas formas y a pesar de que no tengo que darte ninguna explicación, puedes quedarte tranquilo, entre Katy y yo no hay nada más que una amistad.

—¡Ja!

—¡Vete a la mierda! —Sin más palabras, comenzó a caminar a paso rápido y furioso hacia el hotel.



14. Como una sucia rata

Katy fue buena chica y sacó el *tupper* correspondiente al día que ponía en la etiqueta. No tenía fuerzas para revelarse. Cenaron los cuatro en total silencio, tan solo se escuchaba el sonido de los cubiertos y «pásame esto o aquello».

Rem ni siquiera la miró y Robert tenía cara de pocos amigos. En cuanto a Mila, no dejaba de observarlos a todos y parecía tomar nota de cada gesto.

Se dieron las buenas noches de manera cordial y cada uno se fue a su habitación.

Katy recibió la llamada diaria de su pequeño y eso la hizo revivir un poco. Escuchar a Colin y sus aventuras era como un soplo de aire fresco. Pero cuando colgó el teléfono, se sintió más vacía y sola que las otras veces. Decidió dar un paseo, no le apetecía estar sola en esa habitación que siempre había sido su refugio y que ahora parecía una cárcel que menguaba conforme el tiempo y su desánimo pasaban lentos y sin remisión.

Caminó por la arena; paseó junto al mar; sintió el frío de la noche en su piel, en su cara; lloró, dejó salir todo lo que guardaba y se mostró ante la luna llena sin su máscara, esa que decía «Estoy bien, nada me afecta. No necesito el amor, no necesito a Rem...». Pero tan solo se engañaba, pues, según parecía, tanto Mila como Ishbel leían su mente y tenían razón, deseaba tanto a Rem que dolía.

—¡Que os jodan! —gritó furiosa al mar—. ¡Que os jodan a todos!

No supo cuánto tiempo estuvo llorando, pero dejó de hacerlo cuando su cuerpo, entumecido por el frío de la noche y la humedad del mar, le hizo temblar de manera descontrolada y sus ojos doloridos, vacíos de lágrimas, empezaron a dolerle.

Regresó al hotel hundida, triste y sin saber muy bien cómo afrontar lo que sentía, lo que deseaba y lo que temía hacer.

Entró al calor de su hogar, que la reconfortó. Por unos instantes, se sintió en paz, pero el aroma de Rem la golpeó. Lo aspiró de manera profunda y lo buscó con la mirada, sin embargo, él no estaba allí, tan solo había quedado su rastro. Seguramente, estaría durmiendo ajeno a lo que ella sentía, sin pensar en que era el causante de su malestar, de que se sintiese débil.

Se encogió de hombros, se abrazó a sí misma y cuando iba a subir las escaleras, escuchó ruidos en la cocina.

Aspiró de nuevo el perfume, el olor corporal de Rem, suave, dulce, con toques sutiles de clavo, pimienta e incienso. Un olor que reconocería entre un millón de aromas similares.

Abrió la puerta despacio, aunque sabía que era imposible que él no la escuchara. Era como un tigre, como un lobo con un oído tan fino que probablemente incluso la había escuchado respirar.

—No te quedes espiando en la puerta. —Sus palabras confirmaron su sospecha.

—¿Qué haces levantado?, es muy tarde.

Caminó despacio hasta situarse a su lado. Él estaba sentado y, entre sus manos, había una taza, supuso que de té por el aroma que desprendía y que se mezclaba con su excitante y peculiar olor.

Por su pelo revuelto, dedujo que había estado pasando sus manos una y otra vez.

No sonreía y eso la preocupó, porque Rem nunca perdía su bonita sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—¿Y tú? —La miró por primera vez desde que había puesto los pies en la cocina.

Sin poder remediarlo, el aliento se le congeló. Estaba tan bonita a pesar de que sus ojos hinchados le indicaban que había llorado.

—¿Cómo? —preguntó confusa.

—Que tú tampoco duermes.

Katy se encogió de hombros, tomó la taza de entre las manos de Rem y le dio un trago al té, que bajó por su garganta calentándola.

Se sentó a su lado sin mirarlo, tan solo dejó que su calor y su aroma la entibiasen.

—¿Ha pasado algo con Robert? ¿Has tenido algún problema? —Su voz sonó preocupada y Rem se alarmó. Se encaró y tomó una de sus manos entre las suyas.

—Eso no debe preocuparte.

—No quiero causarte problemas.

—No entiendo cómo podrías causarme problemas. —Su mirada parecía confundida.

—Creo que Robert pensó...

—No hemos hecho nada malo ni he descuidado mi trabajo en ningún momento. Lo que pasa es que Robert es... es que es Robert. —Arrugó la frente y la nariz en un gesto tan simpático que provocó la risa de Katy.

—¿Seguro?

Rem la soltó y eso hizo que callase. Se sobresaltó al ver cómo se ponía de pie.

—Te pido por favor que dejes el tema.

Se iba, se marchaba y la dejaba así, con ese malestar, con esa preocupación y sin entender qué le pasaba.

Pero Rem no salió de la cocina, se acercó al pequeño y anticuado aparato de música que Carol tenía junto a la pila —pues la relajaba escuchar música mientras cocinaba— y lo encendió. De repente, los acordes de *Shape of you* de Ed Sheeran comenzaron a sonar y, para sorpresa de Katy, Rem, con voz melodiosa, comenzó a cantar.

Lo miró con los ojos muy abiertos y más aún cuando él le tendió una mano, que ella miró como si fuese un objeto obscuro e ilegal. «¿Qué pretende?», se preguntó. Pero él, lejos de retroceder, se la agarró y con un «vamos» la obligó a ponerse de pie.

Entonces todo se volvió raro, raro y un poco loco, pues Rem bailaba y ella se movía junto a él. En un principio de manera tímida, pero alentada por las miradas, las sonrisas y la bonita voz de Rem, Katy comenzó a imitarlo, a entonar una canción que, a pesar de haber escuchado muchas veces, apenas se sabía; pero hacía lo que podía y la verdad era que su mala interpretación no importaba, pues él la suplía con creces. La hizo girar, saltar, agarrarse a su cintura, la guiaba por toda la cocina dando pasos de baile que le hicieron comprender que Rem no había sido del todo

sincero, pues lo hacía muy bien. Poco a poco, la tensión se fue esfumando al ritmo de Ed y Rem cantando el estribillo.

Katy se olvidó de todo. Durante los cuatro minutos y veintitrés segundos que duró la canción, no sintió nada más que la melodía en su corazón, la letra en su cabeza, la voz de Rem resonando en su caja torácica, su aroma y sus manos, que la tocaban con el simple pretexto de danzar. Durante esos minutos, Katy fue feliz, rio, disfrutó y fue ella, sin más.

Pero la música cesó y el mundo regresó como lo hacen las olas a la orilla. Solo que esta vez Rem seguía con sus manos sujetando su cintura, con su mirada anclada a la de ella y su respiración alterada no solo por la danza, sino también por la proximidad de sus cuerpos.

Entonces la música cambió, ahora Christina Perri era la intérprete de una lenta melodía, *A thousand years*. Rem ancló los dedos a su cintura y apoyó la frente sobre la de ella, que escuchó cómo un gruñido salía de su boca. Lo observó sin moverse, sin respirar. Sus ojos cerrados y su expresión le decían que estaba intentando contenerse.

—Katy... —susurró con voz ronca.

—Estoy aquí —afirmó con voz entrecortada.

Él sonrió, abrió los ojos y se separó un poco de ella. Su mirada vidriosa, llena de deseo, la noqueó, la golpeó con tal fuerza que su corazón se paró.

Quería besarla, lo podía incluso oler, y ella... Katy miró su boca, sus labios plenos, llenos, gruesos, esos labios hechos para sonreír, para contar historias, para hacerla reír a carcajadas, para decirle cosas bonitas...

Y Rem, al ver cómo ella lo miraba, se decidió porque ya no podía más, porque dolía, dolía tanto.

El primer contacto de sus bocas fue como el chasquido al encender una cerilla. El calor que sus labios juntos desprendían podría quemarlos, hacerlos arder. Y cuando Katy abrió la boca para que él entrase, cuando le dio permiso para hacerlo, Rem se sintió el hombre más afortunado del mundo. Tras agarrarse a su cabeza y colocarla para poder acceder con más facilidad a su interior, soltó un profundo gemido y se dedicó, sin prisa pero con hambre, a recorrer cada recodo de su boca, a hacerle el amor con sus labios, con besos tan calientes que Katy pensó que podría morir de placer.

Se aferró a sus hombros y él la dirigió con pasos cortos, empujando con su duro cuerpo hasta que la mesa chocó contra sus muslos. Rem dejó de acariciar su cuello, sus mejillas, para posar sus grandes y fuertes manos en sus caderas y, con un leve movimiento, la elevó hasta dejarla sentada sobre la mesa. Se colocó entre sus piernas abiertas y frotó su dura erección en el punto exacto en el que Katy estallaría si seguía apretándose así. Ese simple gesto la volvió tan loca de deseo que no se planteó nada, nada. Solo quería sentir el roce, los besos, quería aliviar ese dolor, ese placentero tormento.

Rem se sujetó a sus nalgas y así, entre su pelvis y el movimiento que imprimía a sus manos, la fricción se hizo más intensa e insoportable.

—Dios, Katy —le susurró entre jadeos, tras soltar sus labios—. Tengo tantas ganas de ti.

Katy suspiró con fuerza. Esas palabras calaron en su mente, en su corazón, le sonaron a música celestial porque hacía tiempo que Katy no se sentía tan deseada, tan excitada...

Pero, de repente, Rem se apartó y sus ojos se cruzaron por un instante. Los de Katy expresaban frustración, ¿por qué paraba? Los de Rem deseo, desesperación, ganas...

—Viene alguien —le explicó y, con presteza, la bajó de la mesa, apagó el equipo de música y se dirigió hasta el punto exacto en el que las penumbras de la cocina no permitirían verlo. Se escondió en la oscuridad de un rincón alejado del calor de Katy, como si estuviera haciendo algo

ilegal, algo malo.

—¿Katy? —Mila entró en la cocina. Al verla allí parada, como si fuese un fantasma, dio un bote y se llevó las manos al pecho—. Por Dios, qué susto me has dado.

Katy intentó con todas sus fuerzas responder, moverse, pero la excitación, los besos y las caricias que acababa de compartir con Rem habían logrado que toda su sangre se acumulara en sus puntos erógenos. Parecía que su cerebro se había quedado sin gota.

—Katy... —Mila se acercó a ella, estaba asustada porque no reaccionaba y tenía la mirada perdida—. Katy, dime algo... Katy.

No fue hasta que la escritora tocó uno de sus delgados brazos que reaccionó. Por fin, su cerebro regía; por fin, respondía. Y ella solo fue capaz de vocalizar un estúpido:

—¿Cómo?

—Me estás asustando, Katy. ¿Estás bien?

Logró sonreír. Jamás le había sucedido nada parecido, ni siquiera cuando el terror la atenazaba al dar los primeros pasos en una pasarela llena de público. Katy siempre se había repuesto de los nervios y, a pesar de los altos tacones, controlaba su respiración y daba los pasos con seguridad y mucha profesionalidad. Pero con Rem... Estaba tan frustrada.

—Sí, sí, estoy bien. —Le lanzó una sonrisa para darle más credibilidad a sus palabras—. Tan solo... tan solo estoy cansada.

—Pues anda, ve a la cama.

—Sí, será lo mejor. —Miró con tristeza hacia el punto exacto donde sabía que Rem estaba escondido. Sus ojos estaban apagados, tristes, porque el momento había pasado y quizá era mejor así. Quién sabe lo que habría llegado a ocurrir si Mila no hubiera bajado a la cocina. Seguro que habrían follado sobre la mesa y después... Katy suspiró—. ¿Te importa acompañarme? —Deseaba estar sola, pero así se llevaría a Mila de la cocina y Rem podría salir de su escondrijo.

—Pues claro que no, cariño. Deja que coja un vaso de leche y nos subimos juntas.

Rem

Desde mi refugio las miro, observo a Katy. Se ha quedado paralizada, no reacciona y me acojono. Hasta que no la escucho hablar, no me quedo tranquilo.

Odio esto, detesto estar escondido como si fuese un ladrón, como si lo que hemos compartido fuera pecado, una aberración, cuando para mí ha sido lo mejor que me ha pasado en años. Pero lo hago por ella, a mí me importa una mierda todo. Me da igual lo que piense Robert. Sé que no es muy profesional, jamás me había ocurrido antes. Es la primera vez que en un trabajo me..., no sé cómo definirlo, me ¿encapricho? No, no, esa no es la palabra. Más bien me gusta, me atrae, me fascina, me vuelve loco... Joder, la deseo tanto que, a pesar de estar en esta estúpida situación, sigo duro, duro y con un terrible dolor de huevos.

Apagan la luz, cierran la puerta y se van. Ya puedo salir de mi escondrijo. Me siento como una alimaña, como una sucia rata que se esconde en la penumbra.

No me gusta, no. Lo he hecho por Katy, no quiero meterla en un lío. Sé que no tiene claro lo que desea, sé que hay otro hombre en el que piensa y sé que eso le impide dejarse llevar. Lo sé y me jode.

Subo las escaleras hacia mi habitación. Al pasar por su puerta, me paro y observo. Por debajo, ya no hay luz, eso es una clara señal. Eso y la mirada que me lanzó cuando estaba escondido. No quiere reanudar lo que dejamos a medias y yo lo respeto, lo acepto, pero me jode.

Me aliviaré, como siempre, usando mi mano mientras miro su foto, pero sé que esta vez no será suficiente porque no sé qué tiene esa morena que me ha atrapado. Ahora que la he besado, siempre estaré hambriento de su boca.



15. Salta alto

No durmió muy bien. Su aroma se había colado en su nariz y allí se quedó instalado cómodamente para recordarle lo que se estaba perdiendo. Sus labios quemaban, los sentía plenos, hinchados y el roce de su barba le había dejado marcadas las mejillas, el cuello... Todo le hablaba de Rem, incluso soñó con él y se levantó triste, confundida.

Bajó a la cocina y preparó el desayuno sin tener en cuenta ni los *tuppers*. Café y tostadas, su cabeza no daba para más.

Mila fue la primera en llegar, la saludó con un beso en la mejilla y la ayudó a poner la mesa. Robert acudió al olor del café, se sentó tras una leve inclinación de cabeza a modo de saludo, como era su costumbre, y se sirvió una taza.

La cocina estaba en silencio, tan solo se escuchaban los cubiertos, el sorber del líquido. De repente, la puerta que daba a la calle se abrió y, como un vendaval de hormonas, de feromonas y de sexo en estado puro, entró Rem. Venía sudado, con los auriculares a tal volumen que, a pesar de tenerlos en las orejas, dejaban salir el sonido de la música que estaba escuchando y una sonrisa con la que podría conquistar el corazón más helado de la tierra, pues sus pupilas desprendían fuego, uno en el que cualquier mujer desearía quemarse.

Katy intentó disimular lo que le afectaba y más en esa cocina, en esa mesa, en esa isla...

—Buenos días —dijo con su tono alegre de siempre.

Katy temía que el día, la luz, hicieran que todo fuese más complicado. Le aterraba haber perdido la conexión que entre ellos fluía de manera mágica tan solo por haberse dejado llevar por el deseo y que ahora Rem la mirase de otra forma o incluso la evitara; al fin y al cabo, seguro que se había quedado con un calentón tremendo, igual que ella. Pero no, Rem estaba hecho de otra pasta. La miró con su sonrisa alegre, la saludó y se sentó a su lado como si nada hubiera pasado, como si todo siguiera igual que siempre.

—Eres muy madrugador. —Mila apresó una de sus manos y se la acarició con cariño. A Katy no le pasó desapercibido ese gesto. Rem era tan especial que apetecía acariciarlo, tocarlo, y ni Mila se podía resistir.

Un escalofrío le recorrió la columna al darse cuenta de que él tenía ángel —algo que muy pocas personas poseen y que las hace únicas y especiales— y deseó erigirse como su dueña, pues

no quería compartir su sonrisa, su carisma, sus buenas vibraciones. Bajó la mirada avergonzada por su egoísmo. «Ni comes ni dejas comer», se dijo recordando el dicho español que Lobo le había enseñado.

—¿Katy? —Rem llevaba un buen rato pidiéndole que le pasara el café, pero ella se había quedado como la otra noche en la cocina delante de Mila, paralizada.

—¿Sí? —Sacudió la cabeza un par de veces, de nuevo estaba dando el espectáculo.

—Te pedía el café. —La observaba con preocupación—. ¿Estás bien?

—Claro, perfectamente.

El resto del desayuno lo hicieron en absoluto silencio, aunque Katy tuvo que soportar las miradas inquisidoras de Robert, las tiernas de Mila y las que le calentaban el alma de Rem.

¿Cómo se habían quedado a solas en la cocina? Katy no se dio cuenta de eso hasta que él se acercó a ella y, tras un suspiro, le puso algo en la mano.

—¿Y esto? —interrogó sorprendida. Rem le había entregado un pequeño bote de cristal. Lo observó, dentro había unas diminutas conchas de la playa. Colocado alrededor del tapón de corcho, un cordel con una etiqueta en la que se podía leer un mensaje escrito con una preciosa caligrafía de letra inclinada.

—No dejes al miedo ganar la partida. —La profunda voz de Rem hizo que levantase la mirada de la pequeña cartulina rosa y la clavara en sus ojos—. No dejes que nadie ordene tu vida. Salta alto todos y cada uno de los obstáculos que te impiden ver el sol. Sí, se puede. Sí puedes. Tú puedes —recitó lo que había escrito hacía tan solo unos minutos para ella.

Los ojos de Katy brillaban llenos de lágrimas. Eso era lo más bonito que nadie le había dicho, era el regalo más maravilloso y único que jamás nadie le había dado.

—¿Amigos? —preguntó, y Katy asintió con energía.

Entonces Rem le dio un casto beso en la frente y salió de la cocina dejándola sola.

¿Cómo reaccionar ante algo así? No lo sabía, estaba tan perdida. Cada detalle, cada cosa que conocía de Rem la atraía más. Le gustaba tanto que temió por su corazón porque quizá con él pudiese vencer el miedo. Quizá...

Se aferró al pequeño bote lleno de conchas que él había recogido de la playa para ella. Se aferró con fuerza, como si fuera la respuesta a todo.

El resto del día pasó lento, como si el destino traidor se hubiera dedicado a alargar los minutos, las horas.

Había estado sola muchas veces en ese enorme hotel que era su casa y que hasta ese terrible y aciago día no le había resultado agobiante.

Ni Mila ni Robert ni él, su él..., estaban. Mila quería visitar Edimburgo y los tres se habían ido y no regresarían hasta la noche.

Paseó por la playa, llamó a Ishbel, pero esa tarde tenía que quedarse en la tienda, así que se podía olvidar de tener algo de compañía.

Sola, estaba sola, desesperadamente sola y sintió más aún su soledad cuando colgó el teléfono después de hablar con Colin.

Tras escuchar el coche de sus huéspedes llegar, se acostó sin sueño. Leyó un rato el libro de Mila, que Ishbel le había prestado, pero estaba lleno de escenas eróticas que no ayudaban a su reposo y lo cerró.

A eso de las cuatro, Katy caminaba de un lado al otro de su habitación. Tras dar la décima vuelta bajo las sábanas, golpear la almohada en un estúpido intento de hacerla más confortable y soltar un montón de insultos, decidió que era una tontería continuar intentando dormir cuando el puto Morfeo se reía de ella.

Sentada en la cama frente al espejo que cubría una de las hojas del armario, se observó. Hacía tiempo que no se miraba de frente. Mila la había acusado de no mirar su reflejo y era del todo cierto. Últimamente, su aspecto no le preocupaba, usaba los espejos para peinarse y poco más. La última vez que se pintó fue antes de nacer Colin, en una fiesta que dio Ishbel, una en la que ella tan solo pretendía que Lobo y Carol se dieran cuenta de lo mucho que se gustaban y que fue un auténtico desastre.

—Tú haciendo de casamentera. —Se señaló con un dedo y rio con amargura.

Se pasó una mano por el pelo, ya había crecido bastante. «¿Por qué no te lo cortas de nuevo?», pensó. A su memoria llegó el día que tomó la tijera y, sin piedad, cortó su larga melena.

—Fue un acto de rebeldía —explicó a su reflejo.

A Michael le gustaba largo y ella quería robarle todo lo que él le había quitado.

—Fue una estupidez —pareció contestarse ella misma desde el otro lado del cristal.

Se puso de pie y se giró de un lado a otro para verse desde todos los ángulos.

Llevaba un soso y feo pijama de hombre, grande, muy grande. Tanto que tenía que darles dos vueltas a los bajos de los pantalones y de las mangas de la chaqueta abotonada.

Había adelgazado tanto que se perdía en ese pijama.

—¿Por qué te haces esto? —se preguntó.

Katy antes era coqueta, siempre vestía a la moda y se maquillaba. La antigua Katy jamás usaría esas ropas que llenaban su armario.

Era madre, pero también mujer. Había sufrido por amor, pero ¿quién no lo había hecho alguna vez en la vida?

—Katy, vuelve —se regañó.

Se dejó caer en la cama. Su cuerpo delgado rebotó en el colchón y sus ojos se quedaron clavados en la lámpara, esa que habían elegido juntas Carol y ella.

—Necesito hacer balance de mi vida.

Y empezó a enumerar todas las cosas que había conseguido: un hotel, un hijo, una familia, el mar, la paz, amistad verdadera, la verdad. Todo eso lo colocó en su «haber». Ahora pensó en el «debe». Allí puso sus miedos, la falta de sexo, las dudas, la desgana, la costumbre que no le permitía avanzar, la pena, lo hipócrita que era pues lo que valía para otros no le valía a ella, su rechazo a Rem, lo estúpida que había sido por no ceder a sus ganas, lo idiota que era si no aprovechaba la situación para meterse en su cama... Poco a poco, conforme el «debe» se llenaba con Rem, Rem y más Rem, se fue enfureciendo consigo misma y, de un salto, se puso de pie.

Tocó el pequeño bote lleno de conchas que él le había regalado con un mensaje que releyó y, como si fuese un objeto mágico que le podía dar valor y suerte, se alentó a seguir adelante y así lo hizo.

—Eres tan estúpida —insultó a su reflejo—. ¿De verdad vas a perder la oportunidad de sentirlo tan solo por tu miedo a amar?

Una fuerte determinación se coló en su cabeza y la ayudó a caminar hasta la puerta que la conduciría al largo pasillo y, de allí, a la 110, la habitación en la que Rem dormiría tranquilo sin ni siquiera imaginarse que una desequilibrada pretendía meterse entre sus sábanas. Ya no le importaban las consecuencias y si se enamoraba y volvía a sufrir, lo afrontaría llegado al momento. Esa loca de la vida tan solo tenía un objetivo: sentir...

Frente a la puerta, alzó la mirada hacia el bonito número de letras doradas, suspiró, se retiró el pelo de la cara y elevó el puño derecho para llamar. Enseguida lo bajó, lo elevó de nuevo, se miró y chasqueó la lengua enfadada al darse cuenta de que seguía con ese horrendo pijama. «Qué más da», se dijo. Se encogió de hombros, se secó el sudor de su mano derecha en el pantalón, alzó otra

vez el puño y lo bajó. Pataleó sobre el suelo enfadada, volvió a subir el puño... De repente, la puerta se abrió y Katy dejó su manita suspendida a la altura del pecho de Rem, que la miraba con cara de sueño.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó alarmado.

Katy negó con la cabeza.

—Pasa. —Se apartó de la puerta para dejarla entrar.

Katy de pronto se sentía pequeña y tímida, y más cuando se dio cuenta de que Rem se había preocupado. «Él siempre alerta», pensó cuando observó cómo guardaba el arma en la funda que tenía sobre el escritorio y que, hasta entonces, había mantenido oculta de su vista.

—¿Cómo sabías que estaba detrás de la puerta?

—Tengo el sueño ligero y te escuché murmurar, quejarte... Eres muy ruidosa. —Le sonrió y pellizcó su nariz en un claro gesto cariñoso.

—No debí venir... —Su voz sonó cargada de desánimo. Toda su determinación, toda su seguridad al acudir en busca de Rem se acababa de evaporar.

—No pasa nada. —Rem buscó sus ojos y los encontró, estaban tristes y apagados—. Ven. —Le tendió la mano, ella la aceptó y el calor que le transmitió le hizo sentirse de nuevo segura. Tiró de ella y la condujo hasta las butacas que estaban frente al ventanal.

La alentó a sentarse y él colocó su butaca frente a ella, tiró sin esfuerzo de los reposabrazos de la de Katy y la acercó hasta que sus rodillas se tocaron. Entonces Rem adelantó su cuerpo para ponerse lo más cerca que pudo.

—¿Qué ocurre? —Su mirada expresaba preocupación.

—Lo que pasó en la cocina... ¿Te arrepientes? —Eso no era exactamente lo que quería decirle, pero no podía llegar y soltar: «¿Follamos?».

—No.

—¿Seguro?

—Nunca podría arrepentirme de besar tu boca, Katy. ¿Y tú?

—No.

—No quiero que te haga sentir mal... —Con delicadeza, retiró un mechón negro de su cara, lo retuvo entre sus dedos por un instante y después lo recolocó tras su oído.

—Rem...

—Dime, preciosa.

—Hace mucho que no estoy con un hombre.

No esperaba que ella dijera nada parecido. Se sorprendió tanto que, por un instante, se quedó sin saber qué decir, y eso raramente le sucedía.

—¿Y Michael?

—Eso fue hace un año.

—¿Le prometiste algo?

—Tan solo pensar si quiero una relación de pareja con él.

—¿La quieres?

Se encogió de hombros.

—¿Que quieres de mí, Katy? Sé clara.

—Sentir. Quiero que me hagas sentir.

—¿Has cambiado de opinión?

—Sí.

—¿Y qué hay de nuestra amistad?

—No tiene por qué estropearse.

—No, no tiene por qué. —No es que estuviese totalmente convencido, pero ya no podía más. Esa mujer lo atraía tanto que resistirse era como morir cada día un poco más.

Ya no le iba a dar más vueltas a la cabeza, ella estaba de acuerdo, quería...

Se arrodilló frente a Katy, tomó su cabeza entre sus fornidas manos y la acercó hasta su cara.

A esas alturas, sin ni siquiera haberse tocado, las respiraciones de ambos estaban aceleradas y sus alientos se mezclaban, sus labios temblaban expectantes y deseosos de tocarse. Quien dio el paso final, quien puso más fue Rem. Primero, con un simple y ligero roce, y tras él llegó, como si hubiera sido el detonante para terminar de encender la mecha, un hambre tan poderosa que le hizo devorar su boca, comerse cada uno de sus gemidos, saborear su lengua, cada recodo, cada espacio.

Las manos aferradas a su cabeza la obligaron a moverse porque Rem necesitaba más, quería llegar más dentro, más profundo, más..., más...

Todo se volvió demasiado intenso, el calor, las manos tocando, desnudando. Los sentidos se saturaban con millones de sensaciones, con millones de caricias.

Katy se olvidó de su nombre, de la vida, del miedo y se lanzó en picado. Tiró, con manos temblorosas, de la camiseta que él llevaba para dormir mientras no paraba de besar cada porción de piel que se le ponía a tiro. Él..., él hacía lo mismo, desabrochaba botón a botón de manera desesperada la chaqueta del pijama de ella. También había dejado fuera de su mente todo lo que le pudiese suponer, por leve que fuera, un impedimento para que esa magia de la que estaban disfrutando se terminara.

La chaqueta, seguida por la camiseta azul de Rem, salió volando hasta caer de manera descuidada sobre la moqueta gris que cubría todo el suelo de la habitación.

Rem dejó de besar, necesitaba disfrutar de la belleza en estado puro de Katy. Así que puso el freno a su necesidad de tocarla, de besarla y se echó hacia atrás con el simple y único cometido de observar su cuerpo desnudo.

Katy lo imitó. Se acomodó sobre el alto respaldo del butacón y apoyó las manos sobre el reposabrazos mientras sus ojos entreabiertos lo miraban con pasión.

—Si el deseo fuese mujer, creo que esta es la imagen exacta que tendría —susurró, y llevó una de sus manos hasta su mejilla derecha. La dejó allí quieta y Katy cerró los ojos porque el calor que de esa mano emanaba era tan placentero... Notó cómo la otra mano de Rem trazaba un camino descendente que comenzó en su cuello. Sus dedos le hacían cosquillas y su vello se erizó de gusto.

Cuando esos dedos traviosos, cuando esa palma caliente tocó uno de sus pechos, Katy dio un bote sobre la butaca, abrió los ojos y disfrutó al ver la mirada vidriosa de pupilas dilatadas que él dispensaba a sus pequeños senos.

Por un instante, la miró a los ojos y ellos le hablaron, le dijeron lo que iba a hacerle como si fuera su boca quien se lo narraba. Así que no se movió ni se sorprendió cuando los dedos fueron sustituidos por esa boca caliente, esa que la quemaba, esos labios que devoraban primero uno y luego el otro pezón sin descanso, sin pararse ni siquiera a respirar.

Calor, mucho calor y ganas, sudor y la saliva refrescando y abrasando a partes iguales cada porción de su cuerpo. Cada poro se estremecía según Rem lamía. Sus dientes mordían despacio, sin apretar, sus pechos, su vientre... Entonces tiró del pantalón de pijama. Ella lo ayudó, se elevó y Rem, con decisión, tiró de él y de sus braguitas hasta bajarlos y dejarlos sobre sus muslos. Sin dejar de disfrutar con sus pechos, sus manos fueron bajando las prendas hasta sus tobillos y, de allí, hasta deshacerse de ellas.

Otra vez paró y se echó hacia atrás para contemplarla de nuevo, solo que en esta ocasión estaba totalmente desnuda.

Sus ojos lograban acariciarla y cuando los sintió sobre su rasurado pubis, un gemido salió de su boca y lo elevó intentando llamarlo, pidiéndole que no solo mirara.

—Tócame —le dijo entre jadeos, y él sonrió.

—Moriría si no lo hiciera —murmuró con voz ronca.

Entonces sus manos abrieron sus muslos y colocaron sus piernas sobre los reposabrazos. Estaba totalmente expuesta a él, a su mirada, y eso estaba consiguiendo excitarla más que una caricia. Pero, de repente, él se lanzó con su boca sobre el punto exacto que palpitaba de deseo.

Un grito de placer salió de la boca de Katy al sentir esos labios carnosos y calientes devorando, esa lengua lamiendo y esas manos apoyadas en el interior de sus muslos que la obligaban a abrirse más y más para él.

El placer hacía que su cuerpo se sacudiera como si convulsionara y ella no podía pararlo. Sus pequeñas manos se afianzaron a su cabeza como si el no hacerlo le supusiera la misma muerte.

Él estaba entre sus piernas, devorándola con sus profundos ojos clavados en los de ella, y Katy no podía parar de observar cada movimiento que hacía. Podía ver su boca moviéndose, incluso su lengua frotando, y ella tan solo conseguía gemir, observar y disfrutar. Su cuerpo no le dejaba hacer otra cosa pues se preparaba para estallar, convulsionar y derretirse.

Se corrió entre jadeos, susurros de frases inconexas y con su nombre acariciando su boca.

Rem no dejó de darle placer hasta que la vio saciada, desmadejada sobre la butaca, solo entonces paró, la tomó entre sus brazos y la llevó a la cama.

—¿Eres consciente de que los orgasmos te hacen brillar?

—Eres todo un poeta. —Le sonrió y se besaron.

Ese hombre era una bomba, tenía tantas cosas, tantos matices maravillosos...

Katy quería más, pero el *shock* que acababa de tener su cuerpo la había dejado tan agotada que no podía hacer nada más que mirarlo, contemplarlo cuando se separó, dejándola sobre la cama, mientras se quitaba el pantalón del pijama y unos bóxers que le quedaban como si fuese el modelo de una marca importante de calzoncillos. Disfrutó de su desnudez, era perfecto y era consciente de ello, pues se exhibía sin pudor ninguno.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hasta una de las sillas, esa en la que su vaquero permanecía pulcramente doblado. Katy sonrió encantada, porque así pudo contemplar su perfecto trasero de glúteos duros y apretados.

Vio cómo sacaba algo del bolsillo de su pantalón y regresó a su lado mostrando con total descaro la gran erección que adornaba su maravilloso cuerpo.

—Ahora vamos a follar —le dijo tras colocarse entre sus piernas.

Por fin pudo ver lo que había sacado de sus pantalones, era un pequeño sobre plateado que abrió para sacar de él un preservativo. Se lo enfundó demorándose más de lo debido, tocándose, pero en todo momento observando cada gesto de Katy, y ella le daba alas. Estaba cómoda, se veía que le gustaba su cuerpo, su erección y verlo acariciarse la ponía y mucho.

Ella lo deseaba y todos sus gestos, su forma de retorcerse sobre la cama, de abrir las piernas cuando él se colocó entre ellas, sus ojos, su boca, su respiración, le indicaban que de nuevo estaba preparada.

No se precipitó. La deseaba mucho, pero quería disfrutarla todo lo que le fuese posible porque tenía que, tras ese encuentro, no hubiera más. Así que, ayudado por su mano, situó su erección en la entrada y la colocó para poder dar el primer paso hacia su paraíso personal. Quería hundirse profundamente, pero entró despacio, como pidiendo permiso. Poco a poco, trozo a trozo, se hundía más y más. Se miraban, se besaban, pero no se tocaban. Rem tenía las manos a ambos lados del cuerpo de ella para no aplastarla con su peso y para tener suficiente espacio para poder

entrar con lentitud, y ella se aferraba con sus manos a la sábana.

Dolía, dolía un poco, porque el tamaño sí que importa y era muy gruesa. Pero ese dolor se fue atenuando porque ella estaba muy lubricada y porque, poco a poco, fue sustituido por placer.

Del pecho de Rem salió un gruñido casi animal cuando llegó hasta el fondo. Se quedó muy quieto y, por primera, vez cerró los ojos.

—Dios, Katy, eres tan estrecha que... Joder, me gusta, me gusta tanto... —dijo entre dientes.

Tenía que moverse, pero temía correrse a la primera, así que intentó recuperarse del inmenso placer que lo había golpeado al entrar en ella y, tras unos segundos, comenzó a hacerlo de forma lenta.

Katy lo sentía, notaba que la llenaba y, tras cada penetración, corría a encontrarse con él deseosa de sentirlo de nuevo en lo más profundo de su ser.

Todo era tan perfecto que quiso llorar. No podía ser un polvo normal, uno que te satisface y ya está. No, ese era el polvo perfecto, el único, ese que se experimenta solo una vez en la vida.

Un gemido de placer se mezcló con un sollozo. Él se iría y tan solo le quedaría el recuerdo del mejor polvo de su vida...

Rem seguía meciéndose, entrando y saliendo.

—¡No! —gritó Katy, y Rem paró de golpe.

—¿No? —La miró extrañado, sorprendido.

—No me hagas caso, sigue... ¡No pares! —gritó enfadada porque su subconsciente le había jugado una mala pasada y había expresado en voz alta lo que quería gritarse a sí misma por estar pensando en el futuro cuando estaba disfrutando de un presente único.

Él obedeció, más que nada porque, llegados a ese punto, no podía dar marcha atrás. Ya no se trataba de deseo, sino de instinto casi animal. Tenía que correrse porque su cuerpo lo necesitaba casi más que respirar.

Se meció despacio hasta que aceleró y subió el ritmo al mismo tiempo que los gemidos se hacían más intensos. Uno, dos, tres, la cuenta se perdió, los envites cada vez eran más potentes.

Katy se corrió como si un río de lava emergiera del centro de su pecho y Rem la siguió a la zaga, sintiendo oleadas de placer intenso salir a borbotones y llenar el pequeño depósito del preservativo.

No, no solo había sido el polvo de sus vidas. Esa conexión mágica, única y exclusiva que compartían era tan potente e intensa que hacía de ese momento algo especial, algo que solo se experimenta con ciertas personas y en situaciones concretas. Había sido algo mucho más profundo que un rato de placer. Ambos lo sabían, pero se negaron a aceptarlo, al menos aquella noche.

—Rem... —susurró en voz muy baja. Mientras él acariciaba su cabello, ella permanecía muy quieta, tumbada sobre su pecho. Las respiraciones de ambos poco a poco se volvieron regulares. Rem entraba en un estado de duermevela, pero al escuchar su nombre, intentó abrir los ojos, aunque sus pestañas pesaban.

—¿Uhhh?

—¿Lo has sentido?

El guardaespaldas se enderezó y Katy apoyó la barbilla en él para poder mirar sus ojos.

—¿El qué?

—La magia.

—¿Magia? —recitó. Sopesó su respuesta, pero decidió ser sincero—. Sí, la he sentido —contestó.

—Era..., es como si te conociera de toda la vida...

Los ojos de Rem se cerraron de nuevo y su boca dibujó una bonita sonrisa.

—¿Y ahora? —En esa ocasión, fue él quien preguntó en voz alta, a pesar de que su intención no había sido esa.

—¿Ahora? —«Quién sabe», se dijo Katy, y no hubo respuesta. Simplemente, dejó caer la cabeza sobre su pecho y se limitó a escuchar el latido firme y fuerte de ese corazón grande, lleno de millones de cosas buenas.

De repente, se sintió estúpida. Cerró los ojos para no dejar salir las lágrimas que, traidoras, amenazaban con mojar el pecho de él. Rem no era un hombre cualquiera, uno con el que echas un polvo y luego te olvidas, tan solo te queda el gusto, el recuerdo del placer. No, Rem era el hombre más maravilloso que había conocido nunca. Era su complemento ideal, la persona perfecta con la que envejecer, pues lo tenía todo, todo lo que Katy deseaba.

De manera instintiva, comenzó a acariciar el vello que cubría su pecho y sintió cómo él se estremecía.

—Dejemos que pase... —susurró.

Katy cerró los ojos. «¿Lo harías?», se preguntó.

Rem decidió dejarlo pasar, no quería presionarla. Lo que había ocurrido entre ellos no era un simple polvo, había sido algo fuerte, intenso, especial. Pero ambos tenían cosas pendientes, ninguno deseaba nada del otro, excepto quizá una simple amistad. «¿Podría entre nosotros haber solo amistad?», se preguntó. Dejaría pasar... pasar el tiempo y tal vez...

«Quién sabe», se dijo.

Con ese pensamiento en su mente, se durmió, pero los movimientos de Katy por la habitación lo despertaron.

Se quedó muy quieto, no quería que ella supiera que todos sus esfuerzos por ser silenciosa, por ser sigilosa, estaban siendo totalmente infructuosos. Era tan estridente como un elefante en una cacharrería; además, él tenía el oído muy fino.

En un momento dado, no le quedó más remedio que apretar la cara contra la almohada intentando no soltar una carcajada al escuchar cómo protestaba mientras buscaba su pijama por el suelo, al oír sus pasos descalzos con claridad, sus suspiros al hallarlo y sus prisas por cubrir su desnudez. Podría haberle pedido que no se fuera, que regresara a la cama. Si lo hiciera, la acomodaría junto a su cuerpo y pasarían toda la noche juntos, pero no pensaba hacerlo porque sabía que Katy necesitaba estar sola. Tenía que recapacitar y, además, deseaba que fuese ella quien quisiera ocupar su lado en la cama, entre sus brazos.

Lo último que sintió fue cómo dejaba un beso en uno de sus hombros, cómo abría la puerta y se fugaba del calor de su habitación, dejándolo solo y frío.

Se colocó bocarriba, ya no tenía el cuerpo tibio de Katy entre sus brazos y el sueño, definitivamente, lo había abandonado, al igual que ella.

Se movió en busca del residuo de su olor, recorrió la sábana con las manos y, tras chasquear la lengua insatisfecho, se incorporó. Miró la hora en su móvil, que estaba sobre la mesilla. Era muy temprano, ni siquiera había amanecido.

Se asomó al balcón que daba al acantilado y escrutó el horizonte. La luna permitía ver con total nitidez cómo el mar bramaba con furia, cómo las olas golpeaban la playa, y decidió salir a correr.

Trotó durante horas por la arena dura, disfrutó de la brisa y la llovizna que caía y le mojaba la cara ayudándolo a despejarse. No pensó en nada, dejó su mente en blanco. Ya habría tiempo para sopesar lo que había sucedido, para analizarlo y decidir. «¿Y ahora?», se preguntó de nuevo. Se encogió de hombros. «Ahora ella es la que tiene que decidir».



16. Volver a ser el Rem de siempre

Katy preparaba café. Intentaba no darle importancia a lo que había sucedido con Rem, intentaba no ponerle nombre a lo que sentía.

Tras una ducha, se prometió que no volvería a pasar. La magia no existía y los hombres, al final, eran todos iguales. Intentó convencerse, pero sabía que Rem no, él era diferente a todos los hombres que había conocido hasta ese momento. «Y, por eso, es más peligroso», se dijo.

Chasqueó la lengua enfadada. «¿Desde cuándo me preocupa el peligro?». A la antigua Katy no le hubiera importado, se habría lanzado de cabeza, y así lo hizo con Michael. A pesar de estar casado, apostó por él, pero ahora... ahora... «Ahora no estás sola, tienes un hijo». A Rem no parecía molestarle, no le espantaba que ella fuese madre. Incluso se interesaba, quería saber cosas de Colin. Hasta en ese aspecto era especial y único. Cualquiera otro habría salido asustado, pero él no... Estaba dándole vueltas a la cabeza, mientras la cafetera burbujeaba y llenaba la cocina de un delicioso aroma a café recién hecho cuando la voz profunda de Robert la sacó de sus cavilaciones.

—Buenos días. —Se giró para mirarlo y lo vio entrando por la puerta de la cocina.

—Muy buenos días —le contestó intentando sonreír—, ¿café? —preguntó.

—Gracias.

Robert era parco en palabras, pero esa mañana estaba especialmente raro. No dejaba de mirarla de manera osca, parecía furioso.

—¿Mila aún no se ha levantado? —interrogó Katy.

Robert se limitó a negar.

Katy estaba dejando una humeante taza frente al guardaespaldas cuando Rem entró en la cocina como si fuese un vendaval que lo arrasaba todo.

—Buenos días —les dijo a ambos y tomó una roja manzana del frutero—. Hace un día estupendo. —Se lo veía lleno de energía, como si el correr por la playa, el sol, el mar fuesen una potente batería que lo recargaban.

Lanzó una sonrisa pícaro a Katy, se apoyó en la mesa y le dio un gran mordisco a la manzana, que crujió entre sus dientes.

Robert no contestó, se limitó a darle un largo trago al café hasta terminarlo, se levantó y, tras

un tosco adiós, les dejó solos.

—¿Y a este qué le pasa? —preguntó Katy.

—Creo que le afecta la acústica del hotel. —Elevó dos veces las cejas de manera insinuante y Katy entendió al instante lo que quería decir.

—¡Oh, no! —exclamó azorada—. ¿Crees que nos escuchó?

Rem se encogió de hombros y, de manera seductora como si la manzana fuese el manjar más delicioso que había probado nunca, le asestó otro bocado.

—Eres un provocador —lo reprendió Katy.

Como un felino al acecho, Rem dejó la manzana sobre la mesa y, con un movimiento pausado de uno de sus dedos, le indicó que se acercara. Ella obedeció de manera casi hipnótica. La tomó de la cintura, tiró de su cuerpo y la colocó entre sus piernas abiertas.

—Estás sudado. —Tocó su pelo húmedo retirándolo de su frente.

—¿Te molesta?

Ella negó. Nada en él podía molestarla, todo le atraía como si fuese un potente afrodisiaco. A pesar de que no quería caer de nuevo, de que su intención era poner distancia, Katy estaba entre sus piernas abiertas, apoyada en su pecho con ganas de sentir sus besos.

Rem volvió a encogerse de hombros y, sin más dilación, capturó sus labios y la besó como si fuese su primera vez, despacio, tomándose su tiempo.

Sabía a manzana, a viento, a sal y Katy sintió cómo sus rodillas se doblaban, cómo sus piernas temblaban, así que se apoyó sobre su pecho y buscó la postura ideal para poder disfrutar de esa boca jugosa, de esos labios que la hacían estremecer. Intentó olvidarse de que estaba en la cocina, de que no estaban solos en el hotel. En cualquier momento, tanto Mila como Robert —bueno, este último lo dudaba porque, según parecía, estaba enfadado— podían entrar y encontrarse con el espectáculo de Rem y ella comiéndose a besos. Solo Dios sabía cómo lo estaba intentando, pero a pesar de las ganas, una sensación agobiante la obligó a abandonar esa boca que tanto placer le estaba dando.

—Para —pidió, y empujó su pecho para separarse.

Él no estaba muy conforme, pero obedeció. Jamás la obligaría a nada.

—Anda, ve a darte una ducha —le propuso y sonrió para quitarle importancia a su arrebatado de pudor.

Él asintió y, sin decir nada, se marchó dejándola sola en la cocina.

Katy se apoyó en el mismo sitio donde hacía tan solo unos instantes había estado él. Cerró los ojos y se reprendió, molesta consigo misma. «No puedo», se dijo. Romper la barrera que se había autoimpuesto después de lo de Michael le era tan complicado...



Mila tecleaba en su máquina de escribir sentada en la gran terraza del salón. Desde allí, podía ver el mar y disfrutar de su aroma y el sonido rítmico de las olas mientras se sumergía en la nueva novela, cuyas escenas llenaban su cabeza.

Era de las pocas escritoras anticuadas que escribían a máquina. Su editor le había comprado un portátil y rogado que lo usara, pero ella se negaba y él, al final, claudicó. Era la que más vendía y eso que el mercado estaba en crisis, pero Mila Ferrer era la número uno desde hacía más de veinte años.

El ruido de las hojas de un periódico la distrajo y se giró para poder observar a Robert. Él

estaba sentado en una de las cómodas butacas que llenaban la terraza y ojeaba un matinal sin muchas ganas, al fin y al cabo, era muy atrasado; la prensa no llegaba a ese maldito pueblo. Así que se limitaba a pasar las páginas y mirar las fotos. Una arruga surcó su frente despejada cuando vio el anuncio de una colonia. En él se veía a ese... ¿cómo era su nombre? ¿John? De repente, su mente se inundó con la imagen de Ishbel, con ese preciso instante en el que ella le dijo que le recordaba a él. Observó bien la foto. Ese hombre se veía muy, pero que muy bien... ¿De verdad Ishbel pensaba que él era tan guapo? «Su boca, esa boca», se dibujó con tal precisión en su memoria que incluso podía percibir el olor de su barra de labios, una que le daba un bonito tono rosado...

Mila contemplaba a su guardaespaldas. ¿Sonreía?, pues sí, lo hacía y se preguntó qué sería lo que le había provocado esa preciosa sonrisa tan rara en él.

—Robert... —Llamó su atención y él, inmediatamente, dejó el periódico para posar sus ojos verdes sobre ella. Se limitó a asentir, dándole a entender que la escuchaba. «Qué hombre tan parco en palabras», se dijo Mila—. ¿Te pasa algo?

El guardaespaldas negó y de nuevo tomó el periódico entre sus manos intentando disimular el calor que su cuerpo había sentido al recordar a la rubia loca.

—Dime una cosa, Robert... —Lo escuchó suspirar molesto, volvió a dejar el periódico y otra vez clavó en ella esos preciosos ojos que, seguramente, brillarían llenos de vida si volviera a sonreír—. ¿Qué misterio ocultas?

Robert abrió la boca sorprendido por lo raro de la pregunta. ¿Se habría dado cuenta ella de que estaba empalmado? «Joder, mierda». Se movió incómodo en el sofá y echó una rápida y furtiva mirada a su entrepierna, con disimulo, claro está, con el fin de comprobar si su camisa de cuadros tapaba la prueba de su delito. Suspiró de alivio al ver que nada se vislumbraba y regresó sus hermosas pupilas a Mila.

—No te entiendo. —Carraspeó, pues su voz sonó extrañamente chillona.

—Sé que guardas un secreto. —Lo señaló con uno de sus largos dedos—. Y me intriga descubrirlo.

—Yo no guardo nada... —Pero Mila sabía que él estaba mintiendo. La forma nerviosa con la que intentaba acomodarse en el sillón de mimbre y la manera en la que la nuez subía y bajaba le indicaban lo que Mila sospechaba desde el primer momento que vio a ese hombretón tan guapo y tan grande, pero con cara de haber chupado un limón. Ocultaba un secreto, como en las mejores novelas de amor.

Mila se encogió de hombros. Era como un libro cerrado y sabía que, de repente, no iba a cambiar y a contarle a ella lo que su corazón guardaba, aunque merecía la pena intentarlo.

Sin más, regresó a las teclas. Estaba narrando una escena bastante subidita de tono, paró de nuevo y se giró a mirarlo. «Ay, si supieras lo que estoy escribiendo», sonrió traviesa. Seguro que el gigantón se ponía colorado y más cuando el protagonista de esa escena en concreto se llamaba como él.

—Robert... —lo llamó otra vez y lo vio estremecerse. Seguro que temía lo que le iba a preguntar—. ¿Te gustan las chicas rubias o morenas?

El periódico se le cayó de entre las manos y su cara se tiñó de un rojo intenso. ¿Qué tipo de pregunta era esa? Parecía al borde del colapso, rojo como un tomate, y Mila rompió a reír.



17. No me gustas

—Ishbel... —Ada entró en la casa retorciéndose las manos de manera nerviosa.

—¿Te pasa algo? —preguntó asustada. Su respiración era rápida, pues había subido las escaleras a la carrera y parecía al borde del llanto.

—Ese hombre... —bajó la mirada—, ha vuelto y creo que pregunta por ti.

—¿Crees? —Ishbel se tranquilizó al instante. Sabía que Robert no suponía ningún peligro y se reprendió porque a Ada no debía hacerle caso. Era siempre demasiado dramática, sensible y veía a todo el mundo peligroso; incluso la señora Brincar, una dulce ancianita, la asustaba.

—Ay, Ishbel, es que habla muy raro.

—Es de Texas y tiene un acento muy marcado, pero habla inglés como tú. De verdad, Ada, que no entiendo cómo no lo comprendes.

Dejó de presionarla o la pobre Ada terminaría cediendo a la congoja y como se pusiera a llorar, no iba a parar de hacerlo durante horas.

—Anda, vete a casa, ya cierro yo —propuso Ishbel.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

—¿Me vas a descontar estas horas?

—Que no, pesada —dijo poniendo los ojos en blanco y armándose de paciencia.

Ada sonrió con timidez, asintió y juntas bajaron hasta la tienda.

—De nuevo has puesto nerviosa a Ada. ¿Qué pasa contigo? ¿No sabes tratar bien a las mujeres? —lo reprendió con severidad en cuanto Ada cerró la puerta de la tienda y los dejó solos.

Robert abrió mucho los ojos al escuchar sus duras palabras.

—Yo no le he hecho nada.

Ishbel suspiró.

—No hace falta que hagas mucho, la verdad. Es suficiente con ese tono que usas, con esa mirada gélida y esa postura tan... tan desagradable. —Lo señaló con un dedo—. No puedes ir por el mundo mirando a la cara de la gente con la que te cruzas con tanto odio.

—Yo no miro a la gente con odio. —Jamás le habían dicho nada parecido, definitivamente, esa mujer estaba loca—. Mi tono... mi tono es normal y mi postura..., ¿qué coño le pasa a mi

postura? —preguntó confundido.

En ese preciso instante, Ishbel se dio cuenta de que no la mentía. Él no era consciente, no lo hacía a propósito. Casi con seguridad, los años de práctica le habían conferido esa imagen de hombre desagradable, inaccesible, y ahora era su estado natural.

—Y dime, ¿qué es lo que quieres? —Decidió dejarlo pasar e intentar averiguar qué era lo que le había traído de nuevo a su negocio.

—Mira. —Puso sobre la mesa un periódico que Ishbel ni tan siquiera miró.

—¿Y?

—¿Ves la fecha?

Ishbel puso los ojos en blanco, ¿qué pretendía? Obedeció por terminar con el numerito que Robert estaba montando, menos mal que era ya última hora y la tienda estaba a punto de cerrar.

—¿Y? —interrogó usando un tono que denotaba hastío.

—¿Y? ¿Y?, ¿no sabes decir nada más? —refunfuñó—. Lo he comprado en otra tienda, es actual, no como los que intentas vender tú. —La señaló con desagrado.

—Yo no intento vender nada, y menos estos periódicos. Lo que pasa es que nadie los lee y por eso se tiran meses en esa repisa, esperando a que algún soso, aburrido... como tú, se decida a tocarme las narices por unos diarios de mierda.

La ceja derecha de Robert se elevó en un gesto que a Ishbel se le antojó de lo más cómico y, sin poder evitarlo, se le escapó la risa.

—¡Pues vaya! —protestó con energía el guardaespaldas—. Vaya mierda de negocio que tienes. Esto —señaló uno de los pocos periódicos que había en el estante—, esto que vendes es un timo. Además, tratas a tus clientes mal, te ríes de ellos, los insultas...

—Te confundes de nuevo. Yo no timo porque esos periódicos no están a la venta, los usamos para envolver las cosas delicadas. Pero claro, como eres un pedante, no te paraste a preguntar, te limitaste a suponer cosas que no son. Y te voy a decir algo más. —A esa altura de su discurso, Ishbel había salido del mostrador y, tras colocarse frente a él, le apuntaba en el pecho con uno de sus dedos de uñas rosa chicle—. Yo no me río de mis clientes —hincó con saña el dedo—, me río de ti. Yo no insulto a mis clientes —lo clavó de nuevo—, te insulto a ti.

La proximidad de esa pequeña rubia le estaba volviendo loco, su aroma a..., joder, a flores frescas, a brisa del mar, lo golpeaba con fuerza, casi tanta como lo hacía ella con ese dedito. Robert dejó de escucharla en el preciso instante en el que sus ojos se clavaron en la boca de Ishbel. La veía moverla, cómo vocalizaba cada palabra, pero él tan solo pensaba en una cosa. Y lo hizo, la acalló con un beso. No un beso dulce ni tierno, no, uno que le dejó los labios doloridos y tan confundida que por unos segundos se quedó sin aliento.

«¿La acabo de besar?», se preguntó Robert. ¡Mierda!, sí, la había besado y, joder, qué bueno, qué bien sabía, y eso que todo había sido muy rápido.

—No me gustas. —Y tras expresar con contundencia su declaración, volvió a besarla.

—Ni tú a mí —replicó ella cuando lo obligó a separarse de sus labios para tomar un poco de aire, pues se sentía mareada.

Robert estaba cansado de encorvarse. Ella era tan pequeña que la postura para poder tener acceso a sus labios era muy incómoda y, sin pensárselo dos veces, la tomó entre sus brazos y la sentó en el mostrador. Inmediatamente, se colocó entre sus piernas y se pegó tanto a su pecho que apenas quedaba espacio de maniobra, pero necesitaba sentir esos firmes senos sobre sus pectorales. Se rozó, se agitó, movió sus caderas frotando sus vaqueros contra los de ella, ejerciendo tal fricción que podrían salir ardiendo. Pero a Ishbel no parecía importarle su agresividad, su manera ruda de tocarla. Muy al contrario, estaba encantada, gemía y lo buscaba, lo

provocaba con mordiscos en sus labios, con sus manos tirando de su pelo, con su pelvis, que corría en busca de la suya, y sus caderas, que se movían de una manera tan sensual, tan maravillosamente sexi...

—Para..., para... —A Ishbel le golpeó la conciencia de dónde estaban cuando la campanilla de la puerta sonó dos veces, una cuando el cliente entró y otra, seguramente, cuando se encontró el panorama del guardaespaldas entre sus piernas y salió asustado, a la carrera.

Robert no podía, no quería parar. Nunca se había sentido tan superado por las sensaciones como las que el cuerpo y los labios de Ishbel le provocaban. Pero recobró la lucidez, ella no quería... ¡Joder! ¡Ella lo rechazaba! Angustiado, se alejó y sintió unas inmensas ganas de gritar de desesperación. Se tocó el pelo y se giró para no mirarla, porque en ese instante se sentía pequeño, quería irse, quería...

—Espera que cierre, ¿no querrás dar un espectáculo? —Escuchó cómo ella se bajaba de un salto del mostrador y corría a poner el cierre—. Madre mía, eres una máquina. —Tomó una de sus manos y tiró de ella hasta que logró que Robert, totalmente confundido, comenzase a andar hacia la escalera de subida a su casa—. Nunca he sentido nada igual con un hombre. —Seguía hablando y parecía feliz—. Tengo muy buen ojo y te juro que sabía que eras una bomba, nunca me equivoco.

Robert se dejaba llevar, no pensaba porque para él había sido toda una bendición saber que ella no lo rechazaba, quería...

Reparó en dónde se encontraba cuando miró a su alrededor, cuando su cerebro se hizo sólido y dejó de ser de gelatina.

Ishbel seguía su cháchara y comenzaba a desnudarse. ¡Estaba en su casa! ¡En la casa de esa lunática! Y estaba..., ella estaba totalmente desnuda. Abrió mucho los ojos, quería empaparse de ese cuerpo, de esas curvas infinitas.

Sus pechos eran grandes, su cintura, pequeña y sus caderas... ¡Dios, sus caderas! A Robert siempre le habían atraído las mujeres delgadas, esas que medían algo más que el metro sesenta de ella. «No puedes gustarme», quiso gritarle, pero se lo guardó porque sería una aberración decirle esas palabras, porque le encantaba, le parecía tan apetecible.

—¿Piensas quedarte así mucho rato? —le preguntó un tanto molesta. Veía deseo en sus ojos, pero no hacía nada, tan solo la miraba con ese ceño fruncido como si estuviera resolviendo un problema matemático.

—No me gustas nada, eres tan mandona, tan... —Acortó la distancia que los separaba hasta que notó el calor agradable que transmitía su cuerpo.

—Ni tú a mí. Eres guapo y besas que te cagas de bien, pero eres tan gruñón, tan soso... — Robert acalló su lengua viperina con otro beso, otro de esos que se dan con todo el cuerpo, con el alma, con una fuerza arrolladora.

Dejó su boca para recorrer el cuerpo de Ishbel con sus labios, con su lengua y sus manos. Fue bajando, bajando, hasta que quedó de rodillas ante ella como si fuese una diosa y él, un simple mundano.

Ishbel cerró los ojos. Ese hombre tenía una boca maravillosa, hacía cosas con su lengua que le ponían el vello de punta, pero los abrió en el preciso instante en el que los notó sobre esa parte de su anatomía que palpitaba con intensidad.

Él había separado sus piernas y lamía, besaba, frotaba sus mejillas en el interior de sus muslos.

Ishbel se empapó de la visión tan maravillosa de Robert con la cara hundida entre sus piernas. Se le aflojaron las rodillas de placer y necesitó agarrarse a algo, así que hundió los dedos entre su pelo. Lo alentó a ser más rudo, a que profundizase más en las acometidas con su lengua. Él

parecía entenderla sin necesidad de palabras, su cuerpo le explicaba cómo y dónde darle más placer y se aplicó mucho, como lo haría un buen alumno ante el maestro.

—*Mo mhàthair!*^[1] —gritó Ishbel—. *Mo dhia!*^[2] —El orgasmo la noqueó, la golpeó con intensidad y sus piernas le fallaron, pero Robert no la dejó caer y siguió dándole placer hasta que las fuertes sacudidas de sus espasmos le indicaron que había terminado. La sostenía con fuerza por las caderas y no la soltó hasta que tanto ella como él se sintieron satisfechos, solo entonces la tomó entre sus brazos y la dejó sobre la cama.

Se desnudó despacio, muy despacio, dándole tiempo a recuperarse, y se acomodó a su lado. Ella tenía los ojos cerrados y una dulce sonrisa que logró que él sonriera también.

Ishbel abrió sus pestañas con esfuerzo. El clímax que acababa de experimentar la había dejado sin fuerzas, pero sabía que aún le quedaba más placer que dar, que recibir. Entonces lo miró, Robert el Gruñón, con su entrecejo siempre tenso, la contemplaba sin apenas pestañear. Estaba tumbado a su lado sin nada de ropa y, a pesar de ese rictus severo, le pareció el hombre más bello que jamás había visto.

—Eres muy bueno. Se nota que has practicado mucho —le dijo y la magia se esfumó.

«¿Qué mujer tras un orgasmo dice eso a su amante?», pensó molesto. Se merecía que la dejase allí tirada, tenía que levantarse, ponerse la ropa y salir de esa casa sin ni siquiera despedirse. Se lo merecía por... por... ¿por ser tan natural?

Cerró los ojos. No podía irse, la deseaba, pero... esa loca se iba a enterar.

—Ahora te voy a follar —pronunció con contundencia mientras se colocaba de rodillas en la cama para que ella pudiera apreciarlo en toda su magnitud—. Pero solo lo haré porque me apetece, que no se te metan cosas raras en tu cabecita.

Ishbel resopló con sorna. ¿Le tomaba el pelo? Se colocó como él, frente a él.

—No, no te equivoques. No me vas a follar porque te apetezca, lo vas a hacer porque soy yo la que quiere, porque yo te lo permito. Y tranquilo —dijo mientras abría el cajón de una de las mesillas que estaban al lado de la cama y sacaba un preservativo—, mi cabecita... —rasgó el papel con la boca y usó los dedos para colocárselo bajo la atenta mirada de Robert, que apenas entendía sus palabras, presa del placer que sentía con ese simple contacto—... tiene las ideas muy claras. —El guardaespaldas observaba cómo, poco a poco y con suavidad, Ishbel desenrollaba el profiláctico con maestría. Seguro que lo había hecho más de una vez—. Pero... dime algo, Robert... —Su tono sensual y esos dedos le estaban volviendo loco—: ¿Tienes tú las ideas claras?

No le dio tiempo a responder, de repente, se encontró tumbado en la cama con ella sentada a horcajadas sobre sus caderas. Tomó su erección entre sus manos y la dirigió a su interior. Entonces comenzó a moverse, a botar, y Robert no pudo hacer nada más que dejar que ella tomase el mando. Se limitó a disfrutar y a contemplar extasiado cómo sus pechos se movían como si fuesen un péndulo que pretendía hipnotizarlo.

Tenía que reaccionar, necesitaba hacer algo y lo hizo. Colocó las manos sobre esos pechos y los acarició hasta escuchar cómo Ishbel se retorció y gritaba de placer.

No duraron mucho, pues sus ganas eran intensas. Además, sus cuerpos encajaban con tal perfección, que se entendían sin palabras. Ambos sabían lo que al otro le gustaba, parecían hechos el uno para el otro.

Robert gritó su nombre al correrse, fue el primero en terminar. Por más que luchó para esperarla, no lo pudo retener, pero ella lo siguió a la zaga, su orgasmo no se hizo esperar. Ishbel se encomendó a todos los santos balbuceando palabras en su idioma natal.

—Maravilloso —susurró con tono soñador cuando su espalda tocó el colchón. Sonreía, no

podía dejar de hacerlo. Ese hombre... ¡Dios, ese hombre era el mejor amante que había tenido nunca! Se levantó de la cama. Él permanecía con los ojos cerrados y su cara también tenía una expresión un tanto bobalicona. Según parecía, para don Gruñón también había sido el polvo de su vida.

—Me voy a dar una ducha. —Sus palabras consiguieron que él abriera los ojos y los posara sobre ella—. Sal por esa puerta, es la que da a la parte de atrás. —La señaló con una de sus uñas rosas—. Cierra bien cuando salgas.

Y, sin más, se metió en el baño. Por unos breves instantes, Robert se quedó paralizado, ni siquiera pestañeaba. Seguramente, hasta su sangre había dejado de recorrer su cuerpo y su cerebro, por un lapsus de tiempo, incluso se quedó parado, como si fuese una máquina a la que alguien había apretado el botón de *off*.

«¿Me acaba de largar?», se preguntó. Sí, le había echado de su cama, de su casa y, además, sugerido que saliera por la parte de atrás.

Robert se puso rojo, rojo ira intenso, un rojo estridente.

No pensaba perder su tiempo allí. Se levantó rápido y comenzó a vestirse mientras el sonido de la ducha le llegaba. Ella tarareaba una canción. Sus palabras no tenían sentido y no entonaba bien. Era lo más horroroso que Robert había escuchado en su vida, pero claro, en esos momentos estaba tan enfadado con ella que, aunque hubiese tenido la voz más bonita del mundo, le habría molestado.

Se puso el pantalón con tal ímpetu y tantas eran las prisas que tenía por salir de esa casa que tropezó y cayó al suelo. Soltó un montón de tacos, se levantó y, sin ni siquiera ponerse la camisa, se encaminó hacia la salida. A la de atrás, por supuesto. Él tampoco quería tentar a la suerte y que alguien lo viera merodear la casa de esa lunática.

Cerró con un fuerte portazo y se prometió no volver ni siquiera a mirarla a la cara.

Se arrepentía, se arrepentía tanto de lo que acababa de pasar. Pero según subió al coche y notó cómo el olor de su piel se había mezclado con el de ella, cómo su sabor aún estaba en su boca, golpeó el volante con furia y se dio cuenta de que si ella quería, volvería a caer. Lo haría porque ahora que la había saboreado, que había lamido su cuerpo, ahora que estaba marcado con su aroma, estaba perdido. Totalmente perdido.



18. Ahora le costaría volver a ser El rem de siempre

Robert había dormido fatal. Sus ojeras eran visibles y Mila se lo hizo saber en cuanto lo vio.
—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

Él asintió, no tenía muchas ganas de hablar. Había bajado a desayunar esperando tener la fortuna de que Ishbel no estuviera en la cocina, pero él no tenía suerte, nunca la había tenido y, nada más abrir la puerta, nada más poner los pies sobre las baldosas grises, su olor, su maravilloso perfume lo golpeó. Lo primero que sus ojos vieron fue a Ishbel sentada sobre la mesa con un vestido de gasa de un azul intenso, cuya falda de vuelo, corta, se arremolinaba sobre sus muslos. Hablaba con Katy y le sonreía con esos labios rojos que él había probado y que se moría por paladear de nuevo.

—Buenos días, Robert —dijo cantarina cuando lo vio.

«Maldita bruja», protestó su mente. Lo saludaba como si nada hubiera pasado. ¿Es que no le había afectado nada?, parecía que no. En cambio, él... él parecía tener fiebre, pues se notaba caliente a todas horas. No podía borrar la imagen de sus ojos mirándolo mientras saboreaba su cuerpo ni la de sus pechos agitados por los vaivenes. «Buenos días, Robert», le había dicho. Así, sin más, sin una mirada cómplice, una sonrisa libidinosa. Nada, nada...

Robert las saludó con un movimiento de cabeza, se puso un café y se sentó antes de dar el espectáculo y que las tres mujeres que estaban en la cocina notaran su excitación. «Maldita seas, baja de una vez», le dijo a su entropierna.

Ishbel se bajó de un salto de la mesa, tomó un taburete y se acomodó a su lado.

Katy se reía de algo que le había dicho Mila e Ishbel también soltó una carcajada, aunque el guardaespaldas no sabía qué causaba tal alborozo pues su cabeza estaba en otra cosa.

Pero la risa e incluso el color escarlata de Robert desaparecieron cuando, de repente, la puerta corredera se abrió y Rem entró con paso firme y tan enfadado que las tres mujeres se encogieron asustadas. Mila lo miró preocupada. Jamás lo había visto así, infundía terror. Rem siempre portaba una bonita sonrisa en sus labios, su sola presencia daba energía positiva, paz..., pero en esa ocasión sus ojos eran pozos oscuros y sus rictus serio animaba a salir corriendo en otra dirección.

Mila observó cómo sus manos se abrían y cerraban en puños tan apretados que sus nudillos se

tiñeron de blanco. Su posición era de ataque, parecía que de un momento a otro iba a liarse a puñetazos con Robert, pues era frente a él donde se había situado.

—Robert, necesito hablar contigo. Vamos —le ordenó a su compañero.

—No —espetó él.

«¡Pero ¿está loco?!», pensó Katy alarmada y asustada. No podía negarle nada a Rem, ¿cómo era capaz de enfrentarse a él según estaba en esos momentos?

—Ve, Robert. —Sintió la necesidad de intervenir—. Nosotras nos quedaremos con Mila, nada malo va a pasarle.

—Por supuesto que estará segura, yo jamás la pondría en peligro. —La voz de Rem sonó profunda y furiosa—. Sal ahora, Robert. —No era una invitación a dar un paseo, era una orden expresada con tal ira que incluso Ishbel sintió miedo, temió por él.

Robert asintió, se levantó y caminó hasta la puerta corredera, que atravesó seguido de Rem.

—¿Qué creéis que les pasa? —interrogó Ishbel preocupada.

—No lo sé. Rem está muy enfadado —dijo Katy.

—No os preocupéis, chicas. Son compañeros, seguro que lo arreglan.

Las tres se miraron, ni siquiera Mila se creía sus palabras.

—Les doy unos minutos y bajo a ver —declaró Katy.



Robert había salido del hotel, pero Rem lo adelantó con paso firme. Quería que lo siguiera.

Lo llevó hasta la playa alejándolo todo lo que pudo del hotel porque lo que iba a suceder, lo que le iba a decir, no debía escucharlo nadie.

—Habla —alentó tosco.

Rem trataba de contenerse. Lo miró con intensidad, soltó el aire que llenaba sus pulmones con fuerza y espetó con furia:

—¿Cómo te atreves?!

Robert sabía perfectamente a qué se refería y se limitó a contestar:

—Era mi deber.

—¿Tu deber?! —increpó con los ojos muy abiertos en una expresión de absoluta incredulidad

—. ¿Tu deber?! —Se aproximó tanto a él que, al tener la misma altura, sus narices casi chocaron.

—No puedes ir por ahí... —Robert dio un paso hacia atrás.

—¡No te atrevas a decirlo! —lo interrumpió. Entonces comenzó a caminar por la playa. Hacía un recorrido corto, andaba y desandaba, mientras su pecho subía y bajaba con respiraciones rápidas y furiosas. Se paró de golpe y clavó las pupilas en su compañero, alzó una mano y lo señaló con el índice—. Te juro que me dan ganas de golpearte. Me resisto porque eres mi compañero, pero te juro que te estrangularía con mis manos, cabrón.

De nuevo, se acercó a él y sus puños se aferraron a la sudadera de Robert con fuerza. Lo zarandeó y escupió sus palabras con asco:

—¡Eres un auténtico cabrón! ¡Joder, no tenías derecho! —le soltó, y se alejó de él. Deseaba tanto pegarle, pero no debía, estaba seguro de que si empezaba a golpearlo, no pararía, no podría parar...

—¡Claro que tengo el derecho y además el deber de informar! —gritó Robert, que hasta el momento había estado contenido—. No te tomas en serio el trabajo... —Calló de golpe al recibir el fuerte impacto de un puño sobre su mejilla derecha. Se tambaleó, trastabilló un par de veces,

pero al final se pudo mantener el pie.

—¡Yo siempre me tomo en serio mi trabajo! —le gritó con inquina y se volvió a abalanzar sobre él con los puños apretados.

Pero esta vez Robert logró cubrirse y el puño le golpeó el antebrazo que interpuso. Contestó a los golpes de su compañero con sus propios puños y ambos se enzarzaron en una pelea que los llevó hasta la orilla.

Los dos sangraban por los impactos y estaban empapados de agua del mar y del sudor que el esfuerzo les estaba ocasionando. Parecían dos trenes chocando, dos fuerzas potentes y entrenadas que se enfrentaban sin posibilidad de que una de ellas venciera, pues eran muy similares.

Katy corría por la orilla seguida de Mila e Ishbel. Les gritaban, les rogaban que parasen, pero ellos no las querían escuchar y continuaban golpeándose como si fuesen enemigos de toda la vida y no compañeros.

—¡Parad! ¡Por Dios, dejadlo ya! —les ordenó Mila al llegar a su altura.

En ese momento, Robert había acertado con el puño en las costillas de Rem. Este soltó un profundo resuello y se escuchó el crujido de los huesos.

—¡¿Así es como hacéis vuestro trabajo?! —gritó la escritora con furia al ver a sus dos chicos peleándose como adolescentes.

La pregunta los noqueó y dejaron de golpearse. Ella tenía razón.

Rem intentaba recuperar el aliento, apoyado en sus rodillas. Con una mano, se limpió la sangre que salía a borbotones de su nariz. Elevó la mirada para observar a su compañero, que también estaba hecho un auténtico desastre.

—Esto sí que no es profesional —soltó entre resuellos y con la voz ronca.

Robert asintió.

—Ni esto ni... —Señaló a Katy y Rem dio un paso hacia él con los puños apretados.

—¡No! —Katy intervino con rapidez. Si no lo hacía, esos dos iban a pelearse de nuevo. Se interpuso ente las dos enormes moles de músculos en tensión y colocó una de sus pequeñas manos sobre el pecho de Rem. Era absurdo, si él quería, la apartaría como se hace con un mosquito molesto, pero sintió que él empezaba a relajarse, sintió cómo su mano aplacaba un poco su furia —. ¡Vete! —le ordenó a Robert.

Ishbel lo tomó de la mano y tiró de él hacia el hotel. Tenían que separarlos o volverían a enfrascarse en una absurda pelea. Mila los siguió. Lo mejor era dejarlos solos, seguro que Katy lograba tranquilizarlo.

La sangre goteaba sin cesar por uno de los orificios de su nariz y Katy le ofreció un pañuelo, que, tras un «gracias», tomó de su mano y lo colocó para taponarla.

Estaba uno frente al otro sin mirarse. Katy esperaba a que él se relajase un poco, deseaba ver esa sonrisa tan bonita que siempre adornaba sus labios ahora manchados de sangre e hinchados por los golpes recibidos.

—¿No vas a preguntar, a regañarme? —soltó de pronto—. ¡Joder, di algo!

—¿Y qué quieres que te diga? —Se cruzó de brazos y lo miró enfadada, molesta—. Si fueseis un par de niños, os castigaría, pero Rem, ¡por Dios!, que ya sois mayorcitos para andar peleándoos.

El guardaespaldas se limitó a soltar un gruñido, pateó las olas y, al instante, se arrepintió de su ataque de furia, pues su nariz, que había dejado de sangrar, comenzó a gotear otra vez sobre su sudadera negra.

—Tengo motivos, joder, tengo motivos para partirle la cara a ese cabrón —espetó con ira.

—¿Qué motivos son esos, Rem? No hay razones para usar la viol...

—¿No?! ¿No los hay?! ¿De verdad que no los hay?! —Sus ojos parecían arrojar fuego y las venas de su cuello se marcaban, parecían a punto de explotar—. A ese imbécil no se le ha ocurrido otra cosa que llamar a mi jefe, ¡joder! —gritó con tal potencia que seguramente lo habrían escuchado en el pueblo.

—¡Haz el favor de calmarte! —lo reprendió como si fuese un chiquillo.

—No puedo calmarme.

—Sí que puedes. —Puso cada una de sus manos sobre sus duros bíceps y le sonrió—. Toma aire por la nariz y expúlsalo por la boca muy despacio.

Rem la miró por unos segundos sin hacer absolutamente nada y, de repente, resopló.

—¿Tú crees que con la nariz machacada puedo tomar aire? —preguntó con tono irónico.

—Mira, yo no tengo la culpa de lo que ha pasado, así que si te vas a poner tonto me voy y aquí te quedas... —Y fue dicho y hecho, Katy comenzó a caminar hacia el hotel.

—¡Katy, Katy, joder! —La llamó y ella se volvió para encararle, se cruzó de brazos y esperó a que hablara—. Te juro que ya me calmo. —Para demostrarlo, intentó sonreír, pero el labio superior también había recibido un golpe y dolía.

—Anda —le tendió una mano—, vamos. Damos un paseo y me cuentas qué es eso tan terrible que ha hecho Robert para que os peleéis como adolescentes.

Rem se aferró a su pequeña mano y juntos empezaron a caminar por la arena dura de la orilla.

—¿Y bien? —lo alentó.

—Robert ha llamado al jefe, le ha dicho... —Otra vez la ira crecía en su interior y Katy apretó su mano en una silenciosa petición de calma. Él soltó todo el aire que retenían sus pulmones por la boca y prosiguió—. Le ha contado lo que pasó entre nosotros...

Katy frenó de golpe y lo miró con la boca abierta por la sorpresa, ahora era ella quien quería patearle el culo a Robert.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué, tengo razones para darle de hostias? —interrogó con chulería.

Katy se tragó un sí rotundo, bajó la cabeza y cerró los ojos deseando borrar de su memoria los últimos instantes del día.

—¿Y ahora...? —preguntó más preocupada por él que por ella misma.

—Nada, ahora nada. Tan solo he recibido una represalia, una bronca injusta, pues nunca he dejado de lado mi deber, aunque, según le contó Robert a mi jefe, tan solo me dedico a fornicar... —De nuevo, la ira iba apoderándose de él—. Fornicar, ¡ja! ¿Puedes creer que alguien use esa palabra?

—No es justo —sentenció seria.

—No, no lo es. Joder, Katy, me he sentido como un total irresponsable... —Sus ojos expresaban impotencia.

—Pero eso no es cierto. Siempre estás atento a tu trabajo. Mila está segura a tu lado...

—Necesito esto, Katy. —Sus ojos de repente se oscurecieron, se llenaron de desesperación, de tristeza, una tan profunda que la golpeó con fuerza—. Necesito hacerlo bien.

—Lo haces bien, Rem...

El guardaespaldas soltó la mano de Katy y se giró hacia el mar, no quería que lo viese así. Tragó el nudo que se estaba formando en su garganta y, con los ojos clavados en las aguas que con furia golpeaban las rocas, prosiguió:

—Este trabajo es lo mejor que me ha pasado en la vida. Roy..., mi jefe, me dio esta oportunidad y yo no quiero estropearlo todo, no quiero cagarla. Ahora soy otro y no... —Calló de golpe, iba a contar más de lo que debía.

Katy se acercó y colocó una de sus pequeñas manos sobre la fornida espalda de Rem en señal de apoyo. En ese instante, se dio cuenta de que él guardaba más de lo que su sonrisa, su positividad y su alegría mostraban a cada instante. Rem tenía secretos, cosas que lo herían.

—Nadie, ni siquiera Robert, puede cuestionar lo evidente, Rem. Eres un profesional de los pies a la cabeza. No hicimos nada malo...

De pronto, se giró tan rápido que casi la tiró al suelo, pero la tomó de los brazos y la miró con esos ojos profundos.

—Por supuesto que no hicimos nada malo. Nunca lo he dudado. —Su mirada le confirmaba que no mentía, Rem no se arrepentía de nada—. No echo la culpa a lo que pasó entre nosotros, lo repetiría una y mil veces... Créeme. —Ella asintió, le creía y él suspiró con fuerza—. Es solo que Robert ha logrado que Roy desconfíe, que crea que no soy lo suficientemente bueno, y eso me molesta, me enfada porque he luchado mucho, Katy. He peleado por ser normal, por... —Cerró los ojos, otra vez había estado a punto de contarle cosas que ni él mismo estaba preparado para escuchar de sus labios, ni siquiera con su hermano había tenido el valor... de explicarle todo lo que su madre le había hecho. Bajó la mirada, no podía mirarse de nuevo en sus ojos porque los recuerdos pedían paso en su memoria y no quería que ella lo viese vencido—. Sé que quizá suene raro, pero para mí es muy importante sentir que sirvo para esto, que estoy haciéndolo bien. Lo necesito.

—Lo estás haciendo bien, Rem, no lo dudes. —Katy estaba a su espalda, apoyaba la frente en ella y sus manos aferraban las mangas de su sudadera. Lo escuchó suspirar con fuerza.

Él asintió un par de veces, carraspeó y comenzó a caminar hacia el hotel.

Katy se quedó en la orilla, mirando su ancha espalda alejarse. Él necesitaba estar solo. Esperaría a verlo lejos y solo entonces encaminaría sus propios pasos hacia el hotel.

Ese día, Katy descubrió algo nuevo en Rem. Algo lo atormentaba, algo había sucedido en su vida para que tuviese esa profunda necesidad de sentir su valía, de tener el reconocimiento de su labor y Robert, seguramente sin ser consciente, lo había dañado tanto que ahora le costaría volver a ser el Rem de siempre.



19. Decide lo que quieres hacer con tu vida rem

Llegamos por separado al hotel. Me deja mi espacio y se lo agradezco, necesito recuperarme. Sé que en tan solo unos segundos lo lograré, soy bueno para eso. Llevo toda mi vida reponiéndome, cosiendo yo solo mis heridas, así que me siento en el último peldaño de la escalera y la espero. Ella quiere cuidarme y me dejaré llevar.

La observo mientras sube peldaño a peldaño esa larga escalera. Sus ojos brillan y sé que están tristes por mí. Sonará egoísta, pero eso me gusta, siento que soy importante para ella.

—¿Estás bien? —pregunta cuando llega a mi altura.

—Siempre lo estoy. Soy un superviviente. —No me hace preguntas, nos entendemos con la mirada y ella es consciente de que no es el momento.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme de la escalera, pero, de repente, su teléfono suena.

—Michael, ¿pasa algo? —La escucho y un sentimiento raro crece dentro de mí. Es como un fuego que me quema las entrañas, un deseo inminente de arrancar el teléfono de su oreja y arrojarlo al mar.

Me sonrío, quizá note mi desazón. Me hace un gesto con la cabeza y se aleja, me quedo paralizado mirando cómo sonrío mientras charla con él.

Me niego a quedarme allí parado como un tonto, así que, sin decirle nada, subo a mi habitación. Tras una ducha, me recibe en la cocina. Ya ha colgado y suspiro aliviado. Sobre la mesa, todo su arsenal de vendas y potingues que llenan su botiquín.

Me apoyo en el filo de la mesa y ella comienza a curar mis heridas exteriores, esas que se ven. Las de dentro, de manera inconsciente, también está ayudando a que sanen, pero ahora no es el momento de pensar en eso.

Me limito a dejarme querer, mimar, aunque podría haberlo hecho yo solo. Nunca he necesitado a una enfermera para limpiar mis cortes, mis magulladuras, ni siquiera tuve a una madre que cuidase mis rodillas machacadas y llenas de costras. Por eso, verla entre mis piernas con una gasa, esmerándose en cuidarme, hace que, a pesar de mi labio roto, sonrío, pues me siento feliz.

—Pareces alegre —me dice extrañada. La verdad es que las circunstancias no son las más apropiadas.

—Lo estoy.

—Eres increíble. —Suelta una risa que repercute en mi pecho—. Eres capaz de ver cosas positivas incluso con un labio partido. —Niega con la cabeza como si no lograra comprenderme, y lo entiendo, soy un tanto complicado.

—Sé ver el vaso medio lleno porque, por un tiempo, esa era la única manera de sobrevivir. —Mis palabras la sorprenden, lo puedo ver en sus ojos.

—¿Me lo contarás algún día?

—Sí, algún día... Somos amigos, ¿verdad? —Desvío la atención, quiero saber. Tengo un agujero dentro de mi estómago, uno que se ha abierto en el instante preciso en el que la he visto hablar con el padre de su hijo, con ese hombre del que estuvo tan enamorada que no le importó que estuviese casado, ese con el que folló tras tantos años de odio. Ese al que me gustaría hacer desaparecer de su mente.

—Verdad.

—Y eso hacen los amigos, se cuentan las cosas, tanto las malas como las buenas.

Katy sonríe. No sabe a dónde quiero llegar, pero es consciente de que mi discurso viene por algo.

—Dispara —me alienta.

—Quiero que seas sincera, Katy, más aún después de lo que hemos compartido.

—Siempre soy sincera, siempre. —Sus ojos no me mienten y eso me hace tener esperanza, quizá...

—¿Lo amas?

Katy pone los ojos en blanco, creo que no se esperaba esa pregunta.

—Ya lo hemos hablado... No sé qué decirte, Rem. Es el padre de mi hijo.

—Eso ya lo sé. Mi pregunta es clara, es un sí o un no. No creo que sea tan complicado.

Katy se separa de mí, se aleja no solo de forma física, y suelto un resuello que me obliga a quejarme de dolor pues mi labio partido se abre de nuevo y un hilo fino de sangre mancha mi camiseta limpia.

—¡Oh, Dios mío, Rem! —Se lleva las manos a la cabeza—. Te has vuelto a abrir la herida.

Inmediatamente, regresa a mi lado y coloca una gasa sobre mi labio, pero yo la rechazo, se la quito de la mano para sujetarla yo.

—No eludas mi pregunta. —¿Por qué la presiono? Fácil, estoy muerto de celos. No puedo remediarlo.

—Dime algo, Rem —pone los brazos en jarras—, ¿amas a Olga?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No creo que sea tan complicado, es un sí o un no —suelta con tono de burla, usando las mismas palabras que yo.

Me pongo de pie, me coloco frente a sus ojos de gata y, con tono serio como si fuese un juramento ante un juez, le digo:

—No.

Katy parpadea un par de veces, tres. Sé de manera fehaciente que no se esperaba mi contundente negativa y la he dejado trastocada, sin palabras, porque ahora ella también debe ser sincera.

Se da la vuelta, no quiere mirarme y eso duele, pero no me muevo. Quiero que sea ella la que dé los pasos, que sea ella quien marque tanto el ritmo como el camino. Yo me limitaré a esperar, a desear.

—Es complicado... —Veó cómo se encoje, cómo se hace pequeña y siento una imperiosa

necesidad de arroparla con mi cuerpo. Quiero cuidar de ella, protegerla de todo mal, abrazarla.

—Katy, mírame. —Ella niega—. Por favor.

Se gira de manera lenta y cuando sus ojos se posan sobre los míos, siento la química que compartimos como si la pudiese ver, tocar, oler. Está en el aire, nos envuelve. La respiramos, sabemos que es única y nuestra, pero Katy parece intentar apartarla de un manotazo como si fuese el molesto humo de un cigarro.

—Tengo un hijo al que amo por encima de todas las cosas, él es mi prioridad. Nada, nada — recalca—, es tan importante como él.

—Lo entiendo, Katy, lo entiendo, pero... —Trago saliva. De repente, tengo un nudo en la garganta porque creo que eso es un adiós de su parte, un «ha sido un placer conocerte, pero hasta aquí hemos llegado». Cierro los ojos frustrado, sacudo la cabeza y decido cortar por lo sano antes de que me duela más todavía. Debo cuidarme, protegerme, siempre fui bueno en eso—. No volveré a hablar del tema, Katy.

Comienzo a caminar hasta la salida, pero sus palabras me obligan a parar.

—¿Dónde vas? —Parece desesperada.

—Lo siento, Katy, pero creo que lo mejor será que te aclares. Decide lo que quieres hacer con tu vida.



Robert caminaba rápido y muy erguido, como si fuera el rey del universo, ni siquiera su nariz chorreando sangre le quitaba ni un ápice de orgullo. Se había empapado la camiseta. Si seguía así, se iba a desangrar, incluso empezaba a sentirse mareado. Tanto Ishbel como Mila lo seguían; la primera, furiosa por lo que acababa de ocurrir y la segunda, preocupada.

No esperó a las mujeres, quería estar solo, lamer sus heridas y sentirse, sin tener testigos, el ser más vil del universo, a pesar de que hacía tan solo unas horas pensó que llamar a Roy y explicarle lo que estaba ocurriendo era lo más correcto. «¡Idiota!», se insultó, pues en esos instantes se sentía un traidor, un hipócrita que censuraba lo que él mismo había hecho. Merecía esa sangre que le manchaba, el dolor que sentía en las costillas y, por supuesto, el desprecio de Rem.

Entró en el hotel y se encaminó a las escaleras.

—¿A dónde te crees que vas? —interrogó Ishbel.

Robert se giró a mirarla. Tenía los brazos en jarras y lo contemplaba con furia. A su lado, Mila lo observaba con ternura y esos ojos le produjeron un dolor lacerante y molesto en su corazón. No merecía esa mirada. ¿Por qué lo seguían?, deseaba más que nada estar solo.

No contestó, simplemente, continuó su camino.

—Mila, no te preocupes. Yo me ocuparé de él —dijo Ishbel con sus labios pintados de rojo a la escritora y, sin más, se dispuso a seguirlo.

Mila, comprendió de inmediato que quería quedarse a solas con él y, en cierto modo, lo compadeció. Aquella rubia era de armas tomar.

Robert había entrado en su habitación y arrancado su camiseta, que arrojó al suelo con ira. Su nariz seguía sangrando y elevó su mirada al techo.

—¡Joder! —gritó con impotencia. Ya no había vuelta atrás, lo hecho, hecho estaba.

De repente, la puerta se abrió e Ishbel entró sin pedir permiso, mientras que el guardaespaldas

se amonestaba por haber sido tan descuidado y no haber cerrado con llave. Tenía que haber intuido que esa mujer no le iba a dejar en paz.

—¡Vete! —le gritó.

Pero Ishbel no le tenía ningún miedo a su cara enfurecida ni a esa manera de apretar sus puños, ni siquiera a su posición de ataque, como si fuese un militar esperando la orden para entrar en combate. Sin inmutarse ni siquiera ante el derroche de belicismo que emanaba por todos los poros de su piel, entró en el baño y salió al poco rato con una toalla.

—Toma —le dijo, y se la arrojó sin ningún cuidado. El guardaespaldas la atrapó con una mano al vuelo, gracias a sus buenos reflejos, y se la colocó sobre la nariz intentando retener el incesante goteo.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó poniendo de nuevo esa postura chulesca con los brazos en jarras.

Él no respondía y, para demostrarle que su paciencia no era infinita, empezó a golpear el suelo con la puntera de su zapato.

—¿Y bien? —insistió.

—Vete..., ahora no tengo ganas de compañía.

Ishbel negó, señaló el baño y, con voz contundente, le ordenó:

—Vamos.

Robert estuvo a punto de protestar, de negarse, no necesitaba a nadie; es más, deseaba quedarse a solas. Pero la férrea determinación con la que ella lo miraba le hizo cambiar de opinión y entró en el servicio. ¿Qué coño tenía esa mujer que hacía con él lo que le daba la gana?

—Siéntate. —Señaló el inodoro.

Obedeció, pero antes de hacerlo, le lanzó una mirada furibunda, a la que Ishbel no hizo ni caso, y, tras resoplar molesta, le arrancó la toalla de las manos.

Observó su nariz moviéndole la cabeza de un lado a otro. Estaba empezando a hincharse, pero ya no sangraba.

Tomó la esponja del baño, la empapó y, con muy poca suavidad, comenzó a limpiar la sangre seca de su cara.

—No necesito que me cuides —Robert le tomó con fuerza la muñeca para parar sus movimientos—, no soy un niño.

—Estate quieto —contestó, tirando de su muñeca.

Órdenes y más órdenes. Estaba empezado a cansarse de que lo manejara como si fuese un pelele, pero la soltó, más que nada porque el olor metálico de la sangre hacía que su estómago se revolviere y tuviera náuseas.

La observó mientras lo limpiaba. No era nada delicada y evadía sus ojos constantemente, pero estaba tan concentrada que unas pequeñas arruguitas le surcaban la frente.

—¿No vas a contarme lo que ha pasado? —Lo intentó de nuevo.

—No.

—Eres..., eres un cabezón. —Su tono fue duro, pero sus ojos, que por fin lo miraban, brillaban como si de repente se le hubiera pasado el enfado. Entonces, con sus pupilas conectadas, comenzó a pasar la esponja por sus labios. En un fugaz instante los contempló y, sin ser consciente de lo que hacía, se lanzó a besarlos.

Robert no se planteó nada, se olvidó de lo furioso que había estado con ella por echarlo de su cama, ignoró lo mucho que le molestaba lo mandona que era, dejó a un lado la promesa que se había hecho de no volver a mirarla a la cara pues se sentía muy ofendido y, lo más importante, omitió un pequeño detalle: estaba a punto de hacer lo que había reprochado a su compañero.

Simplemente, olvidó, la sentó a horcajadas sobre sus piernas y profundizó en el beso.

—¡Ay! —protestó cuando, sin querer, Ishbel le golpeó la nariz dolorida.

—Lo siento —se disculpó ella separándose de su boca. Pero Robert no pensaba parar, así que la obligó, aferrando su nuca, a regresar a sus labios, a sus besos.

De repente, la pasión que él imprimía en cada caricia, en cada beso, se fue apagando poco a poco e Ishbel, alarmada, lo apartó. Estaba tan pálido que se asustó.

—¿Robert? —Él apoyó la espalda en la dura pared, le pesaban los ojos y se sentía muy mareado—. ¿Robert?

Notaba cómo las pequeñas manos de Ishbel le tocaban la cara. Le agradaba, así que se limitó a cerrar los ojos y disfrutar de sus caricias, pero cuando ella empezó a darle pequeños cachetes, los abrió de golpe y, tras retener sus manos, la miró con furia.

—¿Qué coño haces? —la reprendió con severidad.

—¡Me has asustado! Pensaba que te estabas muriendo.

—¿Estás loca? ¿Cómo me voy a morir por unos pocos golpes? —No era el momento ni la ocasión, pero todo le pareció tan cómico, toda esa situación era tan absurda, que comenzó a reír.

—Tú estás muy mal. —A Ishbel, al no estar acostumbrada, sus carcajadas le resultaron contagiosas y comenzó a reír y a lagrimear sin poder parar—. Casi me matas del susto. Esto no es gracioso —explicó mientras se secaba las lágrimas.

Y, de repente, Robert se puso muy serio y acarició el cabello de Ishbel con tal ternura, que ella también dejó de reír y se perdió en sus ojos.

—He estado a punto de follarte de nuevo —susurró con voz entrecortada—, en mi baño, sobre un puto inodoro. —Tragó saliva con dificultad—. Pero... no me siento bien. —Cerró los ojos enfadado con la situación.

—No pasa nada —le dijo con una sonrisa—. Vamos. —Tiró de una de sus manos, lo ayudó a levantarse y lo condujo hasta la cama. Él se tumbó y palmeó a su lado, indicándole lo que deseaba, e Ishbel obedeció. Se acomodó, puso la mejilla sobre el pecho de él para sentir los latidos de su corazón y suspiró con fuerza cuando él la abrazó y depositó un beso sobre su sien.

—Descansa —susurró Ishbel. Pero Robert no la escuchó, se había quedado dormido al instante. Las noches en vela, la pelea con Rem y la pérdida de sangre le habían dejado agotado. Necesitaba descansar y qué mejor lugar para hacerlo que los dulces brazos de su rubia loca, de Ishbel que, tras escuchar su respiración acompasada, se levantó de manera sigilosa y lo dejó solo.

No podía quedarse, aunque lo deseara. Pasar la noche con él sería como confirmar lo que su corazón le gritaba, y no estaba preparada para eso.



20. Tienes que enseñar las piernas

El punto de inflexión que hizo que todo cambiara fue la pelea en la playa.

A partir de ese momento, Robert y Rem se trataron como simples compañeros. Tan solo conversaban sobre los temas referentes al trabajo que llevaban a cabo y Rem ya no le gastaba bromas, ni siquiera se miraban a la cara.

Lo mismo ocurría con Rem y Katy. Se evitaban, procuraban no quedarse solos, pero se comían con los ojos cuando el otro no miraba. El guardaespaldas la observaba fascinado y ella eludía las ganas de arrojarse a sus labios porque habían decidido que eso era lo mejor para ambos.

El tiempo pasaba y se acercaba el regreso de Michael y Colin. Llegarían en escasas horas y Katy tenía un cúmulo de sensaciones diferentes y contradictorias entre sí: excitación, nervios, ganas y mucho miedo. Deseaba ver a su hijo por encima de todo, abrazarlo, volver a aspirar su aroma a amor incondicional, sentir sus manitas regordetas, sus besitos pequeños como él, pero grandes como el amor que le tenía, sus pasos por el hotel, sus risas sinceras sin filtro ninguno. Pero también temía el encuentro entre ambos hombres, temerosa de que Michael se diese cuenta de que entre Rem y ella había algo más que una simple relación de amistad. Michael no era ningún tonto y la energía que sus miradas y sus cuerpos emitían cuando estaban juntos podría abastecer a todo Kirkwall de electricidad si algún lumbreras fuera capaz de enchufarlos a la corriente.

Paseaba nerviosa por la cocina, pensando en cómo podría disimular, cómo haría para sacar de su cabeza a Rem, cuando Ishbel entró como un tsunami, a pesar de que últimamente algunas veces se la veía triste, apagada.

—Hola, chiquitina —le dijo con su bonita sonrisa.

Llevaba una mini tan mini que si se agachaba, se le verían las amígdalas. Ishbel exhibía sus regordetes muslos y Katy la envidiaba. La chica delgaducha, la que había sido modelo sentía una gran envidia de ella porque era libre, despreocupada. En cambio, ella..., ella... Se encogió mentalmente, le gustaría hacerse pequeña y desaparecer, y esa sensación la molestaba porque Katy nunca se había sentido tan desprotegida, tan desnuda.

—¿Dónde te has metido estos días, loca? —La abrazó e Ishbel se puso rígida. Algo le pasaba a su amiga, lo notaba en su forma de aferrarse a ella.

En cuanto la soltó, Ishbel la miró a los ojos y enseguida pudo confirmar su sospecha.

La tomó de la mano y la guio hasta las sillas que estaban colocadas junto a la mesa. Se sentaron una enfrente de la otra.

—Vamos, ya estas soltándolo todo. —La señaló con uno de sus dedos de uñas fucsia.

—Ay, Ishbel..., estoy hecha un lío. —Nada más soltarlo, se mordió los carrillos por dentro. Contarle a Ishbel lo que había pasado entre Rem y ella era todo un suicidio porque, conociéndola como lo hacía, estaba segura de que la acribillaría a preguntas guarras. Y no es que a Katy le supusiera un trauma contestar, como le ocurría Carol, es que no tenía ni fuerzas ni pizca de ganas de abrir ese cajón, pues quería que permaneciese cerrado para intentar olvidar, para pasar página.

—Vamos, dispara.

—Lo hice, Ishbel —confesó con voz temblorosa.

—¿El qué? —No la entendía y su arruga en la frente lo dejaba muy claro—. ¿Qué es lo que has hecho?

Katy puso los ojos en blanco, pero ¿que tenía esa mujer en la cabeza? ¿Pajaritos?

—Me lo he follado —soltó. Para qué andarse con rodeos.

Ishbel abrió mucho, muchísimo los ojos, pestañeó, después sonrió y, de nuevo, sus ojos se abrieron como los de un búho.

—¡Genial! —exclamó encantada—. Ya era hora. Por fin tu flor resurgirá.

—Deja la flor —la reprendió molesta—. ¿No te das cuenta de que estoy metida en un buen lío?

—¿Por qué? —La miró, la analizó y se puso roja como un tomate—. No me jodas que te has quedado preñada otra vez. Dios, Katy, que vas a repoblar tú solita Kirkwall. Hay que tener un poco más de cuida...

—No, no estoy embarazada, so burra —la cortó—. Que me he pillado, que me gusta tanto que dudo de mí, de todo, que siento las mariposas volando como locas cada vez que me mira. —Entonces soltó un sollozo—. Ay, que creo que me estoy enamorando de él.

—Anda, coño, qué alivio.

—¿Acaso no me escuchas? ¿Cómo puedes decir eso?

—Hombre, visto así, es mejor estar enamorada que embarazada, ¿no crees? Mira que tu vientre plano, asquerosamente plano, ya ha pasado por un parto. Mi prima tuvo dos y ahora sus tetas cuelgan y su tripa es...

—¡Basta! —la frenó. Las sienes de Katy empezaban a palpar y se preguntó por qué había sido tan descerebrada de pensar que su amiga la entendería.

Pero, de pronto, el ambiente cambió. Ishbel dejó su perenne expresión alegre, despreocupada y se puso tan seria que a Katy le temblaron las manos.

—Sé lo que te pasa —dijo atrapándolas entre las suyas—. Entiendo tu miedo a enamorarte porque te hicieron tanto daño que tus heridas no logran sanar, pero la vida es muy corta, casi tanto como mi falda, y tienes que enseñar las piernas porque no sabes lo que puede pasarte mañana.

La boca de Katy se abrió, su mandíbula se descolgó al escuchar tanta sabiduría en una persona tan pequeñita.

—Solo tú puedes integrar la palabra falda en un mensaje de aliento.

Ambas comenzaron a reírse; al principio, de manera contenida, pero, al final, a carcajadas que llenaron la cocina.

—¿Cómo la tiene? —preguntó Ishbel tras recuperarse un poco y limpiarse las lágrimas que le caían por las mejillas—. ¿Gorda?

La pregunta quedó sin respuesta, pues en ese instante Robert abrió la puerta de la cocina, miró a Katy y cuando posó los ojos sobre el objetivo de sus noches en blanco, de su malhumor, de su

falta de aliento, arrugó la frente y resopló varias veces. No quería estar en la misma habitación que Ishbel, al menos hasta que se curara de su...

Su cara se tiñó de un intenso rojo y, sin más, cerró de nuevo, dejando a Katy con la boca abierta.

—¿Y este? —Señaló la hoja de madera y después a Ishbel—. ¿Qué te pasa? —interrogó al ver cómo su amiga se ponía roja como un tomate.

—¿Ishbel? —Algo pasaba, rehuía su mirada e intentaba disimular.

—¿Qué? —preguntó como si la cosa no fuese con ella.

—Ishbel Murray, haz el favor de contarme qué es lo que pasa. —Cuando Katy decía su apellido, significaba que la cosa se ponía seria y lo mejor era huir, salir corriendo e incluso si hacía falta, abandonar la isla.

—Nada, no pasa nada. —Intentó disimular, pero al igual que era una loca, no sabía mentir. No era buena para ocultar sus sentimientos, pues su cara reflejaba con exactitud todo lo que sentía, lo que pasaba por su cabecita.

—A mí no me engañas. —Su tono expresaba su enfado e Ishbel clavó sus preciosas pupilas azules en su amiga.

—No quiero hablar de esto, aquí no ha pasado nada —dijo intentando ser contundente. Pero aun con su férrea determinación de no soltar nada, su cara lo decía todo.

—De eso nada. Mira, no me tomes por tonta, ya estás contándome lo que te pasa.

—Ay, qué pesadita eres. Que no me pasa nada. —Se levantó de inmediato, pero antes de echar a andar, Katy la agarró de una mano, tiró de ella y la obligó a sentarse de nuevo.

—Mira, amiga, yo acabo de abrirte mi corazón, así que déjate de mamarrachadas y desembucha, ¡pero ya!

Ishbel se sintió acorralada. En el fondo, Katy tenía razón.

—Yo también he estado un poco ajetreada estos días. —Evadió su mirada, sabía que lo que le iba a contar sería una bomba.

—¿Qué has hecho, Ishbel? Me estás acojonando.

—Pues nada malo... Yo también tengo derecho a mojar, ¿no?

—Ishbel. —La señaló con un dedo en una silenciosa amenaza.

—Joder, vale, que he follado con... —Se mordió el labio.

—¿Con quién?

—Con Robert. —Cerró los ojos a la espera de la reprimenda de su amiga.

—¿Qué Robert?

—¿De verdad? ¿De verdad me preguntas eso? —Puso los ojos en blanco.

—Es que el único Robert que conozco... —Katy calló de golpe, abrió mucho los ojos, su cuerpo se tensó y estalló—. ¡Maldito hijo de puta! —exclamó dando un fuerte puñetazo a la mesa—. ¡Pero será cabrón! ¿Cómo puede tener tanta cara dura?

—¿Qué te pasa? Tampoco es para que te pongas así, ni que me hubiera desvirgado.

Katy la miró perpleja.

—No me digas que no sabes por qué se pelearon en la playa.

—No, nadie me lo ha dicho y me muero de curiosidad.

—No me lo puedo creer, tienes que estar sufriendo mucho —dijo Katy sorprendida. Su amiga era la cotilla mayor de Kirkwall, la que se enteraba de todo lo que acontecía en la pequeña villa, ¿y desconocía ese secreto?

—Bueno, venga, déjate de tonterías —la alentó con nerviosismo.

Katy lanzó un largo suspiro, más que nada para crear tensión.

—El muy... desgraciado de Robert llamó al jefe para informarle de lo que pasó entre Rem y yo.

—¿Se chivó de que follasteis?! —gritó entre sorprendida y enfadada.

—Exactamente.

—Será cabrón. Y... ¿cómo se enteró?

—Las paredes de este hotel son de papel.

—¿Os escuchó?!

—Pues sí.

—Qué marrano. Hipócrita de mierda. Se va a enterar cuando lo pille. Estoy tan cabreada que me dan ganas de ir ahora mismo en su busca y patearle el culo.—A mí misma me dan ganas cada vez que lo veo.

—Te juro que se lo voy a decir a la cara, no me pienso quedar con las ganas.

Ambas mujeres se quedaron en silencio y, poco a poco, Ishbel se fue calmando.

—¿Ishbel? —Fue Katy quién lo rompió, pues de repente su cabeza se llenaba de ideas, de cuestiones que quería saber—. ¿Por qué? ¿Por qué has intentado ocultármelo? Siempre nos lo contamos todo.

La rubia bajó la mirada. Esa era una complicada cuestión, no quería aceptarlo y menos tras lo que había sucedido, pero...

—Porque creo que por primera vez en mi vida me siento atraída por un hombre, incluso pienso en tener algo más que un polvo y tengo miedo... ¡Dios, es tan irritante!, tan antipático, hipócrita... Pero jamás habrá nada porque lo que ha hecho está muy feo. Ni siquiera lo quiero como amigo.

Katy tomó una de sus manos, esa que permanecía sobre la mesa.

—Lo siento, cariño, lo siento mucho.

—Bah, no pasa nada. Me repondré, siempre lo hago. Además, siempre uso minifalda —comentó haciendo alusión al consejo que la acababa de dar, y le guiñó un ojo—. La vida es muy corta para pasarla sufriendo, yo elijo reír —dijo intentando poner una de sus sonrisas grandes y brillantes, pero por primera vez en su vida, le costó, le costó mucho.

En cuanto Ishbel dejó a su amiga en el hotel, cumplió su palabra y lo buscó.

—Esto no se puede quedar así. Este me va a oír —decía enfadada mientras caminaba hacia la habitación del guardaespaldas.

Tocó a la puerta un par de veces.

—¿Qué quieres? —Robert la miró de arriba abajo, no esperaba verla en su puerta. Hacía días que no se encontraban ni de manera casual y, de repente, allí estaba, tan bonita y apetecible que se le hizo la boca agua. Vestía una de sus minifaldas, sus mejillas se veían sonrosadas y sus labios, pintados de un rojo intenso. Lástima que su expresión de mala leche rompiera la armonía de su belleza natural.

—Necesito hablar contigo. —Puso los brazos en jarras.

—Pasa. —La alentó con un movimiento de una de sus manos.

—No. Tú y yo, playa —propuso en forma de telegrama.

Y, sin más, se dio la vuelta y comenzó a caminar, segura de que él la seguiría. Y así fue.

Salieron del hotel, bajaron las escaleras y llegaron a la orilla del mar.

Cuando Ishbel decidió el lugar idóneo para mantener esa discusión, se paró, lo miró a los ojos y cruzó los brazos bajo sus pechos, gesto que no pasó desapercibido a Robert, que los miró con deseo.

—¿Y bien? —le preguntó, procurando olvidar los atributos que, con ese gesto natural de ella, se veían tan expuestos.

—¿Y bien? ¡Qué desfachatez! —Movi6 la cabeza negando, resopl6 y, de nuevo, lo intent6. No entendía c6mo 6l tenía la cara dura de no admitir lo mal que se había comportado. ¿Pensaba mantenerla al margen? ¿Acaso creía que no terminaría enterándose? Lo que más le dolía, lo que más le molestaba era que no tuviese la suficiente confianza para habérselo explicado todo—. ¿No tienes nada que contarme?

—No. —Robert era total y absolutamente consciente de a qué se refería. Sabía que, tarde o temprano, las amigas hablarían y, según parecía, ya había llegado ese momento.

—Pues yo creo que sí —insistió.

—Mira, guapa... —«No hay mejor defensa que un buen ataque», pensó.

—Ni mira guapa ni nada —lo interrumpió—. ¿Sabes qué eres?

—Venga, sorpréndeme, ¿qué soy? —dijo con tono burlón.

—Eres un hipócrita, un memo, un estúpido, un... —continuó su retahíla en inglés y cuando se le terminaron todas las palabras en ese idioma, siguió insultándolo en gaélico de una manera más descriptiva y, sobre todo, imaginativa.

—¡Caramba! Es increíble la cantidad de tacos que conoces —soltó, intentando disimular lo dolido que estaba y logrando que Ishbel se enfureciera aún más—. ¿Has terminado? ¿Te has quedado a gusto?

—Pues mira, la verdad es que me he quedado en la gloria.

—Vale, me alegro mucho. —Y comenzó a caminar hacia la escalera como si nada le importase.

—¡Eh, tú, ¿d6nde te crees que vas?! —gritó Ishbel sorprendida. «Este tío no tiene sangre en las venas!», pensó molesta.

Él ni se inmutó, continuó caminando e Ishbel corri6 hasta colocarse frente a 6l.

—¿De verdad que te vas así, sin defenderte, sin discutir?

Robert mir6 al cielo, implorando un poco de compasi6n. Esa mujer lo volvía loco.

—¿Eso es lo que buscas?, ¿quieres que yo también te insulte?

—¡No quiero que me insultes, pedazo de mem...!

—¡Basta! —No le dej6 que terminara—. Ya estoy cansado de escuchar tu cháchara, pareces una gallina: cl6, cl6, cl6, cl6, cl6. —A Ishbel le dieron ganas de reír al ver lo mal que imitaba el cacareo—. Me aburres, me cansas.

—Ah, mira qué pena. ¿Te aburro? Pobrecito —dijo con tono lastimero—. ¡Pues tú a mí me asqueas, porque eres tan... tan estirado, tan... tan rancio.

Robert cerr6 los ojos. Sus palabras lo golpeaban con fuerza, herían porque ella tenía razón, era todas esas cosas.

—Pues si tanto me detestas..., si tanto te molesto... —Se acerc6 hasta colocarse frente a ella y dobl6 las piernas para quedar a su altura— ¡No-me-bus-ques-más! —vocalizó, sílaba a sílaba—. Déjame en paz, haz como si yo no existiera. Por mi parte, yo haré lo mismo.

Estaban tan cerca el uno del otro que sus narices se tocaban. Por un momento, Ishbel perdi6 el hilo de sus pensamientos, olvid6 lo enfadada que estaba y estuvo a punto de besarlo. Estaba tan guapo cuando se enfadaba... Pero no, no podía sucumbir a los encantos del guardaespaldas. Lo que había hecho era tan horrible que no pensaba perdonarlo jamás.

—Descuida. —Trag6 saliva con fuerza, intentando recuperarse de los encantos de Robert y de su proximidad—. Para mí es como si no existieras. No te conozco, no sé quién es usted. —Se alej6 y entonces fue ella la que comenzó a caminar hacia las escaleras.

—¡Ja! ¿Ves?, eres como una niña pequeña, te comportas como si tuvieras cinco años.

—Parece que el viento trae un murmullo, pero no llego a distinguir qué es. —Hizo como si no lo escuchara, miraba hacia todos los lados como si fuera invisible.

—Cría —soltó a modo de insulto y aproximó sus pasos para adelantarla.

—Otra vez el viento trae sonidos extraños. Parece el gruñido de algún animal. —Corrió para ponerse ella en cabeza.

—Cría —repitió, y esta vez lo hizo en uno de sus oídos. Sin esperar respuesta, corrió hacia la casa.

Cuando regresaron de la playa, cada uno por un lado, lo suyo estaba absolutamente finiquitado. No había posibilidad alguna de retomar ni siquiera una relación amistosa, pues ambos se habían dicho cosas muy hirientes y sus orgullos les impedirían perdonar o pedir perdón.



Ya de noche, Katy esperaba en pie, frente a la entrada, abrazada a su grueso anorak, la llegada del coche. Por más que Mila e Ishbel quisieron convencerla de que se quedara dentro de la casa, no hubo manera.

Así que llevaba allí, de pie, mirando el camino, más de una hora. El frío la ayudaba. Se acordó de Lobo y su obsesión por el dolor que las bajas temperaturas le provocaba. Era verdad lo que siempre le decía: «El frío ayuda a olvidar. Mientras sientes como si unas agujas se te clavan por todo el cuerpo, tu cerebro deja de pensar, tan solo se centra en el dolor». Lobo era sabio, casi tanto como la loca de Ishbel. Esos pensamientos la llevaron hasta una dulce sonrisa porque Katy se dio cuenta de que estaba rodeada de gente buena y eso también, al igual que el frío, ayudaba.

Rem no estaba, había pedido permiso para marcharse ese preciso día a Edimburgo. Según les dijo, tenía asuntos personales que atender, pero Katy sabía que se marchaba porque iba a verla, porque Olga estaba en Escocia. Lo sabía porque, a escondidas, hizo algo que estaba mal: espío su conversación con ella. Siguió cada palabra que él dijo, cada silencio contenido, cada suspiro que dio.

No tenía derecho, pero la odió a ella y lo odió a él, y, por un instante, se sintió como aquel día frente al escaparate de esa cafetería. Se detestó a sí misma por pensar así. Rem no era como Michael, él no había jugado a dos bandas, le había dicho que no amaba a Olga y ella lo creía; pero los celos eran como ese frío, se clavaban en su piel y la obligaban a dudar, a pensar mal e incluso a olvidarse de que estaba en ese punto de la calzada porque su pequeño regresaba.

Su corazón comenzó una loca carrera al ver el coche acercándose. Las luces la cegaban, pero ella no era capaz de quitar los ojos del vehículo que, de manera lenta, llegaba hasta el hotel.

Las lágrimas ya caían cuando se paró, sus manos se retorcían nerviosas cuando la puerta se abrió y el pequeño Colin salió disparado hacia los brazos de su madre.

—¡Mami, mami, mami! —gritaba entusiasmado.

Madre e hijo se abrazaron, se besaron, se contaron cosas de manera atropellada, se decían lo que se habían añorado. Colin trataba de explicar cómo había sido el viaje, lo que había visto, y Katy no podía dejar de mirar a su pequeño hombrecito.

—Hola, Katy.

Ella elevó la mirada. No se había dado ni cuenta, pero había terminado de rodillas para poder ponerse a la altura de su pequeño.

—Michael —saludó entre sollozos.

—Mami, ¿no abrazas a papá? —preguntó Colin de manera inocente.

Katy dudó, se puso de pie y dudó, pero Colin quería que sus padres se abrazaran y puso todo de su parte para que eso ocurriera. Empujó a Michael, tiró de Katy y, al final, terminaron fundidos

en un incómodo abrazo.

—Te he añorado tanto. —Escuchó su voz ronca, suave, susurrada a un milímetro de su oído derecho. Notó cómo olisqueaba su cabello, cómo con toda la intención del mundo, de manera distraída, dejaba un beso en su pelo y Katy se estremeció, no porque le provocara deseo, sino porque se dio cuenta de que Michael iba en serio. Él quería regresar e iba a hacer todo lo posible por lograrlo y ella... ella solo pensaba en Rem. ¿Qué estaría haciendo?, ¿cómo sería Olga?, ¿cómo se saludarían?, ¿la abrazaría como estaba haciendo Michael con ella?

Se apartó de manera brusca, todo se estaba volviendo demasiado íntimo.

Entraron en el hotel con el frío del desamor pintado en la cara de Michael y con Colin ajeno a todo trotando de la mano de su madre y con su parloteo constante.

Dentro, al calor del hogar, continuaron los saludos y los abrazos. Ishbel y Mila se veían felices por el reencuentro con el pequeño y Robert se mantuvo al margen, separado todo lo que pudo de ella, de esa loca y de ese niño al que miraba como si fuera peligroso, como si su simple respiración pudiera ser tóxica y nociva para su salud. Colin era pequeño, pero no tonto, y tampoco buscó ningún tipo de contacto con ese hombre gigantesco, pues le daban miedo sus ojos vacíos y oscuros.



21. Y ese nudo era Colin

—Katy, Katy. —Se volvió al escuchar cómo la brisa le hacía llegar su nombre.

Había salido a pasear con Colin por la playa, a recolectar conchas y piedras *pecinosas*, como llamaba su pequeño a los guijarros que, deformados por el golpe del agua, se veían brillantes y suaves, pulidos por el desgaste del tiempo.

Usó la mano a modo de visera y, al verlo, su aliento se congeló.

Rem caminaba por la orilla con su profunda mirada azul clavada en su figura que, pese a la distancia, sabía que pertenecía a Katy.

Venía de correr, lo sabía por su indumentaria, que se distinguía perfectamente. Debía de haber madrugado mucho, a pesar de que llegó muy tarde. Katy lo había visto. Tras acostar a Colin, se quedó en el balcón observando el mismo punto por el que hacía unas horas habían llegado Michael y su pequeño, solo que en esta ocasión buscaba en la oscuridad las luces de los faros del coche alquilado de Rem.

Las cuatro de la mañana, esa hora marcaba exactamente su móvil, ese que sostenía esperando... una llamada de él. «¿Para qué iba a llamarte?», se preguntó un montón de veces. «Al fin y al cabo, no eres nadie para él». Pero a pesar de esa certeza, Katy tomó su teléfono. «Por si acaso», se dijo.

Parecía fresco, como si hubiera dormido toda la noche a pierna suelta, el muy... Katy torció el morro enfadada. ¿Por qué se le veía tan feliz, tan despejado? Quizá hubiera echado un buen polvo. ¡Dios!, solo la idea le hizo temblar de celos.

La carrera por la playa lo había dejado agotado, pero no solo eso, había dormido muy poco. Estaba muerto de miedo pensando en lo que el día le traería, imaginando lo que sentiría al verla con él. Su mente traidora le mostraba un millón de imágenes diferentes y a cual más cruel. En una de ellas, Michael la besaba y era él quien los veía a través del gran ventanal de una cafetería, justo como Katy le había contado que lo vio besarse con su exmujer el día que ella decidió romper con todo. Pero en su caso, lo que tenía ganas era de romper la cara a ese tipo.

Se quitó la capucha de la sudadera y los auriculares de los oídos. La música del grupo Manowar hablando de sangre y de guerra no lo ayudaba mucho a controlar su corazón y sus ganas

de asesinar.

Aun en la lejanía, se la veía bonita, deseable. No estaba sola. Aferrado a una de sus manos había un niño pequeño. «Así que ese es Colin», se dijo.

Ambos lo observaban conforme caminaba hacia ellos, Katy, con una gigantesca sonrisa de labios brillantes y el pequeño, con seriedad. Parecía estar a la espera de saber si ese hombre enorme, de brazos fuertes y gran altura era de fiar o no.

Cuando Rem llegó hasta ellos, se quedó muy quieto sin apartar los ojos de Katy.

—Hola, Rem —lo saludó, y por su tono, parecía feliz de volver a verlo. Se lo comía con los ojos. Llevaba una sudadera a la que había quitado las mangas que le recordó a Lobo y sus camisetas.

Sus ojos se recrearon más de la cuenta en esos bíceps y tríceps tan duros como maromas, pero su voz la hizo salir del trance.

—Hola —le dijo, y una preciosa sonrisa vistió su boca de labios gruesos e hizo que sus ojos pareciesen chisporrotear, como si un halo los envolviera, porque Rem también se sentía muy feliz de verla de nuevo. La había añorado tanto, y eso que tan solo había estado un día fuera. Qué sería de él cuando la distancia fuera más, cuando el tiempo fuese eterno.

—¿Quién es, mamá? —El pequeño lo sacó de la nube de algodón, pinchó con certeza la burbuja en la que se encontraba desde que había visto a Katy y, no conforme con eso, le había arrojado un cubo de agua helada sobre su cabeza.

«Mamá», pensó un tanto asustado. Había conocido a Katy, la mujer, pero no a la madre. De repente, se sintió intranquilo y su mirada, que seguía afianzada en la de ella, lo expresó con tal nitidez que Katy corrió a presentar al ser diminuto que lo analizaba de manera inquisidora, como si se hubiera dado cuenta de que Rem podría ser un problema, pues su mamá lo miraba con demasiado cariño.

—Esto, Rem... yo... —Sus mejillas se tiñeron de rojo. Estaba nerviosa porque Colin era lo más importante que tenía en su vida y presentárselo a Rem era algo tan grande y único que su corazón se paró por un instante—. Te presento a mi hijo, Colin.

Rem entonces clavó los ojos en el pequeño, que lo miraba muy serio. Casi parecía enfadado.

—Colin, este es mi amigo Rem —explicó Katy a su hijo.

—Hola. —La voz del pequeño sonó dulce y Rem le sonrió.

—Hola, encantado de conocerte —dijo Rem mientras le tendía la mano a modo de saludo. Al niño pareció gustarle su gesto, así era como se saludaban los adultos, por lo que sonrió también y, con sus dos pequeñas manitas, se aferró a la que Rem le tendía.

El contacto entre los dos se rompió de manera brusca cuando Colin escuchó el ladrido de un perro.

—¡Mamá, mamá! ¡Es Perro, ha vuelto! —gritó entusiasmado al ver cómo un gran perro lobo corría hacia ellos por la arena—. ¿Puedo ir? —preguntó ansioso.

—Pues claro que sí —respondió su madre y el niño, tras soltar una alegre carcajada, corrió veloz al encuentro del enorme animal.

—¿No es peligroso? —interrogó Rem con preocupación. De un simple bocado, se lo podría tragar.

—¿Perro?, ¿peligroso? —Por su tono, parecía que Rem hubiese preguntado algo totalmente ilógico—. No, Perro es dócil, bueno.

Rem se limitó a asentir y a observar cómo el niño se abrazaba al grueso cuello del animal, que no dejaba de lamerlo. Las risas les llegaban y les hacían sonreír. Ese instante era la imagen de la felicidad.

—Tiene una historia muy curiosa. —Katy dejó de observar a su hijo para mirarlo a él—. Lobo lo encontró un día, unos chicos lo habían golpeado. Lo trajo a casa, lo curó, le dio de comer... Pero se marchó. Según Lobo, necesitaba ser libre, no había nacido para estar atado a nada ni a nadie. Una mañana regresó, se quedó un par de días y se marchó de nuevo. Desde entonces, de vez en cuando, nos hace una visita.

—¿Y siempre termina marchándose?

—Siempre.

—Sí que es curioso. —Parecía tenso, incluso incómodo, pues la llegada de Perro había supuesto un *impasse*, pero llegaba la hora de la verdad, se aproximaba, y no podían evitarlo.

—¿Qué tal fue tu viaje? —Katy se moría por saber qué había pasado, qué se habían dicho, pero si le preguntaba lo que en realidad deseaba conocer, Rem se daría cuenta de que ella era una cotilla, una espía sin escrúpulos. Así que se tenía que limitar a esperar, morderse la lengua y dejar que fuese él quien quisiera contarle el resultado de su encuentro con el pasado.

—Bien, muy bien. —Estaban uno al lado del otro como si fuesen dos extraños que se acababan de conocer y se saludasen de manera cordial, al menos, eso fingían sus cuerpos por fuera; incluso no hacían contacto visual, pues ambos observaban a Colin y Perro. Pero en su interior, todo era diferente, bullían por tocarse de tal manera que los dorsos de las manos que tenían extendidas a lo largo de su cuerpo se rozaron de manera descuidada, sus corazones también se quejaban latiendo al unísono, las aletas de sus narices se expandían buscando ese aroma familiar, ese olor que los embriagaba.

—¿Y tú? —preguntó Rem tras carraspear para quitarse el nudo de la garganta—. ¿Cómo fue el encuentro con tu ex? —Recalcó la palabra *ex*, quería que ella lo tuviese tan claro como él lo tenía.

Katy se encogió de hombros intentando no darle importancia a su reencuentro con Michael.

—Bien, como siempre —dijo por fin, y él odió de nuevo a Michael sin conocerlo, sin ni siquiera ponerle cara.

—Cuánto me alegro. —Su voz sonó esta vez estrangulada.

—¡Mami, mami! —Los gritos de Colin los sacaron de la espiral en la que habían entrado y que no les llevaría a ninguna parte. Katy sacudió la cabeza y se centró en su hijo, que regresaba a la carrera seguido de Perro.

El animal se acercó a Katy, que rascó sus orejas y acarició su lomo, y tras un buen lametazo a esa mano que le estaba dando tanto cariño, se acercó a Rem. En un primer momento lo hizo con desconfianza, pero después de olerlo y de girar a su alrededor con sus pequeños ojillos negros que parecían analizarlo, Perro movió el rabo feliz. Le gustaba Rem y Katy por fin pudo soltar el aire que había estado reteniendo de manera inconsciente cuando vio que Perro se interesaba por el guardaespaldas. Temía su valoración, pues como bien decía Lobo, los animales saben distinguir tan solo con el olfato si una persona es buena o mala. Y que Perro buscara las caricias de Rem significaba lo que ella ya sospechaba: era un buen tipo con un corazón gigante.

—Mami, vamos a casa. Tengo hambre y Perro también.

Colin tomó la mano de su madre y tiró de ella. Comenzaron a caminar por la orilla, justo donde el agua no podría dañar su calzado, mientras Perro giraba a su alrededor, salpicaba y buscaba las caricias de todos. Rem los seguía cabizbajo, se sentía un extraño junto a ellos, como si el lazo que los había unido tuviese un nudo muy apretado que interrumpía el paso de esa corriente que les recorría el cuerpo al mirarse y ese nudo era Colin.



Se había dicho un montón de veces que no debía ir, que él no estaba invitado y que seguro que no sería bien recibido, pero necesitaba verla. Sería como un espía infiltrado, se ocultaría entre las sombras, solo quería... «Estás enfermo», se reprochó, pero no era la primera vez que lo hacía. Se había pasado todo el día insultándose porque, además de un hipócrita, un mal compañero y amigo, era un perverso que se dedicaba a espiarla, a observar sus movimientos e incluso cuando tenía la oportunidad de acercarse, a olerla como si fuera un animal en celo. Pero Ishbel se le había metido de tal manera bajo la piel que, a pesar de todos los insultos, todas las palabras hirientes que le había dedicado, Robert se comía su orgullo, y eso que durante casi toda su vida, fue lo único que le importaba, que lo mantenía con vida.

Rompía todas las reglas y le importaba una mierda, le daba todo igual. Necesitaba verla y se escapaba de noche, recorriendo las millas que lo llevaban al pueblo, sin ni siquiera advertir a Rem. Sabía que su protegida estaría a salvo con su compañero, que nada malo le pasaría, pero su obligación era informar, advertir que por un tiempo no iba a estar en el hotel. Se jugaba su puesto de trabajo, hacía algo peor que lo que Rem había hecho y que él criticó, señalándolo como si fuese un criminal. Pero no podía remediarlo, estaba enfermo, totalmente perdido y enfermo.

El *pub* estaba abarrotado, nadie se fijaría en él, pues todos se divertían, bailaban y cantaban mientras las jarras de cerveza y los vasos llenos de *whisky* corrían de mano en mano por todo el local.

Nada más poner los pies en él, se encontró, sin darse ni siquiera cuenta de dónde y quién se la había dado, con una jarra entre sus propias manos. Le pegó un buen trago —la verdad era que le venía genial— y la saboreó, era una cerveza negra intensa y con un sabor tan espectacular que le hizo relamerse.

Su mirada la buscaba. Sobresalía entre todos por su altura y eso le permitía otear el horizonte sin problemas, pero también le hacía más visible, así que decidió tomar asiento en uno de los taburetes para no quedar tan expuesto.

La encontró, supo que estaba en la pista de baile antes incluso de verla. Era como un animal, uno que detectaba a su pareja en la distancia, como si la presintiese.

Ishbel bailaba como si el mundo se fuese a terminar al día siguiente y quisiera disfrutar de sus últimas horas de vida. Había bebido demasiado porque lo necesitaba, quería sacarlo de su cabeza y el alcohol ayudaba.

Por una noche, había sustituido una de sus típicas minifaldas por un vestido largo de gasa que flotaba cuando giraba. Le encantaba la sensación de la fina tela rozando sus brazos cuando los elevaba y, al hacerlo, la manga acampanada caía suelta. Movía la cabeza haciendo que su cabello se meciera, cantaba a voz en grito y no dejaba de sonreír.

Robert no podía apartar los ojos de ella, como si fuese el ancla que lo mantenía amarrado a esa banqueta, a ese pueblo de Escocia. Estaba preciosa sin tanto maquillaje. Al natural, Ishbel era muy bella, tanto que le cortó el aliento.

De repente, Robert se puso de pie. Un hombre la abrazaba por la espalda y a ella parecía no importarle. Su corazón se paró cuando ella se dejó caer sobre su pecho y se mecía al ritmo de la música mientras él buscaba con sus labios el cuello de la mujer que le había robado el corazón.

No quería seguir allí, nunca había sentido un dolor tan intenso, uno que le hizo llevarse una mano a la zona donde latía su corazón de manera frenética y restregarla con fuerza en un absurdo intento de aliviar el sufrimiento.

Si era lacerante verla bailar con él, frotarse, rozarse, más lo fue cuando se giró entre sus brazos y lo besó.

—¡No! —La música tapó su grito de impotencia. Nadie le prestó atención, aunque tampoco le

preocupaba.

Lo único real, dolorosamente real, era que los labios de ese extraño se comían la boca de Ishbel.

Tenía que salir de allí, no debía seguir mirando, pero sus pies lo llevaban hacia ella, lo conducían hacia la pareja que, ajena a todo, se besaba en la pista de baile.

Se quedó quieto, cerca, muy cerca de ellos, tanto que el hombre rompió el beso, al ver cómo los observaba de manera descarada.

—¿Tienes algún problema? —le preguntó y él estaba tan próximo que asintió, pues lo escuchó perfectamente a pesar del sonido ensordecedor de la música.

Ishbel se agitó entre sus brazos, se soltó y se giró.

—¿Robert? —Pensaba que su cabeza le estaba jugando una mala pasada, estaba muy borracha... Pero era él, ¿verdad? O quizá tan solo era un sueño, o sus ganas, su deseo de que los labios que besaba fueran los de Robert.

—No lo hagas, Ishbel —susurró en su oído, y un fuerte escalofrío la agitó con fuerza.

—¿Eres tú? —Su voz sonaba extraña, pronunciaba las palabras como si estuviese hablando en otro idioma.

—¿Estás borracha?

Ella asintió, como si estar ebria fuese una hazaña.

—¡Suéltala! —Robert clavó sus profundos ojos verdes en el tipo que agarraba a su chica. Pensaba sacarla de allí, no le permitiría que continuara con sus sucias manos sobre ella.

—No me da la gana, ella está conmigo. —Besó su sien y a Robert se le revolvió el estómago.

—¡Te he dicho que la sueltes! —Tiró de su brazo con fuerza intentando alejarla de él.

Ishbel lo miraba, parecía no entender qué era lo que estaba pasando. Lo único que le importaba era que él estaba allí.

—¿Has venido a por mí? —le preguntó y cuando asintió, se lanzó a sus brazos—. ¡Has venido a por mí! —gritó entusiasmada.

A Robert no le hizo falta nada más, la aferró de la cintura y comenzó a caminar hacia la salida. Pero el tipo con el que había estado bailando no iba renunciar tan fácilmente a un sabroso bocado, una mujer tan fogosa como Ishbel y encima borracha, su sueño hecho realidad; así que, sin dudarle ni un instante, lo agarró del brazo obligándolo a darse la vuelta. Intentó asestarle un fuerte puñetazo, pero no lo logró, pues el alcohol también había hecho estragos en él. Robert esquivó el golpe sin problemas, pero el pobre tipo no tuvo la misma suerte y terminó en el suelo y con la nariz rota.

—¡Toma ya! —gritó Ishbel—. Le has dado fuerte —dijo con tono jocoso.

—Vámonos —le ordenó enfadado, e hizo que se pusiera en marcha tirando de una de sus manos, que aferró con posesión. Por primera vez desde que la conocía, ella respondió de manera dócil, se dejó llevar fuera del local, y Robert dio gracias en silencio, no estaba de humor para aguantar más tonterías.

Decidió que lo mejor era ir andando. Tenía el coche de alquiler, pero la casa de Ishbel estaba cerca y temía que vomitara sobre el salpicadero. Además, así, quizá se despegase.

Con un brazo, envolvió su cintura. Ishbel se acurrucó, olía tan bien, desprendía un calor tan agradable.

—¿Tienes frío? —preguntó. La noche estaba muy desapacible y ella tan solo llevaba un vestido fino.

Negó con la cabeza y, al hacerlo, sintió un mareo que la hizo trastabillar, pero el guardaespaldas la sujetó con fuerza. Por nada del mundo permitiría que se cayera al suelo.

No tardarían mucho en llegar, así que el camino fue corto, aunque muy movido. Robert intentó abrigoarla con su cazadora, pero ella se negó, le dijo que su sangre escocesa la calentaba. Más adelante, Ishbel decidió que la luna estaba más bonita y redonda que nunca, por lo que se plantó delante de ella con los brazos extendidos y hasta que Robert no hizo lo mismo, no siguió caminando.

Hablaba, no paraba de hablar de manera atropellada, con la típica cadencia de los borrachos al pronunciar las palabras y lo peor de todo era que si ya estando lúcida no tenía filtro, bebida, su «virtud» se hacía mucho más patente.

—Estás muy bueno, pero eres un borde y un gruñón —le dijo—. Si sonrieras más, me derretiría, pero eres tan soso, tan antipático —continuó.

Mientras, Robert procuraba sujetarla para que no se cayera, guiarla y no escuchar lo que decía porque asumía que todo era cierto, pero oírlo de sus labios dolía.

Tras varios intentos fallidos de encontrar las llaves, al final fue Robert quien, después de arrebatarse el bolso, las encontró a la primera.

Entonces la tomó entre sus brazos porque subir las escaleras era todo un reto para el precario equilibrio de Ishbel.

—Ay, qué romántico —le susurró con la cabeza apoyada en su pecho—. Nunca me habían cogido en brazos. —Para recompensarlo, lo besó en la boca.

—Sabes a *whisky* —dijo él en tono gruñón, pero la verdad era que ese beso le había calentado hasta el alma.

—*Sip*, al mejor *whisky* del mundo, así que no te quejes.

—Jamás me quejaría de tus besos. —Ishbel abrió los ojos muy sorprendida por las palabras del guardaespaldas, pero sin duda, quien más alucinado estaba era él. ¿De dónde había salido eso?

Se sintió incómodo, él jamás había hablado así a una mujer, nunca. Menos mal que Ishbel no se burló, ni siquiera pestañeó. Eso le dio tiempo a reaccionar y continuar su ascenso hacia la casa.

La dejó sobre el sofá. Su intención era marcharse, pero Ishbel lo tomó de la mano y puso su mejor mirada de pena, y él cedió.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —preguntó. Seguramente, le vendría bien meter algo de alimento en su estómago lleno de alcohol.

Ishbel le sonrió traviesa, aferró las trabillas de sus vaqueros y tiró de él hasta colocarlo entre sus piernas.

—Ahora que lo dices, la verdad es que me gustaría saborear algo... —Intentó desabrocharle el cinturón, pero sus manos torpes y la reticencia de Robert se lo ponían muy difícil.

—Para. —El guardaespaldas le retiraba las manos, intentaba alejarse—. Para, Ishbel, por favor. Déjalo...

—No te pongas tan serio —dijo entre risas—. Venga, va, te perdono. —Soltó un grito triunfal al lograr soltar el cinturón y se lanzó sobre la cremallera, pero Robert retuvo sus manos usando más fuerza de la debida.

—¿Me perdonas tú a mí? —Su cara de asombro hizo que Ishbel dejase de luchar.

—Claro.

—¿Por?

—Por todo, por portarte como un gilipollas, por lo que le hiciste a mi amiga. —A esas alturas de la extraña conversación, Robert se sentía perdido, tanto que se dejó caer al lado de ella en el sofá.

—¿A Katy? Yo no le hice nada a Katy. —Se pasó las manos por el cabello en un claro gesto

nervioso.

—Pues claro, ¿o crees que lo de la llamada a tu jefe no afectó a mi amiga? Se siente fatal.

Robert negó con la cabeza varias veces y después soltó un fuerte resoplido.

—¿Y me perdonas tú? —preguntó de nuevo con tono de burla.

—Lo que le haces a mi amiga es como si me lo hicieras a mí y tienes que reconocer que fue muy feo...

Robert abrió la boca y la cerró. «¡Es el colmo!», pensó molesto.

—Tienes mucho morro, Ishbel. El que tiene que perdonarte soy yo a ti, y no al revés. Lo que tú me hiciste sí que fue feo.

—Yo no te he hecho nada malo. —Entre la borrachera y esa absurda conversación, Ishbel se estaba volviendo loca.

—¡Me echaste de tu casa! ¡Te marchaste de la cama sin ni siquiera decir adiós! —gritó tras soltar un bufido.

—No te eché, te invité a salir y eso no es lo mismo —concluyó, como si tuviera toda la razón del mundo—. Además, solo follamos, fue increíble y ya está. En cuanto a lo otro, ¿no esperarías que durmiéramos abrazados? —Robert bajó la mirada molesto—. ¡Oh, Dios! —exclamó Ishbel al darse cuenta de que había metido la pata—. ¿Era lo que querías? —interrogó con asombro.

Robert se levantó, el aire se había vuelto irrespirable, se ahogaba y necesitaba salir de allí.

—Me voy —dijo sin mirarla—, veo que ya se te ha pasado la borrachera.

Ishbel se puso de pie con tanta rapidez que perdió el equilibrio, pero de nuevo el guardaespaldas la salvó de caer.

—Duerme conmigo —le susurró aprovechando que estaba entre sus brazos.

—No.

Intentó soltarla, pero ella volvió a retenerlo.

—Porfa, porfa, porfa. Prometo no sobrepasarme. Seré buena, tan solo quiero dormir.

—He dicho que no. —Pero su tono le indicaba que si insistía, él cedería seguro.

—Ven, tonto. —Tiró de su mano y lo llevó hacia la cama—. Dormiremos abrazados.

Y Robert obedeció porque lo deseaba, porque a pesar de que ella marcaba el ritmo y que su orgullo se sentía dañado, esa pequeña loca le gustaba lo suficiente para anteponerla a todo lo demás.



22. Y así fue como Rem ganó un nuevo amigo

Estás?

El sonido de unas campanillas le indicó que tenía un mensaje de WhatsApp.

Rem se acababa de duchar y se frotaba con una toalla el cuerpo cuando lo escuchó. Se sentó sobre la cama y miró el móvil.

Era Katy. Suspiró con fuerza y se pasó la otra mano por la incipiente barba.

Tras llegar de la playa con Colin y Perro, Rem huyó, se escabulló y se encerró en su habitación. Temía encontrarse cara a cara con Michael. En ese momento, no se sentía anímicamente preparado para ver a la persona que ella había amado.

Necesitaba recuperarse un poco, acababa de conocer a Colin y de ser relegado a un segundo plano y no estaba acostumbrado a eso.

Sí

Finalmente, respondió. Había pensado en no hacerlo, pero necesitaba volver a tener contacto con Katy, aunque fuera tan frío como un wasap.

Quiero pedirte perdón

Por?

He hecho una cosa que no está bien

Rem se frotó la nuca, ahora estaba intrigado.

??

*Escuché tu conversación por teléfono,
sé que has estado con ella*

Cómo?

Estás enfadado?

No sé, tú qué crees?

*Lo siento, de verdad... Si pudiera llamarte, lo haría y
así..., no sé, podría escuchar tu voz, pedirte perdón y quizá tú me
perdonases*

Y por qué no llamas?

*No puedo. Colin está algo inquieto
y lo he metido en la cama conmigo*

Y tú no duermes porque la conciencia no te deja, verdad?

Sí... Rem?

Sí, Katy, te perdono

De verdad?

Yo hubiera hecho lo mismo

Rem cerró los ojos. Confesar eso no estaba en sus planes, pero con ella nada salía como esperaba y no actuaba como debía.

Rem... Qué pasó?

El wasap había tardado en entrar tanto que Rem pensó que la comunicación se había terminado.

Nada especial, hablamos

Sé que no tengo derecho, pero... qué sentiste??

No, Katy, no tienes derecho.

Mira, mejor lo dejamos para hablarlo cara a cara

Perdona por haberte molestado

*No es eso, joder, es que prefiero verte los ojos.
Quiero mirarte y contarte todo.*

OK. Entonces buenas noches, Rem. Descansa

Felices sueños

Sintió unas tremendas ganas de lanzar el móvil al suelo, pero cuando tenía la mano suspendida en el aire para hacerlo, recapacitó. De nada serviría destrozar su teléfono. Todo era injusto, pero el aparatito que lo ayudaba a estar comunicado con el resto del mundo no era el causante de que él, tras muchos años con el corazón vacío, se hubiese enamorado de una mujer que no tenía claro si amaba a su ex con el que tenía un hijo que no se lo iba a poner fácil, pues seguramente lo vería como el enemigo, como el posible obstáculo para que sus padres volvieran a estar juntos. «Suenan horrible», pensó.

Lo arrojó contra el colchón, más práctico y menos peligroso, y se puso de pie.

Caminó hasta la pequeña terraza que daba a la playa y abrió el balcón. Le faltaba el aire, necesitaba respirar de nuevo de forma tranquila y no como si acabara de correr una maratón.

Dejó que el aroma del mar lo relajase, siempre lo hacía. Reconocerse a sí mismo que sentía algo por Katy no había sido ni sorprendente ni difícil de aceptar. Antes de ir a Edimburgo, mucho antes de ver a Olga, ya lo tenía claro. Katy se le había metido muy dentro, bajo la piel.

El frío de la noche le hizo temblar y decidió cerrar. Estaba desnudo, como siguiese allí de pie frente al ventanal abierto, iba a pillar un catarro.

Escuchó el sonido del motor de un coche y fue entonces cuando reparó en que el vehículo de alquiler no estaba en su sitio.

Con asombro, observó cómo llegaba, aparcaba y, de su interior, salía Robert. Una intensa rabia creció en su interior.

—Será hijo de puta —dijo en voz alta.

Se colocó el pantalón de chándal que le servía para dormir y una camiseta blanca, y bajó las escaleras a la carrera. No fue hasta salir a la calle, cuando el frío aire de Escocia le golpeó el cuerpo, que se arrepintió de no haberse puesto más ropa, pero la ira al ver a su «compañero» lo ayudó a calentarse.

Se paró justo enfrente de él con los puños apretados. Quería golpearlo, era lo que más deseaba en el mundo. Lo había acusado de negligencia, había llamado a su jefe y ahora el muy cretino cogía el coche sin decir nada y regresaba a las tantas de la noche.

Deseaba darle puñetazos, pegarle de nuevo, pero vio sus ojos y se quedó paralizado. No podía ni acusarlo ni reprenderlo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó preocupado.

—Nada —respondió sin fuerza, e intentó sobrepasarlo e ir hacia el hotel, pero Rem agarró uno de sus fuertes brazos.

—¿Qué coño ha pasado? —Por su tono, Robert supo que exigía una respuesta, y la merecía. Deseaba más que nada poder dársela porque había sido un total capullo, un desgraciado que había acusado al que había sido su compañero, la única persona a la que le importaba, su amigo.

—Lo siento —susurró en voz muy baja—, siento haber sido un gilipollas.

Rem enarcó una ceja.

—¿Estás bien? —interrogó.

—Sí, sí, ahora... —Se restregó la cara y Rem reparó en sus ojeras, profundas y oscuras—. Solo necesito dormir. Sé... sé que hice mal al irme así...

Rem levantó una mano con la intención de frenar su discurso.

—Ve a la cama, ya hablaremos.

Robert, agradecido, sonrió, asintió y continuó su camino solo, pues Rem se quedó de pie mirándolo.

Le dejó espacio. Robert era un cabronazo, pero era su amigo, el tipo que le cubría la espalda,

con el que pasaba más tiempo que con su propio hermano, y le tenía cariño. Algo le pasaba, algo había agitado su frío corazón y ese algo lo perturbaba hasta el punto de romper su férrea disciplina, su sentido tan estricto del deber.

Sacudió la cabeza. «Seguro que hay una mujer de por medio», se dijo, y entonces sonrió porque reparó en las miradas que le echaba a Ishbel. Ese era el gran problema que preocupaba a su estricto compañero.

Regresó a su habitación y, al verse en el espejo de la pared, su mente dejó de pensar en su amigo, pues recordó el horroroso pijama de hombre con el que lo visitó Katy esa noche... su noche. Aun con ese desfasado y enorme pijama en el que su cuerpecillo se perdía, estaba preciosa.

—Preciosa —dijo en voz alta refiriéndose a la mujer que le quitaba el sueño.



Al día siguiente

Rem salió a correr como todos los días. Era su rutina y, desde hacía tiempo, procuraba llevarla a rajatabla; si no lo hacía, su mundo se desequilibraba. No es que fuera un maníaco de la agenda, pero gracias a sus rutinas, había conseguido superar la necesidad de adrenalina, esa que obtenía con las carreras ilegales.

Rem había superado muchos traumas, pero los recuerdos del pasado siempre estaban ahí y para no dejarse ir, para no entrar en una espiral de autodestrucción, necesitaba aferrarse a algo y ese algo era la práctica de ejercicio diaria; algunas veces, como esa, hasta la extenuación, hasta que los músculos protestaban, gritaban y ya no podía más.

Subió las escaleras a la carrera, ese fue el último esfuerzo. El sudor le entraba en los ojos, le escocían. Estiró bien los músculos, el dolor de las agujetas lo acompañaba siempre y sospechaba que, al día siguiente, tendría más que otras veces. No le importaba, muy al contrario, mientras su cuerpo doliera, no tenía necesidad de la adrenalina; mientras su cuerpo se quejara, la cabeza se mantenía atenta a eso y no necesitaría usar otras maneras de evasión.

Estiró los brazos hacia el cielo y tomó aire con fuerza. Antes, usaba las carreras ilegales para ayudar a su mente a liberarse. En un principio, le sirvieron para acercarse a Patch, que también participaba en ellas, pero poco a poco comenzó a darse cuenta de que eran como una droga. Tras encontrar el trabajo en el club, las dejó y entonces se sintió vacío, pero no podía defraudar a Roy, no podía exponerse y comenzó a correr, a forzar su cuerpo. Además de conseguir un fuerte chute de endorfina, obtenía paz y se volvió un yonqui del *running*.

«A otros les da por el sexo», pensó recordando a su hermano. Él disfrazaba su placer por acostarse con hombres y mujeres con trabajo y disfrute, pero la verdad era que estaban jodidos y ambos buscaban la manera de superar lo insuperable: el trauma de una madre loca, una madre enferma a la que Rem había deseado curar.

—*Yo quería ser médico —le confesó a Patch una tarde de viernes.*

—*¿De verdad? —le preguntó sorprendido.*

—*Quería curar a mi madre. —Y esa madre a la que quería curar era la de ambos.*

Pero en aquel momento, Patch lo desconocía y a Rem le costó mucho callar lo que deseaba gritar a pleno pulmón.

Caminaba hacia su habitación cuando un golpe y el grito de un niño sonaron en la cocina, y Rem corrió a ver qué era lo que había pasado.

Lo que se encontró le hizo frenar en seco. El suelo estaba cubierto con una sustancia marrón y viscosa, y Colin lo miraba con los ojos muy abiertos mientras se mordía el labio inferior como queriendo retener un sollozo.

—*¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —lo interrogó, preocupado por el niño.*

Colin asintió y elevó los ojos.

—*Eh, pero... ¿qué pasa? —Se puso en cuclillas para estar a su altura al ver su mirada de tristeza.*

—*Mamá me va a castigar... —De pronto, unas gruesas lágrimas comenzaron a rodar por sus regordetas mejillas.*

A Rem se le encogió el corazón. Nunca había tenido trato con niños, es más, los rehuía porque no sabía cómo actuar, pero ese niño era el hijo de Katy y solo eso era suficiente motivo para dejar a un lado su terror a esos seres diminutos. Eso unido a esas lágrimas, a esos ojillos dulces... tan semejantes a los de ella...

—¿Por qué?

—Porque la he desobedecido.

Rem pestañeó un par de veces. El recuerdo de lo que su madre le hacía cuando no era obediente lo golpeó con tal fuerza que su corazón dejó de latir. Se sintió mareado. «Quizá me pasé haciendo ejercicio», pero sabía que eso no era cierto, los malditos recuerdos que nunca lo dejaban eran los culpables, remembranzas de duros castigos.

Se frotó la cara y respiró con fuerza un par de veces. Katy no era así, Katy jamás actuaría como lo hacía su madre. Así que no podía comportarse como un histérico delante del niño, sus ojos seguían llorosos y parecía mirarlo esperando su ayuda.

Rem se puso de pie, le tendió la mano y, para su sorpresa, Colin la tomó sin dudarle ni un segundo. Lo condujo hasta la mesa, esa en la que su madre le contó que había nacido. Con un rápido y ágil movimiento, lo aupó, lo colocó sobre ella y sus pequeñas piernas enfundadas en un pantalón azul quedaron colgando.

Tomó una de las sillas y se colocó frente a él. Así casi estaban frente a frente, a la misma altura sin que Rem estuviera en cuclillas en esos momentos en los que su sentido del equilibrio, debido al mareo que sentía, le podría fallar.

—Bien —dijo muy serio, mirando a los profundos y vivarachos ojos del niño—, ahora cuéntame lo que te pasa.

—Mamá me dijo que no comiera nada porque acabo de desayunar, pero yo tengo hambre y le repetí una y otra vez que quería algo de comer, pero ella que no, que no y yo... —Hablaba de manera atropellada a tal velocidad que a Rem le costaba seguirlo. Se concentró en su serio discurso y, sin darse cuenta, una sonrisa se dibujó en su boca. Ese chaval era la mar de simpático —... Entonces cogí el chocolate que estaba en la nevera. Solo quería meter un dedo y tomar un poquitito...

Rem dirigió su mirada a la mancha que cubría los blancos azulejos, mezclado con el chocolate se podían ver los trozos de cristal.

—Se te ha caído, ¿verdad?

Colin asintió y sorbió con fuerza por la nariz.

—Estaba alto y puse una silla... —La señaló, estaba tirada en el suelo junto al estropicio que había montado—. Me escurrí y se cayó.

—Pero... no te hiciste daño, ¿verdad?

Negó con vehemencia.

—Bien. —Rem se frotó la crecida barba—. Lo recogeremos todo, lo dejaremos limpio...

—¿No le dirás nada a mamá? —Su mirada se llenó de esperanza y Rem se vio tentado. No pasaba nada si ella no se enteraba, ¿verdad?, podría ser su secreto.

—Ya veremos.

—Prometo que no volveré a comer chocolate.

Rem lo ayudó a bajar de la mesa.

—Hombre, no hay que ser tan drástico. —Le sonrió.

Buscó el cubo y la fregona.

—¿Podré tomar chocolate?

—Claro, pero no cuando te dé la gana, en eso debes obedecer.

Comenzó a limpiar el desastre bajo la atenta mirada de Colin.

—Vamos, no teagas el remolón. —Le tendió una bayeta para que limpiase uno de los muebles que estaba lleno de churretones, mientras él retiraba los cristales y el chocolate del suelo.

Trabajaron mano a mano y hasta que no quedó todo perfecto, Rem no dio su visto bueno.

—Pues yo creo que ya está. —Miró su obra con los brazos en jarras y Colin se situó a su lado imitando su postura.

—Ha quedado más limpio que limpio.

Rem asintió y tuvo que disimular una carcajada, sus expresiones le hacían mucha gracia. Ese mocoso le gustaba. Al final, los niños no eran tan peligrosos como él pensaba. Se podía hablar con ellos, aunque a veces eran un tanto caóticos.

—Buen trabajo, colega —dijo Rem y extendió el brazo con el puño cerrado con la intención de que él lo chocase. Colin lo miró con los ojos muy abiertos, entusiasmado. Ese amigo de mamá le trataba como a un chico mayor, y eso le gustaba.

—Rem... —lo llamó, y por su tono se notaba que estaba preocupado.

—Dime.

—¿Se lo dirás a mamá?

Rem sonrió.

—No, será nuestro secreto, pero —alargó mucho la o—, tienes que prometerme que no volverás a hacer algo parecido.

—Lo prometo.

Y así fue como Rem se ganó un nuevo amigo.



23. Ese no era el momento ni el lugar

Mila tecleaba muy concentrada. Le había cundido mucho el día, a ese paso, la novela estaría terminada en los plazos que James, su editor, quería.

—Miedo me da lo que esa cabecita debe de estar tramando. —La voz profunda de su guardaespaldas favorito le hizo levantar la mirada de las teclas.

Hacía tan solo una hora que había comenzado el turno de Rem. Robert tomó el coche que tenían de alquiler y que ambos usaban y, tras un escueto «Tengo cosas que hacer en el pueblo, llegaré tarde», se fue. Rem no indagó, él había hecho lo mismo el día anterior cuando quedó con Olga, tampoco dio más explicaciones, pero no pudo resistir la tentación de echarle en cara su enfado por su llamada al jefe:

—*Me parece muy bien, es tu tiempo libre y con el puedes hacer lo que te salga del capullo. Pero solo en tu tiempo libre —recalcó. Robert sabía a qué venía esa explicación innecesaria, aún estaba molesto y no podía decirle nada porque ni siquiera le había pedido una explicación, ni siquiera le echó en cara que se hubiera llevado el coche sin decir nada.*

Mila lo observó. Estaba sentado en esa butaca que ocupaban a ratos Robert y él cuando ella estaba trabajando. Más de una vez les había dicho que no era necesario que se quedasen todo el rato, que allí estaba segura, pero tanto uno como el otro siempre le respondían «Es nuestro trabajo». Se encogió de hombros, se había rendido, con ellos no se podía cuando se ponían tan... profesionales. Sonrió, no podría tener mejores guardaespaldas...

Ahora era Rem el que estaba cómodamente sentado en esa butaca de mimbre y, aunque parecía estar sumido en la lectura de uno de los libros que ella le había prestado, sabía que estaba más atento a ella, al exterior y a cada ruido que sonaba que a la historia romántico-erótica con tintes de *thriller* que tenía entre sus manos.

—¿Cómo? —le preguntó.

—Digo que tienes una mirada muy traviesa.

—¿De verdad?

—¿Qué tramas?

—Huy, yo no, son los protagonistas de mi historia.

Rem cerró el libro, acomodó cada uno de sus brazos sobre sus rodillas y la observó con total

atención. Parecía que estaba muy interesado en lo que Mila le estaba contando.

—Y eso..., ¿eso cómo es? Es decir..., ¿qué sientes? ¿Cómo te llegan las ideas? —Mila sonrió. Rem era un tipo muy curioso, todo le interesaba y en sus ojos brillantes pudo ver que en él crecía la necesidad de saber más cosas—. Estoy leyendo... —levantó el libro que tenía en la mano—, y te juro que me parece tan increíble..., tan mágico que tengas todo esto dentro de tu coco.

—Solo observo, Rem.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Miro a mi alrededor, me empapo de la gente que está a mi lado...

—¿Quieres decir que escribes sobre gente que conoces?

—Ajá.

Rem abrió mucho los ojos, estaba tan sorprendido.

—Entonces..., John y Mallory ¿existen? ¿Vivieron todas estas cosas que describes aquí? — Señaló de nuevo el libro.

Mila rompió a reír, la expresión de su cara era todo un poema.

—A ver cómo te lo explico —dijo cuando el ataque de risa fue remitiendo—. Me baso en personas reales, uso su personalidad para crear mis personajes. Algunas de las cosas que suceden son ciertas, pero otras, solo fruto de mi imaginación que, como verás, es muy fructífera.

—¡Eres increíble! —exclamó entre risas mientras negaba con la cabeza.

—Lo sé. —Puso una sonrisa tan grande que debía de dolerle la mandíbula.

—Dime algo, Mila... ¿Salgo yo en tu libro? —Señaló la máquina de escribir.

—Puede... —Alzó las cejas tres veces.

—¿¡Salgo?! ¿¡De verdad?! —Se puso de pie y, con paso rápido, se acercó a la máquina y a los folios que Mila tenía colocados de manera pulcra. Ahí estaba todo el producto de su trabajo, hoja a hoja, una sobre otra.

—Ajá, y tienes un papel muy importante.

Rem puso la mano sobre las hojas como si las venerara, como si fuesen el objeto más maravilloso.

—¿Me dejarás leerlo? —preguntó con un toque de ansiedad.

—Por supuesto, pero solo cuando lo termine. —Lo obligó a quitar la mano que había colocado sobre sus folios.

—¿Falta mucho? —interrogó. Estaba molesto, le hubiera gustado empezar a leer ya. Quería saber qué decía Mila de él.

—No, solo cerrar el final y ya está.

En ese instante, Rem se dio cuenta de lo que eso significaba. Cuando Mila terminase el libro, se irían de allí, del hotel, de las islas Orcadas, de Escocia y entonces...

Sus ojos se ensombrecieron y Mila supo con exactitud qué era lo que lo atormentaba.

Se puso de pie y tocó su brazo.

—¿Por qué no luchas, Rem?

Su toque y sus palabras le hicieron regresar del pozo frío y húmedo en el que se había sumido su corazón al pensar que no quedaba nada para irse lejos de ella, de Katy.

Suspiró con fuerza. No hacía falta que ella le aclarase a qué se refería, lo sabía perfectamente y no se iba a hacer el tonto, y menos con una mujer tan observadora, una que, según parecía, veía el alma de las personas con tal nitidez que las reflejaba en sus libros.

—Porque ella no quiere que lo haga.

—¿Estás seguro? —preguntó sorprendida.

—Sí, Mila. No voy a pelear contra un ex, contra el padre de su hijo, incluso contra Colin, si no

tengo posibilidad de ganar. No puedo hacerlo, necesito mi estabilidad mental porque estoy jodido por dentro y no puedo consentirme la posibilidad de que mi equilibrio se rompa. Si eso ocurriera, no sé cómo coño terminaría.

El corazón de Mila se llenó de pena. Elevó una mano temblorosa hasta ponerla en su mejilla y la acarició. Él pareció necesitar esa muestra de cariño, pues cerró los ojos y cubrió su mano con una de las suyas para apretarla con más fuerza sobre su barba.

—¿Qué te atormenta tanto? —le preguntó. Pero no esperaba respuesta, sabía que Rem no estaba preparado para dejar salir todo lo que guardaba, todo lo que lo atormentaba.

Abrió los ojos y negó con la cabeza un par de veces.

—Lo sé, lo sé —dijo Mila ayudándolo en ese momento en el que se le veía más vulnerable—. No hace falta que digas nada.

Rem sonrió agradecido, las palabras estaban atascadas en su garganta. Si abría la boca para decir una sola sílaba, estaba seguro de que se derrumbaría y eso no se lo podía permitir. No, ese no era el momento ni el lugar.



A Robert le costó mucho que Ada lo entendiera, parecía que hablaban distintos idiomas y era desesperante. Con gestos y señas, le indicó que quería subir a casa de Ishbel. En un principio, la pequeña morena de ojos gigantes negó una y otra vez esa posibilidad, pero como el guardaespaldas la aterraba, terminó cediendo y dejándolo subir, no sin antes llamar a su jefa para decirle que Robert subía las escaleras.

Pero a Ishbel no le dio tiempo a prepararse porque nada más colgar el teléfono, la puerta se abrió y Robert entró como lo haría un sediento en busca de agua y se lanzó sobre ella.

Sus brazos la apretaban con fuerza y su boca buscó la de ella. La besó como si no hacerlo le pudiera costar la vida.

—¿Por qué te marchaste? —le preguntó cuando pudo separarse de sus labios y recuperar el aliento.

—Porque por ti ya he roto demasiadas reglas.

Sin pensar en nada, la tomó entre sus brazos y, dando pasos a ciegas pues su boca de nuevo la devoraba, la llevó hasta apoyarla encima de la mesa del salón.

—Espera... —le decía ella, pero sin mucha convicción, pues tras protestar, regresaba a sus caricias.

Robert luchaba con la camiseta que ella llevaba puesta. Estaba entre sus piernas y no paraba de rozarse, de restregarse de forma golosa.

Intentó deshacerse de esa prenda que lo separaba de sus preciosos pechos, pero ella no le dejaba, apartaba sus manos como si fuera una caricia que no deseaba.

—Pero ¿qué te pasa? —interrogó él molesto. Los gestos de Ishbel eran contradictorios pues, a pesar de intentar por todos los medios impedirle que le quitase la camiseta, gemía y no dejaba de besarlo.

—¡Ejem, ejem! —Escuchó la voz de una mujer a su espalda. No estaban solos, ahora entendía por qué Ishbel se comportaba de una forma tan extraña.

Robert cerró los ojos con la estúpida idea de que tal vez esa desconocida que se había interpuesto en su momento de pasión desapareciera. Pero los abrió de golpe cuando la escuchó decir:

—Cariño, preséntame a tu... «amigo».

Su tono burlón le hizo vocalizar un montón de tacos, pero lo que le dejó totalmente descolocado fue la palabra con la que Ishbel la nombró:

—Mamááá...

De repente, entendió por qué Ishbel le pedía que parase y le dieron ganas de darse de bofetadas por imbécil.

—Mierda —vocalizó. No salía ni un sonido de su boca, su garganta se había secado de repente al saber que quien tenía a su espalda, quien los observaba, era ni más ni menos que la madre de esa mujer que le volvía loco, de la dueña de las piernas entre las que estaba situado.

Le hubiera gustado desaparecer, esfumarse, incluso estuvo tentado de salir corriendo de allí. Podría tomar el ferri...

No quería girarse, enfrentarse a los ojos de esa mujer lo aterraba. Nunca se había visto en una igual y se sentía tan perdido...

—Yo... —dijo con dificultad y tras tragar saliva—. Creo que será mejor que me vaya. —Se giró con tal rapidez que Ishbel estuvo a punto de caerse de la mesa, pues había permanecido aferrada a él hasta ese momento.

—De eso nada —ordenó la madre de Ishbel—, la que se va soy yo. No es bueno quedarse con ese calentón.

Robert no podía mirarla a los ojos, pero sí vio una de sus manos, esa con la que señalaba su bragueta, que a pesar de lo que estaba sucediendo, estaba aún abultada.

—Mamá... —la reprendió Ishbel apenada por lo mal que lo estaba pasando Robert.

—Pero antes de irme, me gustaría presentarme. —Robert levantó por fin la mirada. Sus ojos eran exactamente iguales a los de Ishbel, brillaban risueños, seguro que se lo estaba pasando muy bien a su costa. Según parecía, madre e hija tenían igual carácter, ambas extrovertidas y sin tabús ni filtros de ningún tipo, y él... él era el hombre con más prejuicios que había sobre la faz de la tierra. ¿Qué pintaba allí? Nada, pero no podía evitar que Ishbel lo atrajera, no podía remediar que, a pesar de verse inmerso en esa situación tan atípica y vergonzosa, su corazón latiese fuerte al apreciar que los ojos de Ishbel eran tan bonitos como los de su madre—. Mi nombre es Aila y estoy encantada de conocerte.

Aila era mucho más bajita que su hija, así que, con un movimiento, le indicó que se agachara y le asestó un beso en la mejilla derecha que lo dejó tan sorprendido que no supo cómo reaccionar.

—Y ahora sí que me voy —afirmó con una sonrisa brillante—. Adiós, cariño —dijo antes de cerrar la puerta—, cuida a este chico, me gusta. Ojalá sea el definitivo.

—¡Madre! —exclamó Ishbel molesta.

Hasta que no la vio desaparecer, Robert no fue consciente de que retenía el aire, solo entonces lo tomó con fuerza. Sacudió la cabeza varias veces, eso era lo más raro que le había sucedido en su aburrida vida.

—Joder —resopló confundido—, esto ha sido..., ha sido un poco...

—¿Violento? —Ishbel sabía que su madre era como un torbellino para quien no la conociera. Al igual que ella, siempre decía lo que se le pasaba por la cabeza y eso, en muchas circunstancias, las ponía en aprietos. Se encogió de hombros, hacía mucho tiempo que su cara no se teñía de un rojo vergüenza tan intenso—. Lo siento tanto. Por favor, no le hagas caso. Como verás, he heredado su falta de filtros.

Robert sonrió por primera vez desde que había entrado por la puerta de su casa.

—No debes excusarte por tu forma de ser ni por la de ella, vosotras no tenéis la culpa. Soy yo y solo yo. —Se llevó una de sus grandes y fuertes manos a su pelo, lo retiró en un movimiento que

denotaba nerviosismo—. No estoy acostumbrado a tratar con madres —soltó una carcajada—, ni con niños ni mujeres... como tú.

—¿Qué quieres decir con eso?

A Robert le resultó dulce la manera en la que su frente se llenó de pequeñas arruguitas. Sonrió porque, en vez de pensar en salir corriendo de esa locura, lo que más deseaba era tocar una a una esas rayas que se dibujaban su frente y le conferían un aspecto simpático e incluso le aportaban a su faz un aspecto más aniñado del que por norma general tenía.

—No me gusta relacionarme con la gente.

—No me lo creo. No existe nadie a quien no le guste charlar, conocer gente nueva... —dijo totalmente sorprendida con sus palabras.

—A mí no me gusta.

—Eres un tipo raro. —Por primera vez, lo veía tal y como era, y lo más extraño de todo era que no le disgustaba en absoluto; muy al contrario, quería saber más de él.

—Sí, lo soy. Jamás me ha gustado una chica como para... Ya sabes...

—¿Como para tener una relación? ¿Quieres decir que nunca te has enamorado?

—Nunca.

—Vaya, es raro que, con tu edad, no te hayas enamorado alguna vez.

—¿Mi edad? ¿Me estás llamando viejo?

—Hombre, más mayor que yo sí que eres... La verdad es que yo tampoco me he enamorado nunca. Me gusta el sexo, eso sí, he tenido muchos hombres. El mar está lleno de peces, ¿por qué conformarse con uno solo? —Exhibió una sonrisa descarada. Su maldita naturalidad lo estaba matando poco a poco.

Robert soltó un resoplido, se sentía molesto, cabreado de una forma irracional y absurda. «¡Muchos hombres! ¿Cuántos?».

—Pero... —continuó Ishbel, sin prestar atención a su arrebato de celos—, follas de maravilla.

Los ojos del guardaespaldas se abrieron, al igual que su boca. De nuevo, su cara se tiñó de rojo, pero esta vez parecía furioso.

—¿Y eso qué tiene que ver? —La señaló y resopló molesto—. ¿Sabes qué? —Era tan solo una pregunta retórica, pues al instante y sin esperar contestación, continuó hablando—. Te contradices.

—No, no lo hago.

—Sí, sí lo haces. Según parece, lo que vale para ti, no vale para mí. Yo también he estado con muchas mujeres.

—Pues no sabes lo que me alegro —lo observó con una mirada soñadora y una pícaro sonrisa—, porque la verdad es que eres un gran experto. Todo ha sido tan... intenso. Pero no sé..., como dices esas cosas, he pensado que quizá...

—¡Eres increíble! —Su tono de burla no le molestó, muy al contrario, le hizo reír y él se irritó más aún. Le hubiera gustado tanto que se sintiera herida, al menos como él lo estaba. Pero todo lo contrario, parecía feliz.

—¿Por qué te enfadas? Has sido el mejor polvo que he echado en mi vida.

Robert negó con la cabeza. No podía con ella, era única y totalmente diferente a cualquier mujer que hubiera conocido.

—No estoy enfadado.

—Pues lo pareces, tienes esa arruga en la frente. —Pasó los dedos por ella.

Eso sí le hizo sonreír y recuperar de nuevo el color.

—Me asombra tu forma tan libre de hablar. Siempre dices lo que piensas, es...

—¿Te molesta?

—No, me fascina. Yo nunca... nunca digo lo que pienso, tan solo lo que se debe decir.

—Eso suena aburrido.

—Muy aburrido. —Robert rio, esa pequeña rubia lo estaba transformando—. Quizá sea por el ambiente en el que me crie. Mi padre era un militar muy severo, tan solo le importaba la disciplina y el sentido del deber estaba tan arraigado en él que nunca se sobrepasaba en nada.

—Y tú eres como él —afirmó.

—Sí, soy exactamente como lo era él —corroboró con cierto tono de tristeza.

—Bueno..., exactamente, no.

—¿Qué quieres decir?

Ishbel se encogió de hombros y su cara dibujó la sonrisa más dulce y bonita que Robert había visto nunca.

—Te recuerdo que conmigo has roto las normas.

—Tienes toda la razón. —Los ojos del guardaespaldas refulgían con un brillo diferente, chispeante e incluso divertido. Se acercó a Ishbel, la tomó entre sus brazos y caminó hasta la cama —. Vamos a seguir rompiendo reglas —susurró mientras se acomodaba entre sus piernas abiertas y la besaba como solo él sabía hacerlo, con ardor.

—¿Tienes ganas de jugar? —Ishbel lo miraba con sus preciosos ojos. Seductora, elevó los brazos, parecía estar ofreciéndole su cuerpo, y él, por supuesto, no pensaba dejar pasar esa oportunidad.

—Precisamente, no es en jugar en lo que pienso. —Esa sonrisa sensual que dibujó su boca de labios gruesos la dejó tan noqueada que suspiró con fuerza—. ¿Pasa algo? —interrogó Robert.

—Sí, ocurre que la magia existe —susurró—. Jamás pensé que podría ver una sonrisa tan bonita.

Los ojos del guardaespaldas se abrieron asombrados, nunca le habían dicho nada igual. Las mujeres con las que se acostaban no solían alabarlo, tan solo querían follar. Claro que él tampoco, hasta ese momento, había buscado en una mujer otra cosa que aliviar su necesidad. Pero con ella todo era diferente, la deseaba, aunque no de una manera egoísta, no para saciarse. Él quería verla disfrutar, necesitaba escuchar sus gemidos de placer. No le importaba el suyo propio, lo que él quería, mirando a esa loca, pasaba a estar en un segundo plano.

Le sonrió de nuevo porque a ella le había gustado su sonrisa. Después se dedicó en cuerpo y alma a darle placer. La desnudó despacio, quitando prenda a prenda. Saboreó sin descanso sus pechos, arrancándole gemidos. Acarició sus piernas abiertas, sus caderas, incluso su vientre; a él le dio un trato especial, pues la curva que dibujaba lo apasionaba. ¿Cómo había podido fijarse en esas mujeres delgadas de vientres planos?, ¿cómo había estado tan ciego? Esa curva que dibujaba su cuerpo era lo más hermoso que jamás había visto y cuando la penetró, fue tan despacio que Ishbel se desesperó de impaciencia, pero valió la pena. Robert se esmeró, lo hizo tan bien, con tanta maestría que al terminar, cuando se corrió gritando su nombre, cerró los ojos y meditó sobre lo afortunada que era por tener a ese gigantesco hombre, a veces malhumorado, muchas demasiado terco, pero con tanto amor por dar que podría estallar de placer.



24. Esos recuerdos que siempre estarán conmigo

A la hora de la cena todos se reunieron frente a la mesa.

Rem, temeroso de encontrarse cara a cara con Michael, entró reticente en la cocina. No es que le tuviera miedo, lo que temía era cómo iba a reaccionar él mismo. Normalmente, se contenía, pero esa situación se le escapaba de las manos, al fin y al cabo, ese hombre no era culpable de su estado de ánimo, ni siquiera merecía ser odiado.

Antes de entrar, asomó la cabeza y respiró tranquilo, él no estaba.

Mila, Robert y Katy ya estaba sentados. El pequeño Colin se levantó corriendo, dejó su plato de comida y chocó con efusividad el puño derecho contra el de Rem bajo la atenta mirada de su madre que, sorprendida, no entendía la camaradería que había entre ambos. Pero claro, ella desconocía su secreto.

—Te he guardado un sitio —le dijo Colin señalando la silla que estaba justo a su lado y lo más alejada posible de Robert, que miraba al niño como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar.

Rem guiñó un ojo a su nuevo amigo y se sentó. Ya acomodado, se dio cuenta de que estaba frente a Katy y su corazón comenzó a bombear tan rápido que temió que terminase sobre la mesa.

Los platos estaban llenos del contenido de los *tuppers* de Carol y su sabor era exquisito, pero el estómago de Rem no permitía la entrada de nada de alimento y se limitaba a mantener la cabeza baja, la mirada sobre su plato y mover de manera distraída los alimentos.

—¿No te gusta? —interrogó Katy. Lo estaba observando atenta y no había probado bocado. Sabía que Rem era un hombre muy glotón, incluso más que Lobo, así que se preocupó.

Rem elevó la mirada y, de nuevo, los ojos preciosos y brillantes de Katy le robaron el aliento.

—Sí..., está bueno. —Para demostrarlo, tomó una cucharada. La verdad es que el sabor era delicioso y, en otras circunstancias, se habría tomado todo y repetido, pero... No podía dejar de darle vueltas a cómo habían cambiado las cosas. La presencia de Michael era una gran losa, una que a pesar de no estar en ese momento en la cocina, de que ni siquiera supiese cómo era su rostro pues aún no habían coincidido, pesaba tanto que lograba hacerle dudar de todo.

El resto de la comida estuvo más relajado, aunque Katy no dejó ni un segundo de observarlo y él procuraba no mirarla. La cháchara incansable de Colin consiguió distraerlo e incluso hacerle

reír.

Pero cuando el cansancio le pudo, Colin empezó a bostezar de manera ruidosa.

Estaba tan agotado que, tras el postre, de repente, el sueño lo atrapó y se quedó dormido con la cabeza sobre los brazos y estos apoyados en la mesa. Había sucedido de manera tan fulminante que Rem se preocupó.

—¿Está bien? —interrogó alarmado a Katy.

—Tranquilo, Colin es así. Ha estado todo el día corriendo, saltando y, al llegar la noche, está tan rendido que se duerme en cuestión de segundos y ya no hay quien lo despierte. Lo llevaré a la cama. —Hizo ademán de levantarse, pero Rem la frenó con un movimiento de su mano.

—Yo lo subiré —se ofreció y, sin esperar el consentimiento de Katy, se puso de pie y tomó al niño entre sus brazos.

—Subiré contigo —dijo Katy.

—No, no es necesario. —No esperó réplica y salió de la cocina con paso lento y seguro.

No pesaba nada, era tan pequeño... Rem nunca había tenido a un niño entre sus brazos y, sin saber el porqué, le gustó. Subió las escaleras y caminó por el pasillo contemplando cómo el pequeño Colin se había acurrucado entre sus brazos, cómo su respiración acompasada le decía que estaba en el mundo de los sueños. Le asombró su fragilidad y su olor era dulce y le recordaba a las golosinas, los *muffins*... Sonrió. Ese niño, en nada de tiempo, estaba conquistando su corazón, igual que lo había hecho su madre.

Lo dejó con mucho cuidado sobre la cama, esa que estaba junto a la de Katy. Le quitó las zapatillas y, como ya estaba en pijama, lo arrojó.

No se fue al instante, por unos segundos, se quedó observándolo. Era tan parecido a su madre, tenía su mismo cabello negro y esas pequeñas pequitas sobre la nariz respingona. Quizá el enorme parecido le hacía sentirse atrapado por ese niño; quizá porque era el hijo de la mujer por la que sentía algo especial, él deseaba más que nada tener la aprobación de ese pequeñajo. Quizá debía alejarse rápido porque ahora no solo dolía dejarla a ella cuando se marchase, también lo entristecía privarse de ver ese maravilloso paisaje que al abrir la cortina lo saludaba todas las mañanas y ahora, a todo ese pesar, se unía el tener que dejar de conocer a ese mocosito alegre, simpático y tan charlatán que podría pasarse horas hablando sin ni siquiera tomar aire para respirar.

Suspiró con fuerza. De ese viaje en especial, iba a añorar muchas cosas.

Acarició con ternura el pelo del niño y se marchó.

Cuando regresó a la cocina, tan solo estaba Katy fregando los platos sucios.

—¿Y los demás? —No pretendía quedarse a solas con ella, podría ser demasiada tentación para lo que él la necesitaba.

—Se marcharon detrás de ti a la cama.

Estaba tentado de irse, pero... Sus ojos la observaron, dibujaron su silueta, esa que cubría con uno de sus monos horribles de trabajo y, tras chasquear la lengua molesto consigo mismo por ser débil, se remangó la camisa y se colocó a su lado.

—¿Qué haces? —preguntó ella sorprendida y un tanto turbada por su proximidad, pues estaban codo con codo.

—¿No es evidente? —Giró la cara para mirarla y elevó las cejas dos veces.

—No tienes por qué...

—Lo sé. —Continuó con su tarea de enjuagar mientras Katy fregaba—. ¿Quieres que hablemos? —Sus ojos permanecían clavados en los platos a los que quitaba el jabón a golpes de chorros de agua caliente.

A Katy se le escurrió un plato de las manos, estaba muy nerviosa. Su proximidad era como cuando se acercan dos imanes, la atraía y temía que él lo notase.

—¿Quieres tú? —Ella sí que giró la cabeza para mirarlo, incluso dejó de frotar.

—Sí.

Pero no dijo nada más, continuó muy atento a su tarea y el tiempo pasaba y los platos se terminaban.

—No sentí nada especial —dijo de repente, y ella lo miró otra vez.

—¿Cómo?

—No sentí nada al ver a Olga. —Katy asintió—. ¿Te hubiera importado?

—Sí. —Fue sincera. Entre Rem y ella había una unión muy grande que se había interrumpido por un breve espacio de tiempo cuando Colin y Michael regresaron, cuando decidieron alejarse el uno del otro, pero su conexión era tan intensa que tan solo con ese momento juntos, sin nadie de por medio, la restablecieron de nuevo.

Entonces fue él quien asintió.

—¿Por qué, Katy? ¿Por qué te hubiera importado?

—Porque me gustas, me gustas tanto que siento celos de ella. —Decirlo en voz alta le hizo sentirse la persona más mezquina del mundo. ¿Cómo podía estar celosa de esa pobre chica?

—Tú también me gustas, mucho, muchísimo.

A esas alturas, Katy había dejado el estropajo, los platos y su aliento se le escapaba. Sin embargo, Rem continuaba total y absolutamente concentrado en su trabajo y más que abrir su corazón, parecía que estuviese charlando del tiempo que hacía.

A Katy le empezó a hervir la sangre, ¿se burlaba?

—¡Puedes hacer el favor de dejar eso! —le ordenó de manera contundente y Rem, con calma, como si tuviese todo el tiempo del mundo, cerró el grifo, se secó las manos y se colocó frente a frente, mirándose en sus ojos.

—Dime qué quieres, Katy, qué buscas... —Sonó cortante, seco.

—Nada, yo... yo no busco nada.

—¿Entonces? Me dices que te gusto y ahora pareces molesta. No te entiendo.

Tenía toda la razón, parecía una cría. Katy tomó aire con fuerza, se serenó e intentó dos cosas: ser sincera y actuar como una adulta y no como una niña mimada.

—Rem... —Su nombre sonó a melancolía y él cerró los ojos para que ella no pudiese ver la pena reflejada en su mirada.

Tras abrirlos de nuevo, cambió de posición y se apoyó en el filo de la mesa, como aquel día que intentaba provocarla comiendo una manzana. Katy se estremeció al recordarlo y él se limitó a colocarse bien las mangas y a cruzarse de brazos.

Katy imitó su postura, se acomodó sobre el mueble de la pila y así quedaron otra vez frente a frente, separados por escasos pasos.

—Sé que puedo parecer contradictoria. —Él asintió—. Siento algo por ti, algo que hace tiempo que no sentía... Pero mi vida es complicada. Tengo a mi hijo, tú te marcharás, este hotel es importante para mí. La distancia..., la distancia no es un buen aliado. No podemos empezar algo que no tiene futuro y luego está... está...

—Michael —la ayudó él.

—Sí, Michael.

—Me dijiste que no lo amabas.

—Y no lo amo, nunca te mentaría. Yo solo siento algo por él. Fue mi primer amor, el padre de mi hijo.

—Lo entiendo, Katy, sé que él es importante en tu vida, pero joder. —Se puso de pie y caminó los pocos pasos que los separaban—. Si no lo amas, si por mí es por quien sientes algo especial... —Estaba tan pegado a su cuerpo que podía notar su calor, su olor. Pegó su frente a la de ella. Sus labios ardían de deseo por besarla, pero no lo haría, no lo haría si ella no daba el paso—. Vamos, Katy, vamos a intentarlo. Si esto no me sale bien, nada lo hará... Yo pondré todo, todo lo que tengo de mi parte, te lo juro. Todo...

Un gruñido de dolor salió de su garganta y el corazón de Katy se rompió. Habían empezado de una manera inocente, pero los sentimientos eran ahora tan grandes que ambos saldrían dañados.

Katy no pudo resistirse más a lo que todo su cuerpo le pedía, era como intentar atrapar las gotas de lluvia entre los dedos. Se lanzó a su boca, se comió cada gemido de él, cada gruñido casi animal y Rem se sintió tan afortunado que aceptó lo que le daba sin pensar en las consecuencias.

Aferró su cabeza entre sus grandes manos y entonces fue él quien tomó el mando, quien entró en la boca de Katy reclamando lo que anhelaba.

Su delgado cuerpo temblaba de deseo, de contención y, de un ágil salto, se encaramó sobre él. Las manos de Rem abandonaron su cara para enredarse en sus glúteos y así elevarla hasta que sus bocas quedaron a la misma altura.

Katy tenía sus largas piernas rodeando sus caderas y sus brazos, su cuello. No tenía miedo de caer, notaba la sujeción que sus fuertes brazos ejercían sobre sus glúteos. Tan solo se preocupó de sentir, de frotar sus sexos que, a pesar de la ropa, ardían y de disfrutar de su lengua recorriendo cada recodo, cada pequeño espacio de su boca.

Tenían tal necesidad el uno del otro que se les olvidó que estaban en la cocina y que alguien podría entrar en cualquier momento. Sus cuerpos los volvían egoístas, tan solo querían deshacerse de esa necesidad que habían intentado eludir, disimular, evitar, pero que al final se había convertido en su único objetivo en la vida, como si no hacerlo pudiera causarles la muerte.

Rem se giró en redondo con ella fuertemente apretada contra su cuerpo y caminó los escasos pasos que lo separaban de la mesa, la acomodó sobre ella y se colocó entre sus piernas abiertas.

No podía dejar de tocarla, de besarla, de frotarse.

—Voy a hacértelo aquí, Katy —susurró con voz ronca y con tal determinación que ella no pudo nada más que asentir.

La primera prenda que besó el suelo fue la camisa de Rem, que salió de su cuerpo sin ni siquiera desabotonar. Tras ella, el guardaespaldas luchó con las trabillas del mono de Katy. Se moría por hundir la cabeza entre sus pechos, por lamerlos, por devorarlos, pero las manos le temblaban y, al final, fue ella la que asumió la tarea.

Por un breve instante, Katy se puso de pie, pero tan solo el tiempo que tardó en desprenderse del peto, de sus braguitas y de las botas, que salieron a trompicones. En cuanto la tuvo desnuda, la colocó de nuevo sobre la mesa, se bajó los pantalones, la ropa interior y, tras un gruñido mezcla de deseo y placer, sin pararse a pensar en las consecuencias, guió su erección y entró de un solo golpe hasta el fondo y de manera tan brusca que Katy apretó la boca contra su pecho desnudo para impedir que saliera un grito que alertaría a toda la casa.

Tras esa primera intromisión, Rem se quedó muy quieto. Había sido tanto el placer y las ganas que pensó que si se movía, iba a correrse y ella lo entendió, lo aguardó y esperó con impaciencia.

—Joder —salió de su boca de forma entrecortada, porque el aire había desaparecido de la cocina, de sus pulmones.

El siguiente golpe de su pelvis fue igual de contundente que el primero y obligó a Katy a aferrarse al borde de la mesa con las manos. Se ancló allí con fuerza, no quería que él aflojase sus embestidas, las quería así, fuertes, deliciosamente bruscas y Rem la complació.

—Más, más, más... —le susurró al oído.

Katy se separó y clavó sus ojos en los de él, frente a frente, unidos tan solo por sus sexos húmedos y calientes. Las manos de ella, como ganchos anclados al borde de la mesa; las de él, sujetando sus caderas para ayudar a que su delgado cuerpo soportase cada una de las contundentes embestidas.

Los golpes secos se sucedieron de manera rítmica, acompañada, sin perder el control ni un solo instante, mientras le lanzaba miradas de pupilas dilatadas, de deseo, de pasión.

Katy se dejó ir, ya no podía retenerlo más. Su cabeza cayó hacia atrás como si no le perteneciera, como si actuase de manera independiente, y él aprovechó para lamer sus pechos expuestos de manera deliciosa. Sabía que gritaría y por eso soltó una de sus manos y se llevó el antebrazo a la boca. Lo mordió hasta hacerse daño, pero logró contener el grito que quería salir de su boca en expresión del intenso placer que estaba sintiendo.

Rem sonrió al ver cómo se corría mientras lamía uno de sus pezones... Sabía que, gracias a él, Katy estaba disfrutando y esa era la mayor recompensa. No tenía ni idea de lo que el futuro le depararía, lo que ocurriría tras ese momento especial que estaban compartiendo, pero lo que sí tenía muy claro era que tanto él como Katy nunca lo olvidarían. Ese instante siempre los mantendría unidos, pese a la distancia.

—Gracias —dijo Rem. Cuando ella recuperó el aliento, abrió los ojos y lo miró con satisfacción.

Katy arrugó la frente, no entendía por qué le daba las gracias y él, con esa sonrisa que le hacía tan atractivo, con sus ojos brillantes y llenos de deseo, le dijo:

—Por concederme el privilegio de ver cómo te corres, por regalarme estos recuerdos que siempre estarán conmigo allá donde vaya. —Entonces acarició uno de sus pechos desnudos—. Por permitirme verte tal y como eres, por dentro, por fuera...

Comenzó otra vez a moverse, solo que esta vez sus embestidas eran más lentas, más suaves. Se aferró a sus caderas y la atrajo más hasta que sus cuerpos se acariciaron, y el sentir piel con piel consiguió que Katy volviera a entrar en una espiral de placer.

Ella lamió su garganta, su pecho y jugó con sus pezones. Sentir cómo el cuerpo de él se agitaba llevado por sus caricias, cómo gemía e intentaba contenerse mordiendo su labio inferior la llevó de nuevo al orgasmo, solo que esta vez Rem la acompañó. Procuró derramarse fuera, se la habían jugado y sabía que más tarde su conciencia lo reprendería de manera severa, pero ahora no, ahora no podía pensar. Lo único que su cuerpo le permitía era regocijarse en el potente orgasmo que Katy le había regalado.



25. No es solo sexo

Por unos segundos, se quedaron muy quietos. Tan solo su agitada respiración y sus bocas abiertas en busca del preciado aire hacían que sus pechos se elevaran con cada inspiración. Dentro bullían, sus corazones tronaban y sus sentimientos se agitaban.

No sintieron remordimientos ni tras la pasión llegó el desencanto, muy al contrario, estaban más unidos que nunca, como si lo que acababan de compartir hubiera apretado más el lazo que los unía.

Rem aspiró con fuerza, hinchó su pecho de satisfacción y entre sus brazos se sintió poderoso, fuerte y con ganas de pelear por ella, por ellos...

Se separó de su cuerpo, necesitaba mirar sus ojos. Temía ver arrepentimiento, pero lo que vio nada tenía que ver con eso, Katy sonreía feliz y sus ojos brillaban.

—No solo ha sido sexo —afirmó ella con tal contundencia que Rem se limitó a asentir, porque era cierto, su corazón se lo gritaba con cada latido.

De repente, el guardaespaldas fijó la mirada en el vientre liso y suave de Katy. Su semen lo manchaba, parecía marcar ese punto exacto donde una liguera curva señalaba que ahí, en ese sitio confortable, había estado Colin nueve meses. Por un instante, se limitó a mirarlo, pero de pronto la lucidez lo golpeó.

—Joder, Katy. Lo siento, no debí... —sonó tan arrepentido que ella le tomó la cara entre sus manos y lo obligó a elevar la mirada hasta que sus ojos se encontraron.

—Shh, shh —decía mientras trataba de borrar las arrugas que el pesar dibujaba en su frente—. Tú no has sido el único culpable. No temas, no hay peligro, he tenido el periodo hace unos días.

—Te juro que no volverá a suceder, me siento tan estúpido.

—Nada va a pasarme, no temas. —La dulzura de sus palabras lo reconfortó.

—Voy a limpiarte ese desastre. —Señaló con un dedo la mancha que cubría su estómago.

Se colocó el pantalón y, sin abrocharlo, caminó hasta el papel de cocina, lo empapó y regresó al lado de Katy, que continuaba sentada sobre la mesa con las piernas abiertas y las manos apoyadas a los lados sujetándose.

—Eres una provocadora —dijo él entre carcajadas recordando cuando ella pronunció esas mismas palabras hacía tan solo unos días. Él estaba en ese punto exacto y la miraba como ahora

ella lo hacía. Y como aquella vez, Katy usó un dedo para llamarlo, para indicarle que se acercara.

Los papeles se habían cambiado, ahora ella quien lo reclamaba y Rem se sintió feliz.

Obedeció, pero a él también le gustaba jugar, así que le lanzó una de sus miradas más sexis y excitantes. Sabía usar los ojos para mostrar de manera casi tangible promesas de vicios inconfesables, éxtasis y polvos maravillosos, y Katy se derritió al instante.

—Tú sí que eres un provocador —susurró con voz ronca.

Rem no dejó de mirarse en sus ojos ni un solo instante mientras limpiaba su estómago, pasaba el papel húmedo recogiendo sus restos, la prueba de lo que acababa de suceder, despacio, sin prisa, acariciando, provocando.

Katy miraba de manera hipnótica esos bonitos iris y un jadeo salió de su garganta.

—Estás excitada. Dime, Katy, ¿qué quieres que te haga?

No pudo más y los cerró, dejó escapar un gemido y, de manera inconsciente, abrió más las piernas. ¿Excitada? Esa no era la palabra que definía con exactitud cómo se encontraba porque estaba al borde de la ebullición, porque se derretía y porque, tras dos magníficos orgasmos, aún le quedaban fuerzas para un tercero.

—Ya veo —dijo él.

Ella no podía responder porque se había quedado sin aliento en el preciso instante en el que Rem coló un dedo en su interior y, con satisfacción, descubrió lo que sus ojos y sus gemidos le decían a gritos: Katy estaba húmeda y preparada de nuevo para otro orgasmo.

Tomó una silla y se sentó entre sus piernas. Con un brusco movimiento, la llevó hasta el borde de la mesa. Estuvo a punto de caerse, pero se apoyó en sus hombros y él... él entonces comenzó a devorarla. Lamía, entraba y salía con su lengua, y Katy tan solo podía intentar respirar, quedarse muy quieta para no resbalar del borde de la mesa y disfrutar del regalo que Rem le estaba dando con tanta pericia.

No tardó mucho en sentir que el orgasmo crecía y crecía hasta hacerla estallar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar y otro para recuperar el aliento, pues tenerlo allí, entre sus piernas con esa sonrisa canalla, era lo más hermoso y sensual que había visto nunca.

—No, Katy, no solo es sexo —le confirmó tras sentir el último ramalazo de su éxtasis en su boca.

Katy sonreía satisfecha. Estaba como en una nube, pero tenía que regresar al ahora, a la cocina...

—Vamos, te acompaño a tu habitación. —Fue Rem el que puso orden, ya se habían arriesgado demasiado.

No había pensado en hacer nada de aquello, pero al verla sobre la mesa, con sus piernas abiertas mostrando su sexo y esa mirada de deseo..., no se había podido resistir. No obstante, ya era hora de ir a la cama.

Katy negó e intentó tomar un extremo de su cinturón, que aún no había tenido tiempo de abrocharse, para acercarlo de nuevo a su cuerpo, pero él negó.

—No. —Acarició una de sus mejillas para que su rechazo no sonara tan contundente—. No es que no te desee, lo hago y te juro que me duele, pero ya hemos tentado mucho a la suerte... No podemos seguir en la cocina.

Katy asintió. Él tenía toda la razón, pero...

—Pero... ¿y tú? —interrogó pesarosa.

—Ya habrá otra ocasión, porque la habrá, ¿verdad?

—Sí —afirmó con total convicción y, sin darle opción a que dijera nada más, lo besó.

Rem se dejó llevar, pero tan solo por unos segundos. Se alejó de su cuerpo, recogió cada

prenda de Katy que estaba en el suelo y se las tendió para que se vistiera.

Ella tan solo llevaba puestos unos calcetines nada sexis de cuadros rojos y, al darse cuenta de ese pequeño detalle, unos bonitos colores le pintaron las mejillas.

—Estás preciosa —la reconfortó con una suave caricia en uno de sus muslos.

Y Katy lo creyó.

Comenzaron a vestirse en silencio. Katy fue la que más tardó en hacerlo, pues él tan solo tuvo que ponerse la camisa.

La ayudó a abrocharse el peto en las trabillas que tenía en los hombros, esta vez las manos no le temblaban y pudo hacerlo sin ningún problema. Le colocó las botas y, sentado en la misma silla donde había estado hacía tan solo un momento con su cabeza entre sus piernas, se las abrochó bajo su atenta mirada.

Era tan guapo que Katy disfrutaba contemplándolo. Se podría pasar horas observando cada gesto suyo, cada sonrisa.

La bajó de la mesa con cuidado, besó la punta de su nariz, la tomó de la mano y, juntos, subieron las escaleras.

La habitación de Rem estaba al final del pasillo junto a la de Robert y Mila, pero el guardaespaldas se dirigió hacia su puerta, como si esa hubiera sido su primera cita y ahora la acompañara hasta su casa.

Frente a ella, se besaron. Debieron pasar varios minutos, pero habían perdido la noción del tiempo en el preciso instante en el que sus labios se tocaron.

Las manos no podían estar quietas, se acariciaban. Rem apretaba sus pechos, molesto con la dura tela del vaquero que apenas le permitía sentirla.

—Para, para —susurró en voz muy baja cuando sintió cómo Katy intentaba colar una mano por la bragueta que acababa de desabrochar—. Joder, como sigas así, te voy a follar en el pasillo. Dios, Katy, por favor, para —rogó, pues ella continuaba con su empeño y, de repente, la voz de Colin les llegó tan nítida que se separaron al instante y, después de una mirada llena de promesas, Katy abrió la puerta y entró en su habitación.

Rem se quedó, allí, parado, mirando la hoja de madera tras la cual estaba la mujer que le había robado el corazón, la cordura y su férreo control.

Sonrió como un tonto enamorado y se llevó una mano al pelo, lo echó hacia atrás y, por un instante, tuvo unas intensas ganas de gritar de alegría.

Le costó moverse, pero lo hizo, primero, despacio y luego, casi a la carrera.

Se desnudó rápido dejándose solo el *slip* y se tiró sobre la cama. ¿Quién podría dormir tras lo ocurrido? Desde luego, él no. Se colocó las manos bajo la cabeza y cerró los ojos, pero tan solo para recordar imagen por imagen todo lo que su mente, de manera sabia, había grabado. Sonrió, la felicidad tenía nombre de mujer y ese era Katy.



No podía dormir, imposible tras lo que había pasado en casa de Ishbel.

Tras una ducha con agua helada, se vistió y se acomodó en la butaca que tenía junto a la cama. Cerró los ojos, su mente viajó, regresó a la cama de Ishbel, entre sus piernas y recordó, recordó todo lo que había sucedido esa tarde.

Sus labios recorrían su piel caliente y disfrutaba de sus gemidos que, junto al sonido de la lluvia golpeando los cristales, se había convertido en la melodía más maravillosa que había

escuchado nunca.

Ishbel era tan descarada en su forma de actuar como en su manera de follar; tampoco en ese aspecto tenía ningún filtro, ninguna vergüenza. Se guiaba tan solo por el deseo, por lo que su cuerpo le pedía, y esa tarde lluviosa lo que quería era a Robert y él estaba dispuesto a entregarse a ella de todas las maneras posibles.

Dibujó con su boca, con su lengua cada porción de su piel, recorrió con sus manos de norte a sur su cuerpo y entró en ella con potencia. Se meció sin pudor sobre ella, ajustó sus embestidas a las ganas de ambos y se rompieron en mil pedazos, juntos, sudorosos.

—¡Te has superado! —le dijo tras recuperarse del potente orgasmo.

—Gracias. —Robert sonrió sin abrir los ojos para mirarla. Estaba agotado, nunca había dado tanto en el arte del amor y el desgaste había sido tal que se sentía desfallecer. Pero mereció la pena, porque jamás había experimentado tanto placer como entre las piernas de esa pequeña loca.

Le costó dejarla, incluso deseó que ella le suplicara que se quedase a su lado, pero Ishbel, su pequeña rubia, no dijo nada cuando lo vio vestirse, ni siquiera ya en la puerta. Tan solo se limitó a darle un dulce beso de despedida y un adiós que en los labios de ella le sonó amargo. Si ella le hubiera pedido que se quedara..., habría roto todas las reglas de nuevo, todas, sin pensarlo dos veces.

Cerró los ojos molesto con él, con la metamorfosis que había sufrido. Él no era así, no se preocupaba por nadie, no sentía nada, nada.

—¡Joder! —gritó en voz alta molesto.

Por primera vez, Robert se sentía perdido, incluso más solo que nunca.

Un peso comenzó a crecer en su interior, como si la pena pesara toneladas dentro de su alma, y una sensación de angustia lo atrapó. Su respiración se volvió costosa y el corazón le golpeaba el pecho como si su intención fuese salirse de su caja torácica.

¿Qué le estaba pasando? Se llevó la mano a ese órgano palpitante.

Sudaba copiosamente y se desprendió del jersey de lana fina quedándose con una camiseta de manga corta. Pero ese calor agobiante no se fue y el aire parecía cada vez más escaso en esa habitación, así que salió. Robert salió de su cuarto, corrió hacia la noche, hacia la salida del hotel, hacia la playa.

Ya frente al mar, respiró con fuerza, llenó sus pulmones doloridos, se empapó del aire frío de la noche en las Highlands, único y lleno de matices, de aromas especiales, como esa tierra, esa maravillosa tierra.

Los ojos de Robert se anegaron, la pena era tan fuerte que necesitaba desahogo.

—*Los hombres no lloran* —le llegó la voz de su padre con el viento, en el susurro de un recuerdo.

Él tan solo tenía nueve años y le dolía la muerte de su madre, pero llorar no era cosa de hombres y el sargento de hierro no cedió ni siquiera en un momento como ese.

—¿Robert? ¿Estás bien? —Sintió una mano cálida sobre su hombro.

Asintió sin mirarla, aún no podía, tenía que recuperarse un poco del momento de debilidad que acababa de tener.

Se pasó las manos por la cara, borrando cualquier vestigio de su desaliento, tomó aire con fuerza y solo entonces se volvió.

Katy lo miraba con auténtica preocupación.

—¿Cómo has salido así con el frío que hace? —lo reprendió como haría una madre con un hijo. Llevaba una fina manta que se quitó de su cuerpo y colocó sobre los hombros de él. Le hacía

mucha más falta, tenía los labios amoratados y tiritaba.

Antes de acostarse, Katy había mirado por el balcón de su habitación, que daba a la playa. Gracias a la luna llena, en la lejanía divisó la figura oscura de un hombre. Sabía que no era Rem, pues lo acababa de dejar en el pasillo del hotel, así que tenía que ser Robert. Se colocó su anorak, pero también se envolvió en una fina manta, pues la noche estaba muy fría.

—El único loco que soporta estas temperaturas en manga corta es Lobo. Está hecho de otro material, creo que no es de carne y hueso.

Robert asintió. La verdad era que no se había percatado del frío que tenía hasta que lo arropó con la manta.

—Ishbel —pronunció su nombre con una dulce sonrisa en la boca.

—¿Cómo? —interrogó Katy.

—Ishbel también soporta este frío en manga corta.

Katy soltó una carcajada al recordar a la loca de su amiga en bikini.

—Sí, es cierto. Es por su sangre escocesa. Anda, Robert —dijo tras soltar un largo suspiro—, vamos a casa. —Le tendió la mano y él la miró como si fuera un objeto extraño, algo que no había visto en su vida.

—¿No me odias? —interrogó tras carraspear un par de veces.

—¿Odiarte? No, claro que no. Esa palabra es demasiado grande.

—Pues deberías.

—En eso te doy la razón. No estuvo nada bien lo que hiciste, Robert. No debiste llamar.

Bajó la mirada, parecía avergonzado.

—Lo sé, he sido un gilip...

—Lo importante es que lo reconozcas —lo interrumpió.

—Lo siento, Katy. —No solo lo decía con sus palabras, su mirada también suplicaba perdón y Katy no pudo por más que sonreír y acariciar su mejilla.

—Lo sé.

Robert comenzó entonces a caminar hacia la escalera y Katy se colocó a su lado.

—He estado toda la tarde con Ishbel —soltó de golpe, y ambos se asombraron por la confesión del guardaespaldas. Él, porque había hablado sin pensar y ella, porque jamás pensó que le confesaría algo así.

—Sé... sé lo que hay entre vosotros.

Robert se paró de golpe y la miró con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¿Y aun así no me odias? He hecho lo mismo que vosotros. Rem... creo que él lo sabe y, a pesar de eso, no me lo ha reprochado.

—¿Cómo?

—Me vio llegar de madrugada... Sé que es muy intuitivo, supongo que lo habrá deducido. Podría habérmelo echado en cara. Yo llegaba roto y él podría haberse aprovechado de lo débil que me sentía, pero no lo hizo...

Katy sonrió. Así era su chico, con un corazón tan grande que no le cabía en el pecho.

Sin esperar respuesta, encaminó sus pasos de nuevo hacia el largo tramo de escalones que llevaba al hotel.

—¿Te lo contó Ishbel?

—Sí, somos amigas, nos lo contamos todo. Pero esta vez ha sido diferente.

Volvió a pararse en seco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ishbel siempre me cuenta todo con pelos y señales, ya sabes cómo es. Pero esta vez lo

descubrí yo sola y no le quedó más remedio que reconocerlo. Eso es raro en ella.

—Y... ¿por qué crees que es diferente?

—Está muy claro, Robert. Le gustas mucho, muchísimo.

El guardaespaldas se puso de nuevo en marcha mientras sopesaba las palabras de Katy. Le gustaba mucho, muchísimo. Entonces... entonces ¿por qué lo dejaba ir? ¿Por qué no intentaba retenerlo?

—Cuando tenía nueve años, mi madre murió. —Katy guardó absoluto silencio. Que Robert abriese su corazón era tan raro como un día sin llovizna en Escocia—. Mi padre, me regañó por llorar. El sargento de hierro, lo llamaban sus hombres, y yo para él era uno más de los soldados de su tropa.

Katy no pudo retener un suspiro de tristeza. Imaginar a un niño tan pequeño roto de dolor por la pérdida de su madre sin poder sacar esa pena, le rompió el corazón.

—Para mí solo ha existido una cosa importante en esta vida —continuó hablando.

—¿El qué? —interrogó Katy. Él se había quedado callado y ya estaban dentro del hotel.

—El deber.

—¿Y el amor, Robert?

—No había espacio para eso, mi vida era el deber a mi padre, a mi patria. Aprendí a disparar cuando era tan solo un mocoso, me inculcó una disciplina estricta y, por supuesto, entré en el ejército cuando la edad me lo permitió.

Katy lo alentó a entrar en la cocina. Con pesadez, Robert se dejó caer en una de las sillas y se aferró a los extremos de la manta. Estaban en el calor del hogar, pero el frío que él sentía le venía de muy dentro.

—Toma. —Katy le ofreció un vaso de leche que previamente había calentado.

—Gracias —dijo, tras darle un trago—. El ejército —continuó con su historia— era mi vida. Servía a mi patria con honor, con valor, tal y como él me había enseñado. Pero un día... —Katy se había sentado frente a él y vio en sus ojos tal tristeza que no pudo contenerse y colocó una mano sobre la que él tenía encima de la mesa. Temió ser rechazada, pero para su asombro, el guardaespaldas se aferró con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos—. Un día... —sopesó sus palabras y prosiguió—, recibí una orden. Nunca se contradice la orden de un superior, jamás se cuestiona, pero... yo... no podía. —Cerró los ojos, parecía muy afectado y Katy lo sintió temblar—. Me negué y ya sabes lo que ocurre en el ejército cuando no se acata una orden. —Katy asintió y Robert decidió ir a lo verdaderamente importante, a lo que por las noches le quitaba el sueño y le oprimía el corazón—. Cuando mi padre, el sargento de hierro, se enteró, a él... —Carraspeó, tragó saliva—. Le dio un infarto y... y murió.

Los ojos de Robert se cerraron y los de Katy se llenaron de lágrimas.

—Y esta es la historia de cómo un hombre de hielo se convierte en uno que huye de los sentimientos, que busca la soledad y se martiriza con el pasado. —Su boca dibujó una triste sonrisa y Katy le apretó la mano que aún tenía sujeta.

—Siempre hay tiempo de cambiar las cosas. La soledad no es buena.

—La soledad es el castigo que me autoimpuse. Si no tengo a nadie, no corro el peligro de perderlo, de sufrir.

—Eso es cierto, pero también te pierdes lo bueno de no estar solo.

—Por un tiempo, me compensaba.

—¿Y ahora no?

—Ahora una rubia loca y malhablada ha entrado en mi vida para ponerla patas a arriba, para enseñarme que no puedo vivir en una burbuja.

Katy no pudo remediarlo y sonrió abiertamente, la manera de describir a Ishbel le hizo mucha gracia.

—Eso es bueno, Robert. —Él clavó sus preciosos ojos en ella. Brillaban llenos y plenos—. Déjate llevar.

Robert negó varias veces con la cabeza y se restregó la cara con la mano que tenía libre.

—Ojalá fuese tan fácil... —En ese preciso instante, la sonrisa que adornaba su boca era tan triste que a Katy se le llenaron los ojos de lágrimas—. Antes de ella, todo era más sencillo, solo tenía que hacer lo que debía. Pero ahora... ahora me quiero dejar llevar, tal y como tú me propones, aunque... aunque la verdad es que no sé cómo se hace. Siento que estoy perdiendo las riendas de mi vida y eso me asusta.

Entonces la que negó con vehemencia fue Katy.

—Eso no es cierto.

El guardaespaldas arrugó la frente.

—¿No lo es?

—No, te acostaste con ella, te dejaste llevar.

Robert sonrió y sacudió la cabeza.

—Tienes razón... Quizá el hielo se esté derritiendo.

—No te hagas esto. No eres hielo, Robert. Eres tan solo un hombre marcado por una infancia que ningún niño debería vivir. Tú no tienes la culpa de que tu padre muriera. —Él fue a responder, pero Katy le pidió silencio colocando un dedo sobre su boca—. Y hasta que no aceptes esa verdad, no podrás seguir adelante. No vivas en el pasado, no se puede cambiar, nada puedes hacer ya. Pero... ahora todo es diferente. Tienes a una loca —dijo riendo—, una loca encantadora a tu lado y ella te ayudará a hacer lo correcto, a vivir la vida, a ser feliz.

Ambos se quedaron en silencio por un largo espacio de tiempo. Robert se soltó de la mano que hasta ese momento seguía sujetando, se levantó y, tras dejar un dulce beso en una de las mejillas de Katy, se dispuso a salir de la cocina.

—Katy... —Tenía la mano sobre el pomo de la puerta, carraspeó un par de veces, pues sentía un nudo fuerte apretando su garganta—. Todas esas palabras que me has dicho..., creo que deberías decírtelas también a ti misma.

Y sin más, salió y cerró la puerta, dejando a una confusa Katy con las manos apoyadas en esa mesa que tanto adoraba y sintiendo que era tan hipócrita como lo había sido Robert. Pues él tenía razón, debía llevar a cabo lo que tanto aconsejaba.



26. Nada de ruidos

Rem

Corro, corro por la playa, dejo que mis pies casi toquen la orilla y así logro que pequeñas gotas saladas me salpiquen con cada zancada.

La música suena fuerte por mis auriculares y me entrego al ejercicio, al mar y al dolor de mis músculos protestando por la caña que hoy, en especial, les estoy dando. Pero me siento con ganas de comerme el mundo, de lanzar todo el peso que se acumula dentro de mí, coger a esa mujer entre mis brazos y, como si fuera un troglodita, llevarla a mi cueva para tenerla para mí solo, solo para mí.

Bajo el ritmo poco a poco, es hora de parar.

Tras nuestro encuentro en esa cocina, en esa mesa, una neblina de felicidad me envuelve. Me da la risa tonta. ¿Neblina de felicidad?, ¡seré cursi! Quién me iba a decir a mí que a estas alturas de mi vida, con lo bien que me conozco, iba a pensar algo así, tan... tan ñoño.

Ya no corro, ahora camino; primero, rápido y luego, más y más despacio.

Estiro bien mientras pienso en las consecuencias de mi sobreesfuerzo. Tendré agujetas, seguro, unas de esas de campeonato.

Subo las escaleras que me llevan al hotel. Hay mucho silencio, pero claro, es muy temprano. La verdad es que no he dormido casi nada, tan solo algunas cabezadas en las que se colaba Katy y le hacía maravillas a mi erección que, por cierto, no ha disminuido. Ahí sigue, tiesa como un palo.

Así que entre sueños calenturientos y vueltas en la cama, me he tirado casi toda la noche en vela, hasta que he decidido que ya era suficiente y he salido a correr.

Subo de dos en dos las escaleras que me llevan a mi habitación. Paso junto a la de Katy y, en un gesto tonto, acaricio la madera.

Me ducho y, sin poder remediarlo, mi necesidad me lleva a aliviarme yo solito y por fin logro que mi polla vuelva a tener su tamaño normal, ese que me permite meterla en mis vaqueros sin que el bulto me traicione a los ojos de los demás. De todas formas, como no me fío de ella y sé que mi consuelo es temporal, que el olor de Katy y la visión de su cuerpo van a volver a empinarla sin remedio, decido colocarme una camisa larga que, estando por fuera de la cintura de mi pantalón,

me tapa la bragueta.

Salgo de mi habitación y ya escucho ruidos. Me paro y agudizo mi oído. Sé que lo tengo muy fino y percibo con claridad la voz de Mila y Colin. Estarán desayunando.

Comienzo a caminar hacia la escalera, pero no he llegado ni a la mitad del pasillo cuando una mano toma la mía y tira de mi cuerpo. La sorpresa hace que me deje llevar y, sin darme apenas cuenta, estoy metido en un armario pequeño con estanterías a los lados, uno que no me había fijado que estaba ahí.

—Buenos días. —Katy me sonríe, ella es la que me ha metido en el armario.

—Buenos días. —Me la como con los ojos. Está preciosa, a pesar de su ya típica indumentaria. Pero hoy hay algo especial en su mirada, brilla...—. ¿Qué hacemos aquí? —pregunto, y ella me lanza una mirada traviesa que gracias a que es de día y la luz se filtra por la puerta entreabierta, puedo admirar.

De repente me tenso, coloco una mano sobre su boca y hago sobre mis labios el claro gesto de pedirle silencio, pues oigo pasos. La puerta no está cerrada del todo y, con sigilo, me asomo. Es Robert, seguro que baja a desayunar. Se para justo al lado de la puerta, no es tonto, sabe algo, lo presiento. Temo que abra y nos descubra, pero, por una vez, se comporta como un tipo con corazón, veo cómo niega con la cabeza un par de veces y sigue su camino hacia el comedor.

En cuanto dejo de verlo, me coloco de nuevo frente a Katy y le sonrío. Está nerviosa, pero también excitada, lo veo en sus ojos.

—Pequeña pervertida, te gusta el peligro, te excita... —susurro a su oído.

—¿A ti no? —me interroga.

—Mucho, me pone mucho. —Entonces la beso.

No estamos metidos en un armario para conversar, eso lo sé, ella quiere algo más y yo, por supuesto, me dejo. Le dejaría que hiciera conmigo lo que le diese la gana, no pongo condiciones ni trabas.

El espacio es pequeño, pero suficiente para poder movernos.

—Dejamos algo a medias y tengo que terminarlo —dice aprovechando que estoy lamiendo su cuello.

—¿Sí? Y dime, ¿qué es eso que dejamos a medias? —Estoy caliente, muy caliente, sé a qué se refiere y me muero de ganas de que mi sueño se haga realidad.

Miro sus labios jugosos y me relamo de gusto tan solo de pensar en tenerlos alrededor de mi polla. ¡Joder!, la simple visión hace que un jadeo salga de mi boca y ella me reprende.

—Nada de ruidos —murmura en voz muy baja y entrecortada.

Asiento y prometo hacer todo lo posible.

Quiero besarla de nuevo, pero se separa de mí. Quiero tocarla, pero me lo impide apartando mis manos.

—No te muevas —me ordena, y joder, tengo que apretarlos labios, pues estoy a punto de soltar un fuerte gruñido. ¡Dios, cómo me pone!

Me limito a aferrarme a las estanterías de metal que están a ambos lados del pequeño habitáculo, pero no dejo ni un solo instante de mirarla, de admirar esa belleza tan natural, tan... sublime.

Siento y contemplo cómo sus manos, sus pequeñas manos de dedos largos y finos, me desabrochan la camisa para dejar libre mi pecho, que se infla con cada respiración profunda y errática. Pasa sus palmas por él, lo acaricia y me mira, analizando cada uno de mis gestos. Debe de gustarle mucho cómo mi cuerpo reacciona ante sus caricias porque sonrío y, de manera lenta, acerca su cara para permitir que sus labios besen mi torso, lleva su lengua hacia uno de mis

pezones y lo lame. Por un instante, cierro los ojos al sentir el placer. Intento tocarla, pero ella para y me regaña, así que vuelvo a mi posición con los brazos en cruz y las manos aferradas a las estanterías.

Ahora me está desabrochando el cinturón y, tras él, la bragueta. Lo hace de manera tan lenta que me dan ganas de gritar.

Baja mis pantalones y mi *slip* hasta medio muslo, todo con movimientos seguros, pausados y con sus ojos sobre los míos.

Se pone de rodillas y, desde esa posición, nos contemplamos.

Joder, no he visto nada más erótico en toda mi vida que la visión de esos ojos golosos y mi polla a punto de entrar en su boca.

Pero claro, quiere ponerme al límite y no se la mete. Primero me tortura pasando sus dedos por ella, quiere que suplique y por supuesto que lo hago, no me importa que vea lo débil que soy ante ella. Le ruego y ella sonríe.

—¡Provocadora! —le digo y entonces pasa su lengua rosada por mi glande. Lo rodea y lo lame, le gusta su sabor. Lo sé, lo siento en mi cuerpo, se respira en el ambiente.

Con mi antebrazo, callo el potente gemido que quiere salir cuando por fin siento la estrechez de su boca recorriendo mi falo.

Me reubico porque hasta he dado un traspiés. Mis rodillas protestan, se doblan y mis ojos se cierran.

Tengo que concentrarme en no hacer ruido, pero joder, qué difícil me lo pone.

Usa su lengua cada vez que se la mete toda, usa sus dientes cuando se la saca y usa sus manos. Con una, masajea mis testículos y con otra, que ha colocado sobre uno de mis glúteos, me retiene, me obliga a apretarme contra su cara.

«¡Dios, qué bueno!», grito dentro de mi cabeza. Clavo los dientes sobre mi brazo cuando siento que acelera el ritmo.

Quito la otra mano, con la que me agarraba a la estantería, y la llevo a su cabeza. Ella protesta, pero con mis ojos le suplico que me conceda el simple roce de sus cabellos.

Nos entendemos con la mirada porque asiente y entonces hundo los dedos en su suave pelo.

El cosquilleo que precede al orgasmo nace con tal fuerza que, por un instante, pierdo el equilibrio y me tambaleo, pero lo recupero y ella sigue, no deja de mover su boca, de tocar.

Crece, crece, crece y estallo.

Grito dentro de mí y me muerdo el labio inferior intentando no hacer ruido, pero al final me pierdo en mi clímax y no sé si lo logro.

Poco a poco, recobro la conciencia. Ella sigue lamiendo y, al verme algo recuperado, se la saca de la boca y me sonríe.

Tiro de su cuerpo, la abrazo con fuerza y la ayudo a colocarse en esa postura que es tan nuestra, con sus piernas rodeando mis caderas y con nuestras bocas tan cercanas que la beso, la beso, la beso, hasta quedarnos sin aliento.



27. Dime, ¿cómo lo hago?

El resto del día estuvieron buscándose con la mirada, rozando sus manos al pasar uno junto al otro de manera disimulada y sonriéndose cada vez que nadie los miraba.

Después de la cena, Colin reclamó toda la atención de su madre y juntos, tras despedirse de los demás, se fueron a la cama.

Rem deseaba más de ella, más de sus encuentros, aunque fuesen a escondidas, pero tras el episodio en el armario, todos se habían extrañado de su tardanza y, a pesar de que no bajaron juntos, no quería tentar a la suerte. A él no le importaba, pero para Katy sí tendría repercusión. Esperaría. Esperaría lo que hiciese falta.

Katy, estás?

Ya tumbado en la cama, le mandó un wasap, aunque pensó que seguramente ella no contestaría. Pero...

Sí

Puedes?

*Sí, sí, Colin duerme como una marmota.
Rem...*

Dime

Y ahora?

*Ahora, nos dejamos llevar. No te fuerces a nada, Katy.
Yo estoy aquí para ti, esperaré lo que haga falta.*

Estás dispuesto a admitir a un niño en tu vida?

*Si hace unos meses me lo hubiesen planteado,
con sinceridad, habría salido corriendo, pero ahora...
Me gusta, Colin me gusta.
Casi toda mi vida he estado solo...*

Le confesó de repente.

Y tu hermano?

A él lo encontré hace poco

Pasaban los minutos y Rem no contestaba.

¿Quieres hablar?

Sí

Ahora?

Quizá me cueste menos por WhatsApp. Te molesta?

No, me parece bien. Tan solo me gustaría poder verte

Rem se hizo un selfi y le mandó la foto.

Dios, eres tan guapo

Escribió Katy al ver la instantánea en la que se veían su bonita sonrisa y su pelo despeinado. Estaba tumbado en la cama y se podía contemplar su torso de pectorales duros.

Rem sonrió feliz. Para ella quería ser el mejor en todo..., quería serlo todo para ella.

Katy... Mi madre tenía problemas, problemas mentales

Escribió con manos temblorosas.

Sigues ahí?

Interrogó al ver que no obtenía respuesta de ella.

*Sí, tan solo... Quieres que vaya a tu cuarto?
Colin no se despertará en toda la noche,
puedo ir y lo hablamos*

No, no, por favor. Necesito..., quiero estar así.

Si no, no podré seguir.

*Está bien, lo entiendo, pero si en algún momento me
necesitas, no dudes. Estoy cerca, Rem, a tu lado*

*Siempre te necesito, Katy, no te das cuenta?
Ahora y siempre te voy a necesitar*

Rem, no sé qué decirte

Al otro lado, Katy sollozaba, se moría por correr hasta su habitación, por abrazarse a su cuerpo y gritarle que ella también lo necesitaba. En poco tiempo, se había convertido en alguien importante en su vida. Se moría por ir..., pero no iba a caminar esos escasos metros porque él quería estar así, separados, para poder contarle todo lo que lo atormentaba, lo que enturbiaba esa bonita sonrisa.

*No tienes que decir nada, Katy. No digas nada.
No quiero que te sientas obligada, esos son
mis sentimientos. Además, paso a paso, recuerdas?*

Sí, paso a paso. ¿Quieres contarme más cosas?

Sí. Espera, no sé cómo empezar

Tú madre ha muerto?

Lo notó tan perdido, que intentó echarle una mano.

*Sí, gracias a eso, descubrí que mi hermano Patch estaba vivo.
Ella nos mintió a ambos, nos dijo a cada uno que el otro había
fallecido. Pero era mentira, era...*

*Joder, Katy. Sabes lo que supuso descubrir que mi hermano
estaba vivo?*

Puedo imaginarlo

*Ahora tengo familia, tengo a mi hermano y lo quiero.
Nunca dejé de pensar en él*

Eso es bonito, Rem, muy bonito

*Ella nos maltrataba, pero más a Patch que a mí.
Yo solo era un estorbo, es más, me abandonó porque
tenía que recorrer todo el mundo con mi hermano
y su ballet*

Katy esperaba que él siguiese escribiendo, no quería interrumpirlo porque sabía que el momento era duro, que debía estar mal, pues al abrir su corazón, al dejar salir todo lo que le había hecho daño, seguramente lo estaba experimentando de nuevo. Lo comprendía, le sucedía cada vez que rememoraba la muerte de sus padres. Pero Rem no escribía y empezó a impacientarse.

De repente, cuando tomó la decisión de dar ella el paso, pudo ver que estaba escribiendo otra vez.

Katy, me siento culpable

Culpable? ¿Por qué?

Porque cuando mi madre se dio cuenta de que yo no valía para el ballet y se volcó en mi hermano, me dejó de lado. Entonces cesaron los malos tratos, yo tan solo era un niño y me sentí feliz... Pero cuando me di cuenta de que por mi culpa se centraba en Patch, que ahora era él el que soportaba los maltratos, yo... Joder, me siento tan mal.

Tengo pesadillas en las que escucho a Patch gritar.

Te juro que, aún y pese al tiempo que ha pasado, lo puedo oír con claridad.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Sacar todo le estaba resultando a partes iguales doloroso y reparador. Le devolvía la cordura, la serenidad y ahora que había encontrado la forma de hacerlo sin sentirse avergonzado, de abrir su corazón, no podía parar. Quería soltar todo el lastre que acarreaba desde hacía mucho tiempo.

Rem, es normal que te sintieras aliviado.

Tú lo has dicho, eras solo un niño.

¡La única culpable era ella, solo ella, ella!

Katy también lloraba, sollozaba al pensar que un niño, uno como al que contemplaba desde su cama, que dormía feliz, sin miedos, podría sufrir todo ese terror que debieron de sentir Rem y su hermano. Y se enfureció, odiaba a esa mujer.

Lo sé, Katy, lo sé, pero... ¿cómo coño me deshago de ese sentimiento de culpabilidad? Dime, ¿cómo lo hago?

Rem soltó el teléfono para cubrirse la cara y llorar como cuando era pequeño y su madre encerraba a Patch durante horas e incluso días en aquella despensa sucia, oscura. Lo escuchaba gritar pidiendo ayuda, llorar desesperado. Él sabía que lo aterraba la oscuridad, el espacio reducido, pero no podía hacer nada, tan solo ser testigo del sufrimiento de su hermano. Se tenía que quedar en su cama sin poder ayudarlo. Impotente, se cubría los oídos con las manos en un absurdo intento de aislarse, pero no daba resultado y los gritos de Patch se habían quedado tan grabados en su memoria, que algunas noches se despertaba creyendo oírlos.

Unos toques en la puerta lo obligaron a parar de sollozar. Se limpió la cara frotándola con energía y abrió sin pensar en que estaba medio desnudo porque sabía quién estaba al otro lado y la verdad era que necesitaba su consuelo, le vendría bien en ese momento en el que se sentía como si su alma estuviese en carne viva.

Katy sollozaba con intensidad y su delgado cuerpo se agitaba, presa de la pena. Por unos instantes, se quedaron observándose el uno al otro hasta que ya no pudo más. Verlo tan triste, tan lleno de pena, terminó de desgarrarle el corazón y se arrojó a sus brazos.

A trompicones, entraron en la habitación y Rem cerró despacio, procurando no hacer ruido.

—Te dije que no vinieras —susurró con la cabeza metida entre su pelo, aferrado a ella como si le fuera la vida, como si al soltarla, pudiera caer fulminado.

—Calla, por favor. No digas nada, solo abrázame.
Y estuvieron de pie, abrazados durante mucho tiempo.



Rem

Las cosas siempre se ven de manera distinta cuando amanece, cuando es de día y el sol te obliga a distinguir las imágenes que su luz te permite contemplar con nitidez y que la oscuridad de la noche te ha negado.

Pero hoy no es así, hoy abro mis ojos. La luz se filtra entre la gruesa cortina, que no llegué a cerrar del todo, y me permite ver el lado de la cama en el que Katy ha estado, aunque ahora está vacío y tan solo me queda su imagen impresa en mi retina, su aroma.

No me siento vacío, como ese lado de la cama, ni con resaca tras lo que le conté ayer ni avergonzado por llorar como un crío delante de ella. El sol no me trae con sus rayos la necesidad de ocultarme, de meterme en un pequeño agujero donde ella..., donde nadie pueda verme. El sol me trae brillo, esperanza, ganas de salir de la cama y comerme el mundo, a ella...

Katy ha pasado gran parte de la noche en mi cama, entre mis brazos, ha secado mis lágrimas y yo las suyas, llenas de comprensión. Nos dormimos tras una larga conversación plagada de secretos, de cosas que jamás le había narrado a nadie y de besos con sabor a «no estás solo, ya nunca más estarás solo».

Estar a su lado me sana, cura mi mente y mi alma, y me aferro a ella porque mi cordura, esa que tanto Patch como yo apreciamos de manera especial, está en juego.

Y lo que más me gusta de ella es que no me juzga, no me mira con pena, no siente lástima por mí, sino que me acepta tal y como soy, sin prejuicios.

Miro el despertador. Son las diez y me asombro porque hace años que no paso tantas horas en la cama. Por norma general, amanezco muy temprano, salgo a correr y me desfogo. Es la primera vez en años que no recorro a mi rutina y eso sí que me hace sentir extraño.

Me levanto, me ducho y bajo a la cocina. Sigo su aroma, pero claro, está por todo el hotel. Camino como si fuera un sabueso tras su perfume natural, fresco y único.

Entro, esta vez sin temor a encontrarme con él. Ya no temo mi reacción porque estoy seguro de que Katy me quiere a mí.

La cocina está vacía y salgo en su busca. Escucho las teclas de la máquina de escribir, Mila está trabajando y me dan ganas de ir y obligarla a dejarlo todo, pues el final de esa novela supone el final de nuestra estancia aquí, junto a ella...

No quiero pensar en lo que ocurrirá cuando me marche, lo que sí sé es que no la podré olvidar y que pelearé con uñas y dientes para que lo nuestro funcione, pase lo que pase...

Dirijo mis pasos hacia el lugar preferido de Mila, esa terraza gigantesca con vistas al mar en la que crea sus historias.

Robert, de pie junto a la baranda, mira el mar, pero en cuanto escucha mis pasos, se gira con la mano en la pistola que oculta su chaqueta de lana. Al ver que soy yo, se relaja. Siempre está en guardia, es un profesional y en estos momentos recapacito, quizá debiera hablar con él...

¡Joder, me estoy ablandando! Será cosa del amor, no sé, nunca he estado enamorado hasta ahora.

—Rem, ¿hoy no has salido a correr? —Mila deja de teclear y me lanza una dulce y tierna mirada.

—No... —Me quedo sin excusa, nunca he dejado mi rutina, nunca, y me siento raro, como si algo me faltase.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupada.

—Sí, sí. —Me acerco hasta ella, coloco mis manos sobre sus hombros y beso su pelo. Aspiro el perfume de Mila, dulce, delicioso—. ¿Y Katy? —Intento disimular mi ansiedad por no saber dónde está.

—Se marchó con Ishbel al pueblo. Esa muchacha es como un torbellino. Llegó y se la llevó, dijo que la necesitaba con urgencia. Vete tú a saber para qué locura. —Mila suelta una carcajada. La rubia regordeta le ha conquistado el corazón, como a todos. Nadie se resiste al tsunami Ishbel.

Intento sonreír como si no me importara nada, pero creo que he puesto cara de tonto porque Mila me mira extrañada.

De repente, Colin entra en la sala corriendo, gritando y me salva de dar explicaciones sobre mi raro comportamiento.

—¡Rem, Rem!

—Eh, tranquilo, ¿qué ocurre, colega?

Se para frente a mí con la respiración alterada por la carrera, pero eso no le impide tenderme el puño. Sé lo que busca y, tras sonreírle, choco el mío intentando no ser muy brusco.

—Rem, tengo algo... Quiero que lo veas, ¿quieres? Porfa, porfa. —Habla de manera atropellada y sus ojos brillan de expectación.

—Claro que sí. Estoy libre. —Miro a Robert, es su turno. Asiente y, por sus ojos de pánico, que me hacen reír, deduzco que le da igual lo que haga con tal de que me lleve al niño lo más lejos posible de él.

Acompaño al pequeño hacia la calle, pero al pasar al lado de mi compañero, le susurro en voz muy baja:

—No te comerá —me burlo, y comienzo a reír. He visto a Robert frente a hombres armados, peleando con los puños, en situaciones peligrosas y jamás le ha temblado la mano. Sin embargo, frente a un crío inofensivo, parece al borde del llanto.

Colin me toma de la mano. Según parece, no está conforme con la velocidad que imprimo a mis pasos y tira de mí hasta que me obliga a correr.

Me conduce hasta el almacén que está junto al patio donde descubrí el precioso tiovivo.

Abre la puerta de chapa con mi ayuda, es demasiado grande para unas manos tan pequeñas.

Entramos juntos y, de una de las estanterías, coge un objeto que me tiende con entusiasmo.

—Mira —dice con orgullo. No tengo ni puñetera idea de qué es aquello—. ¡No puede ser! —exclama sorprendido al ver mi cara—. ¿De verdad no sabes qué es?

—Ni idea.

Colin eleva la mirada al cielo, parece pedir paciencia, refunfuña molesto y, con retintín en la voz, me dice:

—Una cometa. Es una cometa.

—Ah, claro...

—¿Te gustaría que te enseñara a volarla?—pregunta con tal entusiasmo que no me queda otra que asentir.

La sonrisa tan brillante y gigante que luce entonces su boca es la mayor recompensa para mí.

—¡Pues vamos! —grita emocionado, me toma de nuevo de la mano y juntos corremos hasta llegar a la playa.

El viento mece su cabello negro, pero él no deja de sonreír.

Saca la cometa de la funda en la que está metida y la deja sobre el suelo, en la arena seca de la playa.

—Toma el hilo —me dice mientras me tiende una bobina—, ve desenrollándolo poco a poco.

Obedezco. Me alejo con paso lento y caminando hacia atrás mientras Colin sujeta con fuerza la cometa, que ya quiere volar libre. Parece estar tan impaciente como él, incluso tanto como yo.

—¡Corre, corre! —me grita y lo hago, comienzo a alejarme. Sobre mi hombro, observo cómo la cometa con forma de mariposa se eleva.

De pronto, me paro y miro hacia el cielo. Parece una mariposa de verdad, hace giros, se eleva, desciende de golpe... Es maravilloso.

Siento cómo tira con fuerza de mis manos, que sujetan el hilo, pero no pienso dejarla escapar. Estoy unido a ella, puedo sentir el viento, la brisa. Por un instante, me permito cerrar los ojos y disfrutar de los tirones que da. Sonrío, sonrío feliz.

Colin se coloca a mi lado y juntos comenzamos a caminar. De vez en cuando, me ayuda, nuestras manos unidas sostienen el hilo y, entre los dos, hacemos girar la cometa. Lo escucho reír con tal alborozo que me contagio de su felicidad.

En un momento dado, el sentido del viento cambia y nos hace correr para que la cometa no descienda.

Me siento libre, jamás he hecho nada parecido porque nunca he sido un niño. No tengo recuerdos de juguetes ni de juegos.

El tiempo parece detenerse, la cometa vuela y yo, junto a ella, como si esa tela fuera mi cuerpo.

Grito de felicidad y Colin me imita entusiasmado. Reímos a carcajadas y terminamos agotados y hambrientos.

Se supone que yo soy el adulto y que debo de marcar las pautas, sin embargo, es Colin quien decide que ya es suficiente y que debemos regresar a casa.

—¿Te ha gustado? —me pregunta expectante.

—¿Tú qué crees?

Subimos las escaleras que dan al hotel codo con codo. Llevo la cometa en una mano y en la otra, la palma caliente y pequeña de Colin.

—¡Que sííí! —grita exultante y alarga la i hasta que se queda sin aliento.

—¡Sííí! —lo imito en su alborozo.

—Dime algo, Colin. —Consigo toda su atención—. ¿Quién te enseñó a volar cometas?

—Mi papá.

Mi sonrisa se esfuma de un plumazo, me paro de golpe y Colin tiene que tirar de mi mano para continuar el ascenso por la escalera.

Él, siempre él y no lo puedo culpar, pero... pero lo detesto con toda mi alma.



28. El peor hombre del mundo

Katy llegó cargada de bolsas. Se escabulló como pudo, no quería encontrarse con nadie hasta... Sonrió traviesa al pensar que seguro que todos se sorprenderían, pero el que más sería Rem.

Subió las escaleras hasta su habitación con el corazón bombeando a cien por hora.

Sabía que había tardado demasiado en regresar y que dentro de nada tendría que poner la comida, pero no podía resistirse a echar un nuevo vistazo a lo que se había comprado, pensaba estrenar alguna prenda.

Arrojó todas las bolsas sobre la cama y se desnudó con premura. A sus pies quedaron uno de sus petos, una de sus viejas camisetas, sus botas y los horteros calcetines de flores que llevaba en esos momentos. Los miró por un instante. «¿Cómo se me ocurrió comprármelos?», pensó.

Dejó de mirar su ropa vieja y sacó la nueva de las bolsas.

Un jersey de lana de un precioso rosa palo, una camiseta de manga larga y cuello barco en rojo, un par de vaqueros que se le ajustaban a sus largas y estilizadas piernas y le hacían un culo divino, dos pares de calcetines blancos, sin rayas ni flores ni cuadros y unos preciosos botines negros, cómodos y planos, pero muchísimo más femeninos que sus viejas botas militares.

Extendió todo su tesoro sobre la cama y lo observó feliz. Hacía tanto que no se compraba ropa, hacía tanto que no dejaba salir su lado más femenino.

Abrió la mochila que usaba a modo de bolso y tomó de su interior la máscara de pestañas y el brillo de labios que también había comprado. Sin pensárselo dos veces, se colocó frente al espejo y se los aplicó. Sus pestañas, ya largas y espesas, se veían impresionantes y sus labios más jugosos, con el toque rosado y el brillo que aportaba el labial.

De la mochila también cogió una pequeña bolsa, donde guardaba uno de sus mayores tesoros. Lo sacó con cuidado, como si fuese frágil, y lo colocó sobre sus pequeños pechos. Era un precioso sujetador de encaje. Katy nunca los usaba, no tenía costumbre, pues sus senos eran tan escasos que no lo necesitaba, pero al verlo en el escaparate, se enamoró de esa prenda de lencería e Ishbel, que era una mala influencia para eso de las compras, la obligó a entrar, probárselo y llevárselo junto a un tanga diminuto y, a los ojos de Katy, nada práctico para su vida diaria.

—*Deja de pensar en el trabajo y piensa más en ti*— la reprendió Ishbel cuando se negó a

comprarlo.

Ishbel tenía toda la razón. No es que les sobrase el dinero, todo lo que había ahorrado en el tiempo que fue modelo se esfumó rehabilitando el hotel, pero no les iba mal. El negocio funcionaba, ¿por qué no iba a poder gastarse unas cuantas libras en algo de ropa para ella? ¿Por qué no podía pensar por un día solo en ella?

Sonrió feliz al ver cómo le quedaba el sujetador. Lucía tan bonito que el arrepentimiento por finalmente hacerle caso a la loca de Ishbel y llevarse el conjunto se le pasó al instante, y más al pensar en Rem. Su cuerpo tembló de excitación tan solo al imaginarse su cara cuando la viese con el conjunto puesto.

Terminó de vestirse, se puso el jersey rosa, el vaquero más claro de los dos que había comprado, un par de calcetines y los preciosos botines.

Se miró al espejo y se reconoció. Por fin, Katy había vuelto. Una brillante sonrisa se dibujó en su boca y se giró para contemplarse desde todas las perspectivas, incluso posó como lo haría frente a los fotógrafos. El recuerdo de aquel tiempo regresó con fuerza y esta vez no fue triste ni amargo, no. Fue alegre. Ese periodo terminó, no lo añoraba, pero formaba parte de su pasado, de uno que la había llevado hasta allí, hasta ese punto, a encontrarse delante de un espejo fantaseando como una niña.

Estaba tan deseosa de que Rem la viera que salió corriendo de la habitación sin pararse a recoger un poco el lío de ropa.

Bajó en su busca. A esas horas tenía que estar a punto de regresar de su carrera diaria, pero no lo encontró por ningún lado.

—¡Mami, mami! —Colin llegaba de la calle y, al verla, se paró con la boca abierta—. Estás guapísima —dijo con la sabiduría que su inocencia le daba. Sin filtros, sin mentiras, todo lo que se pasaba por su cabeza lo soltaba y eso, en esa ocasión, para Katy fue una virtud que le hizo sentirse aún más segura de que su regreso. Su cambio era bueno y positivo.

Rem entró detrás de su hijo y, como también le había sucedido al niño, se frenó de golpe y su boca se abrió hasta el punto de casi desencajar su mandíbula. De manera instantánea, sin poder contenerlo, una erección apretó su bragueta y Rem dio gracias a la camisa que llevaba por fuera del pantalón y que la ocultaba.

—¡Dios mío, Katy, estas preciosa! —exclamó, y aunque su voz no era la de la inocencia ni mucho menos, Katy se hinchó de alegría porque, por la expresión de su cara, podía ver con total nitidez que a Rem le había gustado su cambio.

—No es para tanto, tan solo es algo de ropa nueva —dijo coqueta.

Pero, dentro de ella, sabía que no solo era ropa nueva ni su necesidad de que Rem la viese guapa. Lo que Katy deseaba en realidad era volver a sentirse mujer, dejar aparte su faceta como mamá, como empresaria y ser otra vez esa mujer femenina a la que le gustaba pintarse, ponerse ropa nueva y sentirse bella para ella, mirarse a un espejo y sonreír porque se gustaba, y eso la hacía caminar con mayor seguridad en sí misma.

Juntos, caminaron hacia la cocina, pues era la hora de comer, y Rem buscó un instante para rozar su mano de manera disimulada. Katy le sonrió y los ojos de él brillaron.

Parecía que en la cocina se había creado un perfecto microclima en el que todos estaban a gusto. Incluso Robert parecía menos tenso, debía de estar acostumbrándose a la presencia de Colin.

Charlaron animadamente. Katy les contaba su mañana de compras y Colin, lo bien que se lo habían pasado volando la cometa. Todos reían las ocurrencias del niño y su manera tan divertida de narrar los acontecimientos.

Rem apenas abrió la boca, no podía dejar de admirarla. Deseaba poder estar a solas, aunque tan solo fuese un instante, porque añoraba sus labios. Se mordió el suyo inferior intentando reprimir un gruñido de deseo.

—Mami, ¿cuándo vuelve papá? —La pregunta inocente de Colin lo sacó de su ensueño.

Sus ojos, de repente, se volvieron opacos y los clavó en Katy, esperaba su respuesta.

—Dentro de dos días —contestó incómoda. No pudo remediar echar un vistazo a Rem, quería ver su reacción ante la noticia.

—No sabía que Michael se había ido, pensaba que estaba en la isla —intervino Mila.

—Tuvo que regresar a Manhattan por un asunto de trabajo.

—Mi papá es fotógrafo —explicó el pequeño con los ojos clavados en Rem.

—Ya lo sabe —murmuró Katy.

—Ya, pero no sabe que es el mejor. ¿Sabes cómo conoció a mi mamá?

—No creo que a Rem le interese. Anda, cuéntanos más sobre el vuelo de la cometa. —Intentó desviar el tema. Un sudor frío caía por la espalda de Katy. Sabía que hablar de Michael le resultaría incómodo a Rem, pero nadie podía frenar a Colin, que prosiguió con su cháchara.

—Se enamoraron cuando papá le sacó unas fotos de modelo. Es que mamá es muy guapa y él la miró por el objetivo de la cámara y casi se cae de culo... —De pronto, paró. Su alegría al hablar de sus padres se tornó tristeza y pesar. Miró con ojos llorosos a su madre y balbuceó: Pero ahora no están juntos.

De repente, la cocina se volvió fría para Rem, el calor tan agradable que se había creado se esfumó. Necesitaba salir, no se sentía bien, le costaba respirar.

—Tengo... —dijo tras correr la silla y ponerse en pie—. Necesito hacer una llamada. —Fue la única excusa que se le ocurrió para salir de allí rápidamente.

Katy le rogaba con los ojos que se quedara, Mila lo observaba con preocupación y Robert parecía que podía detectar la mentira en su expresión. El único ajeno a todo era Colin, que siguió hablando de su padre en cuanto Rem abrió la puerta y se marchó.

Rem

¡Dios, cómo duele! Creo que voy a vomitar, mi estómago se agita. Puede que algo me haya sentado mal. ¡Pues claro que algo me ha sentado mal!, pero no ha sido la comida precisamente.

Subo las escaleras de dos en dos, necesito encerrarme, estar solo y pensar. Joder.

Cierro la puerta, quizá con demasiada fuerza. Comienzo a caminar por la habitación como si fuese un animal encerrado en un pequeño espacio. Intento contener las arcadas, respirar y dejar de sentirme mezquino por desear a Katy.

Joder, es todo una enorme mierda.

Dos toques en la puerta me obligan a caminar hacia ella, abro sin pensar y allí de pie, con un montón de toallas entre sus brazos, está Katy. A mi mente llega la primera vez que la vi así, delante de la puerta con los brazos cargados, solo que en esta ocasión su mirada es diferente. Esta vez se mezclan pena y miedo en sus pupilas.

—Rem, yo...

—Pasa —le digo, y ella camina hasta colocarse en el centro del dormitorio.

Le cojo las toallas. Ya tengo, pero sé que eso tan solo ha sido una excusa para venir a verme. Las dejo sobre la cama.

—El no pretende molestarte... —dice nerviosa mientras se retuerce las manos.

—Lo sé, es normal que quiera hablar de su padre. No lo culpo, es solo un niño.

—¿Entonces?

Me alejo de ella, su aroma me hace ser débil. Froto mi cara, mi barba un tanto espesa. Expresar cómo me siento es complicado... Ahora todo se ha vuelto difícil...

—Me siento mal, Katy. Es como si le estuviese robando, como si le quitara la posibilidad de que tú y Michael...

—No digas eso..., no lo digas. —Niega una y otra vez con la cabeza.

—Tú siempre has dicho que no estás segura. Quizá si yo no me hubiera interpuesto, si no hubiese aparecido por aquí, tal vez...

Sus ojos están tistes porque sabe que tengo razón y eso me jode. Quiero que me diga que él no significa nada, que solo estoy yo en su cabeza.

Me llevo las manos al pelo y lo retiro de mi cara en un claro gesto de impotencia, esa que siento, pues no puedo hacer nada, nada más que mirar, esperar...

Estamos frente a frente y ella es quien da los pocos pasos que nos separan. Se sujeta con sus dedos a las trabillas de mis vaqueros y tira de mí. Ambos sabemos que me dejo. Por más fuerza que imprima, si yo no quisiera acercarme, nunca tendría suficiente. Pero para qué engañarnos, yo también quiero su contacto, lo necesito más que nunca.

Enreda sus manos en mi cuello, que doblo para tener acceso a su boca. Me besa, y digo *me* porque es ella quien toma toda la iniciativa.

—No quiero que esto termine —dice entre beso y beso.

—No puede terminar —respondo, y es lo que siento.

Mis manos no han querido tocarla, pero poco a poco las voy acercando a su cuerpo hasta que, con furia, la tomo de las caderas y entonces se produce el ansiado choque de nuestros sexos.

Doblo las piernas para coger impulso y elevarla hasta que ella coloca las suyas alrededor de mis caderas. Creo que esta se ha convertido en mi postura preferida. Tengo acceso a su boca sin necesidad de encorvar mi espalda, puedo frotarme, tocar sus glúteos. ¡Dios, pierdo la razón a su lado!

—¡Mami, mami! —La voz de Colin llamándola me llega lejana, pero con suficiente potencia como para salir de la nebulosa en la que sus besos, su tacto y su aroma me han envuelto.

La bajo con premura, pero ella parece no entender el motivo porque me mira entre sorprendida y muy frustrada.

Le hago un gesto que le indica que preste atención y escucha a su hijo llamándola a gritos.

Se recompone, se alisa el jersey, acomoda su cabello y abre la puerta justo en el momento en el que Colin está delante de ella.

—Mami, te estaba buscando. —Nos mira a ambos con esos ojillos tan dulces y mi corazón se para.

—Gracias por las toallas —digo con rapidez. Las he tomado de la cama para que Colin piense que ese es el motivo de que su madre esté en mi habitación. Sabemos que es pequeño y, por supuesto, no intuye lo que pasa entre nosotros, pero Colin es muy hablador y temo que le vaya con el cuento de habernos visto juntos a Mila o incluso a Michael... Bueno, a él me la suda. ¡Que se joda ese cabrón!

Katy me lanza una sonrisa entre nerviosa y agradecida, toma la mano de su hijo y ambos, tras un adiós, se van y me dejan solo, apoyado en el marco de la puerta, con el amargo sentimiento de estar haciendo algo prohibido, algo sucio y mezquino.

Me siento el peor hombre del mundo.

Cuando desaparecen de mi vista, entro, dejo las toallas sobre la cama, saco mi móvil del bolsillo derecho de mi vaquero y le escribo un wasap.

No espero respuesta, sé que no la habrá, pues está con su hijo. Guardo el móvil y camino hasta el balcón.

Mirar el mar me calma y ahora necesito recomponerme, volver a unir mis piezas, será una larga y dura tarea. Lo bueno es que ya tengo experiencia. No es la primera vez que me rompo en pedazos.



Ishbel también llegó a casa cargada de bolsas de esa salida de chicas, pero no solo con ropa, zapatos y demás complementos, también trajo información sobre el hombre que desde hacía un tiempo estaba metido en su cabeza, ese que se había hecho un hueco en su corazón como si fuese un okupa.

Se sentó en la cama y suspiró con fuerza recordando todo lo que había sucedido.

Llegó al hotel en busca de su amiga, necesitaba hacer algo, algo diferente, y entonces se le ocurrió una salida de compras. Nada mejor que gastar dinero en trapitos para olvidar un poco la vida y, por supuesto, a ese guardaespaldas.

Katy no quería y puso un millón de excusas, su hijo, el hotel... Pero, al final, Ishbel, como era muy tenaz, no cejó hasta conseguir lo que se proponía y tener su salida de chicas.

Pasaron la mañana en la tienda de Lorna. Había traído mucho género nuevo, vestidos, pantalones, zapatos y todo tipo de complementos que lograron que ambas disfrutaran del tiempo que estuvieron allí entre risas, olvidándose del mundo y centradas en probarse todas las prendas de la tienda.

Ya agotadas, pues el shopping es peor que correr una maratón, decidieron irse al hotel. Además, Katy no quería llegar muy tarde.

—Ishbel, tengo que contarte algo. —Su tono reticente hizo que la rubia, por un instante, apartara la vista de la carretera para clavarla en Katy.

—Ay, madre, miedo me das. Dime que estás usando métodos anticonceptivos.

—¡No tiene nada que ver con eso! —exclamó Katy molesta—. Además... por supuesto que los uso... —resopló enfadada.

—Vale, fiera, no te enfades. Perdona que insista, pero cada vez que me dices que tienes que decirme algo, me acojono.

—Pues no te acojones tanto por mí... ¿Y tú? ¿Los usas?

Ishbel la miró de nuevo, solo que esta vez durante tanto tiempo que casi se sale de la carretera.

—¡Quieres hacer el favor de mirar hacia adelante! —la reprendió Katy.

—Sí, lo hago, pero tú deja de preguntar gilipolleces.

—Y tú de decirme lo que tengo que hacer como si fuese una niña.

Ambas resoplaron enfadadas, pero, de repente, Ishbel sacudió la cabeza.

—Perdona. —Por su tono, Katy supo que de verdad estaba arrepentida—. Tienes razón, soy una plasta.

—Lo eres.

—Lo soy. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono.

El ambiente se relajó de nuevo.

—¿Y bien?—interrogó Ishbel mientras miraba de manera fugaz a Katy— ¿No ibas a

contarme algo?

—No es nada malo. —Movi6 la mano intentando quitarle importancia

—Pues me alegro, pero quieres hacer el puñetero favor de soltarlo ya.

—Es que no s6 cunto te puedo contar.

—Coño, Katy, me est1s poniendo de los nervios. Cuenta ya lo que sea.

—Anoche hablé con Robert —lo soltó de golpe e Ishbel otra vez estuvo a punto de salirse de la carretera. A ese paso, terminarían en la cuneta.

—¡Joder, ten cuidado! —protestó Katy, aferrada al salpicadero.

—Lo siento, lo siento...

—Ay, amiga, es nombrarlo y te pones nerviosa —dijo con tono cantarín—. Est1s coladita por él.

—No es para tanto..., es solo que me has sorprendido. Robert y hablar en la misma frase se me hace tan raro.

—Sí, sí, ya veo yo que es por eso —se burló.

Ishbel chasqueó la lengua.

—Bueno, déjate de tonterías y ve al grano ya.

Entonces Katy dejó de sonreír, su semblante se puso serio porque recordó todo lo que él le había contado, su dolor, su tristeza...

—Él está muy jodido, Ishbel. —Bajó la mirada a su regazo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Ya no había ni pizca de alegría en la voz de Ishbel, su perenne sonrisa se había esfumado.

—Yo no debo ser quien te lo cuente, solo quiero que sepas que Robert no es el hombre de hielo que quiere hacer ver ante los demás. Tiene motivos para ser como es. Él... él merece ser feliz.

Ishbel asintió varias veces, lo entendía, pero Robert le había abierto el corazón a su amiga y no a ella. ¿Por qué?

—Y me dices todo esto ¿por...? —Intentó usar un tono que le indicase a su amiga que no le importaba no saber, no conocer la historia de Robert, pero sus manos temblaban, así que se aferró con más fuerza al volante para disimular.

—Porque tienes que hacerlo feliz.

—¿Yo?

—Sí, amiga, tú. Ese hombre está enamorado de ti.

—Ya veo... —dijo con tono burlón—. Tan enamorado que te cuenta a ti sus cosas...

—No seas injusta, Ishbel.

—No, yo no soy injusta, la vida lo es.

Ahora estaba allí, sentada con un montón de bolsas a sus pies y un pesar que la ahogaba dentro de su corazón.

No solo dolía el saber que él estaba mal, también lo hacía el saber que no había confiado lo suficiente en ella para contarle todas las cosas que le preocupaban. Había acudido a una extraña, a una mujer a la que apenas conocía teniéndola a ella. ¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Basta! —dijo en voz alta. Ella no era así. No era celosa ni se enamoraba ni le importaba la vida de ese hombre. Lo único que sacaría de él, lo único importante era el sexo tan estupendo que compartía con Robert—. Nada de bombones y flores ni paseos de la mano por la playa.

Intentó convencerse de que a ella no le importaba lo que Robert había sufrido ni por qué era así su carácter. Pero, en el fondo, Ishbel sabía que todo era un espejismo, nada más que una forma de engañarse a sí misma.



29. Va a resultar que tiene corazón

La playa y el mar eran dos de los muchos atractivos que esa isla tenía y a Mila le gustaba disfrutar de esa paz que la inspiraba. Estaba sentada en una silla de playa frente al océano. Sus dos guardaespaldas, tan diferentes entre sí en algunos aspectos y tan iguales en otros, habían bajado las escaleras portando su silla y la habían colocado en el lugar exacto donde podría disfrutar de las maravillosas vistas, de cómo las olas chocaban con la arena. Y allí se encontraba, contemplándolas, disfrutando de la compañía no solo de sus dos chicos, sino también de Katy, el pequeño Colin y la alocada Ishbel, y recordando aquella época en la que él estaba a su lado, esos días en los que lo único importante era el mar, la paz y él... Añoró tantas cosas, tanto tiempo perdido.

Aspiró fuerte y se agarró los dos lados de la chaqueta de lana para cubrirse. Hacía algo de frío a pesar de que el sol brillaba.

A su lado, sentadas en una manta, Katy e Ishbel charlaban y ella reía de las ocurrencias de la vivaracha rubia.

Rem se había unido al grupo porque intentaba normalizar lo más posible la situación. Que entre él y Katy había algo, algo intenso y fuerte, era evidente, aunque todos disimulaban.

Pero no solo ellos guardan secretos. Ishbel y Robert también lo hacían, aunque el gruñón guardaespaldas era el que peor disimulaba; al menos, para Mila. La escritora no dejaba de sonreír al ver cómo la miraba, cómo se comía a la pequeña rubia con los ojos. Si ella sonreía, él lo hacía también. Cuando escuchaba sus carcajadas, su sonrisa se hacía más grande y sus ojos la seguían a todas partes. Procuraba mantenerse alejado, intentaba no acercarse, pero era tan evidente, tan real su atracción por ella, como ese mar que besaba la playa.

Mientras, Rem no podía quedarse quieto y paseaba por la orilla. No quería mirarla, intentaba reprimir sus ganas de mirarse en sus ojos. Tenía que hacer algo.

Al ver el balón con el que jugaba Colin, se le ocurrió una idea, quizá así todos se distrajeran un poco. Habló con Colin. Su propuesta le entusiasmó y comenzaron a organizar un partido de voleibol sobre la arena. Tenían que buscar jugadores y el primer objetivo fue Robert. Les costó convencerlo, pero al final, quizá aburrido de los ruegos del pequeño o tal vez porque así dejaría de perseguirlo por la orilla de la playa, claudicó.

—Nos faltan tres jugadores más. —Colin se situó frente a Katy e Ishbel con sus ojos enormes y suplicantes.

—Huy, ni de coña —dijo Ishbel—. No se me dan bien los deportes.

—Venga, vamos, no seas tan aburrida. —Katy se puso de pie. Le apetecía jugar, así olvidarían por un tiempo las preocupaciones. Además, pensaba acercarse a Rem todo lo que pudiese, lo necesitaba tanto.

Le tendió la mano y, aunque en un principio Ishbel protestó y se resistió, al final cedió y aceptó entre risas.

—¿Qué hago con mis tacones? —Como era su costumbre, la pequeña muchacha llevaba una de sus minifaldas y unos zapatos altos, muy altos.

—Pues te los quitas. —Rem se estaba desprendiendo de sus botas y calcetines, después se remangó las perneras del pantalón y la alentó a que ella hiciese lo mismo.

—Lo hago por ti —protestó Ishbel señalando a Colin, que ya estaba descalzo e imitando la misma postura que Rem.

Tanto Katy como Robert también estaban preparados.

—Rem y yo seremos los capitanes de los equipos —explicó Colin muy serio—. Me pido a Robert.

—Eh, de eso nada, ¿por qué tienes que ser tú el primero en pedir? —protestó Rem.

—Porque soy el único niño. —Todos lo miraron sorprendidos por la respuesta y comenzaron a reír a carcajadas.

—Visto así, tienes razón. Robert es tuyo. —El guardaespaldas parecía tener un limón en la boca, miraba al niño como si fuera el portador de un virus letal, pero sin decir ni una palabra, se situó a su lado.

—Te toca. —Colin lo señaló con un dedo.

—Yo me pido a Katy. —Sus ojos impactaron en ella y no pudo evitar que su corazón palpitase veloz.

Ella caminó despacio y, al situarse a su lado, Rem le tendió la mano para que ella chocase la palma y ese simple contacto le hizo estremecer.

—Jo, me tendré que quedar con Ishbel —protestó Colin.

—Eh, pero bueno... —Ishbel se cruzó de brazos molesta.

Se colocó al lado de Robert, pero ni siquiera lo miró.

Mila los observaba muy atenta. Verlos reír y pelearse como niños era de lo más divertido.

—Mila, tú vienes a mi equipo. —Rem le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Yo? —Lo miró sorprendida, no había pensado que contasen con ella.

—Por supuesto. Además, te necesitamos.

Mila sonrió, nunca había jugado al balón, pero lo importante era divertirse y, con esa panda, eso estaba asegurado.

Se descalzó y se desprendió de la gruesa chaqueta de lana porque seguro que le molestaba para tocar el balón.

Su falda larga se movía agitada por el viento, pero no le impidió jugar ni correr de un lado a otro golpeando el balón. Reía a carcajadas cuando Ishbel se caía, rodaba por la arena y no era capaz de ponerse de nuevo en pie, pues su corta falda se lo impedía. Entonces Colin refunfuñaba y Robert la ayudaba levantarse.

El partido era una simple excusa para pasar un tiempo juntos, para divertirse. Incluso para Robert, que un par de veces soltó una carcajada, era un desahogo, una forma de olvidar los problemas y una manera de desarmar a Ishbel, que al verlo tan desinhibido, se sintió mucho más

atraída por él.

—¡Papá! —De repente, Colin dejó de jugar, tiró el balón al suelo y corrió hacia la figura que bajaba las escaleras y se acercaba a ellos.

Rem se giró para mirarlo. Sabía que tarde o temprano tendría que verlo, pero en ese momento no estaba preparado. Había estado jugando con Colin, había abrazado a Katy y rodado con ella por el suelo con la excusa de robarle un balón, y eso que los dos estaban en el mismo equipo. Habían reído a carcajadas, se había sentido integrado, inmerso en el mundo de Colin, formaba parte de algo especial. Pero de repente, de pronto, llegaba él para destrozarlo todo, para pasar una apisonadora sobre su corazón.

Era consciente de que Katy también se sentía incómoda. La miró y pudo ver el pesar en sus preciosos ojos marrones. Le sonrió, pues no le gustaba verla apagada, triste, e intentó infundirle tranquilidad. No pensaba liarse a puñetazos, él no era así, aunque su primer impulso al verlo llegar, tomarla de la cintura, acercarla a su cuerpo y dejar un beso en una de sus mejillas fue de machacarle la cara, golpearlo hasta hacerlo sangrar. Pero fue lo suficientemente civilizado como para limitarse a apretar la mandíbula, los puños y disimular como pudo.



Rem

Put a mierda. Como no la suelte, lo mato, juro que lo mato. No puedo dejar de mirar esa mano sobre la cintura de ella, parece creerse su dueño.

Katy lo aparta de manera discreta y me mira. Joder, lo que más me molesta es que está sufriendo y no puedo hacer nada para ayudarla porque mi cuerpo no me responde, no me obedece.

Las voces parecen lejanas, como si de repente hubiera metido la cabeza bajo el agua. Los sonidos me llegan, pero no logro entender. Mi mente está saturada, frita, ¡mierda! Veo cómo todos lo saludan y llega mi turno.

Sacudo la cabeza, intentando salir de mi embotamiento.

—Él es Rem, el otro guardaespaldas de Mila. —Katy me presenta y Michael me tiende la mano para saludarme.

Por unos segundos, me la quedo mirando. Estoy tentado de no estrechársela, de darme la vuelta y dejarlos a todos allí, pero recapacito, pues sería muy doloroso para Katy. Además, luego tendría que dar explicaciones. No puedo hacerle eso, así que tomo su mano y aprieto con toda la fuerza que tengo. Sé que le estoy haciendo daño, puedo ver una mueca de dolor en su boca y, dentro de mí, me siento satisfecho.

—Hola, encantado —dice entre dientes y yo me limito a asentir. No puedo decir lo mismo, no me sale.

—Este es mi papi. —Colin se dirige a mí y me mira con los ojos muy abiertos. Se le ve tan orgulloso y feliz que me obligo a soltar su mano.

Miro al padre y al hijo y me siento mezquino. Ninguno de los dos tiene la culpa de lo que

siento, Michael no merece mi odio.

—Rem es mi amigo —explica el niño, y entonces toma mi mano—, le enseñé a volar la cometa.

—¿De verdad? —me pregunta Michael, que intenta ser amable.

Asiento, creo que he perdido la voz.

—Será mejor que volvamos, es casi la hora de cenar. —Katy acude en mi rescate, sabe que no quiero estar allí, junto a él, que no me siento cómodo.

Todos regresan, conversan entre ellos y parecen ajenos a lo que me hiere en las venas. Todos se van. Todos, menos Robert, que camina a mi lado. Nos alejamos del resto del grupo, pero con nuestra mirada siempre fija en Mila; ante todo y sobre todo, somos profesionales. No me dice nada, no pregunta ni intenta sonsacar lo que seguramente ya sabe, pero aunque parezca un tanto absurdo, siento su apoyo. ¡Maldito mamón! Va a resultar que tiene corazón y todo.

La cocina parece estar envuelta en una espesa y desagradable tensión, una que, por fortuna, tan solo notamos Katy y yo. Los demás —excepto Robert, que parece intentar analizarme, pues no aparta la mirada de mí— parecen ajenos a todo. Conversan, se ríen y tanto Ishbel como Colin no paran de hablar.

Katy apenas prueba bocado. Lo sé porque la observo y él también está atento a ella, tan atento que los celos de nuevo me golpean sin piedad y cuando veo cómo con cariño toma una de sus manos y se la lleva a la boca para besar su dorso, creo que voy a matarlo. Aparto la mirada, pero no con suficiente rapidez. «¡Baboso de mierda!», grita mi mente.

Me doy cuenta de que he soltado un gruñido porque noto las miradas de todos clavadas en mí y, para disimular, carraspeo.

Resisto como puedo la comida, los postres, incluso que toque su mano, pero lo que ya no pienso soportar es ver cómo le planta un beso en la mejilla. ¡Joder, esto ya es demasiado!

Los ojos de Katy me piden perdón. Sé que ella no tiene la culpa, su gesto la ha pillado tan desprevenida como a mí, pero lo siento, creo que ya he soportado demasiado, así que me disculpo y me largo de esa cocina. Lo haría de la isla, de Escocia, si pudiera, pero tengo obligaciones que cumplir.



Katy observó atenta cómo se iba y deseó con toda su alma correr hacia él y poder explicarle que Michael no le importaba tanto como él, que no deseaba sus atenciones, que la perdonara por... por dudar, por no dejar las cosas claras, por no dar el paso. Quería decirle todas esas cosas, pero se quedó sentada, lo vio marchar y su corazón se rompió.

Sabía lo que eran los celos, los había sufrido por culpa de Michael y ahora era ella la que hacía sufrir a otra persona sin quererlo, sin pretenderlo.

Recogió la cocina cuando todos, incluso Colin, se acostaron y ya sentada frente a Michael, con una taza de té entre sus manos, decidió que era el momento de dejarlo todo claro.

—Tenemos una conversación pendiente, Michael —soltó tras un largo suspiro.

—¿Y bien? —Michael no deseaba andarse con rodeos.

—He pensado en tu oferta y te seré sincera... —Bajó la mirada, no porque tuviese nada de que avergonzarse, sino porque sabía que sus palabras lo iban a dañar. Michael era un buen hombre, no merecía sufrir y ella detestaba ser la causante—. Te juro que me gustaría poder... —Elevó los ojos, merecía que le dijera la verdad a la cara, aunque doliese—. No puedo, Michael, lo siento.

Michael intentó tragar el nudo que apretaba su garganta. Aunque no tenía muchas esperanzas de recuperarla, había intentado quemar su último cartucho y pensó que quizá si pasaba unos días a solas, ella... Cerró los ojos intentando reponerse.

—¿Estás segura? —Buscó una de las manos que Katy tenía sobre la mesa y la tomó entre las suyas—. Puedo esperar un poco más. No decidas...

—¡No, Michael! —lo interrumpió—. No quiero que esperes más. No funciona...

—¡Ya te dije que todo fue un error! —Esta vez fue él quien la interrumpió. Soltó su mano y se puso de pie—. Joder, Katy, me cabrea tanto que sigas anclada en ese día. Te juro que solo me despedía de ella, te lo juro. Yo te quería. —Con un rápido gesto, movió la silla en la que ella estaba sentada y se colocó de rodillas delante de ella—. Te quiero, te amo, nunca te he podido sacar de mi cabeza...

—¡Basta! —Se levantó como pudo, no quería verlo así, postrado a sus pies.

Caminó hasta la pila y apoyó las manos sobre ella, dándole la espalda.

—Para, Michael —dijo entre sollozos—, esto nos hace daño, mucho daño. Sé que tú no tuviste la culpa, que todo fue una mala jugada del destino... Pero ahora ya no siento..., ahora hay alguien.

Michael, que había permanecido en cuclillas, al escuchar su confesión se levantó y se dejó caer abatido, perdido, sobre la silla en la que hacía tan solo unos segundos había estado ella sentada.

—¿Otro? —interrogó. Su voz sonó rota porque algo dentro de él se había quebrado al escuchar sus palabras. Katy se giró y no dijo sí, no asintió, solo se limitó a mirarlo—. ¡¿Otro?! —gritó furioso.

Se puso de pie y se acercó tanto a ella que invadió su espacio vital. Estaba acorralada entre el fregadero, a su espalda, y el cuerpo de Michael, frente a ella. Volvió la cara hacia un lado, su boca estaba tan cerca que sentía su aliento.

—Michael, por favor... —Necesitaba alejarlo porque su contacto la molestaba.

—¡Michael, por favor! —Intentó imitar su voz lastimera como si se burlase de su incomodidad—. ¡Michael, por favor, ¿qué?! ¡¿Qué coño quieres, Katy?! —Aferró sus brazos con tanta fuerza que ella se quejó de dolor, pero parecía no importarle los moratones que seguramente le saldrían—. ¡Tú fuiste la que me dejó tirado! ¡Mírame! —Obedeció y pudo ver la furia que sus pupilas le devolvían. Jamás lo había visto así y empezó a asustarse—. ¡Y ahora me dices que hay otro! ¡¿Quién es?! No sales de este puto pueblo, de este hotel. ¿Cómo coño lo has conocido?

—Eso a ti no te importa.

—Sí que me importa porque eres la madre de mi hijo y quiero saber con quién coño has estado follando. —La voz se le quebró.

—Por favor, me haces daño. Suéltame —protestó cuando él comenzó a zarandearla sin compasión.

Las lágrimas corrían por sus mejillas y fue en el preciso instante en el que el fotógrafo reparó en ellas cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Pestañeó un par de veces, aturdido, y sacudió la cabeza.

«Pero ¿qué estás haciendo?», se preguntó. Parecía que algo le había poseído, algo que le hacía ser violento, y ese algo era la ira, una que lo había atrapado de tal manera que estaba agrediendo a Katy.

La soltó. Sus ojos expresaban horror, su respiración comenzó a hacerse costosa y sus manos temblaban.

—¡Dios, Katy, lo siento! No sé... no sé qué me ha pasado, pero al oírte decir... —Sollozó con fuerza y se sentó de nuevo. Tomó su cabeza entre sus manos—. Perdóname, perdóname... Por

favor.

Katy también temblaba. Por un instante, pensó que él iba a golpearla.

Caminó los escasos pasos que la separaban de la silla que estaba frente a Michael y se sentó porque sus rodillas no la sostenían.

—Lo siento tanto, Michael. —Comenzó a llorar con intensidad—. Siento todo lo que nos está pasando, pero no puedo cambiar el pasado y no puedo dejar de pensar en él.

Michael asintió, se puso de pie, caminó hasta la puerta de la cocina, la traspasó y la dejó sola, sin tan siquiera un adiós.



Robert necesitaba estar a solas con ella, lo necesitaba tanto como el respirar y aprovechó que todos se iban a la cama —menos Michel y Katy, que se quedaron en la cocina—, para ir tras la rubia al ver que salía del hotel hacia su coche. Se escabulló entre las sombras y, antes de que entrara en el vehículo, la tomó de la mano y la guio hacia la penumbra.

Deseaba besarla, pero no se atrevió, había estado rara con él. Lo rehuía, a pesar de que en el juego él había intentado acercarse a ella, tocarla.

—¿Qué quieres? —Parecía molesta y Robert dio dos pasos atrás para separarse del cuerpo de la pequeña rubia.

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? ¿Por qué habría de pasarme algo?

—Estás rara conmigo. Ni siquiera me has saludado. He intentado tocarte, pero tú me has rehuído.

—No quiero que nadie se dé cuenta de que hemos follado. —Robert cerró los ojos molesto. Le hablaba como si fuese un extraño con el que solo se acostaba por placer y él..., joder, él sentía tanto por ella.

Asintió un par de veces, sintiéndose ridículo. No pensaba seguir haciendo el tonto, así que, sin más, se dio la vuelta y emprendió el camino hacia el hotel.

—Robert. —Ella le sujetó la mano. Contra su fuerza, no podría hacer nada. Si él quería, podría arrastrarla y soltarse sin apenas hacer esfuerzo, pero se quedó parado y más aún cuando sintió los brazos de Ishbel rodeando su cintura y su cabeza apoyada en su espalda—. Perdóname, por favor...

—Me vuelves loco... No entiendo qué es lo que te pasa. Siento que estoy perdiendo el control y no puedo más.

—Soy lo peor...

Robert se encogió al sentir cómo ella sollozaba. La separó de su espalda, necesitaba mirar sus ojos.

—Oh, no, no, por favor, no... —Pasó los dedos por sus mejillas húmedas por su llanto. Robert nunca podía ver llorar a nadie, le partía el corazón, pero a ella, menos. Su rubia loca no debía llorar nada más que de felicidad.

—Katy me contó...

Un profundo gruñido salió de la boca de Robert. Lo que vio Ishbel en sus ojos le heló la sangre. Parecía aterrado.

—¿Tan malo es que yo sepa lo que te ocurre? —preguntó ofendida.

Robert negó una y otra vez.

—No es eso...

—Tranquilo, ella no reveló tus secretos. —Entonces fue Ishbel la que intentó alejarse y él quien se lo impidió tomando una de sus manos.

—¿Eso es lo que te molesta? —interrogó.

—¿Cómo? —Ishbel se encaró.

—Lo único que te importa es no saber, no conocer mis secretos. Lo único que te ofende es que tu amiga sí lo sepa, ¿verdad? —Su tono era seco, regresaba el Robert de siempre, el hombre de hielo—. ¿Celosa?

—¿De mi amiga? No, no puedo estarlo...

—Ja —dijo con ironía—. Te importo.

Ishbel lo miró como si se hubiera vuelto loco de repente.

—Ja, de eso nada. No te equivoques conmigo, ya te dije que no te enamoras de mí.

—¡Dios, eres... eres!

¿Por qué no podía reconocerlo? ¿Por qué se obstinaba en esconder lo que de verdad sentía?

Ishbel bajó la mirada, no podía dejarle ver la verdad, necesitaba recuperarse. Quería volver a ser la misma de siempre, la Ishbel despreocupada, esa que follaba con quien le apetecía y sin tener en cuenta los sentimientos.

—Habla. —Robert la obligó a mirarlo tomándola de la barbilla—. Dime lo que sientes, dime de verdad lo que sientes.

Ishbel sacudió la cabeza.

—No siento nada, Robert, nada especial.

Lo miró a los ojos, ocultó la verdad y él ya no pudo más. Asintió un par de veces y su orgullo lo ayudó a dejarla sola, a marcharse y no intentarlo más. Quizá ella no merecía la pena. «Vano consuelo», se dijo, pues sabía que eso no era cierto. Ishbel era lo mejor que le había pasado en su triste y solitaria vida.

Ella lo vio marcharse y deseó rectificar, retenerlo, pero quizá no valía la pena. «Imbécil», se insultó y un nudo apretó con fuerza su garganta.



30. No tengo ganas de gastar una bala

Al día siguiente, Michael no apareció por el hotel. Colin le rogó a su madre que lo llamara y estuvieron hablando. Él le pidió tiempo, ahora era Michael el que necesitaba alejarse y, por supuesto, ella lo comprendió. Pero tuvieron que buscar una excusa para Colin, pues no aceptaba que su padre estuviera en la isla y no fuese a verlos. Así que, al final, Michael le explicó que tenía que hacer unas fotos para el trabajo y que por eso no podría pasar el día con él.

Katy se sintió mal, adoraba a su hijo y le dolía verlo triste, pero había tomado una decisión y era firme. Quería a Rem en su vida, apostaba por él. Se pasó todo el día intentando tener tiempo a solas con él, pero Rem la evitaba y, finalmente, decidió mandarle un wasap y esperar a que la contestase.

Rem, necesito hablar contigo

No obtuvo respuesta y ni siquiera bajó a cenar, quizá lo había perdido del todo.

Ya casi de madrugada, llegaron Lobo y Carol al hotel. Todos dormían, todos menos Katy, que como era ya costumbre, los esperaba en la calle helada de frío, pero con unas inmensas ganas de abrazarlos. Los necesitaba, su mundo se desmoronaba y no sabía cómo arreglarlo.

Los había añorado mucho, incluso echaba de menos a Carol protestando en la cocina, regañándola porque había tocado algo que, según ella, no debía. Necesitaba las largas conversaciones con Lobo, su naturalidad para enfrentarlo todo. Deseaba poder pasar tiempo con su amiga e incluso contarle lo que había ocurrido en su ausencia; sabía que Carol, la sabia y madura, le daría buenos consejos.

El coche paró a su lado y ambos bajaron a la vez. Sin mediar palabra, sin dar tiempo a saludos, Lobo tomó a las dos mujeres entre sus brazos. Una a cada lado se apretaban gustosas contra el fornido torso, que desprendía un aroma y un calor confortable, único y tan especial que las hacía sentir como en casa. Sonreían, Katy y Carol se miraban y se agarraban también la una a la otra. Parecía que hacía años que no se veían.

«Familia», esa palabra le vino a Katy a la cabeza nada más sentir el cuerpo de los dos y sus besos.

Lobo había sufrido una transformación. Ahora era cariñoso, incluso pesado algunas veces, y todo gracias a la magia de Edge of the Cliff, al encanto de Kirkwall, al embrujo de las Orcadas, a la seducción de Escocia. Todo eso unido a ellas, esas dos mujeres que tenía en ese instante entre sus brazos, había logrado que Lobo dejara de ser un hombre huraño, solitario. Ahora deseaba el contacto con la gente, abrazar, mostrar su cariño. Carol se burlaba muchas veces de él, le decía que lo había domado y él no se enfadaba porque tenía razón. Ya no era un lobo, era más bien un cachorrito amaestrado, pero no le importaba porque ellas eran su ancla, su mar, su libertad. Eran familia, y la familia se cuida, se protege y se ama sin miedo a expresar lo que siente, porque juntos son fuertes y libres.

Tras las muestras de cariño, Katy y Carol entraron en el hotel fuertemente agarradas del brazo mientras que Lobo sacaba las maletas.

Procuraron no hacer ruido, pues todo el mundo dormía y a la mañana siguiente habría tiempo para charlar y ponerse al día.

Cada uno marchó a su habitación tras otra ronda de abrazos y besos.



A la mañana siguiente, nada nuevo en la vida de Rem. Era aún muy temprano y ya había corrido por la playa, se había duchado y estaba sentado en la cocina tomando un café. Miraba el wasap que Katy le había mandado y más de una vez estuvo a punto de contestar, incluso de llamarla, pero... Dejó el teléfono sobre la mesa.

Sorbía despacio su bebida, le gustaba tan caliente que tenía que soplar de vez en cuando para poder llevarse la taza a sus labios. Su cabeza estaba llena de cosas, de momentos, de miles de paranoias absurdas. Tras la escena en la cocina, había huido de Katy como un cobarde y ese «Necesito hablar contigo» le sonaba a un «Adiós, Rem. Me quedo con Michael». Se llevó la mano a la cabeza con desesperación y los imaginó juntos, en la cama, él sobre ella... «Joder, basta», se dijo, pero si cerraba los ojos, allí estaban los dos. Así que apenas, de nuevo, había logrado conciliar el sueño.

Al principio de su larga noche, pensó en contestar su wasap. Quizá ella tampoco dormía y podrían hablar, saber la verdad, porque tal vez lo que su imaginación le mostraba no era cierto, no podía serlo. «Katy no me haría eso, ¿verdad?», dudó. La mente le jugaba malas pasadas y su pasado le hacía ser desconfiado.

No, no pudo y, al final, recurrió a Patch, el insomne Patch. Esa era otra de las herencias que su madre les había dejado a ambos. Sabía que él le daría otra visión, seguro que podría aconsejarlo.

Le gustaba poder recurrir a su hermano cuando algo le preocupaba. Había estado solo tanto tiempo que era una sensación muy agradable poder tomar el teléfono, marcar un número y encontrar al otro lado de la línea a alguien que lo escuchara.

Con una sonrisa, recordó toda la conversación.

Estás despierto?

Le escribió por WhatsApp.

Sí. Pasa algo?

No, no, es solo que no puedo dormir y he pensado en ti.
Hace mucho que no charlamos.

Recordó que ni siquiera le había contado el encuentro con Olga.

Te llamo?

OK.

—Hola, hermano. —Rem contestó al primer toque.

—Venga, suelta lo que te pasa, pero ya.

—Joder, vas al grano, ni hola ni nada. ¿Tiene que pasarme algo para llamarte?

—Rem, sé que allí es de madrugada. Nadie quiere hablar a esas horas si no es porque algo le preocupa.

—O porque es insomne.

—Vale, también por eso, pero nos conocemos, hermano.

—Sí, es cierto, nos conocemos tanto que sabía que estarías despierto y mirando el Facebook.

—Es que aquí es muy pronto para mí. Recuerda que nos separan cuatro horas. Además, hoy no me he tomado la pastilla. Estoy cansado de ser un yonqui.

—Sabes que no las puedes dejar de golpe. No hagas el tonto, tío.

—Lo sé, no empieces como Jared a darme sermones. Oye, ¿por qué desvías el tema hacia mí? Haz el puto favor de soltar de una vez lo que te pasa.

—¿Por dónde empiezo?

—¡¿Ves?! , sabía que algo te preocupaba.

—¿Quieres saberlo o no?

—Pues claro que quiero.

—Pues no me interrumpas.

Se hizo un largo silencio y Rem comenzó por el principio. Le contó quién era Katy, lo que había sucedido entre ellos, el encuentro con Olga y se dejó lo mejor para el final.

—... y me pillé por ella como un gilipollas —soltó tras el largo discurso que Patch había escuchado en absoluto silencio.

—Joder, tío, no se te puede dejar solo —bromeó, pero el carraspeo al otro lado de la línea le dio a entender que no era momento de bromas—. Vale, hagamos resumen. Te has pillado por una mujer que tiene un hijo, ¿voy bien?

—Ajá.

—Has visto a Olga y, definitivamente, lo único que necesitabas era lo que tu sabio, guapo y maravilloso hermano te dijo.

—Obviando tu ego, sí, exacto. No sentí nada especial, eso sí, me quité un gran peso de encima. Ella está bien, tiene un buen trabajo y busca la felicidad...

—Como todos —lo interrumpió.

—Pero jamás podrá olvidar el pasado.

El silencio se hizo casi eterno porque ese punto también era común con ellos dos y no había necesidad alguna de decirlo en voz alta.

—Rem, ella..., Katy, ¿crees que siente algo por ti?

—Si verdaderamente no siente nada por mí, es que es una actriz de puta madre.

—Pues entonces, ¿a qué coño esperas? ¿Por qué estás perdiendo el tiempo hablando

conmigo y no en su cama?

—¿No me has escuchado? Me niego a estar detrás de ella. Además, me siento como un intruso que quiere robarle la felicidad a su hijo.

—¡Pero... pero qué gilipolleces dices! —Alzó tanto la voz que seguramente despertaría a Jared.

—¿Crees que son gilipolleces?

—Sí, enormes, gigantes gilipolleces.

Rem resopló con fuerza.

—Eso lo piensas porque no has visto a ese niño con sus ojos brillantes diciéndote que ojalá sus papás vuelvan a quererse.

—¡Pues claro que el niño desea eso! Es lo normal entre personas normales, claro, no con nosotros... Pero eso no siempre es posible. La gente tiene hijos, se divorcia, encuentra a otra pareja y los niños se adaptan. Si ella lo tiene claro, si tú también lo tienes claro, ¿qué problema hay? No le vas a arrebatarse a su padre ni lo sustituirás nunca, simplemente, ayudarás a su madre a criarlo y formarás parte de su vida. Joder, hermano, no seas tan melodramático, coño.

—Solo has olvidado un detalle en tu bonito discurso, uno muy importante.

—¿Qué detalle?

—Ella no está segura, no sabe lo que quiere y yo no puedo luchar porque si pierdo... — Patch escuchó cómo tragaba saliva con dificultad—, si no lo consigo, si me hago ilusiones, me embarco, me entrego con todo y al final la pierdo, creo que no podré volver a juntar mis trozos rotos.

Patch guardó silencio, lo entendía mejor que a nadie, porque por dentro eran iguales, porque habían vivido la misma dura situación de terror, de impotencia y eso los marcó, les hacía diferentes al resto del mundo.

—Eso lo cambia todo, Rem.

—Sí, lo hace.

El café se le enfriaba, ya no le apetecía beber más. Ahora le resultaba amargo y lo dejó sobre la mesa. Se acomodó en la silla con la espalda apoyada en el respaldo y las largas piernas estiradas bajo la mesa. La charla que había mantenido con su hermano le había sentado genial, siempre era bueno contar con una segunda opinión y, aunque el panorama seguía estando igual de negro, los consejos de Patch no caerían en saco roto. Además, esa noche había podido dormir sin despertarse sobresaltado, las pastillas que le habían recetado hacían milagros. Lástima que no pudiera tomarlas todos los días porque le dejaban fuera de juego. Pero esa noche Robert se había portado, sabía que su compañero necesitaba descansar y, tras plantearle que necesitaba una noche sin pesadillas, él le prometió hacerse cargo de Mila y Rem por fin había conseguido el sueño reparador que tanto anhelaba.

Se estiró y, después de desperezarse, colocó las manos sobre la mesa, tocó la madera y las posó en el punto exacto en el que Katy se había sujetado para no caer cuando él devoraba su sexo. Cerró los ojos y dentro de su cabeza pudo verla, con su mirada velada por el placer, sus labios entreabiertos, sus pequeños pechos agitándose con cada respiración, su boca hinchada porque se habían besado con intensidad.

Los abrió de golpe. Alguien, de manera sigilosa, se acercaba a la puerta de la cocina que daba a la calle. Apenas hacía ruido, pero Rem tenía el sentido del oído muy agudizado.

Se llevó la mano a la pistola que portaba escondida bajo los faldones de su camisa en un arnés que se sujetaba a su cinturón. Se puso de pie y esperó a que el intruso entrara en la cocina antes de sacar el arma, no quería asustar a alguna de las chicas y esperaba que fuera una de ellas. Sin

embargo, quien atravesó la puerta fue un hombre, uno alto y muy musculado, cosa que pudo apreciar con total nitidez, pues no llevaba la camiseta puesta.

—Tenía el pelo empapado y tan solo lo cubría un pantalón, incluso iba descalzo.

Lo analizó sin cortarse un pelo. No parecía peligroso, no obstante, continuó con su mano sobre la pistola. Si era necesario, la usaría, tenía que estar preparado.

—¿Quién es usted? —interrogó Rem.

El hombre soltó una especie de gruñido, lo miró de arriba abajo y espetó:

—Puedes relajarte y quitar la mano de tu pistola, no pienso hacer nada malo.

—¿Y debo creerte porque tú lo dices?

—¿Tú eres Rem, el guapete? —inquirió tras observarlo detenidamente.

—¿El guapete?

—Eso dice Katy, no es que a mí me lo parezcas.

—¿Katy me llama así? —preguntó sorprendido.

—Al menos, así te llamó cuando habló con mi mujer. Vamos, si eres Rem.

—Sí, lo soy.

—Soy Lobo.

—¿Lobo el del tiovivo?

Lobo rompió a reír y sus carcajadas resonaron por las paredes de la cocina.

—Me gustas, eres simpático. —Sin más, le tendió la mano. Rem en un principio estuvo un tanto reticente, pero siempre había tenido buen ojo y ese tipo no era de los malos, así que al final se la estrechó.

Rem se sentó de nuevo. Se sentía más relajado, pero no bajó la guardia ni le quitó el ojo de encima mientras Lobo se servía un café y tomaba asiento frente a él.

—¿Vienes de nadar? —Señaló su pelo, por el que escurrían gotas de agua.

—Sí.

—El agua debe estar helada.

—Congelada. Te corta la respiración.

—¿Y aun así te metes?

—Amo el agua helada, tienes que probar algún día.

Rem asintió, quizá lo hiciera.

—¿Ya no supongo un peligro?

—Que no tenga la mano en el arma no quiere decir que no sea capaz de sacarla y apuntarte con ella antes de que pestañees.

Otra carcajada de Lobo retumbó en la cocina.

—Eres la caña, tío, de verdad que me estas cayendo, muy pero que muy bien.

—Pues me alegro porque hoy no tengo ganas de disparar ni de gastar una bala.

Y, de nuevo, Lobo rompió a reír.



31. Esto no es una despedida, volveré

A eso de las diez, Rem recibió una llamada, una que cambiaría el transcurso de su historia.

Caminó hasta el lugar donde Mila pasaba las horas escribiendo, sabía que allí los encontraría y necesitaba hablar con ella y Robert.

—Tengo que volver a Manhattan —les soltó de golpe sin tan siquiera un hola.

—¿Por qué? —Mila dejó las teclas y se puso de pie, asustada—. ¿Qué ha pasado?

—Mi hermano, Patch, ha tenido un accidente. —Se pasó la mano por el cabello en un claro gesto nervioso.

—¿Es grave?

—No lo sé... Jared no ha querido decirme mucho, pero está preocupado.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Robert.

—Iba en el coche y un idiota se saltó un *stop*. Dios, no me lo puedo creer. Joder, anoche estuve hablando con él —dijo con impotencia.

Mila se acercó a él, lo abrazó y Rem se dejó, cerró los ojos y se permitió disfrutar del consuelo que esos brazos intentaban darle.

—Te quedarás tú solo con Mila —explicó a Robert—. He hablado con Roy me ha dicho que mandará a alguien para sustituirme.

—No debes preocuparte por eso. Ve, Rem, ve con tu hermano. De lo demás, me encargaré yo.

—Gracias, tío.

Robert le tendió la mano y él la estrechó. Firmaban la paz porque ante todo eran compañeros y, en el fondo, Robert no tenía el corazón de hielo como quería dar a entender.

Rem hizo las maletas rápido, pero no se podía ir sin despedirse de Katy. Debía dar la cara y afrontar la realidad. Por una noche, le había servido esconder la cabeza, pero ya era tiempo de afrontar el futuro.

La buscó por el hotel, aunque tan solo encontró a Colin. Estaba sentado en el sofá viendo una película de dibujos tan concentrado que Rem se sentó a su lado y él no apartaba la mirada de la pantalla.

—Eh, colega, ¿qué ves?

Colin pestañeó, salió de su hipnosis y lo miró muy sonriente.

—Hola, Rem.

Se puso de pie al instante y le mostró su puño para hacer su saludo.

Pero la alegría del niño se apagó al reparar en las maletas que Rem había dejado en la puerta de la sala de recreo.

—¿Te vas? —preguntó preocupado.

Rem se asombró de la capacidad que tenía el niño para mostrar con sus ojos todo lo que sentía, era capaz de pasar de la alegría a la pena con un solo pestañeo.

—Sí, tengo que marcharme.

—Yo no quiero que te vayas. —Su mentón empezó a temblar y sus ojos se anegaron—. Quiero volar cometas contigo y jugar al balón. ¿He hecho algo malo?

—Oh, no, no. —Lo tomó de la mano, lo colocó entre sus piernas y lo abrazó intentando consolarlo—. Mi hermano ha tenido un accidente, me necesita.

Colin se separó de inmediato.

—¿Cómo se llama tu hermano? —preguntó curioso.

—Patch.

—¿Lo traerás algún día?

—¿Te gustaría conocerlo?

—Mucho, seguro que es tan divertido como tú.

—Es mucho más divertido que yo.

Colin asintió y sonrió, pero las lágrimas corrían por sus regordetas mejillas y, de nuevo, se abrazó con fuerza a Rem.

—No me gustan las despedidas, me ponen triste. —El guardaespaldas se compadeció del pequeño. Debía ser duro tener que separarse de su padre, a eso nunca se acostumbraría.

—A mí tampoco, así que, ¿te parece si hacemos una cosa?

—¿Qué cosa? —Otra vez se separó de sus brazos para mirarlo con total atención.

—Nos lo tomaremos como un «hasta pronto». Esto no es una despedida, volveré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Y volaremos la cometa?

—Te traeré una cometa más grande.

—Prométeme que volverás y que volaremos la cometa juntos.

—Te lo juro.

El niño asintió. Por la expresión de sus ojos, Rem supo con certeza que lo creía, que confiaba en él y por nada del mundo pensaba defraudarlo.

Rem se puso de pie. Era la hora, pero antes tenía que hablar con Katy.

—Quiero despedirme de tu madre, ¿sabes dónde esta?

—Sí, se fue con papá a la playa. Tenían cosas que hablar. —Guiñó un ojo—. Creo que se van a enamorar otra vez —dijo feliz.

Rem sintió cómo el aire se escapaba de su pecho, disimuló como pudo y una extraña mueca, poco parecida a una sonrisa, se dibujó en su boca.

Lo abrazó de nuevo y, tras despeinar su pelo con una mano, caminó hacia la salida del hotel con la maleta. Intentó no girarse, no volver a mirarlo, lo iba a echar mucho de menos.

Robert y Mila lo esperaban junto al coche, iban a acompañarlo hasta el aeropuerto para traerse de vuelta el coche alquilado.

—Necesito despedirme de Katy —les dijo, y ambos asintieron.

Robert tomó la maleta para guardarla en el maletero y le indicó la escalera que daba a la

playa, ella estaba allí.

—Rem —le reclamó antes de que él se marchase—, no está sola.

Que su compañero, ese con el que se había peleado, se preocupase por él, le hizo sonreír.

—Gracias, tío.

Bajó las escaleras con rapidez, quería pasar el mal trago lo antes posible. Le hubiera gustado despedirse de Katy a solas, sin testigos, porque necesitaba abrazarla y besarla, pero no iba a ser posible. Se tendría que conformar con estrecharle la mano como si fueran dos desconocidos.

Le quedaba un pequeño tramo para llegar a la playa cuando los vio y se quedó paralizado.

No, no podía ser. Estaban abrazados y él... Él la besó, unió sus labios con los de ella. Estuvo tentado de dejar salir toda su furia, romperle la cara a él y odiarla a ella.

Una risa que no expresaba alegría, sino tristeza e impotencia, salió de su boca. Estaba viviendo lo que ella había experimentado hacía años, solo que esta vez no los observaba a través de un escaparate y ella tenía un hijo de ese hombre.

¿Acaso Katy se había olvidado de él?, ¿tan rápido?

Michael había ganado, Colin tendría su familia feliz. «Es lo mejor», se dijo y asintió. Así todos ganaban, Katy, Colin, Michael y él... bueno, él estaba acostumbrado a perder.

Se dio la vuelta con rapidez, no quería seguir allí viendo cómo se besaban. Ya había visto bastante.

Subió los escalones de dos en dos. El corazón parecía que se le iba a salir del pecho, pero no por la carrera, sino porque la pena pesaba.

Entró en el coche sin decir nada, se sentó en el lado del copiloto, se abrochó el cinturón y esperó a que Mila entrase detrás y Robert se colocase en el asiento del piloto. Rem no quiso mirar atrás, se limitó a dejarse llevar mientras el auto recorría las millas que lo separaban del ferri, del aeropuerto y de ella.

—Rem —lo llamó Mila—, ¿está todo bien?

—Sí, todo genial —contestó intentando dar la entonación perfecta para resultar convincente.



32. El hombre más miserable del mundo

Rem

El viaje se ha hecho eterno, parecía que no iba a llegar nunca. La preocupación por mi hermano me mata y, en cuanto bajo del avión, llamo a Jared.

—Hola, Rem. —Su voz denota cansancio y me alarmino.

—¿Está bien? —Me salto los saludos, no puedo seguir sin saber nada de Patch.

—Sí, sí, tranquilo. Ya está fuera de peligro, pero... —Su voz se quiebra—. Ha sido muy grave, Rem, creí que lo perdía.

Suelto una de mis manos, esa con la que sujetaba la maleta que rodaba sin descanso a mi lado, y con ella restriego mi cara, mi barba, pellizco el puente de mi nariz. Me duele la cabeza, yo también estoy agotado y el saber que mi hermano ha estado a punto de morir consume las pocas energías que me quedan.

—¡Joder! —exclamo enfadado, muy enfadado porque, por culpa de un hijo de puta, casi pierdo a mi hermano de nuevo, justo ahora que por fin somos una familia, esa que mi madre nos arrebató.

Tomo un taxi. Voy a ir al hospital con la maleta, no puedo esperar. Mi móvil comienza a sonar. Me tiemblan las manos mientras intento sacarlo del bolsillo de mi vaquero, rezo para que no le haya pasado nada más a Patch y contesto sin mirar ni siquiera quién me llama.

—Dime.

—¿Rem? —Trago saliva con dificultad, es Katy. Joder, ahora no tengo fuerzas para enfrentarme a ella.

—Hola. —Mi voz suena estrangulada.

—¿Estás bien? ¿Ya has llegado?

—Sí, sí, voy en un taxi camino del hospital.

—No sabes cómo lo siento... —Calla y yo trato de averiguar qué será lo que tanto siente. ¿Quizá el haberse besado con su ex cuando me dijo que no lo amaba, quizá el hacerme creer que sentía algo por mí? Me regaño, no puedo ser tan egoísta, al fin y al cabo, no nos juramos amor eterno. Nunca me mintió, siempre me dijo que no tenía las cosas claras.

—Tranquila, no pasa nada —me obligo a decirle.

—Mila me ha contado que ha tenido un accidente, ¿sabes ya algo? —Así que a eso era a lo que

se refería con su «No sabes cómo lo siento». Me reconforta porque de verdad que no tengo fuerzas para escuchar disculpas o un «Lo voy a intentar con Michael, gracias por los polvos que hemos echado».

—Sí, he hablado con Jared, su pareja. Me ha dicho que, por fortuna, ya ha pasado lo peor.

—Me alegra escuchar eso. Rem... —Duda y temo que vaya a entrar en temas escabrosos—. Sé que no es el momento, pero... ¿por qué no te has despedido de mí?

Suspiro con fuerza. ¿No es consciente?, ¿de verdad? Apoyo la cabeza en el duro asiento del taxi, cierro los ojos y, en mi mente, la veo a ella besándolo y, Dios, los abro al instante.

—No, Katy, la verdad es que no es el momento. —Sueno seco, duro, pero ya no tengo fuerzas ni para disimular—. Tengo que colgar, necesito tener el teléfono libre por si me llama Jared.

—Claro, sí... Perdona... —Por su tono, sé que está llorando y dentro de mí me retuerzo de placer. Soy humano y, aunque sé que ella no tiene la culpa, que no está bien disfrutar con el mal ajeno, saber que sufre me reconforta porque yo lo hago y, egoístamente, quiero que ella lo haga también.

—Adiós, Katy.

—Adiós.

Cuelgo y entonces, en ese preciso instante, me siento el hombre más miserable del mundo.

Llego al hospital y corro con mi maleta por recepción. Casi atropello a un doctor que me mira mal, pero me importa una mierda.

Tomo el ascensor. Mis manos tiemblan al tocar el botón para llegar a la planta donde esta Patch.

Busco la habitación, pero no me hace falta preguntar a ninguna enfermera, pues veo a Jared en la puerta de una de ellas. Teclea con dedos rápidos un wasap y me acerco.

Me paro frente a él, eleva la mirada de la pantalla del móvil y entonces repara en mí. Necesito ver sus ojos, sé que me dirán la verdad.

—Tranquilo, está bien —me dice con una gran sonrisa y ya no puedo más, suelto la maleta y me arrojo a sus brazos.

Nos apretamos con fuerza y Jared palmea mi espalda. Cuando me separo, veo sus ojos llorosos. Seguro que los míos están igual.

—Está durmiendo. —Señala la puerta con la cabeza—. Ha pasado mala noche, está muy dolorido. Iba a tomar un café.

—Te acompaño. —Deseo más que nada ver a mi hermano, pero lo veo tan perdido, tan triste, que creo que le vendrá muy bien charlar un rato—. No quiero molestarlo, mejor que descanse.

Jared asiente y caminamos juntos hacia el ascensor.

—Ya veo que no has pasado por casa —me dice apuntando a mi maleta.

—Ya pasará. —Encojo los hombros quitándole importancia a mi equipaje y al cansancio que seguro que muestra mi cara.

Llegamos a la cafetería, tomamos asiento uno enfrente del otro y pedimos dos cafés bien cargados. Nos quedamos en silencio y no es hasta que la camarera deja nuestras tazas sobre la mesa que Jared vuelve a hablar.

—¿Qué ha pasado con tu trabajo? Patch me dijo que estabas en Escocia.

—No debes preocuparte por eso, lo primero es mi hermano. Roy mandará a otro de los chicos a sustituirme. Mientras, la clienta estará a cargo de Robert.

—Robert es un buen profesional.

—Sí, lo es.

—Pienso quedarme por un tiempo aquí, le dije a Roy que no me diese más trabajos por una

temporada.

Asiente, sabe que mi hermano es lo que más me importa en mi vida y que puedo sobrevivir con los ahorros. El trabajo de guardaespaldas está muy bien pagado.

De repente, veo cómo los ojos de Jared se anegan, cómo los baja. Me evita y busco su mirada. Algo le preocupa y mi corazón se altera.

—¿Jared?... Jared, ¿qué pasa? Sé sincero conmigo, joder, es mi hermano. Si pasa algo, necesito saberlo —le reprocho molesto.

Jared asiente. Sus ojos regresan a los míos y lo que veo, unido a sus palabras, no me gusta nada.

—Tengo miedo, Rem. —Su mentón tiembla.

—Pero... ¿por qué?

—Se fracturó una pierna, la tenía casi destrozada. Los médicos hicieron todo lo que pudieron por dejarla bien, pero... temo que... que no pueda volver a bailar.

—¡Dios! —Cierro los ojos con fuerza, mis manos tiemblan.

—¿Y sabes lo más raro de todo?

Niego con la cabeza, ahora mismo soy incapaz de decir una sola palabra. Mi garganta parece haberse cerrado.

—No reaccionó cuando los médicos se lo dijeron. —Frunzo el ceño con incredulidad—. Parecía que le estuvieran dando el parte meteorológico. Se limitó a preguntar si existía alguna posibilidad de recuperarse. Dijeron que era muy difícil y él insistió. «Pero no es imposible, ¿verdad?», les preguntó. Los médicos asintieron, tan solo asistieron y Patch incluso sonrió.

—Entonces, ¿hay esperanza? —le pregunto.

—¿Es que no me escuchas? —interroga molesto—. No le garantizan nada. Quizá, tras una larga y dolorosa rehabilitación, ni tan siquiera ande sin cojear. ¿Cómo va a bailar? Es casi imposible.

—Tú lo has dicho, Jared: casi imposible, pero hay esperanza. Entiendo a mi hermano, esa esperanza le vale porque él va a trabajar para recuperarse y te aseguro que lo hará. No tienes de qué preocuparte, Patch bailará de nuevo. —Todos mis temores se han evaporado y Jared me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Eres como él, dijo exactamente las mismas palabras. Pero yo no lo tengo tan claro. El médico está casi seguro de que incluso podría quedar cojo.

—Patch no, él bailará —repito y logro que Jared sonría.

—Me encantaría ser como vosotros.

—No digas eso. A nadie le gustaría ser como nosotros, Jared.

—Creo que estáis muy equivocados, sois dignos de admirar porque, a pesar de los traumas, del horror que habéis vivido, vuestro coraje, vuestras ganas de vivir os han ayudado a superar... —Escucha cómo resoplo y rectifica—: Vale, vale, superación no es la palabra. Tienes razón, Patch aún no es capaz de dormir sin algo de luz. Pero, a pesar de los traumas que os han quedado, habéis sobrevivido, luchado y conseguido encontrar vuestro camino. Y, además, sois las personas más optimistas y cabezotas que he conocido nunca.

Y así es, nos aferramos a nuestra fuerza para sobrevivir porque, sin ella, nos romperíamos en mil pedazos imposibles de juntar.

Tomamos el café. Intento cambiar de tema porque Jared necesita evadirse un poco de todo lo que ha vivido. Logro que coma algo pues, según él, lleva un par de días sin probar bocado y regresamos a la habitación porque estoy deseando abrazar a Patch.

Entro intentando no hacer ruido, dejo la maleta en la entrada y camino hacia la cama.

La habitación, por supuesto, está iluminada, la luz se filtra por el ventanal. Patch sigue teniendo

terror a la oscuridad, pero claro, eso nunca, por más terapias que haga, va a cambiar.

Está pálido. Su piel siempre ha sido muy blanquecina, pero me asusta ver que ahora casi se camufla con la blancura de las sábanas.

Su pierna derecha está suspendida en el aire, escayolada y atravesada por alambres. Se me retuerce el estómago solo de verlo. Tiene un gotero en el brazo izquierdo por el que lentamente pasa la medicina. Seguro que son calmantes para el dolor porque supongo que debe ser casi insuportable, aunque Patch es fuerte, ha sufrido tanto que se acostumbró a él.

He ido caminando despacio hacia él, pero mis piernas chocan con el colchón y me paro en seco.

¡Su cara!, busco con la mirada a Jared.

—Los cristales de la luna delantera se le clavaron —me explica en voz baja.

Seguramente, quedarán cicatrices. Cierro los ojos con tristeza.

—Pero seguiré siendo el más guapo de los dos. —En la neblina de mi mente, me llega la voz de mi hermano y entonces abro los ojos de golpe. Está despierto y me sonrío.

—Siempre presumiendo —le digo con un nudo enorme en mi garganta que hace que mi voz suene rara.

—Porque puedo. Yo soy el guapo y tú, el gracioso.

Me arrojo sobre él con cuidado de no oprimir el tubo por el que pasa la medicina y de no machacar más su dolorido cuerpo, pero él no parece conforme y me estrecha entre sus brazos.

—Joder, hermano, que puta mierda —le susurro—. Ahora que todo marchaba... —Mis palabras y, seguramente, mi mirada son tristes, sin embargo, él sonrío.

—Eh, no es para tanto —dice mientras pone una de sus fuertes manos en mi mejilla en un gesto tan cariñoso que me recuerda a cuando éramos niños y me abrazaba después de una paliza—. Tengo a mi chico y, aun así, le gusto.

—Mucho, Patch. Me gustas mucho. —Jared toma la mano que tiene libre.

—Además, lo mejor de todo es que ese hijo de puta no ha podido conmigo. Tendréis Patch para rato.

¿Desde cuándo mi hermano es el positivo y yo el negativo? ¿Cuándo hemos intercambiado los papeles?

Sonrío. Tiene razón, lo tenemos, está con nosotros y nadie nos lo volverá a quitar, nadie.



33. Coges un vuelo y te plantas en Manhattan

Katy se despidió de Michael, él tenía cosas que hacer y no podía entretenerse más. Se quedó mirando hasta que el coche desapareció de su vista.

Entró en el hotel con una extraña sensación recorriendo su espalda. No sabía muy bien a qué se debía, de lo único que estaba segura era de que algo raro había en el ambiente y, al ver que el coche alquilado, ese que usaban Rem y Robert, no estaba, su inquietud aumentó. Intentó recordar si alguno había dicho que tuviera que ir a Edimburgo, pero estaba casi segura de que no había sido así y eso era raro, siempre la avisaban con tiempo.

Desde el salón de recreo, escuchó la televisión. Entró y se encontró al pequeño Colin tumbado en el cómodo sofá, mirando los dibujos.

—¿Por qué no sales? Hace un día precioso. —Katy se acercó a su hijo, se colocó en cuclillas y, con cariño, le revolvió el pelo.

—No tengo ganas. —Su voz sonaba apática y su mirada se veía triste.

—¿Has llorado? —preguntó alarmada. Colin nunca había sido llorón, ni siquiera de bebé.

—Sí, mami. —Entonces se lanzó a sus brazos con tanto ímpetu que la hizo caer de culo al suelo.

—Ay, mi niño. ¿Qué ha pasado?

—Rem se ha ido, mami —sollozó.

—¿Cómo? —Katy lo obligó a mirarla a la cara—. ¿Cómo que se ha ido?

—Sí, hace un rato.

Desesperada, se puso de pie.

—¿Dónde está Mila?

—Ella y el guardaespaldas gruñón se fueron a llevarlo al aeropuerto.

Katy sintió una fuerte punzada en el pecho.

—¿Por qué? —preguntó sin tener la intención de hacerlo en voz alta.

—Rem me ha dicho que su hermano ha tenido un accidente. —Sorbí por la nariz.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Vino a despedirse y me dijo que volvería, me prometió que volvería. ¿Lo hará, mami?

Katy asintió, al menos, esperaba que así fuera.

Se preguntó por qué no se habría despedido de ella, le hubiese gustado darle ánimos.



—¿Cuánto se tarda en llegar a Manhattan? —interrogó Ishbel, que había llegado al hotel a la hora de la comida. Estaba sentada frente a un té que había preparado Carol. La cocina estaba recogida y limpia, era el momento de disfrutar de un poco de sobremesa.

—Seis horas —contestó Katy tras darle un sorbo a su taza.

—Tiene que estar a punto de aterrizar —dijo después de mirar su reloj.

Katy asintió, tenía su móvil fuertemente aferrado, no hacía otra cosa que mirar la hora y en cuanto pasasen esos cinco eternos minutos, iba a llamar a Rem.

Colin se había ido a casa de uno de sus amigos a jugar. Por increíble que pareciera, Robert se prestó a llevarlo y el niño no puso pega. Parecía que ambos sabían que Katy no estaba para problemas, los nervios la mataban.

—¿Dónde está tu marido? —interrogó Ishbel en un intento de llenar los espacios de tiempo en blanco.

—En el pueblo, está ayudando a Willy con la fachada de su casa. —Desde que Lobo llegó a Kirkwall, la gente lo demandaba para muchos trabajos y el dinero les venía muy bien, así que cuando las tareas que tenía asignadas en el hotel se lo permitían, Lobo hacía chapuzas para los habitantes del pueblo.

Las cuatro mujeres estaban sentadas juntas alrededor de la mesa con sus tazas y la sensación de ser una piña. Katy las miró una a una y, a pesar de que sus nervios la estaban matando, sonrió. No estaba sola, ellas estaban allí para ayudarla, apoyarla. Las tres sabían lo que pasaba, lo que sentía porque eran sus amigas y confiaba en ellas.

—Gracias, chicas. —La emoción se sintió en sus palabras—. Gracias por estar a mi lado.

—Oh, vamos, no tienes que dar las gracias. Tú siempre me apoyaste cuando pasó lo de Lobo, confiaste en él antes de que yo lo hiciera. Ahora me toca a mí hacer lo mismo. No he tenido la oportunidad de conocer a Rem, pero creo que merece la pena. Además, le ha caído muy bien a mi maridito y eso es muy buena señal.

—Katy, te queremos mucho. —Ishbel le tomó una de las manos.

—A mí me parece muy absurda la situación. Hacéis una pareja tan bonita. Tienes que hablar con él, poner las cosas claras y dejar de preocuparte por todo —concluyó Mila.

Asintió, todas tenían razón. Miró el móvil.

—Es la hora. —Las manos le temblaban cuando llamó y, al escuchar su voz, no pudo remediarlo y comenzó a llorar.

—Dime.

—¿Rem?

—Hola.

—¿Estas bien? ¿Ya has llegado?

—Sí, sí, voy en un taxi camino del hospital.

—No sabes cómo lo siento... —Calló, estaba tan nerviosa.

—Tranquila, no pasa nada.

—Mila me ha contado que ha tenido un accidente, ¿sabes ya algo?

—Sí, he hablado con Jared, su pareja. Me ha dicho que, por fortuna, ya ha pasado lo peor.

—Me alegra escuchar eso. Rem... Sé que no es el momento, pero... ¿por qué no te has

despedido de mí?

—No, Katy, la verdad es que no es el momento. Tengo que colgar, necesito tener el teléfono libre por si me llama Jared.

—Claro, sí... Perdona...

—Adiós, Katy.

—Adiós.

Tras colgar, soltó el teléfono y se cubrió la cara.

—Oh, Katy, cariño. —Carol acarició uno de sus brazos.

Todas habían escuchado la conversación y la voz seca y cortante con la que él había hablado no les pasó desapercibida.

—Katy... —Mila tiró de sus manos, la obligó a dejar de esconderse tras ellas—, ¿por qué le has dicho que no se despidió?

—Porque no lo hizo.

—¿Cómo que no? Bajó a la playa para eso, Robert y yo lo esperamos en el coche mientras él iba a despedirse de ti.

Katy dejó de llorar, incluso de respirar, sus ojos se abrieron y, de repente, comenzó a reír de manera nerviosa.

—Ay, madre, que ha perdido la cabeza —declaró Ishbel al ver a su amiga carcajearse sin razón aparente.

—No, no, no he perdido la cabeza —dijo tras recuperar la compostura—. Es solo... —Paró de golpe y las lágrimas comenzaron a bañar sus mejillas, pasó de la risa al llanto en cuestión de segundos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Carol preocupada.

—El destino..., el puto destino, el karma... o como cojones se llame. Se ríe, se ha reído de mí. —Incapaz de quedarse quieta, Katy se levantó de la silla.

Miró a las tres mujeres que, sentadas con un té entre sus manos, la miraban como si hubiera perdido el juicio.

—Yo dejé a Michael, me vine aquí tras verlo besándose con su ex, pero eso ya lo sabéis. Igual que sabéis que todo fue un error, que si me hubiera quedado y le hubiese pedido una explicación, habría descubierto que Michael tan solo se despedía de ella, que dejaba atrás su matrimonio. Pero claro, yo me metí en mi drama y, sin pensar, rompí toda comunicación con él, me piré... Y ahora, joder, ahora la historia se repite.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ishbel.

—Rem nos vio besándonos.

—¿Besaste a Michael? No me lo puedo creer, Katy —la reprendió Carol.

—Bueno, más bien me besó él a mí y yo, como soy tonta, me dejé. Acabábamos de hacer las paces tras una discusión. Él estaba muy enfadado porque le había dicho que había otro hombre en mi vida, pero reflexionó y se dio cuenta de que nuestro tiempo juntos había pasado. Vino a verme muy temprano, paseamos por la playa y, tras un adiós, me pidió un último beso. Y yo se lo di.

—Y Rem os vio —concluyó Ishbel con la boca abierta.

—Pues eso parece, nos vio y pensó... ¡Joder, cómo se puede ser tan tonta! —Cerró los ojos, tenía ganas de golpear algo, lo que fuera. Estaba furiosa, muy furiosa.

—¡Vaya historia! —exclamó Ishbel—. Lo escribes en un libro y seguro que las lectoras dirían que es demasiado inverosímil —dijo de forma jocosa a Mila.

—Ya te digo —le contestó ella.

—No entiendo cómo podéis estar bromeando con esto, la verdad. —Katy centró su ira en sus

amigas. Era injusto, pero la vida no siempre es justa y aún menos lo estaba siendo con ella.

—No seas dramática. Habla con él y ya está.

Katy se mordió el labio inferior.

—¿Y si no me quiere escuchar? Cuando me pasó a mí, no quería ni ver a Michael en fotos.

—Pues te coges un vuelo y te plantas en Manhattan —propuso Carol—. Si yo pude con Lobo, tú puedes con él.

—¿Qué es lo que pudiste conmigo? —Acababa de abrirse la puerta y Lobo entraba en la cocina derecho a la nevera en busca de algo que llevarse a la boca.

—Nada, cariño, ya te lo explicaré todo.

No se quedó muy conforme, pero sabía que, por mucho que insistiese, no se lo iban a contar, así que se encogió de hombros y salió de la cocina.

Las cuatro mujeres se quedaron en silencio hasta que se cerró la puerta.

—¡No puedo irme!

—¿Por qué no? —interrogó Mila—. Te propongo algo. Tan solo me quedan un par de días para marcharme, vente conmigo. Compramos el billete...

—No, no. —Para darle más énfasis a su negación, movía la cabeza una y otra vez—. Es una locura. Tenemos todas las habitaciones reservadas.

—Eso no te sirve de excusa —intervino Ishbel—, entre Lobo y yo asumiremos tu trabajo.

—¿Y Colin? No puedo irme...

—Oh, vamos, Katy —dijo Carol—. Sabes que tu hijo estará muy bien atendido.

Los ojos de Katy se anegaron de nuevo, se los cubrió con sus manos y, entre sollozos, dijo:

—No puedo, no puedo.

Y salió de la cocina a la carrera en busca de un lugar sobre el acantilado en el que poder estar a solas.



Dos días después

—Mila... —Robert parecía preocupado. Acababa de cerrar el maletero con el equipaje y había entrado al hotel en busca de la escritora. Era hora de partir.

—¿Estás bien? —interrogó preocupada al ver lo pálido que estaba el guardaespaldas. Llevaba dos días más callado de lo normal y sus ojeras marcadas le confirmaban lo que ya sospechaba. Algo le pasaba, no dormía bien, apenas comía y se le veía cansado, como si sus energías se estuvieran terminando.

—No..., estoy bien —mintió—. Tan solo necesito hacer algo... —Dudó, su cara se tiñó de rojo y bajó la mirada.

—Ve —dijo Mila—, ve a despedirte de ella.

No hacía falta que le explicase nada, sabía lo que le ocurría. El corazón de Robert estaba

ocupado. En esa isla de Escocia había encontrado lo que, sin saberlo, buscaba.

—Pero no debo dejarte sola. —Su sentido del deber le gritaba, le oprimía las entrañas.

—No estaré sola. Prometo quedarme en el hotel hasta que regreses.

—No tardaré, solo quiero despedirme.

—Tenemos algo de tiempo antes de que salga el ferri. —Acarició una de sus mejillas en un claro gesto cariñoso que el guardaespaldas agradeció con una de sus escasas sonrisas.

—Gracias, Mila, gracias.

—Corre, ve. Está en la playa.

Y así lo hizo, corrió desesperado por verla, por quemar su último cartucho.

Bajó las escaleras de dos en dos. El frío lo golpeaba, pero no le desagradaba en absoluto, muy al contrario, le encantaba sentirlo en esos momentos, pues notaba que ardía por dentro.

—¡Ishbel! —la llamó a gritos.

Ella caminaba sola, sabía que ese día era el elegido. Ese día, él se marchaba...

No era una mujer dada al llanto, pero de manera sorprendente al escuchar su voz, las lágrimas habían empezado a caer, a mojar sus mejillas.

Lo esperó, pero no por mucho tiempo, pues él tenía prisa por estar a su lado.

Se paró justo frente a ella con los puños apretados, la respiración alterada y el corazón trotando desbocado.

—Ishbel... —susurró al viento.

—¿Te vas?

—Sí, el ferri... —Calló de golpe al contemplar sus ojos—. Ishbel, no llores. —Llevó un dedo a su cara para recoger la lágrima furtiva que mojaba una de sus sonrosadas mejillas.

Ella negó con vehemencia y se secó con la manga de su jersey de lana.

¿Jersey de lana?, ¿qué le pasaba a su rubia loca? Robert la miró de arriba abajo, jamás la había visto tan vestida. Unos vaqueros claros cubrían sus piernas y ese jersey rosa era grande y muy discreto, sin escote, sin mostrar sus curvas.

—¿Por qué vas así vestida? ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Estoy bien...

—No, no. —Negó una y otra vez con la cabeza dando énfasis a sus palabras. Las pequeñas arrugas que caracterizaban a Ishbel cuando no entendía algo aparecieron en su frente—. Esta no eres tú y yo no quiero que cambies —explicó él de manera inmediata.

Sus fuertes manos apretaron sus brazos, la agitaba, imploraba, rogaba.

—Robert, yo... —sollozó.

—Shh. —La hizo callar colocando un dedo sobre sus labios—. No tienes que decir nada, nada. Solo...

Pero Ishbel no era capaz articular palabra, sollozaba sin poder contenerse, se limitaba a asentir y él... él no estaba acostumbrado a hablar de sentimientos. Tan solo pudo abrazarla con fuerza, la apretó contra su pecho y así se quedó durante un buen rato. Solo sintiendo, reteniendo su olor, su tacto para luego, en las largas noches de invierno, recordararla. Besó su pelo y tal y como había llegado a la playa, se marchó. A la carrera, dejándola sola, más sola que nunca en toda su vida.

Ella no supo reaccionar. Sus pies parecían anclados a la arena, su voz había desaparecido, pero su corazón le gritaba que corriera tras él, que no lo dejase marchar con la sensación de que ella no lo amaba, de que entre ellos no había nada más que unos cuantos polvos a escondidas. «Corre, Ishbel, ve a por él», le decía, pero tan solo cuando lo vio desaparecer de su vista fue capaz de reaccionar.

Entonces sus pies comenzaron a moverse y corrió como nunca lo había hecho. Dio gracias a

que esos dos días que no lo había visto, la tristeza no la dejó arreglarse. No le apetecía ponerse una de sus faldas cortas ni sus tacones ni maquillarse tan siquiera, pero aunque lo había pasado muy mal, gracias a ello, hoy llevaba unas zapatillas de deporte, las únicas que tenía y que la ayudaron a correr, a subir las escaleras y a llegar justo cuando el coche arrancaba.

Se colocó delante impidiéndole el paso.

—¡Robert! —gritó mientras colocaba las manos sobre el capó del vehículo.

El guardaespaldas pisó el freno con fuerza, esa loca se había colocado delante. Se bajó de inmediato y, sin ni siquiera cerrar la puerta, se encaminó hacia ella.

—¡Estás loca! —la reprendió—, he estado a punto de atropellarte...

Sin mediar palabra, Ishbel se arrojó a sus brazos y lo besó. Lo besó con fuerza, con hambre.

Robert, sorprendido por su reacción, la obligó a separarse de su cuerpo y abandonó su boca, aunque era lo que menos deseaba hacer, pero quería mirarla a los ojos.

—¿Por qué? —interrogó.

—Porque siento las putas mariposas. —Soltó una carcajada y él no pudo remediarlo y rio junto con ella, entre beso y beso, risas, labios, el mar y la esperanza de un principio, de algo que empieza.

—¿Me llamarás? —le preguntó cuando logró recuperar el aliento.

—No tengo tu número —dijo Robert con desesperación.

—¿Cómo es posible, gruñón?

—Nunca me lo diste, loca.

Fue ella quien metió la mano en el bolsillo de su vaquero y él se dejó, no le impidió que lo tocara, incluso alejó sus propias manos para que pudiera rebuscar con facilidad en sus ajustados bolsillos. Se limitó a mirarla con una brillante sonrisa y a desbloquear el móvil cuando ella se lo ofreció. Ishbel lo recuperó y, con dedos ágiles, grabó su número. Tras devolver el teléfono a su lugar, lo besó y lo abrazó.

—Vete o perderéis el ferri.

Robert asintió. De mala gana, se separó de ella y se encaminó hasta el asiento del piloto.

—Llámame —le pidió cuando él bajó la ventanilla.

—Lo haré.

—¿Todos los días?

—Todos.

—Te esperaré.

—Volveré.

Ishbel metió la cabeza dentro del coche, por la ventanilla, y volvió a besarlo.

—Adiós, Mila. Cuida de él —dijo antes de apartarse.

—Adiós, preciosa. Lo haré.

Y con el sentimiento de que eso no era una despedida ni un final, sino el comienzo de algo intenso, se quedó quieta viendo cómo el coche se alejaba.

—Volverá, lo sé —susurró al viento con una sonrisa en la boca.



Tras un largo viaje, Robert por fin llegó a su apartamento, ese que tenía alquilado en una

zona céntrica.

Había dejado a Mila en buenas manos, en su casa y con el nuevo guardaespaldas que lo sustituiría por un tiempo.

Dejó la maleta y se quitó el abrigo de paño que llevaba. Se dejó caer sobre el sofá que presidía el salón, cerró los ojos y soltó un profundo suspiro. Se sentía agotado, más cansado que nunca en su vida.

El viaje había contribuido a terminar con las pocas energías que le quedaban, pero lo que más había dejado su reserva a cero era el pensar que no volvería a verla en una larga temporada, el ser consciente de que ya no era él y solo él su única prioridad. Ahora la tenía a ella, a su loca. Ahora lo único que le importaba era verla feliz, hacerla dichosa y besarla, besarla hasta quedar sin aliento.

Sacó el móvil del bolsillo de su vaquero con una sonrisa soñadora y recordó las pequeñas manos de Ishbel rebuscando en su interior, su roce, su aroma...

Desbloqueó el teléfono y buscó su contacto. Le dio un ataque de risa al ver el nombre con el que ella misma había grabado su número: «TU LOCA», decía en letras mayúsculas.

Su loca, su maravillosa loca.

Tras un par de tonos de llamada, ella contestó.

—¿Hola? —Su voz sonaba ronca.

—¿Estabas durmiendo?

—¡Robert! —El grito entusiasmado le taladró el oído y tuvo que retirarse el móvil de la oreja.

—¿Esperabas a otro?

—No, ya no, nunca.

Robert sonrió.

—Así me gusta.

—Robert... ¿Qué tal fue el viaje?

—Agotador y más pensando en que me alejaba de ti. —Cuando terminó de pronunciar esas palabras, Robert sacudió la cabeza—. Dios, Ishbel, ¿qué coño has hecho conmigo?

—¿Cómo?

—Jamás en mi vida había dicho cosas como esas.

—Yo tampoco.

—¿Las putas mariposas?

—Las putas mariposas.

Se hizo una larga pausa en la que ambos permanecieron en absoluto silencio mientras sus cabezas procesaban lo que les estaba sucediendo. Todo era raro, extraño y nuevo.

—Ishbel... —Fue el guardaespaldas el que por fin habló—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión? Yo... pensé que me dejabas ir sin decir...

—Los dos días que he estado sin verte... me he dado cuenta de lo que sentía sin tenerte a mi lado.

—¿Y qué es lo que sentías?

—Vacío. Un profundo y estremecedor vacío.

—Y yo... ¿lleno ese vacío?

—Lo llenas. No quiero sentir ese vacío nunca, nunca.

—Ishbel... Estamos juntos, ¿verdad?

—Sí.

—¿En exclusiva?

—En total exclusiva.

Robert sonrió feliz. Ya no cabía ninguna duda, ese era el principio, un dulce y maravilloso principio.



34. La carta

Dos meses después

—¡Katy, Katy, Katy! —Ishbel llegaba sudorosa, con sus mejillas tan rojas que parecían a punto de explotar y su respiración tan jadeante que se notaba la carrera que se acababa de dar para llegar a la playa.

Había bajado los escalones de dos en dos, tropezándose un par de veces, así que tuvo que descalzarse a mitad del recorrido, pues sus tacones no eran el calzado más apropiado para correr como una loca bajando esas empinadas escaleras. Ya no llevaría nunca más esas malditas zapatillas de deporte, se lo había prometido a él, a su chico. Se paró de golpe y sonrió de manera bobalicona. «Mi chico», se dijo feliz. Sacudió la cabeza, ahora no podía perder el tiempo con los pajaritos que la llenaban desde que estaba con Robert, porque ahora estaba con él. Sonrió de nuevo y emprendió la carrera.

Katy paseaba por la playa cuando le llegaron los gritos de Ishbel y se giró para mirarla. El sol brillaba con fuerza, así que tuvo que usar una mano a modo de visera para poder apreciar a la loca de su amiga corriendo descalza por la playa. Llevaba una de sus características minifaldas y sus tacones agarrados con una mano.

—Katy... —Se detuvo justo enfrente de ella agotada, respiraba como una locomotora vieja. Se tocó el costado derecho y soltó un quejido—. Joder, no sé cómo hay gente a la que le gusta correr —dijo entre resuellos—, no deben ser humanos. —Colocó las manos sobre las rodillas. Con el cuerpo encorvado, intentaba recuperar el aliento y reponerse de la carrera.

—Es sano —replicó Katy, que recibió una dura mirada de odio.

—Y una mierda, esto no puede ser sano. Me duelen el pecho y las piernas, y mira mi pelo, sudoroso...

—¿Y se puede saber por qué te has dado esta carrera?

—¡Ay, Katy! —gritó entusiasmada, parecía haberse recuperado milagrosamente—. Te traigo muy buenas noticias.

—Pues bienvenidas sean, porque últimamente las cosas no me han ido muy bien que se diga.

Habían pasado ya dos meses desde que Rem se marchó. Sesenta y un días en los que había

intentado hablar con él, pero solo había obtenido alguna que otra vana conversación donde se limitaba a darle el parte médico de su hermano. Cuando intentaba explicarse, él no quería escucharla, alegaba tener prisa o le decía que su hermano lo necesitaba y colgaba, dejándola vacía y sola.

De nada servían los wasaps interminables que le había escrito, pues él no los leía. De nada sirvió el intento de Mila, pues tampoco le dio tiempo a aclararle nada.

Rem se había cerrado, había decidido pasar página y ella debía hacer lo mismo.

—No te lo vas a creer, aún estoy en *shock*. —Sin más, la tomó de la mano y tiró de ella intentando llevarla hacia las escaleras.

—Para, para, loca. —Katy clavó los pies firmemente en la arena obligándola a jadear por el esfuerzo que estaba haciendo para moverla.

—No seas petarda y camina, tengo que enseñarte una cosa.

Katy protestó. Si a Ishbel se le había metido en la cabeza llevarla de regreso al hotel, no le iba a quedar más remedio que ceder, a pesar de que, seguramente, lo que le quería mostrar sería alguna tontería y lo que a ella más le apetecía esa preciosa mañana era pasear por la orilla.

Solo la soltó al llegar a las escaleras para calzarse los zapatos. Después, sujetó de nuevo una de sus manos con fuerza y, casi a la carrera, la llevó hasta el hotel. Menos mal que Ishbel no estaba en forma y que sus tacones no le permitían ser tan rápida como Katy, que miraba a su congestionada amiga y le daba la risa floja.

—¿De qué te ríes? —preguntó molesta, tras recuperar un poco el aliento.

—Querida amiga, creo que necesitas algo de ejercicio. Te ves como esos cangrejos de río que alguna vez ha cocinado Carol, tan coloradita como un precioso tomate. —Volvió a reírse tras pellizcar los regordetes mofletes de Ishbel, que la miraba entre enfadada y divertida. Hacía días que no veía a Katy reír y, a pesar de que era a su costa, se sentía dichosa.

—Pues nada, ríe, ríe si eso te hace feliz. —Intentó sonar protestona, molesta, pero no le salía.

La tomó de la mano y la llevó hasta la cocina.

—¿Y qué es eso tan importante que querías enseñarme? —interrogó la morena revisando todos los rincones de la cocina.

Ishbel tomó entre sus dedos de uñas azules, uñas en las que reparó Katy por primera vez, un sobre que estaba sobre la mesa.

—¿Azul?, ¿en serio, Ishbel? —Puso los ojos en blanco.

La aludida se miró la perfecta manicura.

—¿No te gustan?

Katy se limitó a negar.

—No tienes ni idea de estética, de moda.

—Ya, claro.

No servía de nada recordarle que había sido modelo y que quizá algo de noción tenía, aunque siendo sincera, habían pasado tantos años de aquello que a lo mejor las modas habían cambiado mucho.

—Eh, Katy. —Ishbel chasqueaba dos dedos cerca de los ojos de la morena como si fuera un hipnotizador intentando sacarla de un trance—. Deja ya mis uñas y mira esto. —Lo que agitó frente a sus ojos fue el sobre.

—Un sobre —dijo con desgana—, una carta, ¿y? ¿Eso es lo que tienes que enseñarme?

Ishbel tomó aire con fuerza, arrugó la frente y gritó:

—¡No es un simple sobre! Toma, lee y alucina.

Katy lo tomó de las manos de su amiga. No tenía remite ni remitente, estaba en blanco.

Rasgó la solapa bajo la atenta y nerviosa mirada de Ishbel, que no paraba de sonreír, y sacó una cartulina escrita a mano.

Querida Katy:

El día veinte de diciembre será la presentación de mi libro *Un lugar sobre el acantilado*. Tú y tu precioso hotel formáis parte de sus páginas, por lo que me sentiría muy feliz si me acompañaras en ese momento tan especial para mí.

Por supuesto, corro con todos los gastos. En el sobre tienes los billetes de avión y los datos del hotel donde tienes la reserva a tu nombre, y un coche irá a recogerte al aeropuerto. Todo está perfectamente planificado, así que no puedes decirme que no.

Te espero, querida amiga.

Katy miró dentro del sobre y, efectivamente, los billetes estaban allí, junto con la reserva de hotel.

Con los ojos brillantes, miró a Ishbel, que continuaba con una enorme y preciosa sonrisa.

—¿Cómo... cómo lo sabías?

—He recibido uno igual, a mí también me invita. Lo único, que no usaré la reserva del hotel.

—Guiñó un ojo con picardía y exclamó entusiasmada—: ¡Voy a quedarme en el apartamento de mi chico! Si quieres, te puedes quedar con nosotros, así no ten... —Su voz sonaba feliz, dichosa, pero poco a poco sus ojos se ensombrecieron al ver que su amiga parecía triste—. Cariño, ¿qué te pasa? —interrogó cuando las lágrimas comenzaban a mojar las suaves mejillas de Katy.

—No puedo..., no puedo ir —sollozó.

—Pero... ¿por qué? No te va a suponer ningún gasto.

—Tengo trabajo que hacer... Además, no puedo dejar solo a Colin. Yo no...

—Rem. —Usó su nombre de forma valiente, ya era hora de que Katy asumiera lo que en realidad le asustaba—. Te da miedo encontrarte con él.

—Pues... pues sí, claro que me aterra. —Se secó las lágrimas, furiosa.

—Mira, amiga mía, ¿recuerdas lo que te dije de las piernas? ¡Coño, Katy, enséñalas de una puta vez!

—Para ti resulta muy fácil...

—No, no lo fue. ¿Recuerdas mis comeduras de coco? La única diferencia entre tú y yo es que esta rubia loca —se señaló con una de sus perfectas uñas azules—, recobró el sentido, dejó de ser una absoluta necia y escuchó a su corazón.

Katy sonrió.

—Te has vuelto una romántica.

—Siempre lo he sido, solo que antes creía que eso del amor era para los demás.

Katy se sentó en una de las sillas de la cocina, parecía haber perdido las fuerzas.

—Solo olvidas un pequeño detalle —dijo elevando los ojos para clavarlos en Ishbel, que con un gesto de su mano la alentó a hablar—. Rem no quiere ni verme.

—Eso no me lo creo.

—Pues créetelo. No lee los mensajes en los que le explico todo, no quiere escucharme.

Ishbel se sentó a su lado y tomó una de sus manos entre las suyas.

Entonces puso esa mirada que a Katy le aterraba, porque expresaba tanta determinación que le asustaba solo el pensar en lo que sería capaz de hacer.

—Eso déjame a mí —concluyó con una brillante sonrisa.

Katy soltó la mano que su amiga aferraba con fuerza, miró al techo y, tras un largo y profundo suspiro, sentenció:

—Vale.

—¡Vale! —chilló Ishbel con alegría—. ¿De verdad? ¿De verdad? —Entonces, tomó de los hombros a su amiga y la zarandó.

—¡Qué sí! Que vale, iré... Pero deja de agitarme como si fuese una coctelera —dijo entre risas. Ishbel siempre lograba sacar lo mejor de ella.

La rubia la soltó, pero en ningún momento dejó de sonreír.

—Katy, por mi tierra, mi Escocia a la que amo, te juro que te escucharé. —Su amiga suspiró con fuerza. Si esa loca se proponía algo, estaba segura de que al final lo conseguiría.

—Ya veremos...

—Claro que lo verás.

Ambas se quedaron en silencio hasta que de nuevo Katy lo rompió.

—Por cierto, no pienso quedarme en el apartamento de Robert. —Ishbel fue a protestar, pero la morena la cortó en seco con un simple movimiento oscilante de uno de sus dedos expresando un claro y rotundo no—. Eso no admite negociación ninguna. Me quedo en el hotel sí o sí, no pienso soportar tus gemidos y suspiros de placer. Ya tengo suficiente con aguantarte cuando te empeñas en narrarme con pelos y señales las cosas que le harías si lo tuvieses delante.



35. Así sabrán lo que es amor

El avión aterrizó y Katy suspiró de nuevo. No se había movido en todo el viaje, fue tan dócil que ni siquiera protestó cuando Ishbel insistió en que le dejara la ventanilla. Parecía que la llevaban al matadero y no a Manhattan, esa ciudad que en el pasado amó con locura.

Lo único que le había entretenido era ver a Ishbel disfrutar de todo como lo haría un niño en un almacén gigante de juguetes.

Era la primera vez que montaba en avión y todo le parecía maravilloso. Durante el despegue, no paró de sonreír, de soltar exclamaciones sobre la maravillosa sensación que le producía en el estómago. Durante el vuelo, no dejó de mirar por la ventanilla.

—¿No te cansas de ver agua? —le preguntó Katy.

—No, cómo habría de cansarme de ver algo tan maravilloso.

Cuando sobrevolaron la ciudad, sus exclamaciones se hicieron más intensas, tanto que una de las azafatas tuvo que pedirle un poco de silencio.

Ni siquiera al aterrizar perdió el entusiasmo.

—No sé por qué te he hecho caso. Quiero volver —susurró a su amiga.

—Nada de volver —ordenó Ishbel con contundencia—. Lo vamos a pasar genial.

—Sobre todo, tú —soltó Katy en voz muy baja.

Pero Ishbel no la escuchó, se dedicaba a empujar a todo el que se le ponía por delante.

—¡Vamos muévanse! —regañaba a los pasajeros.

Tenía tantas ganas de ver a Robert que la arrastró a la carrera hasta la cinta transportadora que les devolvería el escaso equipaje que habían llevado.

—¿Ves las maletas?, ¿las ves?, ¿ves las maletas? —le repetía a Katy una y otra vez mientras se movía nerviosa de un lado a otro estirando el cuello, poniéndose de puntillas, empujando en su terrible necesidad de poder mirar entre la gente que se agolpaba frente a la cinta transportadora y que, al ser ella tan bajita, le impedían localizar su equipaje.

—¡Ahí están! —gritó de repente, y entonces sus empujones se volvieron más fuertes—. ¡Ahí están, Katy! —voceaba mientras intentaba llegar a ellas.

Por fin, con las maletas en la mano y tras disculparse Katy con todas esas personas a las que su amiga empujó para llegar a su equipaje, y otra vez a la carrera, salieron a la zona de llegadas.

La gente le impedía encontrarlo, esa masa de personas más altas que ella no le dejaban verlo y se desesperaba por momentos. Hasta que, de repente, la sala comenzó a quedarse más vacía y por fin sus ojos se posaron sobre los de Robert. Lo que sucedía a su alrededor dejó de tener importancia, era como si el mundo se hubiera congelado en ese instante. Seguro que la tierra dejó de girar porque lo único importante en ese preciso momento era él, solo él, solo él...

Estaba a tan solo cinco pasos de distancia, tan cerca que incluso podía oler el perfume que él siempre usaba y que aspiró con fuerza.

«Solo cinco pasos», pensó feliz.

El asa de la maleta resbaló de sus temblorosas manos. ¡Estaba tan guapo! Llevaba un traje que le quedaba perfecto, parecía haber sido diseñado solo para él. Sonreía, como aquella vez que le quitó el aliento.

Lo observó, quería correr a sus brazos, pero necesitaba esa distancia para empaparse de él.

—Te has cortado el pelo —dijo por fin con voz temblorosa

—Estás preciosa —sentenció Robert—. ¿Piensas quedarte ahí? ¿No vas a abrazarme?

Esas simples preguntas la hicieron reaccionar. Robert abrió sus brazos en una clara invitación y ella recorrió los cinco pasos que los separaban a tal velocidad que su cuerpo impactó con fuerza contra el del guardaespaldas, que la recibió con un febril beso.

Las piernas de Ishbel se enredaron en sus caderas. Él la sujetaba con fuerza, no la dejaría caer nunca. Se devoraban sin importarles las miradas de los extraños que los observaban y sonreían.

—Te he echado tanto de menos, mi loca —susurró Robert cuando por fin pudo separarse de sus labios. Escuchó a alguien carraspeando a su espalda y entonces Ishbel presenció otro maravilloso milagro: las mejillas de su guardaespaldas se sonrojaron—. Nos miran —dijo con una sonrisa.

—Deja que lo hagan. Así sabrán lo que es el amor.

Los ojos de Robert brillaban de emoción, de alegría. Por fin, la tenía entre sus brazos.

—Tienes razón. Que miren. —Y, de nuevo, regresó a su boca.



Robert iba camino del aeropuerto, por fin volvería a ver a su loca. El tráfico era horrible a esas horas de la mañana. Estaba muy nervioso, demasiado nervioso como para aguantar las tonterías de los conductores irresponsables que no respetaban el orden de la gran fila de coches e intentaban adelantarlo.

No era un hombre violento, pero deseaba sacar su pistola y vaciar el cargador sobre el coche de atrás, que tocaba el claxon sin descanso.

—¡Será gilipollas! ¡Yo también quiero moverme! —gritó. Sabía que el imbécil de la bocina no podía oírlo, pero necesitaba descargar su frustración—. ¡Joder! —boceó enfadado y, tras darle un fuerte golpe al volante con las palmas de las manos, bajó la ventanilla, sacó medio cuerpo fuera y bramó con contundencia al idiota que no cesaba de tocar el claxon—: ¡¿No ves que no puedo moverme?! ¡Deja de tocar el puto pito o te tragarás el tuyo!

El sonido cesó. Un tío como él, grande, fuerte y cabreado era suficiente acicate para dejar incluso de respirar si se lo pedía con esa mirada asesina.

—¡Por fin! —exclamó triunfal.

Suspiró en un claro intento de recuperar la compostura, se colocó los puños de la camisa, el nudo de la corbata y respiró con fuerza un par de veces.

Los coches se movían, así que metió primera y salió a la autopista.

Visualizó la imagen de Ishbel con sus uñas de colores, sus minifaldas y esa bonita sonrisa. Pensar en ella lo ayudaba a relajarse un poco más y sonreír él también, sonreír como a ella le gustaba.

Hablar con Ishbel por teléfono todo los días ya no era suficiente. El tiempo pesaba y la soledad, esa que nunca le había importado, ahora era como una losa que la oprimía y no le dejaba respirar.

Pero las cosas iban a cambiar, Ishbel llegaba y él esperaba poder convencerla para que se quedase.

Recordó lo que había sucedido hacía tan solo unas horas y su sonrisa se hizo más grande.

La reunión empezó a las ocho en punto y, por supuesto, Robert, para quien la puntualidad era totalmente necesaria, llegó a la sala de reuniones a eso de las ocho menos diez.

Poco a poco, todos los empleados de la agencia de guardaespaldas fueron llegando.

Rem lo saludó y se sentó a su lado. Se había incorporado, tras su excedencia, hacía tan solo un par de semanas. El jefe le había asignado un trabajo sencillo, de esos que no lo obligaban a pasar largas jornadas fuera de Manhattan. Ahora tenía una prioridad: su hermano.

—¿Cómo va todo? —preguntó Robert. Aunque hablaban muy a menudo, llevaba un par de días sin saber nada de él.

—Bien, bien, mucho mejor de lo que el médico nos dijo en un principio.

—Vaya, pues me alegró mucho.

Rem asintió sonriente y Robert pensó que las cosas con Pacth irían mejor, como él le acababa de explicar, pero con Rem no sucedía lo mismo. A pesar de ir inmaculadamente vestido de traje, con la barba rasurada y el pelo engominado, su aspecto era penoso. Negras ojeras vestían sus ojos, que no brillaban, parecían apagados, tristes y la que hasta entonces había sido una perenne sonrisa no aparecía ni por asomo. Rem estaba roto, roto por dentro, y eso se veía por fuera.

Robert bufó enfadado. Estaba así de mal porque era un cabezota. Le había insistido una y otra vez para que llamara a Katy, pero el muy imbécil siempre le decía que no tenía nada que hablar con ella.

—Buenos días. —Roy y Anastasia entraron en la sala de reuniones.

Todos contestaron a su saludo.

Robert miró a su jefa, siempre elegante, preciosa. Su vida no había sido nada fácil, pero sin tener nada, con su voluntad, su esfuerzo y su tesón, llegó a ser la dueña del mejor club de striptease de todo Manhattan. Lo perdió tras un terrible incendio, pero lejos de venirse a abajo, resurgió y ahora, junto a su pareja, Roy, era la dueña de la mejor agencia de guardaespaldas.

Todos la admiraban y la respetaban como lo que era, su jefa, una mujer valiente con una gran inteligencia y personalidad.

—Hola, chicos —dijo con una de sus preciosas sonrisas de labios rojos—. Estaréis preguntándoos por qué os hemos reunido hoy.

Todos asintieron. Reuniones de ese tipo tenían muchas, pero ninguna en la que estuviera presente casi todo el personal que formaba parte de la agencia. Tan solo faltaban los que en esos momentos tenían algún servicio.

—Las cosas van a cambiar a partir de ahora —continuó Anastasia—. No os asustéis, no es nada malo—, corrió a explicar al ver la cara de alarma entre sus chicos—. Roy y yo vamos a ser de nuevo papás. —Entonces se escucharon vítores y felicitaciones. Si algo caracterizaba a esa agencia, era que la pareja trataba a todos sus empleados como si fueran familia y con eso

lograban muchísimo más respeto, porque todos confiaban en ellos.

—Y esta bonita noticia es la causante de que tanto Anastasia como yo hayamos decidido ceder el mando. —Roy tomó la palabra. La sala se quedó en absoluto silencio y las caras de preocupación regresaron.

—¿Ceder el mando? —interrogó Robert.

—Exactamente. Eso no quiere decir que no estemos al tanto de todo lo que ocurra en la agencia, pero no pasaremos horas y horas aquí ni viajaremos para las entrevistas con los nuevos clientes. Ahora, nuestra familia va a crecer. —Se aproximó a su mujer y, con cariño, acarició su vientre—. A nuestras mellizas, se unirán dos más.

Las expresiones de horror recorrieron el semblante de todos los reunidos.

—Sé que suena terrible. ¡Cuatro niños! —gritó Anastasia, pero sonreía feliz y eso contradecía sus palabras—. Ahora creo que entenderéis nuestras razones para ceder el mando. Vamos a estar muy ocupados. —Miró a su marido con ternura y colocó su pequeña mano sobre la de él, que continuaba acariciando su vientre.

—Deseamos más que nada pasar tiempo con nuestra cuadrilla y, por fortuna, podemos hacerlo. —Y así era. La agencia reportaba mucho dinero, tanto que les permitía ceder el mando y seguir viviendo sin preocupaciones—. Os aseguro que ha sido complicado decidirnos por uno de vosotros. No porque no lo valgáis, muy al contrario, todos sois dignos candidatos, hombres en los que confiamos, pero solo uno será el elegido.

—Robert. —Anastasia dio un paso hacia él y le tendió la mano, que el guardaespaldas miró como si le ofreciera algo ilegal—. Vamos, Robert —lo alentó, y él negó con la cabeza—. Sabemos que lo harás muy bien.

Robert regresó a esa carretera, a ese viaje que emprendía en busca de su loca.

Tras su nombramiento, todos lo felicitaron y alabaron la elección porque, sin lugar a dudas, él era el más adecuado para ese puesto.

Ahora iba al aeropuerto con una noticia que lo cambiaba todo. Si ella cedía, si se quedaba con él, ya no volverían a estar separados nunca más.

Sonrió feliz, pero su alegría se esfumó de golpe.

—¿Y si ella no quiere?

Recibió un fuerte pitido, esta vez porque se había quedado parado cuando el semáforo estaba en verde.

No le costó encontrar sitio para aparcar, no le costó encontrar la puerta por la que salían los pasajeros del vuelo procedente de Glasgow, pero sí le costó y mucho quedarse quieto mientras su pequeña loca lo buscaba entre la gente que llenaba la sala.

Él no tuvo problema para localizarla, su altura le permitió divisarla nada más poner los pies en la zona de llegadas. Tan bonita que le cortó el aliento, tan perfecta para él que su vello se puso de punta.

Nunca había sentido nada igual, jamás había deseado tanto abrazar a nadie. Dolía físicamente estar separado, sus manos temblaban y no podía dejar de mirarla.

Sintió el preciso instante en el que ella lo vio, el momento exacto en el que sus ojos lo devoraron, lo abrazaron... Y respiró tranquilo. A pesar de la distancia, su conexión no se había roto, no se había esfumado. Seguía intacta, incluso quizá podía sentirla más fuerte e intensa.

Cinco pasos los separaban y su aroma a flores frescas lo golpeó. Cerró los ojos por solo un instante para recrearse en su olor, para centrarse tan solo en él. Lo respiró, lo paladeó y abrió de nuevo los ojos para cerciorarse de que no estaba soñando, de que ella estaba allí, a solo cinco pasos.

—Te has cortado el pelo —dijo ella con voz temblorosa.

—Estás preciosa —sentenció Robert—. ¿Piensas quedarte ahí? ¿No vas a abrazarme?

Que Ishbel, la Ishbel descarada, la que él había conocido sin filtros, sin importarle el qué dirán, se contuviera y fuese precisamente él, al que nunca le había gustado llamar la atención ni ser el blanco de las miradas, el que diese el primer paso para tomarla entre sus fuertes brazos le chocaba. Pero no quiso pensar en nada, tan solo sentir a su rubia. Tan solo disfrutar de sus piernas envueltas en unas mallas negras, que se ceñían con fuerza alrededor de sus caderas y se limitó a sentir esos labios rosas devorando los suyos y sus pequeñas manos acariciando su nuca.



36. Siempre tan sincera, tan tú...

Katy fue testigo silencioso de toda la escena, al igual que la gente que los rodeaba, ya que a esas horas el aeropuerto era un hervidero de personas.

Pero la conexión entre ambos era tan intensa, tan bonita que nadie se escandalizó o censuró la escena de los dos amantes, pues lo único que veían era a dos personas enamoradas. Incluso podrían sentirse afortunados de que les permitieran disfrutar de un momento tan íntimo. Eran unos privilegiados y, en cierta forma, Katy no pudo evitar sentir un regusto amargo de envidia.

Fue Robert el primero en recuperar el sentido, era lo más lógico por ser el más equilibrado en esa relación.

Tras soltar a una reticente Ishbel que tan solo quería estar abrazada a su chico, pudo saludar a Katy. Tomó el equipaje de ambas y las guio hasta el coche. Ya en él, la conexión entre ambos se intensificó, llenó el pequeño habitáculo.

Ishbel se acomodó en el asiento del copiloto sin poder dejar de mirarlo. No se lo creía aún. ¡Estaba con él, en Manhattan! Había tomado un avión y salido por fin de su isla, de Escocia... Millas y millas la separaban de lo que hasta entonces había sido su hogar, de lo único que conocía, y ahora se abría ante ella todo un mundo.

—Robert, por favor, déjame en mi hotel —propuso Katy.

—De eso nada, iremos a cenar y después... —dijo Ishbel.

—No —interrumpió a su amiga. Sabía que estaban deseando estar a solas y no pensaba ser quien impidiera que dieran rienda suelta a su pasión—. Estoy cansada. Esta tarde es la presentación y quiero estar presentable. Necesito dormir, después pienso darme un buen baño. — Soltó un largo suspiro recordando esa gran bañera que vio en la foto de la habitación del hotel que Mila había escogido para ella.

Intentaron convencerla, pero no hubo forma. Katy quería dejarlos a solas, sabía que las ganas que tenían el uno del otro eran muchas.

Robert la acompañó, portando su pequeña maleta, hasta la recepción del hotel. Tras registrarse, la llevó hasta el ascensor.

—No hace falta que subas conmigo, vete ya con tu chica —le dijo tras arrebatarse el asa de la maleta. Entonces le sonrió y apretó el botón para llamar al ascensor—. Dime a la hora a la que

tengo que estar preparada.

—Katy... —Su tono le hizo girarse para mirarlo a los ojos.

—¿Pasa algo?

—No, no... Es solo que él no ha venido porque...

—No tenía por qué hacerlo —lo interrumpió. Sabía perfectamente que se refería a Rem y no tenía ninguna gana de escuchar una excusa absurda, una mentira para ocultar que Rem ya no quería saber nada de ella —. No te sientas en la necesidad de excusarlo.

—¡Es un imbécil! —El contenido Robert se transformó y eso hizo que Katy se sorprendiera tanto que no pudo remediar dan un pequeño bote sobre el impoluto y brillante suelo de mármol.

Katy acarició, con cariño, una de las mejillas del guardaespaldas.

—Se cansó de esperar, no lo juzgues.

Las puertas del ascensor se abrieron y Katy entró.

—A las seis —dijo Robert—, a las seis pasaré a buscarte.

Vio cómo asentía, cómo intentaba sonreírle mientras las puertas terminaban de cerrarse, pero sabía que no estaba bien. Nada lo estaría hasta que el cabezón de su compañero dejase de portarse como un auténtico idiota.

Negó, molesto. Comprendía un poco a Rem porque él mismo se había portado de una forma ridícula con respecto a sus sentimientos, pero por fin había reaccionado, cosa que no hacía su compañero. Sabía que Mila también le había rogado que fuera a la presentación y el muy memo rehusó, declinó la posibilidad de volver a verla, de reencontrarse y empezar lo que el destino le ponía ante las narices: algo con ella.

La tensión se palpaba dentro del vehículo, la necesidad, las ganas se podían incluso oler.

Tan solo se escuchaban las respiraciones de ambos, casi entrecortadas. Les costaba llenar los pulmones porque los aromas se mezclaban y creaban un ambiente tan sensual que se hacía difícil incluso respirar.

Ishbel no le quitaba el ojo de encima, observaba cada uno de sus movimientos. La forma en la que movía en volante, cómo posaba la mirada en el retrovisor o cómo, de manera furtiva, de vez en cuando, la clavaba en sus pupilas. Entonces se volvía mucho más complicado intentar llenar los pulmones de aire, pues parecía que, de repente, escaseaba el aire y que sus ojos abrasaban su piel.

Nunca en sus vidas habían necesitado algo tanto, jamás el contacto, sentir las caricias del otro se había vuelto vital. Lo deseaban con tal fuerza que dolía, de una manera casi animal, irracional y salvaje. Jamás se habían contenido como lo estaban haciendo en ese momento. Por eso, tras una rápida maniobra para aparcar el coche, bajaron de él y caminaron casi a la carrera hasta el ascensor. En cuando llegó, protegidos por la privacidad que les daba el pequeño espacio, la espera se hizo del todo insoportable y se lanzaron uno en los brazos del otro.

Cuando paró en la planta donde se encontraba el apartamento de Robert, estaban tan metidos en su papel de amantes que no sintieron el pitido que les indicaba que por fin estaban a escasos metros de esa cama que tanto necesitaban. Ni siquiera repararon en que las puertas se abrían. El ascensor estuvo a punto de ponerse en marcha de nuevo con ellos dentro. Fue Robert el que lo impidió soltando el amarre de Ishbel y presionando el botón para que las puertas se abriesen otra vez.

Entraron a trompicones. Se desnudaron con manos temblorosas.

Los labios de él se posaban sobre cualquier parte de la piel que quedaba al descubierto. Las manos de ella tocaban sin descanso los duros músculos de Robert que, por la tensión, parecían enormes maromas.

—Estás muy bueno —le susurró con palabras entrecortadas, pues le faltaba el aliento.

—Siempre tan sincera, tan tú... —dijo Robert, y su sonrisa brilló de tal forma que Ishbel suspiró enamorada y sonrió también porque, de repente, se dio cuenta de que jamás había estado enamorada, nunca había querido a un hombre para siempre a su lado, pero con Robert todo era nuevo y le gustaba. Adoraba esa sensación en su estómago cuando la miraba, esas mariposas que revoloteaban solo con escucharle pronunciar su nombre. Sus ojos querían mirarlo a todas horas, sus manos tocarlo día tras día del resto de su vida, su boca besarlo, lamerlo y sonreír cada minuto, cada segundo. Nada importaba ya, solo estar juntos, amarse. Y, en ese preciso instante, lo supo. Ya no había marcha atrás, ahora eran uno.

Sus ojos brillaban llenos de lágrimas de felicidad, pero en ese momento sobraba todo, todo menos las caricias, los besos; de esos, no tendrían nunca suficiente por más tiempo que pasara.

—Tengo que hacerlo ya, Ishbel... —Su voz sonaba ronca, rota por la pasión, y un escalofrío recorrió todo el cuerpo de ella—. No puedo esperar más.

La sentó sobre el mueble de la entrada. Ni siquiera habían conseguido llegar hasta el sofá, mucho menos podía esperar a recorrer los escasos metros que los separaban de una confortable cama.

Ishbel asintió, no era capaz de articular palabra. También lo necesitaba, tampoco era capaz de esperar más, ya lo había hecho por un largo y tedioso tiempo. Cada minuto, cada segundo que habían pasado separados habían sido la tortura más dolorosa, pero ahora ya lo tenía, ya era suyo.

Ya no tenía ninguna necesidad de esperar más. Qué importaba el lugar cuando él, su Robert, estaba entre sus piernas, desnudo, totalmente desnudo y duro, duro como una piedra.

Allí, de pie, con Ishbel aferrada a sus caderas, entró en ella de un golpe seco que la obligó a sujetarse en sus hombros para no golpearse con la pared.

No fue delicado ni empezó lento para ir poco a poco subiendo el ritmo. Muy al contrario, fue rudo, pero a Ishbel le gustaba así. Adoraba su manera salvaje de entrar en ella, de agitarse.

Sus gemidos lo alentaban a continuar el frenético ritmo que le hacía sudar y jadear sin descanso. Pero en un determinado momento, pareció recapacitar y, tras un fuerte gruñido, deceleró.

—No, no, sigue... —decía ella.

—No puedo... —contestó Robert con esfuerzo, con el aliento entrecortado saliendo desbocado por su boca abierta—. Si sigo, me correré.

Y eso no podría ocurrir nunca, jamás. Solo lo haría cuando ella, cuando su preciosa rubia alcanzara su orgasmo. Entonces sí, entonces se dejaría ir, conseguiría subir al cielo, romperse en mil pedazos y alcanzar la felicidad completa.

Ishbel lo amó más por ser así. Adoraba todo de él porque era tan distinto a ella que parecían ser almas opuestas, seres que jamás podrían llegar a comprenderse, pero eso no era cierto. Ishbel y Robert eran las dos caras de una moneda y eso, precisamente, era lo que hacía que todo funcionase mejor.

Sabía que ella estaba a punto, lo veía en sus pupilas dilatadas, en sus mejillas sonrosadas y en su manera de jadear. Ishbel comenzó a susurrar en su idioma natal, el gaélico le salía en esas ocasiones en las que se dejaba llevar, en las que su cabeza dejaba de pensar en lo que hacía, y ahora tan solo sentía, disfrutaba.

A Robert le ponía, le ponía mucho escucharla. No entendía nada, ni una sola palabra, pero sonaba tan erótico, tan sensual que la alentó a seguir hablando, a susurrar de manera entrecortada.

Sus miradas estuvieron conectadas en todo momento, pues con ellas también se acariciaban, se decían muchas cosas.

Ishbel gritó, sus ojos se cerraron y a Robert le pareció la mujer más hermosa del mundo.

Sintió las fuertes sacudidas que el orgasmo le provocaba a ella como si fuese su propio cuerpo el que convulsionara con las oleadas de placer.

Jadeó sorprendido. Jamás le había sucedido nada igual, con ninguna mujer le había pasado eso. Muy al contrario, Robert se había limitado a su placer, a disfrutar él. Su compañera de cama no era importante, incluso muchas veces ni siquiera conocía su nombre. No recordaba el color de pelo de ninguna, ni siquiera el de sus ojos, nunca se había preocupado. Tan solo buscaba sexo, el desahogo de su cuerpo, como quien come o duerme. Pero esa preciosa rubia que tenía entre sus brazos, con ese cuerpo delgado, esos pechos pesados y grandes que se apretaban contra el suyo y que, al rozarse, lo excitaban, le había enseñado que el sexo con sentimientos era tan absolutamente perfecto que embriagaba, que le dejaba sin aliento. Ahora él no importaba, solo ella, su ella. Solo Ishbel.

Se dejó ir en el preciso instante en el que Ishbel abrió los ojos ya saciada. Entonces apretó la mandíbula con fuerza, se enredó en sus pupilas y permitió que su placer lo sacudiera, se derramó en ella como si fuera su primera vez.

—¡Dios, ha sido perfecto! —exclamó cuando el último espasmo sacudió su cuerpo.

Ishbel se limitó a asentir, le faltaba el aliento, apenas podía ni moverse.

Robert salió de su interior, pero no le dio tiempo a sentir frío porque la tomó entre sus brazos y la llevó hasta la cama.

Tumbada sobre ella, lo contemplaba extasiada. Era perfecto, bello, sensual, único.

—Sabes que aún no he acabado contigo, ¿verdad? —Se acomodó a su lado y comenzó a frotar uno de sus pezones, primero con su mejilla derecha y luego con la izquierda, y antes de que a Ishbel le diera tiempo a soltar un suspiro de gusto, se lo introdujo en la boca y jugó con él, lo provocó de tal manera que el corazón de Ishbel parecía a punto de salirse del pecho.

—Eso..., e-eso —susurró con voz entrecortada. Los lametazos, los mordiscos que prodigaba a sus pezones apenas le permitían pensar de manera racional, mucho menos articular las palabras que deseaba gritar—. ¡Eso espero!

—Pero esta vez no hay prisa —le explicó tras levantar la cabeza de sus pechos y sustituir sus labios por una de sus fuertes manos, que comenzó a acariciarlos de manera muy, pero que muy experta—. Ahora quiero amarte despacio, muy despacio.

Ishbel callaba, y eso era muy raro en ella. Se limitó a asentir, a sentir, a tocar, a saborear, a disfrutar de él.

Robert cumplió lo prometido y le provocó a su pequeño cuerpo una tortura lenta, un placer que creció de manera paulatina hasta que, otra vez, la hizo estallar.

Lo miró asombrada, solo había usado sus pechos para lograr que se corriera.

—Eres tan sensible —corrió a explicar—, sientes cada caricia que le doy a tu piel aquí —dijo dibujando círculos sobre su clítoris y el deseo nació de nuevo. Parecía que quería quitarle mérito a su pericia a la hora de darle placer. Era cierto que Ishbel siempre había sido muy fogosa y sensible ante cualquier tipo de caricia, pero nadie, ningún hombre había conseguido jamás lo que Robert había logrado.

No dejó de contemplarlo, de sonreír feliz. Pero, de repente, se dio cuenta de que tenía que reaccionar, no podía seguir quieta, dejándose hacer. Ishbel siempre había sido activa en el sexo, normalmente, era quien llevaba la voz cantante, la que provocaba, jugaba... ¿Qué le pasaba con él? No era capaz de soltar ni una sola palabra, cada vez que lo tocaba, era como si sus manos ardieran y se quedaba sin aliento.

Luchó por recuperarse, por volver a ser ella y Robert la buscó, también deseaba a la Ishbel desinhibida, esa que no tenía filtro.

—Vamos, cariño, ven... ven a mí —le susurró al oído e Ishbel reaccionó como ambos esperaban.

Sacudió la cabeza para quitarse los pajaritos que volaban en ella y le impedían ser como a ambos les gustaba.

Ishbel regresó, tomó el mando y lo obligó a tumbarse sobre la cama. Se colocó a horcajadas sobre él y, tras tomar su erección con una de sus pequeñas manos, se la introdujo.

—Eso es..., así te quiero, mi rubia. —Robert soltó un profundo gemido de placer al sentir cómo ella tomaba el mando, cómo botaba sobre él, cómo se rozaba y le hacía temblar.

Las palabras en gaélico regresaron a los labios de Ishbel y, en esta ocasión, ambos se saciaron a la vez. Ambos cuerpos se sacudieron como si estuvieran sincronizados.

Ishbel se acurrucó contra él, tras el maravilloso orgasmo del que ambos habían disfrutado.

No debía dormirse, en nada tenían que acudir a la presentación del libro de Mila y antes, pasar a por Katy, pero los ojos le pesaban.

—Tengo algo que contarte. —Esas palabras la hicieron reaccionar. De repente, el sueño se esfumó de un plumazo. Como si alguien hubiera accionado un resorte, se separó del dulce calorcito que el cuerpo del guardaespaldas le daba y se sentó en la cama con los ojos llenos de miedo—. Eh, pero ¿qué te pasa?

Asustado, Robert se levantó también, la estaba perdiendo y no sabía el porqué. Intentó tocarla, pero ella se levantó de la cama y, con manos temblorosas, comenzó a vestirse.

—Si vas a contarme que estás con otra, no deberías haber esperado a que hiciera un viaje tan largo. —Robert intentó hablar, intentó detenerla, pero ella no se dejaba. Caminaba en busca de toda su ropa y hablaba sin parar—. Hay que tener cara, hacerme venir y luego follarme. Eres un cerdo.

—¡Estás loca! —le gritó. Por fin, ella lo miraba a los ojos, aunque lo hacía con tal odio que Robert se estremeció—. ¿Por qué cojones piensas que es eso lo que voy a decirte?

Ishbel reaccionó. ¿Qué le estaba pasando? Sacudió la cabeza y sus ojos se anegaron.

—Tengo miedo —soltó de golpe.

Robert suspiró y la tomó entre sus brazos.

—Sé lo que supone para ti reconocer eso en voz alta y te lo agradezco —dijo con paciencia e infinito cariño. Ishbel le había demostrado que era una mujer fuerte, independiente, segura de sí misma, y ahora se la veía tan frágil, tan derrotada.

—No sé qué me pasa, no soy yo, siento cosas...

Robert la obligó a mirarlo a los ojos, le retiró su bonito pelo rubio de la cara y la tomó entre sus fuertes manos. Recorrió sus mejillas con sus dedos en una caricia y, tras soltar un profundo gruñido, apoyó su frente contra la de ella.

—No tengas miedo. Yo tampoco entiendo lo que me pasa... Siempre he sido egoísta, pero ahora..., ahora me importas más tú que yo mismo.

—Nunca he sido celosa... —Ishbel tragó saliva para intentar deshacerse del nudo que apretaba su garganta—. Pero ahora, al escucharte decir que tenías algo que contarme, pensé que tú... —Cerró los ojos con fuerza—. Suena tan irracional.

—Shh, lo sé, lo sé. —No quería verla así. Su rubia era una mujer fuerte, incluso más que él.— Tendremos que acostumbrarnos a sentir todas estas cosas... tan intensas...

Ishbel se lanzó a sus brazos, envolvió su cuello y lo abrazó con tal fuerza que le sacudió el alma.

—Perdona, perdóname. He sido una to...

—No, no digas eso. Estamos juntos en esto, todo es nuevo para nosotros. Además, así eres tú,

intensa en todo... Sabía que vivirías lo nuestro de igual manera que lo has hecho con todo lo demás.

—Pero yo... jamás... —Bajó la mirada—. No sé si seré capaz...

—¡Ni se te ocurra decirlo! —gritó enfadado. La obligó a separarse de su cuerpo, a volver a atrapar sus ojos, tomó sus delgados brazos entre sus manos y la sacudió—. Juntos podemos con todo, con todo. ¡Con todo!

Ishbel asintió. Merecía la pena intentarlo, lo necesitaba y jamás había necesitado a nadie ni a nada. Tendría que aprender a asimilar esos nuevos sentimientos que la saturaban.

Se abrazaron como si fuera lo único importante, como si, gracias a ese fuerte abrazo, el mundo girara.

Pasaron un buen rato así hasta que Ishbel se separó, lo tomó de la mano y lo llevó hasta la cama.

Se sentaron uno al lado de otro y, con las manos entrelazadas, Ishbel asintió y le dijo:

—Te escucho con atención.

Robert sonrió. La Ishbel fuerte, alocada pero sensata, la divertida, la que él amaba, había regresado. Su otra Ishbel estaba ahí y no le importaba, porque esa también le gustaba. Sabía que su relación sería complicada, eran dos polos opuestos y chocarían más de una vez, pero merecía la pena.

Robert le contó todo sobre su nuevo puesto de trabajo, sobre lo que eso suponía y cuando llegó a la parte más complicada, su voz tembló sin poder remediarlo. De la respuesta de ella, dependía todo, toda su vida...

—Quédate —soltó de golpe. Para qué esperar, para qué usar un millón de palabras si tan solo quería que ella no se marchara de su lado.

Ishbel lo observaba con total interés, pero sus ojos no le decían nada y comenzó a desesperarse.

—Podrías vender la tienda o quizá dejar... dejar a Ada al mando... Podríamos ir de vez en cuando...

Ishbel continuó en total mutismo y a Robert empezaron a sudarle las manos.

—Pasaremos mucho tiempo aquí... en Manhattan... Puedes hacer y deshacer a tu antojo, esta será tu casa... —Señaló su apartamento—. ¡Por Dios, mujer, dime algo!

Una sonrisa enorme empezó a crecer en la boca de Ishbel, una tan brillante y bonita que el corazón de Robert golpeó su caja torácica como si fuese capaz de salirse.

—¡Sí! —gritó con entusiasmo—. ¡Sí, sí, sí quiero! —De repente, se puso colorada—. ¡Ay, por Dios, ha sonado fatal! No quiero decir que quiera casarme... No, de eso nada, tan solo...

Robert la tomó entre sus brazos y soltó una profunda carcajada.

—Lo sé, preciosa. Quiero que sepas que haremos lo que tú quieras. Si lo deseas, nos casamos...

—¡No! —gritó ella separándolo de su cuerpo—. No, no, nada de bodas. No creo en el matrimonio, tan solo quiero estar a tu lado, prometerte fidelidad, compromiso y mucho sexo del bueno. —Su sonrisa pícaro le hizo reír.



37. Me niego a pensar que sigues queriendo lo mismo

—Pasa. —La voz profunda de Patch le llegó amortiguada por la gruesa puerta de madera.

—Hola, hermano —dijo Rem tras entrar y cerrar.

—Pero... pero... ¿se puede saber qué coño haces tú aquí? —interrogó tras mirar el reloj de la pared.

Patch se dejó caer sobre su silla de ruedas, había estado trabajando duro en la cinta de andar. Ya podía dar varios pasos sin cansarse tanto, sin notar ese dolor tan intenso que los primeros meses, tras el accidente, sentía cuando intentaba mover las piernas.

—¡Pues vaya recibimiento! Vengo a buscarte, le dije a Jared que hoy te recogería yo. Me apetece tomarme un café contigo y charlar un rato, pero ya veo que...

—¡Me dan ganas de darte de hostias! —le interrumpió.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Patch lo fulminó con una de sus terribles y potentes miradas de odio. Se secó el sudor de la cara, bebió un largo trago de agua y, tras despedirse del fisio que desde hacía tiempo lo trataba y gracias al que estaba reponiéndose de manera tan rápida, condujo su silla hacia los vestuarios.

Rem lo siguió muy de cerca.

—¿No pretenderás enjabonarme? —le preguntó cuando llegaron a la puerta de los vestuarios.

—Te espero aquí —contestó Rem tras soltar un gruñido.

Patch asintió con la cabeza y, sin más, entró en los baños. Desde el primer día que salió del hospital, no había admitido la ayuda de nadie. Su silla no le impedía moverse por la ciudad ni llevar una vida más o menos normal. No se rendía, sabía que lo iba a conseguir y su independencia era tan importante para sentirse bien que luchaba por ella con uñas y dientes. Más de un día ese afán de hacerlo todo él le había supuesto una bronca con Jared porque había terminado en el suelo. Incluso la primera vez que se metió en la ducha inundó el baño. Pero el muy cabezota no daba su brazo a torcer y nunca pedía ayuda para nada.

Tan solo consentía que Rem y su chico se alternaran para ir a buscarlo tras la rehabilitación y solo porque le pillaba lejos de la casa que compartía con Jared y él no podía conducir.

Cuando salió ya vestido, Rem se plantó delante de él.

—¿Se puede saber a qué viene esto?

—¿De verdad que no eres consciente?

—Pues no.

Patch puso los ojos en blanco.

—Vamos a tomar un café y hablamos de lo cobarde que eres, hermano.

—Cobar...

Rem se quedó con la palabra en la boca, pues su hermano ya salía por la puerta camino del aparcamiento sin darle opción a defenderse de tal acusación.

No dijo nada hasta que no estuvieron sentados en la cafetería de siempre, junto a una taza de café.

—¿Y bien? —interrogó Rem—. ¿Vas a tardar mucho en echarme la charla?

—No, no pienso regañarte como si fueras un crío. Eres ya mayorcito para tomar tus decisiones...

—Pero... —Lo alentó a que siguiera moviendo una de sus manos.

—Pero me parece que eres un auténtico cobarde, que has escondido la cabeza como las avestruces y no te reconozco. No veo a mi hermano, ese que vino en mi busca sin pensarlo ni un solo instante, ese que fue capaz de defender a una mujer que no conocía exponiendo su propia vida.

Rem se movió inquieto en la silla. Sabía por qué Patch le hablaba así, lo supo desde que entró en la sala de rehabilitación y observó su rictus serio, enfadado.

—No lo entiendes..., no puedo verla. —Dejó de disimular, no servía de nada.

—¡Pues claro que no lo entiendo! —Patch elevó tanto la voz que el resto de los clientes de la cafetería dejaron sus conversaciones para observarlos.

—Por favor, baja el tono —espetó Rem con los dientes apretados.

Patch se pasó la mano por el cabello en un claro gesto de impotencia.

—¿Cómo puedes ser tan tonto? Ella está ahora mismo a unas calles de esta cafetería. Ve. Ve a por ella. Da la cara, sé un hombre.

—No puedo —susurró con desesperación—. No lo entiendes. No puedo verla porque si lo hago, me dejaré llevar con los ojos cerrados, me lanzaré y luego... luego, ¿qué pasará? —Clavó sus pupilas en las de su hermano. Deseaba una respuesta, pero Patch no podía dársela.

—Quién sabe lo que el futuro va a traer. Quizá duréis solo un par de meses o toda la vida. Quizá ella solo quiera despedirse de ti en condiciones o lo que desee sea verte. No lo sabrás si no te acercas a esa presentación, si no das la puta cara.

—Me jode que no me entiendas —dijo con tristeza.

—Pues claro que te entiendo. —Tomó la mano que Rem había posado sobre la mesa de mármol—. Soy la persona que más puede entender tu miedo porque yo también lo he vivido. Hemos pasado tanto que nos ha dejado grandes cicatrices... —Tragó saliva con fuerza intentando deshacerse del nudo que apretaba su garganta—. Cicatrices que jamás desaparecerán. —Sacudió la cabeza un par de veces y tomó aire con intensidad—. Yo también dudé, también pensé que no podría ser feliz, incluso creí que no lo merecía, que estaba sucio. Pero no es así, nosotros tan solo somos las víctimas. Asume que no tuviste culpa de nada de lo que pasó, que mereces encontrar el amor, la felicidad, hacerte viejo junto a una mujer que te ame y a la que ames.

—Pero no creo que esa mujer sea Katy.

—Y tú qué mierdas sabes, ¿acaso puedes ver el futuro?

—Ella...

—No me jodas que sigues pensando que besó a Michael porque quería volver con él. —Su tono expresaba con claridad su escepticismo.

—No, sé que fue una maldita trampa del destino. Pero creo que es mejor que lo deje todo como está. Es lo mejor para todos.

—Claro, es mejor esconder la cabeza, es mejor dejar pasar la vida, es mejor no luchar por lo que quieres —se burló.

—Es mejor seguir como hasta ahora —proclamó muy serio—, vivir el día a día sin preocuparme del mañana. He juntado todas las piezas rotas, no puedo exponerme a que de nuevo mi puzle se desmorone.

—Pero... pero... ¿tú te estás oyendo? —El tono aumentó a medida que su enfado crecía. Le dolía tanto ver a Rem tan expuesto—. No eres así, joder. Eres fuerte, eres el tío más fuerte que he conocido nunca. A pesar de lo ocurrido, nunca has perdido la sonrisa ni las ganas de vivir.

—¡No! —Esa vez fue Rem el que elevó la voz—. Eso no es del todo cierto. A veces pienso que protegí a Olga poniendo en riesgo mi vida porque eso era lo que menos me importaba perder.

Los ojos de ambos se anegaron y Patch abrió la boca intentando recuperar el aliento. Escuchar esa confesión tan dura por parte de su hermano dolía, dolía tanto. Patch negó con la cabeza, cerró los ojos para recuperarse y habló de nuevo.

—Eso no es verdad, tú no querías morir.

—¿Y las carreras?

—Solo buscabas adrenalina.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—Hermano, ambos buscábamos lo mismo.

Patch se quedó sin palabras. No podía rebatirle ese punto pues era cierto que, durante un tiempo, su propia vida no le importó nada.

—Me niego a pensar que sigues queriendo lo mismo.

—No lo sé. Estoy tan cansado.

—¡Pues te jodes! —le gritó—. Te jodes y sigues adelante.

—Eso hago, ¿no lo ves? Pero ahora, en este momento de mi vida, no puedo tenerla... —Patch observó su mirada triste, apagada, y sintió una punzada en su corazón tan intensa que le hizo temblar.

—Respeto tu decisión —dijo al cabo de un buen rato—, pero me parece una soberana estupidez perder el tiempo así cuando puedes ir en su busca.

—Por favor —suplicó—, déjalo estar.

Patch asintió, no quería presionarlo más. Podía ver su sufrimiento, su lucha interior y era tan intensa que decidió darle un tiempo.



38. Eres un fraude

—Tu libro no solo habla de amor, también de superación, de amistad. ¿Puedes contarnos en qué te has basado?

Toda la sala estaba en total silencio, y eso que se había congregado mucha gente aquel sábado. Todos querían saber más sobre el nuevo libro de Mila, la mejor autora de romántica, como la había denominado la prensa.

Mila estaba radiante. Siempre que presentaba alguno de sus «niños», como ella denominaba a sus novelas, la felicidad se mostraba por todos los poros de su piel.

—Me he basado en la vida, en la gente que tengo a mi alrededor. No he tenido nada más que mirar, observar con atención.

—¿Eso quiere decir que los personajes de su libro existen? —continuó el periodista.

—Por supuesto.

Ishbel y Katy se miraron asombradas, ¿habría escrito Mila sobre ellas? Si les quedaba alguna duda, la escritora la solventó con sus siguientes palabras.

—Este libro trata de un lugar, uno especial, un bonito hotel sobre un acantilado, sobre dos mujeres fuertes, tan distintas la una a la otra que parece mentira que sean amigas. Sobre sus miedos a encontrar el amor.

Mila clavó sus pupilas primero en Katy y luego en Ishbel, que la miraban con la boca abierta por el asombro.

—¿Es cierto que se retira, que este será su último libro? —interrogó otro de los periodistas, cambiando de tema.

—Sí. —Un clamor llenó la sala, algunas voces se elevaron diciendo un «no» con tristeza, otras suspiraron con pena y Mila tragó saliva. El fin a su carrera era agri dulce—. He escrito... —no fue capaz de calcular el número, eran tantas—, muchas novelas de amor. Ahora ha llegado el momento de terminar la mía, la novela de mi vida y quiero que tenga, como todas, su final feliz.

—¿Qué quiere decir con eso?

—En un determinado momento de mi vida, dejé algo aplazado, una historia tan bonita que me costó aparcarla, pero era necesario. Y ahora, tras tantos años, ha llegado la hora de retomarla donde la dejé y rubricar ese final feliz que ambos nos merecemos. —Los ojos de Mila se clavaron

en un punto determinado de la sala. Todos giraron la cabeza y lo vieron. Allí estaba él, su hombre misterioso, ese que nadie conocía, del que nadie sabía su historia. Él se limitó a sonreír.

La sala se quedó en silencio hasta que el editor de Mila, tras carraspear porque todo eso no estaba programado, tomó la palabra. La rueda de prensa se le escapaba de las manos y no lo podía permitir.

—Pueden preguntar lo que deseen a la autora.

Katy levantó la mano y Mila la señaló con un dedo.

—Por favor, que alguien le acerque un micrófono a esa joven —señaló el representante de Mila.

Una de las azafatas se acercó a ella, se lo tendió y ella lo tomó con manos temblorosas.

—Me gustaría saber... Usted ha dicho que su libro tiene un final feliz. Sé que no puede contar mucho, pero, según tengo entendido, todas sus novelas de amor terminan bien. ¿Ocurre lo mismo con esta?

Katy tenía los ojos llorosos. Sabía que era absurdo pensar que todo lo que ocurría en ese libro se reflejaría en su vida, pero sintió la necesidad de saber más porque quizá si en su novela ella y Rem terminaban juntos, habría esperanza. Quizá él...

—Por supuesto que sí, las novelas de amor siempre tienen un final feliz. —Mila sonrió y sus ojos también se anegaron—. Pero los protagonistas tendrán que luchar, que pelear duro. Sentarse a esperar no es el modo de recuperar lo que uno ha perdido...

«Mensaje recibido», pensó Katy. Mila tenía razón, allí sentada, esperando que Rem entrara por la puerta, no hacía nada. Tenía que quemar sus últimos cartuchos.

—¡Gracias! —gritó de repente. Se puso de pie y, ante la atónita mirada de todo el mundo, salió de la sala seguida de Robert.

Ya en la calle, la tomó de la mano obligándola a parar.

—¿Dónde vas?

—Tengo que verlo. No puedo volver sin hablar con él.

—¡Katy! —Ishbel también había salido de la sala y corría hacia ellos—. ¿Se puede saber qué haces?

—Voy a buscarlo —contestó con decisión—, y nadie me va a parar.

—No pienso hacerlo. —La sonrisa de Ishbel era de felicidad. Por fin, uno de los dos espabilaba e intentaba arreglar las cosas—. Pero piensa un poco. ¿Sabes acaso dónde está? —Katy cayó en ese pequeño detalle mientras su amiga lo decía—. ¿Piensas correr por las calles sin destino?

—Tienes razón.

—Claro, como siempre. No puedes hacer las cosas sin pensar... —Según pronunciaba las palabras, su asombro ante ellas le hizo abrir mucho los ojos—. Dios mío, Robert, ¿qué has hecho conmigo? Ahora soy yo la equilibrada, la sensata.

Katy se hubiera puesto a reír si no fuera porque la situación la estaba superando. Ishbel se portaba por una vez de forma madura y pensaba antes de actuar, parecía un chiste malo.

—¿Podemos darnos un poco de prisa, por favor? —solicitó molesta—. Centrémonos en lo importante ahora, que es encontrar a Rem. Lo tuyo se pasará pronto, no creo que Robert haya encontrado la cura para tu caótica forma de ser.

—Bueno, chicas, haya paz —intervino Robert—. Creo que sé dónde estará en estos momentos. Vamos en mi coche.

A la carrera, los tres se subieron al vehículo. Los semáforos en verde se iban abriendo conforme pasaban, el tráfico siempre denso era fluido e incluso la policía les dio paso en una

intersección.

Katy pensó que el mundo se estaba aliando para que Rem y ella se reencontraran. Primero Mila, su libro, su claro mensaje y ahora... ahora incluso los coches parecían apartarse para dejarlos pasar.

La cafetería donde Rem y Pacth tomaban café estaba alejada de la sala donde se celebraba la presentación, pero llegaron en un tiempo récord.

Aparcaron cerca, muy cerca, pero tan solo Katy salió del coche.

—¡Vamos, tú puedes! —la alentó su amiga. Se la veía tan nerviosa.

Katy asintió, necesitaba darse aliento, necesitaba creer... Y, sin más, abrió la puerta, salió del coche y, con pasos rápidos, caminó hacia la cafetería.

Tocó la puerta, tan solo tenía que empujar y estaría dentro, pero las manos le temblaban. Tomó aire, llenó sus pulmones y tras un «Tú puedes, Katy» entró con miedo, pero tan bien con decisión.

Rem no podía verla, estaba de espaldas a la puerta, pero un escalofrío recorrió su columna.

—¿Estás bien? —interrogó Patch al verlo temblar.

—Sí, sí... es solo. —Sacudió la cabeza—. Tengo una extraña... —Calló de golpe al ver la cara lívida de su hermano. Miraba a alguien que estaba detrás de él, parecía asombrado.

Patch la reconoció al instante, no porque la conociera en persona, sino porque Rem le había hablado mucho de esa morena que le había robado el corazón, además de enseñarle fotos de ella que no fue capaz de borrar.

—Es ella, ¿verdad? —Era una pregunta retórica, pues su aroma y cada poro de su piel le susurraban que era Katy la que tenía a su espalda. No necesitaba que su hermano se lo confirmara. Pero ver asentir a Patch le provocó un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Se levantó despacio, demasiado despacio para los nervios de Katy, que no podía dejar de mirar esa fuerte espalda vestida con la americana de un traje gris que le quedaba como un guante.

Se giró y cuando posó por fin sus ojos sobre Katy, tuvo la sensación de que hacía millones de años que no la veía. Parecía que habían pasado siglos, aunque dentro de su corazón sentía que tan solo un leve pestañeo lo había alejado de esa isla, de Escocia, de Katy.

Uno frente al otro, se analizaron, se observaron y el mundo se detuvo. Los ruidos de la cafetería cesaron, los murmullos de los clientes quedaron silenciados por el sonido de sus latidos y los ojos de ambos se anegaron.

—Ho-hola —dijo ella con el temor de verlo desaparecer pintado en sus ojos.

—Hola, Katy —susurró él.

—Yo... —tragó el nudo que oprimía su garganta—, me gustaría...

Rem la tomó del brazo y la sacó de la cafetería con paso rápido. Ni siquiera miró a su hermano porque en ese instante ni recordaba que estaba con él, que había ido a recogerlo del fisio y que se tomaban un café charlando sobre su cobardía, pues ese día Katy estaba allí, a tan solo unas calles, había dejado su hotel y su isla para ver la presentación de Mila. Si hubiera sido valiente, habría podido verla, verla de nuevo.

La llevó a un lugar apartado del bullicio, un pequeño parque. Buscó un banco alejado y se sentó.

—Por favor —le indicó que se acomodara a su lado y ella lo hizo, más que nada porque las piernas le temblaban tanto que temía caerse.

La miró, parecía querer meterse dentro de su alma.

—¿Cómo va todo?

—Bien.

—Me alegro mucho.

—Rem... ¿Por qué no has contestado a mis mensajes?

—Yo... no... —Bajó la mirada nervioso.

—Solo me despedía de él, nunca volvería... —explicó de manera atropellada, pero él elevó una mano en una petición de silencio.

—Lo sé..., lo sé, no tienes que explicarte.

Katy lo miró asombrada, ¿lo sabía?

—Entonces..., entonces, ¿por qué no has contestado a mis wasaps?

—No puedo, Katy. —Observó cómo cerraba los ojos, cómo su mentón temblaba—. No me quedan fuerzas.

—¿Fuerzas? —Cada vez entendía menos lo que él pretendía decirle—. ¿Fuerzas para qué?

—Para seguir luchando por ti.

—No necesitas luchar por mí, ya me tienes. Si tú quieres, soy tuya, solo tuya. Michael solo es el padre de mi hijo, él...

—Katy... No te das cuenta, ¿verdad? No eres consciente de lo jodido que estoy.

—No te entiendo.

Rem suspiró con fuerza y elevó la mirada al cielo. Cada vez le costaba más retener las lágrimas y más aún al verla a ella llorar.

—Llevo toda mi vida..., toda... —Una sola lágrima resbaló por su mejilla y Katy la miró con congoja—. Llevo toda mi vida luchado por mi cordura. He ido a psicólogos, me he medicado e incluso un tiempo estuve ingresado. —Cerró los ojos. Lo que le iba a contar no lo sabía ni su hermano y era tan lacerante que temía derrumbarse como un castillo de naipes—. Intenté suicidarme, Katy —confesó, y entonces abrió los ojos para poder observar la reacción de ella.

Katy negó con la cabeza un par de veces.

—Pero tú... tú eres tan positivo, tan alegre. —Se negaba en rotundo, no podía ser verdad, Rem era la persona más positiva que conocía.

Él apoyó sus codos sobre las rodillas, entrelazó sus manos y miró al frente.

—Fue hace mucho. Era tan solo un adolescente con las hormonas en ebullición y con un sentimiento de culpa tan grande por lo que le había pasado a mi hermano que no quería seguir adelante. Estaba solo, solo... —Se frotó la cara con una mano y prosiguió—:Tomé unas pastillas...

—Rem... —Katy intentó tocarlo, pero él la rechazó.

—Estuve ingresado... Cuando me enteré de que mi hermano vivía, de que ella me había mentado, todo mi mundo cambió. Me dediqué en cuerpo y alma a encontrarlo. Solo pensaba en eso y, gracias a la esperanza que tenía de volver a verlo, mi desorden, mi mente enferma me dio tregua. Ahora estoy muy bien, estable... Pero temo... Tengo que pensar en mí, no puedo arriesgarme y volver a perderme.

Calló de golpe.

—Temes que te desequilibre de nuevo —explicó ella.

—Sí.

—¿No me crees?

—No es eso, Katy... No puedo quererte, no puedo pensar en ti y que luego, un día... Un día te des cuenta de que no soy quien necesitas en tu vida, quien necesita tu hijo...

Lo contempló con la boca abierta por el asombro.

—No me crees —asintió convencida—. Está bien... —Las lágrimas recorrían sus mejillas y un pesar doloroso se instaló en su pecho.

Se levantó del banco, tenía que alejarse. No podía seguir a su lado.

Comenzó a caminar hacia el coche donde sus amigos la esperaban, sabía que él no la seguiría. Lo había perdido definitivamente. Pero, de repente, se paró en seco, todo era tan absurdo, tan ridículamente absurdo. Desanduvo sus pasos, se colocó frente a Rem en cuclillas y, sujetándose en las rodillas de él, le dijo:

—Tu historia es muy triste. Siento de verdad que hayas pasado por todo eso, que tu madre haya sido una mujer desequilibrada. Siento lo de tu hermano, tu intento de terminar con todo, pero... ¿sabes qué? —No esperaba respuesta por parte de él, tan solo iba a exponer lo que en realidad pensaba—. Creo que lo que en realidad te ocurre es que tienes miedo. —Los ojos de Rem se clavaron en los de ella—. Tienes un miedo atroz y ese terror te hace ser un cobarde. —La palabra le heló la sangre y lo sacudió con fuerza—. Un maldito cobarde que no es capaz de saltar alto para poder ver el sol. —Se quedó en total silencio. Rem reconoció en esas palabras las que él escribió para ella en ese pequeño tarro con conchas de la playa. Aquel día fue él quien le dijo que se lanzara, aquel trozo de papel donde plasmó sus pensamientos la alentaba a romper con el miedo, a vivir el presente como si no hubiera un mañana y ahora...

—¿Dónde se ha metido ese hombre que me animaba a saltar para ver el sol?

Rem bajó la mirada con tristeza.

—Se quedó en un lugar sobre el acantilado... —susurró.

—Pues quiero que regrese, que vuelva a casa conmigo.

Rem negó.

—No puedo.

Katy se puso de pie, había quemado su último cartucho. Lo miró furiosa, era tan frustrante.

—Eres un fraude —escupió sus palabras con rabia—. Tus mensajes positivos, tus sonrisas, tu buen humor, todo es falso. Me engañaste.

Sin más, comenzó a caminar de nuevo hacia el coche. No esperó réplica, tan solo deseaba marcharse a su hogar, lamer sus heridas y cerrar su corazón otra vez, blindarlo.

Rem levantó la mirada, la observó con su caminar seguro. Miró su espalda, su cabello negro.

Ella le había dicho que era un fraude y sí, lo era. Toda su vida era una mentira.



En el preciso instante en el que Katy cerró la puerta del coche y se dejó caer vencida y de manera pesada en el asiento de atrás, el pequeño habitáculo se llenó de un desagradable e incómodo silencio que incluso se podía respirar, palpar.

Ninguno de los dos se atrevía a decir nada, no eran necesarias las palabras, tan solo con mirar la tristeza con la que Katy caminó hasta ellos supieron que las cosas no habían salido como ambos esperaban.

—Es tarde —se limitó a decir. Sabían que no se refería a la hora, entendían perfectamente lo que esas simples palabras querían decir.

Ishbel se mordió la lengua, deseaba lanzar toda su bonita colección de insultos, salir ella misma del coche y golpear al cabeza dura de Rem, pero se contuvo. Bastante tocada estaba su amiga como para formar un numerito en pleno parque que, seguramente, terminaría con ella detenida porque cuando se enfadaba, se transformaba, no medía y, en esos instantes, estaba furiosa.

—Vámonos —susurró Katy con voz temblorosa.

Robert rehuyó su mirada a través del retrovisor. No pudo mirarla a los ojos, lo destrozaba verla así de hundida y no poder hacer nada en absoluto. Así que se limitó a asentir, arrancar el auto e incorporarse a la carretera.

—Quiero ir a mi hotel, por favor —rogó tras tragar el nudo que le atenazaba la garganta. Se secó las lágrimas con rabia y decidió que ya no iba a llorar más por él. «Ni por él ni por nadie», se prometió.

Robert no había terminado su maniobra de aparcamiento cuando Katy se lanzó, se apeó del coche. Necesitaba estar sola porque si no, la reciente promesa que se había hecho caería en saco roto.

Corrió hacia la puerta del hotel pensando que sus amigos lo entenderían, pero no contaba con la testarudez de Ishbel.

—¡Para! —ordenó mientras apresaba la mano con la que Katy abría la puerta del hotel.

—Por favor... —dijo sin mirarla, sin ni siquiera intentar zafarse de su amarre—. Necesito estar sola.

—No, ahora no es el momento de estar sola. Ahora es el momento de tomarnos unas copas, de cagarnos en la vida, de soltar tacos, de abrazarnos y de llorar. Más tarde... —La obligó a mirarla a los ojos, tiró de su mano hasta que le hizo daño y Katy se dio la vuelta—. Más tarde, te dejaré sola.

—No quiero llorar —susurró.

—No lo vas a hacer si tú no quieres. Venga, vamos. —Ishbel la condujo hasta el pequeño bar del hotel, le pidió que se sentase en uno de los cómodos sofás y se colocó a su lado. Sabía que Robert no entraría. Ellas debían estar a solas, era su momento.

—Ishbel, de verdad que esto no es...

La acalló con un gesto de una de sus manos de uñas moradas.

—Primero un *whisky*. No será tan bueno como el que tomamos en Escocia, pero nos calentará el alma.

Katy sonrió sin poder remediarlo.

—Eres toda una poeta.

—Lo soy —dijo con una radiante sonrisa.

El camarero se acercó y, tras servir lo que habían solicitado, ambas le dieron un largo trago a su copa.

—No son horas para beber —protestó Katy.

—Siempre es hora de una copa, pero no de esta. —Puso cara de asco—. Este *whisky* es asqueroso.

—No digas tonterías, no solo en Escocia se bebe buen *whisky*. Además, es exactamente igual que el que tomas en casa.

—De eso nada. —Su expresión de horror hizo reír a Katy—. Solo el clima de Escocia, el aroma de mi tierra permite que cualquier *whisky* sepa a gloria.

—Exageras. —Pero con la tontería, Ishbel había logrado de manera mágica que Katy olvidase la pena que le atenazaba el corazón, había conseguido que, por un instante, Rem dejase de atormentarla.

Se sintió mejor, no había nada igual que Ishbel y su forma de ver las cosas.

—Gracias, amiga —le dijo brindando con su copa.

—No tienes que darme las gracias, yo no he hecho nada.

—Sí lo has hecho.

Ishbel se encogió de hombros.

—¿Pedimos otro?

—¿No dices que está malo?

—Pero le voy pillando el gusto.

—Está bien, otra copa no me hará daño.

El segundo *whisky* les supo mejor e hizo que ambas se relajaran mucho más, tanto que Katy tuvo la necesidad de hablar.

—¿Sabes?, en el fondo, lo entiendo.

Ishbel la miró como si hubiera dicho una herejía.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—Sí. Tú no sabes lo que ha vivido de niño, las cosas a las que se ha tenido que enfrentar, lo solo que ha estado. No confía, teme derrumbarse, y eso lo entiendo.

—Es un cobarde.

—Sí lo es, pero si tú supieras...

—¿Qué vas a hacer? —Cambió de tema, sabía perfectamente que Katy jamás le contaría por lo que él había pasado, esas eran cosas que pertenecían a su intimidad. Además, siendo sincera consigo misma, en esos momentos Rem le importaba un pimiento. Tan solo quería ver a su amiga bien, feliz y borrar esa mirada triste.

—Voy a regresar a casa, a mi hotel. Voy a cerrar mi corazón de nuevo.

—¡Maldita sea! —refunfuñó la rubia—. No tenía que haberte animado con ese tío.

—Tú no tienes la culpa, no quiero escucharte decir eso.

—Pero si yo no te hubiera dicho...

—Shhh, ¡basta! Ahora miraremos hacia delante. Tengo mucho amor en mi vida y eso, eso sí que merece la pena.

Ishbel sonrió melancólica y elevó su bebida en señal de brindis.

—Por mi guerrera.

—Por mi amiga y sus faldas cortas.

Ambas chocaron las copas.



39. No era una despedida, era un hasta pronto

Las despedidas siempre eran tristes para Katy, pero esta vez tenía un sentimiento agrisado. Dejaba Manhattan, dejaba a Rem, cerraba a cal y canto su corazón de nuevo, pero su querida Ishbel, esa pequeña entrometida, su confidente, su compañera, una de sus mitades, se quedaba y por ella, por el cariño que sentía por la pequeña rubia y a pesar de que la tendría lejos, de que ya no estaría cada día a su lado, se sentía muy feliz, porque ella estaba radiante, porque él haría de su amiga la mujer más dichosa del planeta.

También le costó despedirse de Mila. Tras lo ocurrido en el parque y dos copas de *whisky* después, la llamó por teléfono y tuvieron una larga conversación. Los consejos de Mila fueron muchos y muy buenos. Su comprensión y el cariño con el que la trató la reconfortaron tanto que regresaba a casa con menos pesar en su corazón.

Caminaban hacia la terminal del aeropuerto. A Ishbel le había costado la misma vida decirle que se quedaba, que no volvía a la isla. Le rompía el corazón ver a su amiga tan apagada y se sentía culpable por su felicidad. Estuvo tentada de posponer sus planes, incluso pensó que lo mejor sería partir con Katy, acompañarla, apoyarla y cuando se recuperara, regresar a Manhattan. Pero Katy no era tonta, descubrió que Robert ahora tenía otro puesto de trabajo, uno que lo mantendría más tiempo en casa. Sumó dos más dos y, sin necesidad de que le explicaran nada, supo que Ishbel tenía que quedarse, debía hacerlo. Entonces comenzaron las discusiones. La rubia no quería ceder, pero Katy le dio un ultimátum.

—O te quedas o te juro por Dios que no volveré a dirigirte la palabra.

—Bah, eso es absurdo, pareces una niña. Ahora me enfado y no respiro —contestó Ishbel y la última frase la dijo con tono de mofa.

—Me importa una mierda lo que te parezca, te juro que lo haré.

Sin más, ambas comenzaron a llorar tras mirarse a los ojos por un instante.

Había tanta unión entre ellas que al asumir lo evidente, que sus caminos se separaban, que nada podría parar los acontecimientos, sintieron cómo sus corazones se desgarraban.

—Te echaré tanto de menos —dijo Katy tras un largo silencio lleno de hipos, de sollozos, de miradas tristes.

—No voy a quedarme. —Su voz sonó apagada. En su interior, sabía que había perdido esa

batalla, pero su orgullo le impedía reconocerlo aún.

—Sí lo harás.

Y de nuevo, se arrojaron una en los brazos de la otra.

Las despedidas son tristes, muy tristes y la congoja llenaba sus corazones, pero antes de entrar en el largo pasillo que separaría a las dos amigas por un tiempo, Katy la abrazó y susurró en su oído:

—Sé feliz, no pienses en nada más que en ti y en tu chico. Kirkwall siempre estará allí, en tu Escocia, y yo también estaré allí, por siempre, para siempre.

Ishbel lloraba con intensidad, se aferraba a los brazos de su amiga.

—Eh, pequeña —le dijo Robert, que estaba a su espalda y tomaba sus hombros con sus fuertes manos en una clara señal de apoyo—. Te aseguro que os veréis muy pronto.

Ishbel asintió, esa no era una despedida, era un hasta pronto. Tendría que regresar en unos días, tan solo se había llevado una pequeña maleta y necesitaba sus cosas, sus potingues, maquillajes, sus esmaltes de colores para decorar sus uñas y lo más importante de todo: necesitaba la foto de su padre.

Se separó de los brazos de su amiga, tomó su cabeza entre las pequeñas manos y, mirándola a los ojos, le preguntó:

—¿Estarás bien?

Katy asintió.

—No es la primera vez que me rompen el corazón, sobreviviré. Tengo a mi hijo, mi mar, mi hotel...

—¡Ese imbécil no sabe lo que se pierde! —gritó Ishbel enfadada.

—Sí lo sabe. —Las palabras de Robert hicieron que dos pares de ojos se posaran sobre él—. Os aseguro que lo sabe, pero está...

—Está roto, hecho pedazos por el pasado. —Katy terminó su frase.

—Es un cobarde de mierda. —Ishbel no podía perdonar el daño que le había hecho a su amiga.

—Lo es —sentenció Katy enfadada—. No perdamos más tiempo hablando del pasado. —Intentó recomponerse, se secó las lágrimas que le caían por las mejillas y vistió su cara con una dulce sonrisa—. Sed felices, chicos. —Los abrazó a los dos a la vez, como si fueran un *pack* indivisible.

Pero su avión salía, así que, tras un profundo suspiro, se separó de esos cuerpos que le calentaban el alma, que le aportaban paz, tomó su maleta y comenzó a caminar hacia la puerta de embarque.

—¡Ah, por cierto! —Se giró antes de que la perdieran de vista dentro de la terminal—. ¡Hacedme un favor!

—¡¿Cuál?!

Tenían que hablar a gritos por la distancia que los separaba y varios pasajeros se los quedaron mirando.

—¡Follad, amigos, no dejéis nunca de follar! —Entonces les guiñó un ojo y desapareció de su vista.

Los ojos indiscretos de la gente que caminaba por los pasillos los contemplaban. Algunos sonreían, otros parecían escandalizados, pero a ellos no les importaba nada. No pudieron nada más que reír a carcajadas y responder un «Lo haremos», a coro y entre risas.



Robert había cambiado mucho y todo gracias a ella. Bueno, más bien, había salido de su interior el auténtico Robert, ese que hasta la llegada de Ishbel se había escondido tras un muro, pero ahora, la pared alta y fuerte había quedado hecha escombros y, tras ella, un renacido Robert sonreía como un bobo mientras miraba cómo su chica se probaba toda la ropa de la pequeña tienda en la que habían entrado.

Tras dejar a Katy en el aeropuerto, tras casi una hora de llanto incontenible, tras otra en la que la rubia soltó todos los insultos que conocía tanto en inglés como en gaélico referidos a Rem, Robert consiguió sacarle una sonrisa y le propuso olvidar haciendo lo que más le gustaba a su chica: comprar ropa.

En un principio, ella se hizo la remolona y soltó algún que otro «No me apetece», pero siempre con la boca pequeña.

—Vamos, no seas tonta. Necesitarás ropa, tan solo has traído una pequeña maleta.

Se encogió de brazos, la verdad era que algo de ropa sí que necesitaba.

—Vale, pero no quiero entretenerme mucho. No tengo ganas de pasarme la tarde metida en un probador.

Y allí llevaba ya dos horas, sentado frente a unas cortinas azules que se abrían de vez en cuando para que Ishbel le mostrara los modelitos que a su cuerpo menudo y a sus ojos les quedaba de vicio.

—¿Qué te parece este?

Se colocó frente a él. En esa ocasión, llevaba un vestido que le cubría las rodillas. La parte superior se ceñía a su cuerpo resaltando sus grandes pechos y la falda de vuelo se balanceaba al andar. La tela parecía suave y Robert no pudo evitar la tentación de tocarla. Había permanecido hasta entonces recostado en el sofá. Las compras nunca habían sido su fuerte, odiaba ir de tiendas, solo lo hacía cuando no le quedaba más remedio. Por su trabajo, tenía siempre que vestir impecable. No se probaba la ropa, tan solo se la llevaba y luego en casa, si veía que algo no le quedaba bien, lo devolvía. Pero por su chica, había hecho un gran esfuerzo. Se había acomodado en el sofá y aguantado con una sonrisa las dos largas horas de probador.

Aunque ese vestido le hizo reaccionar, se irguió en el mullido asiento y, tras posar los codos sobre las rodillas abiertas, dirigió una mano hasta el bajo de la falda. Lo acarició con sutileza. Era suave, casi tan suave como las piernas de Ishbel que, sin poder retener sus manos, había comenzado a acariciar por debajo de la falda.

—¿Te gusta? —le preguntó tras una mirada coqueta.

—Mucho, muchísimo... —De repente, se puso rojo. ¡Joder, se había olvidado de que estaban en un lugar público!

La dependienta los miraba mal y, tras carraspear para contenerse, sacó las manos de debajo de la falda de Ishbel y se recostó de nuevo en el asiento, solo que esta vez un gran bulto se adivinaba en su bragueta, uno que hizo sonreír con descaro a Ishbel y a él cruzarse de piernas para cubrirlo antes de que la pobre dependienta reparara en él.

Sí, Robert había cambiado. Ahora su cuerpo reaccionaba sin pensar, ahora no todo era trabajo, trabajo, trabajo... Ahora reía, miraba a su chica dar vueltas con un vestido que si no se compraba ella, lo haría él. La tocaba sin importarle las miradas de los demás, la besaba en medio de la calle. Se sentía lleno, lleno y feliz.



40. La vida, la amistad, el sol...

Tres meses después

Katy estaba en la cocina. Bajo la estricta supervisión de Carol, intentaba, sin mucho éxito, que la masa para una *pizza* se volviera maleable y homogénea en sus manos.

—Ay, madre, pero qué... —Carol no tenía paciencia y le quitó la amalgama de harina, agua, aceite y levadura. Por más que Katy amasaba con sus manos, no lograba que quedara compacta—. ¿Pusiste las cantidades que te dije? —interrogó haciendo presión con los dedos sobre la masa y moviéndola de una manera tan profesional que provocó la envidia de Katy.

—Sí, sí y sí, petarda —contestó enfadada.

—Pues no sé qué narices has hecho, esto es una mierda. —La elevó con una de sus manos y la masa comenzó a deshacerse en pequeños trocitos.

Katy observó a su amiga, estaba roja, de un rojo escarlata brillante y le entraron unas intensas ganas de reír.

—Tú estás muy mal —espetó Carol mientras la miraba—, el último tornillo que tenías lo has perdido.

Katy negaba con vehemencia mientras las carcajadas la hacían lagrimear.

—¿De verdad has dicho que mi masa de *pizza* es una mierda? —preguntó cuando logró recuperarse.

—Ya te digo.

Entonces Katy tomó un gran puñado de harina y, sin mediar palabra, se lo lanzó a Carol a la cara.

—Pero... pero... —La rubia se hinchó como un pavo, se retiró las pequeñas partículas blancas de la cara y la miró furiosa—. ¡Te vas a enterar!

Y entonces comenzó la pelea. Se lanzaban harina mientras corrían una detrás de la otra por la cocina. Ambas reían a carcajadas. Estuvieron un buen rato hasta que, agotadas, se dejaron caer sobre las sillas que rodeaban la mesa.

—¡Dios, mira mi cocina! —sollozó Carol tras reponerse y mirar a su alrededor. Todo estaba blanco, parecía que había nevado dentro de la sala.

—Yo te ayudaré a limpiarla.

—¡Pues claro que lo harás! Ha sido todo por tu culpa.

Ambas se quedaron en silencio, hasta que Katy suspiró y, con un nudo en la garganta, le dijo:

—Gracias.

—No me las des, ya tenía ganas de tener a mi amiga de vuelta. Has estado tan apagada estos meses.

Katy asintió, sabía lo que suponía para Carol ver su cocina sucia y, a pesar de eso, le había seguido el juego.

—Me ha venido genial darte una paliza —dijo Katy con tono triunfal.

—De eso nada, la paliza te la he dado yo. Mírate, eres como un muñeco de nieve, toda blanquita. —De nuevo, las carcajadas llenaron la sala.

—Pero... pero qué coño... —Lobo acababa de entrar y se encontró de golpe con las dos mujeres manchadas de arriba abajo y con la cocina hecha un auténtico desastre, pero sin duda lo que más le llamó la atención fue que su mujer se reía a carcajadas, en lugar de estar histérica y nerviosa.

—Cariño, cierra la boca, que te van a entrar moscas. —Carol consideró su ocurrencia tan jocosa, que se retorció y lagrimeaba presa de las carcajadas.

—¿Qué ha pasado aquí? Y ¿quién eres tú? —Lobo señaló a Carol, que se arrojó a sus brazos y estampó un sonoro beso en su boca.

Katy los miró feliz, hacían una bonita pareja. Además, ahora Lobo también llevaba harina en su cara y en su cuerpo.

—Estáis locas. —Movi6 la cabeza y las señaló a las dos—. Toma, Katy. —Le tendió un pequeño paquete.

—¿Qué es?

—Ni idea. Lo trajo el cartero.

Katy se sentó y, con su movimiento, hizo que parte de la harina se desprendiera de su ropa formando una nube espesa a su alrededor que le hizo estornudar.

Se limpió las manos en el pantalón, pero con poco resultado, pues también los tenía manchados.

—¿No pone quién te lo manda? —preguntó Carol.

Katy observó el papel.

—No, tan solo mi nombre y nuestras señas. No tiene remite. —Y sin pensarlo dos veces, rasgó el envoltorio.

Dentro del papel había una preciosa caja de madera tallada con cenefas de colores vivos. La miró con detenimiento.

Buscó el pequeño cierre y lo abrió.

—¿Qué es eso?

Las lágrimas comenzaron a resbalar por la cara de Katy llevándose a su paso la harina y dejando dos largos surcos que llegaron hasta su cuello. Sin saber muy bien lo que hacía, se puso de pie.

Miraba el contenido de la caja y sollozaba sin poder parar. Lo tomó en una de sus manos y, cerrando el puño, lo llevó hasta su corazón.

—¿Katy? Por Dios, ¿qué te pasa? —Carol se sentó a su lado, la observaba con preocupación.

—Es de él —explicó y, abriendo la mano, les mostró un pequeño bote de cristal lleno de conchas.

—¿De quién? —La pregunta de Lobo se llevó una mirada furiosa de Carol.

—¿Pues de quién crees tú que va a ser? —Lobo se encogió de hombros—. De verdad que los hombres sois más simples... —Su esposa puso los ojos en blanco.

—Es de Rem —susurró Katy, ajena a las palabras de sus amigos. Tan solo tenía ojos para ese regalo que tantos recuerdos, que tanto significado tenía para ella.

—Tiene una nota. —Carol se la señaló.

Hasta entonces, Katy no había reparado en ese pequeño detalle.

—Léela —propuso Lobo.

Pero Katy no podía dejar de llorar y se la tendió a su amiga para que lo hiciera ella.

—«Creo que ya es hora de ver el sol» —leyó Carol con la voz temblorosa por la emoción—. «Te espero al final de las escaleras».

Katy se llevó una mano a la boca intentando contener un grito, se levantó de un salto y los miró a ambos. Parecía perdida, como si no supiera qué hacer.

—¡Corre, corre! —gritó Carol.

—¡Vamos, preciosa, ve a por él! —la alentó Lobo.

Y como si esas palabras fueran el pistoletazo que marcaba el comienzo a una competición, Katy salió de la cocina, corrió hasta la salida del hotel, continuó hasta las escaleras y las bajó de dos en dos.

Tan solo se quedó parada cuando vio la espalda ancha y fuerte de Rem. Él miraba el mar, con las manos en sus bolsillos y los pies descalzos dejándose besar por un mar embravecido.

—Rem —susurró con la voz rota por la emoción.

Él se dio la vuelta, dejó el mar a su espalda y clavó sus pupilas anegadas en ella.

Sacó las manos de los bolsillos, dio los pocos pasos que los separaban y se agarró con fuerza a su cintura.

—Perdona, perdona, perdona, perdona... —repetía una y otra vez mientras la atraía a su cuerpo, la abrazaba, tocaba su cabello, lo besaba y restregaba sus mejillas en él. Lloraba sin importarle nada, temblaba, sollozaba...

Katy no podía creerlo. Él estaba allí, estaba en su isla, en su hotel...

—Pero... ¿cómo? —dijo con la voz rota por la emoción—. ¿Por qué?

—El tiempo —susurró él—. Te echaba tanto de menos que deambulaba como un zombi, soñaba contigo, te añoraba y necesitaba tanto... Además, si te soy sincero, me cansé de escuchar a mi hermano llamarme cobarde.

Ambos sonrieron.

—Siento las cosas que te dije, yo...

—Shh. —La acalló colocando un dedo sobre sus labios—. Tenías razón, todo lo que dijiste era cierto. Siento haber tardado tanto en darme cuenta. Ahora..., ahora solo quiero pasar página, cerrar un capítulo de mi vida y empezar un nuevo libro a tu lado. Si tú quieres, claro. Dime, Katy, ¿quieres?

No le dio tiempo a responder, pues escucharon la voz de Colin. Se separaron y lo vieron llegar a la carrera.

—¡Rem, has vuelto! —gritó feliz—. ¿Ves, mamá? Te lo dije, te dije que me lo había prometido...

Katy asintió. Era cierto, su pequeño no dejaba de repetirle una y otra vez que Rem volvería, y ella no había tenido fuerza suficiente para contradecirlo.

Rem se secó las lágrimas, miró al cielo intentando recomponerse y se puso en cuclillas frente al niño.

—¿Cómo estas, campeón? —Cerró su mano derecha en un puño y Colin chocó con el suyo.

—Has tardado mucho —lo regañó.

—Sí, tienes razón, he tardado mucho. Soy un idiota... —susurró con tristeza.

—Vale, no pasa nada, te perdono por tardar. Además, mamá dice que siempre hay tiempo para perdonar y olvidar. —Y, sin más, el niño se arrojó entre sus brazos.

Katy se puso también en cuclillas y el guardaespaldas separó un brazo del pequeño cuerpo de Colin para alojarla a ella también. Así permanecieron por un largo rato, hasta que el niño comenzó a protestar.

—Me estáis asfixiando. —Lo soltaron de inmediato.

Se pusieron en pie, se miraron y, de repente, Rem la observó con detenimiento.

—¿Qué te ha pasado? —Toda su ropa estaba manchada, su cara, su pelo, y ahora lo estaba él también. Con la emoción, no había reparado en su aspecto hasta ese instante.

Katy sonrió, se encogió de hombros y dijo:

—La vida, la amistad, el sol y el mar, eso... Eso es lo que me ha pasado.

Rem también sonrió, la atrajo de nuevo a sus brazos y la besó.

—¡Puaj! —gritó Colin—. ¡Parad, parad ya, me da asquete!

La pareja se separó, se miraron y comenzaron a reír.

Al día siguiente

Katy estaba sentada frente a una taza de té. Sus manos recorrían la veta de esa mesa que presidía la cocina, esa sobre la que había traído al mundo a su hijo. A pesar de ser una mesa vieja de madera desgastada, era la pieza más importante de su hotel. Sobre ella, reposaba un paquete. Lo observó con total atención. Por su forma, supo de inmediato de qué se trataba.

Hacia unos instantes que Rem se lo había entregado y, sospechando que Katy necesitaba su espacio para abrirlo, tras besar sus labios con cariño, se llevó consigo a Colin para dejarla a solas.

Katy le dio un trago a su té y, con manos temblorosas, desenvolvió el paquete.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró tras contemplar el contenido. Era el libro de Mila, ese que no se llevó porque el día de la presentación salió corriendo en busca de Rem. Habían pasado tres meses desde su publicación, pero nunca tuvo el valor suficiente para pedírselo a Ishbel o para comprarlo ella. No habría podido leerlo porque hasta ese momento, ese día en el que él había regresado a su vida, ver esa novela le hubiera provocado un dolor lacerante. Pero ahora todo había cambiado y Rem no había regresado solo, el libro de Mila lo había acompañado. Porque cada cosa tiene su momento, cada novela requiere su tiempo para que el lector sienta la necesidad de descubrir su secreto y el tiempo del libro de Mila había llegado.

Lo depositó con reverencia sobre la mesa, con sumo cuidado, como si fuera algo delicado, como si se pudiera romper con tan solo un suspiro.

Pasó las manos por la portada. En ella, se veía a un chico con una sonrisa tan bonita que no podía apartar los ojos de ella.

—El mar —susurró pasando los dedos por la foto. También destacaba, también era protagonista. Se veía precioso, enfurecido, era el mismo que contemplaba desde su ventana, ese que tanta paz le otorgaba—. *Un lugar sobre el acantilado* —leyó el título en voz alta y sonrió como el chico de la portada.

Le dio la vuelta y, de nuevo, pasó las manos con veneración por la tapa. Leyó en voz alta la sinopsis:

Un mágico lugar en las islas Orcadas, un hotel sobre un acantilado y el mar esperan la llegada de unos visitantes muy especiales: una escritora de novela romántica y sus guardaespaldas...

Sus ojos se anegaron y un sollozo salió de su boca. Esa era su historia, la historia de su hotel.

Abrió el libro y lo ojeó, leyó alguno de los párrafos y se vio reflejada entre esas páginas. Capítulo a capítulo, su historia se había desgranado, sus miedos, sus indecisiones y su coraje. Sí, su coraje y su fuerza junto con el resto de los personajes que protagonizaban esa novela, su historia, el libro de su vida...

Se secó el llanto que le impedía seguir con el escrutinio de esa novela, su novela, y entonces se centró en la dedicatoria, una escrita con la perfecta caligrafía de Mila.

Para Katy. Mi querida Katy:

Gracias por ser mi inspiración, porque en tu hotel, frente a ese mar de Escocia, conseguí la fuerza necesaria, no solo para escribir mi penúltima novela, sino también para comenzar la siguiente. Sí, querida amiga, lo he dicho bien. Esta es la penúltima porque la última la estoy viviendo, la estoy escribiendo poco a poco.

Ahora todo está como debe estar, ahora he retomado mi vida y por fin tendré el final que merezco junto a la persona que siempre me ha amado.

Ese mar, el mar de Escocia, me ayudó a regresar, a tener el valor para ponerme en contacto con el hombre al que amé y al que no pude olvidar nunca. La vida nos separó y mi trabajo nos alejó, pero frente a tu mar, querida amiga, logré obtener el valor para mandarle un sencillo mensaje y él... él vino, él estuvo en mi presentación.

El tiempo nos puso a todos en el lugar donde debemos estar, superamos trabas, miedos y afrontamos la vida con coraje, como debe ser.



41. ¿Él ha llegado?

Un año después

—¡Hace un día increíble! —exclamó entusiasmado al mirar por la ventana y ver el radiante sol —. Que sepas que has tenido mucha suerte.

—Ya, la verdad es que esperaba lluvia.

—Démonos prisa en bajar, aquí tan pronto brilla el sol como de repente se pone a llover como si el mundo se fuera a terminar.

—¿De verdad que estamos hablando de meteorología? —interrogó elevando una ceja.

—Tan solo intento que te relajés.

—¿Crees que así lo consigues?

—Por lo que veo, no. ¡Joder, quieres parar! —ordenó por tercera vez—. Me estás contagiando tus nervios.

—No puedo. —Abría y cerraba los puños, deambulaba de un sitio a otro de la habitación como lo haría un reo en su pequeña celda.

—Tampoco es para tanto, tan solo te vas a casar, vamos digo yo que...

—Tú te callas, no puedes hablar porque no tienes ni idea de lo que es esto. —Lo señaló con un dedo.

—Pues claro que no lo sé ni pienso saberlo. No pienso casarme nunca.

—Ya, ya, eso mismo decía yo y mira, mira cómo estoy ahora. ¿Han llegado ya los invitados?

—Que sííí... —contestó alargando la i—. Ya te lo he dicho, está todo el mundo.

—Bueno, en realidad, somos poquitos, ¿verdad?

—Y tan poquitos.

—¿Te molesta?

—No, no, qué va, a mí me da igual. Eso es solo cosa vuestra.

—Pues ya está —dijo con tono de reproche.

—Pues ya está —contestó con hastío.

—Y... y... ¿él?, ¿él ha llegado? —Tragó el nudo que de repente apretaba su garganta.

—¿Qué él?

—¿Cómo que qué él?! —gritó—. Mi él, el que va a ser mi futuro esposo.

—¿Lo dudas? ¿Crees que después de tanto darte el coñazo con la boda, va a faltar?

—Joder, yo qué sé... —Se llevó las manos al pelo.

—¡Para!, ¡te vas a despeinar! —Lo miró con furia.

—¡Me importa una mierda!

La hora se acercaba, ya quedaba muy poco y un sudor frío comenzó a resbalar por su cuello.

—Parece que vas al matadero. —Su comparación le hizo tanta gracia que comenzó a reír.

—Ja-ja-ja.

—Venga, va, sonrío y vamos, que ya es la hora.

—OK. —Soltó un profundo suspiro—. ¿Cómo me ves? —Se giró de un lado a otro.

—Bien, bien, te ves muy bien... —dijo con resignación, y puso los ojos en blanco—. Vamos, sal de una vez.

—¿Bien? —Abrió la puerta y salieron de la habitación—. ¿Qué mierda es esa? ¿Bien? Esa no es una descripción.

Salieron de la casa.

—¿Qué coño quieres que te diga?

Se escuchaban las olas, el mar nunca calla y eso, en cierto modo, lo relajó.

Bajaron todos los peldaños que llevaban hasta la arena.

—Pues lo normal en estos casos. Estás genial, te ves increíble...

—Vale, estás genial, te ves increíble —repitió sin ganas.

Iba a protestar de nuevo, pero cuando lo vio, se quedó sin aliento.

Todos, todos estaban allí, incluso él, su él. Perfecto, guapo a rabiar.

No lograba dar un paso, parecía que sus pies se habían quedado clavados en el suelo. Sentía cómo sus piernas temblaban. Pero a pesar de toda la tensión que tenía su cuerpo, sonreía. ¿Cómo dejar de hacerlo? No podía. En cuanto sus ojos se clavaron en los de él, su boca se vistió con su más brillante sonrisa.

—¿Estás bien? —interrogó su acompañante con preocupación—. Muévete —propuso entre susurros—. Esto consiste en caminar hacia el novio. Vamos, te está esperando.

Asintió. Tenía razón, debía ir hacia él, tenía que hacerlo.

Y lo hizo. Despacio, paso a paso, mirándose en sus ojos.

—Hola —saludó el novio cuando llegó a su lado.

—¿Tú también estás nervioso? —lo interrogó al notar cómo su voz temblaba.

—Mucho.

Tragó con fuerza.

—Vamos a hacerlo.

—Sí, vamos a hacerlo.

—Adelante —le dijo a la jueza encargada de la ceremonia.

Ella asintió y comenzó.

—Amigos, hoy nos hemos reunido para celebrar el amor, la libertad y el compromiso que tanto Patch como Jared han decidido asumir. Todos los aquí reunidos son testigos del sentimiento tan intenso y fuerte que los une y de la felicidad que ambos transmiten como pareja. Que nada ni nadie logre separar lo que hoy los une. Me habéis pedido una ceremonia breve y creo que sobran las palabras. Demos paso al amor, nada más importa.

Ambos asintieron, intercambiaron los anillos y culminaron con un largo beso.

No tenían muchos invitados, así lo habían querido. Tan solo los más allegados, los más cercanos, los que nunca los censuraron, los que creyeron en su amor desde el principio. Así que

los abrazos y las felicitaciones terminaron pronto.

—Siempre pensé que harías muy buena pareja con un poli, era lo mejor que podía entrar en tu vida para llevarte por el buen camino. —Rem abrazó a su hermano, que le palmeó con intensidad la espalda.

—Eso parece un chiste malo, hermano —dijo entre risas—. Lo que más he odiado en mi vida, ahora es lo que más adoro. —Miró a su marido y lo tomó de la mano.

—Costó, pero lo conseguimos. —Jared sonrió feliz. Atrás quedaban los malos tiempos y el sufrimiento, ahora llegaba la era de la aceptación, del reconocimiento. Ahora no le importaba la gente, no tenía miedo a demostrar su amor, no tenía dudas.

Charlotte fue la siguiente en felicitar a Patch, ya lo había hecho antes con su hijo.

—Cuidalo —le susurró al oído.

—Sabes que lo haré. —Limpió las lágrimas de felicidad que surcaban sus mejillas.

—Lo sé.

—Deja ya de llorar, se te va a correr la pintura. —Anastasia fue la siguiente en felicitar a Patch. Se aferró a él e intentó sonreír, pero el peso de la emoción era muy fuerte.

—No me importa —susurró con voz entrecortada—, mi mejor amigo se ha casado y yo me siento... —sollozó—, me siento muy feliz.

—Cualquiera lo diría, llevas todo el día llorando. Voy a pensar que el ser madre te ha ablandado.

—Llorar de emoción, de alegría, no es ser una blandita —protestó.

—Y hablando de ser madre, ¿cómo están mis preciosos sobrinos?

—Creciendo, más rápido de lo que nosotros quisiéramos. —De repente, lanzó un profundo suspiro—. Solo llevo un día sin verlos y ya los echo de menos.

—Ay, Sex, ¿ves cómo te has ablandado?

—Anastasia, me llamo Anastasia —lo reprendió, como todas las veces que se negaba a decir su verdadero nombre.

—Para mí, siempre serás Sex. —Acarició su larga melena pelirroja. Estaba preciosa, la maternidad la embellecía y la felicidad se veía reflejada en sus preciosos ojos. Estaba tan agradecido de que estuviera allí con él, acompañándolo en ese momento tan importante, y más sabiendo que nunca se separaba de sus pequeños.

Roy no les quitaba el ojo de encima, esperaba su momento y cuando por fin su mujer soltó a Patch, lo abrazó con fuerza.

—Ya era hora de que sentaras la cabeza —dijo mientras palmeaba su espalda.

—Gracias por venir.

—No tienes que dárme las, no me lo hubiera perdido por nada del mundo. Eres mi amigo de la infancia.

—Ya, pero sé el esfuerzo tan grande que ha supuesto para vosotros.

—No podía faltar. Además, me gustaría... —Bajó la mirada avergonzado—. Me porté como un idiota contigo...

—Shh. Eso es pasado.

—Ya, pero... Tú me ayudaste, me diste una oportunidad.

—Te la merecías. Y, egoístamente, te necesitaba.

—Yo sí que te necesitaba.

De nuevo, se abrazaron y ambos intentaron tragar el nudo que atenazaba sus gargantas.



Katy y Colin estaban ya en la playa cuando apareció Rem acompañando a Patch. Charlaban y sus voces se escuchaban lejanas.

Katy suspiró, ser testigo del instante mágico en el que las miradas de los novios se encontraron la hizo estremecerse.

—Menudo rato me ha dado —susurró Rem cuando se colocó a su lado.

—¿Está muy nervioso?

—Mucho.

—Se ve que están muy enamorados.

—Pues no veas lo que les ha costado llegar hasta aquí.

—Puedo imaginarlo.

Rem tomó una de las manos de Katy, se la llevó a la boca y besó sus nudillos.

—Claro que, de eso, sabemos mucho nosotros también. —Le guiñó un ojo.

—Tan solo necesitabas tiempo. —Katy no había vuelto a reprocharle su cobardía ni a echarle en cara el tiempo que, por sus inseguridades, estuvieron separados.

—Shh —los reprendió Ishbel, que estaba detrás de ellos e intentaba seguir la ceremonia.

Katy giró la cabeza y clavó sus ojos en los de la rubia.

—¿Me mandas callar? ¿Tú, que eres la más charlatana?

—Quiero escuchar, es tan bonito. —Soltó un largo suspiro.

—Pero si a ti no te gustan las bodas —intervino Robert, que estaba a su lado.

—Pero esta, sí.

Se agarró a su cintura y posó la cabeza sobre su pecho. Ellos habían sido los últimos en llegar. Sus vacaciones en España se habían alargado más de lo que pensaban, pero Rem quería que sus amigos estuvieran a su lado el día más importante en la vida de su hermano y no podían faltar.

Tras la ceremonia, todos volvieron al hotel. Carol había preparado una comida tan exquisita que nada tendría que envidiar a la del mejor chef.

Era la segunda boda que se celebraba en esa playa, en su hotel. La primera fue la de ella con Lobo y le hacía especial ilusión ayudar a los novios para que todo saliera a su gusto. Que hubieran elegido su hotel, era todo un honor.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Carol tras servir una copa de vino a Ishbel.

—¡Genial! España es tan bonita y sus gentes son muy amables y cariñosas... Nos trataron tan bien —contestó entusiasmada. Robert la había sorprendido con ese viaje, sabía que era su sueño y, por fin, se había hecho realidad.

Rem se acercó.

—Ponme una copa, por favor. —Carol se la sirvió y él se la bebió de un trago.

—¿Está todo bien?

—¿Bien? —resopló—. Nada está bien. Ada..., esta mujer me va a volver loco.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Ha perdido las llaves de la tienda. Porque me da pena despedirla, que si no...

—Yo creo que más bien no la echas porque fue una de las condiciones que puso Ishbel para venderte la tienda —intervino Carol.

Y así era. Ahora Rem era el dueño del pequeño comercio y trabaja duro para mantenerlo. Con el hotel en pleno apogeo, las ventas habían subido.

—Todos ganamos. Yo me deshice de esa tienda y tú conseguiste un trabajo que te permitía vivir con tu amorcito —aclaró Ishbel—, así que no te quejes.

—Ya, ya, si todo eso me parece genial, pero me dejaste a una empleada que es un desastre —refunfuñó molesto.

—Aunque, en el fondo, te da vida —dijo Katy.

—Lo que me va a dar es un ataque.

Pero en realidad, Katy tenía razón. Las ocurrencias de Ada hacían que su día a día no fuese para nada tedioso. No añoraba Manhattan ni su trabajo de guardaespaldas, ahora vivía en un hotel, junto a la mujer de la que estaba totalmente enamorado y su hijo, un niño al que adoraba.

—¿Os habéis dado cuenta de cómo nos ha cambiado la vida? —Carol miró a cada uno de sus amigos.

—Este hotel ha hecho que todos encontremos la felicidad —contestó Lobo, que se acababa de unir al grupo.

—Aquí, en un lugar sobre el acantilado —afirmó Katy y todos asintieron.

Nota de Rem

En un lugar sobre el acantilado, encontré la paz.

Antes, el mar me ayudaba a sacar mi dolor, la mierda que arrastraba y las olas se llevaban todo lo negro, lo sucio, lo corrompido. Pero ahora... ahora todo ha cambiado.

Miro el mar y ya no pienso en ese niño triste, dolorido, acomplexado, muerto de miedo. Ahora el mar me evoca tardes de paseo de su mano, su pelo revuelto, sus manos en mi nuca, sus besos bajo la lluvia y con el sonido de un mar embravecido. Las horas de silencio, juntos, codo con codo, mirando ese profundo mar que baña las costas de Escocia y risas, las inocentes y maravillosas risas de Colin.

Ahora todo es diferente. Mi hermano se casó, por fin, Jared rompió con sus miedos y ahora son pareja, caminan como lo hacemos Katy y yo, de la mano, sin importarles nada. La boda la celebraron aquí, en el hotel. Qué mejor paraje para comprometerse de por vida, qué mejor lugar que esta isla que tanto bien nos ha hecho a todos. Me siento feliz porque gracias a mí, gracias a que me acompañaron aquel día que regresé a la isla, se enamoraron del paisaje de Kirkwall, de su mar y, por supuesto, de Edge of the Cliff. Por eso decidieron dar el paso teniendo como testigos el acantilado y la playa por la que cada día corro, esa que se ha convertido en mi refugio, mi hogar.

Robert e Ishbel, otra pareja feliz. Quién me iba a decir a mí que terminarían juntos el guardaespaldas gruñón y la alocada rubia que se quería comer el mundo y se lo comió, pero no solo eso, también a él. Me da la risa solo de pensarlo. Aunque viven en Manhattan, nos visitan mucho. Viajan, recorren el mundo sin pensar en el mañana porque Ishbel quería ser libre, porque él desea verla feliz más que nada en el mundo. Viajan, sí, pero lo hacen siempre que sus trabajos se lo permiten. Robert sigue al mando de la agencia e Ishbel consiguió un empleo en una oficina de turismo. Un trabajo perfecto para planificar los maravillosos viajes que hacen juntos.

Mila ahora vive feliz junto a él, el amor de su vida. Ha triunfado con su libro, que ha sido el más vendido, e incluso van a hacer una película basada en él. *Un lugar sobre el acantilado*. Bonito título para una novela, bonito título para nuestro libro, ese que hemos escrito entre todos.

En cuanto a mí, soy feliz, vivo en el paraíso, aunque la climatología a veces me desespera.

Como necesito estar activo, le compré la tienda a Ishbel y ahora ese es mi trabajo. No es que me apasione ni gane una fortuna, pero me mantiene ocupado.

Ahora, en este preciso instante, corro, corro por la playa, sonrío, troto y escucho el mar. En la distancia, la veo a ella. Sé que me mira, a pesar de que está lejos, también sé que sonrío, aunque no puedo ver su boca, y tampoco tengo duda de lo que va a suceder cuando llegue a su lado: me abrazará a pesar de estar sudado, me besará y me dirá «Te quiero», y eso, eso, amigos, es lo mejor de la vida.

Claro que no. El mar ya no me hace recordar cosas tristes, el mar ahora es el lugar donde mi corazón estalla de felicidad.

En un lugar sobre el acantilado encontré la paz, el amor y la libertad que siempre había buscado.

Agradecimientos

Aquí termina la serie, mi primera serie, y tengo un sentimiento agridulce. Deseaba cerrar esta etapa, pero también echaré mucho de menos a todos estos personajes a los que he adorado, con los que he convivido tanto tiempo. Pero... quizá en próximas novelas, algunos de ellos regresen para contarnos un poco más de sus vidas.

Os confieso que, a pesar de tener la trama muy clara, este libro ha sido el más costoso de terminar. Pero aquí está, por fin lo tengo en mis manos y me siento muy dichosa porque mi equipo, mis lectoras amigas, me han ayudado a poner este broche de oro a una etapa, una de la que me despidió con esta novela.

Gracias a Mónica, Vanessa, Charo y Noelia. Todas aportaron su preciada visión del acantilado, de sus personajes y de sus historias.

Gracias a Marien por su maquetación, su portada y el cariño que pone en su trabajo.

Gracias a Carol por su minucioso trabajo a la hora de corregir.

Gracias a Jose, mi marido, por todo el apoyo tan fundamental, tan grande que me da cada día.

Gracias a todos los que me apoyáis. Los lectores se vuelven amigos con el contacto, eso es lo más bonito de este mundo.

A mis Cotorras Madrileñas, mis mosqueteras, mis soñador@s, mis amigos de Ceres Madrid, mis compañeros de trabajo, autores, blogger@s, a todos los que os interesáis por mí, los que me leéis.

Y por último:

Mi aventura comienza cuando abres el libro, mis personajes cobran vida porque tú se la das, mis historias son tuyas, disfrútalas y, por favor, recuérdalas.

^[1] *Mo mhàthair*: «madre mía», en gaélico.

^[2] *Mo dhia*: «Dios mío», en gaélico.